

FRATELLI  
MAGNANICO

In apertura di  
CASONOVO



## SINOPSIS

*Venecia, invierno de 1754.*

¿Qué hacen juntos en la ciudad de las aguas, al margen de las fechas históricas y a merced de la fantasía, Giacomo Casanova, don Juan Tenorio, el embajador de Francia y cierto reverendo? Con la elegancia que le caracteriza, Orazio Bagnasco nos presenta una historia que gira alrededor de un servicio de mesa de cristal de Murano que debe llegar cuanto antes a una ilustre dama francesa, nada menos que madame de Pompadour. Giacomo Casanova será el encargado de que dicho servicio llegue a su destino, pero en su camino surgen una serie de inconvenientes, entre ellos la siniestra figura del español don Juan Tenorio, quien reta al italiano en el arte de la seducción.

Orazio Bagnasco

LA APUESTA

de

CASANOVA

*A los pocos Casanova que quedan,  
dondequiera que estén.*

*Leave dreams to the dreamers...*

*J. JOYCE,*

«Bright cap and streamers»,

en *Chamber music*

# ADVERTENCIA

MUCHOS de los personajes de este libro estaban presentes en aquella época en Venecia; otros no estaban, pero habrían debido estar.

# Capítulo 1

*Domingo 9 de febrero de 1755, Quincuagésima*

*Santa Apolonia Virgen*

En las noches claras, en las que el astro hiela las aguas y los bajíos, quien tiene buenos sentimientos se estremece y quien tiene el ánimo sombrío siente el terror cercano o más próximo el delito.

El agua calma y gélida de la laguna brizaba aquí y allá, componiendo o desdibujando la imagen de la redonda luna: su claridad brillaba sobre las babas de hielo que se formaban cerca de las orillas y sobre las nieves de los montes lejanos.

Los perfiles negros y silentes de los campanarios de Venecia se distinguían sobre el fondo, contra el cielo sereno y sin nubes, en aquella hora nocturna del 9 de febrero de 1755, Santa Apolonia Virgen.

En la claridad de la noche, dos pasajeros embozados estaban de pie fuera de la *felze*, la cabina central de la góndola: uno llevaba un tricornio y el otro un birrete de lacayo. Escrutaban los resplandores aún remotos de los hornos, mientras a cada chapoteo de los remos, la góndola, empalidecida por la gran luna, se acercaba a la isla de Murano.

Impulsada por los remeros, seguía deslizándose, muda, sobre el agua fría e inmóvil hasta que, llegada a la orilla, empezó a costear los Fondamenta della Colonna, al sur de la isla de los vidrieros.

Los dos de a bordo trataban de leer los nombres de los hornos escritos con cal en los muros de ladrillos. Llegados delante del de los Mazzolà hicieron reducir la velocidad de la góndola y ordenaron que se aproximara a la pasarela. Bajó el caballero con su amplia capa oscura de tres volantes. Tenía una figura bien proporcionada, alta y elegante. Su tricornio marrón estaba adornado de lentejuelas metálicas que brillaban a la luz de la luna y debajo de la abertura de la capa se entreveía el relampagueo de las *paillettes* bruñidas que guarnecían las mangas de la casaca o velada. Llevaba un espadín de duelo.

Era seguido por un palurdo, que parecía su sirviente, con un *còdega* apagado en la mano. Se acercaron a la puerta que llevaba del puentecillo al horno y el lacayo trató de abrirla. No lo consiguió, entonces sacó de la librea un eslabón e intentó encender la linterna.

—No des luz, idiota, nos verían todos. Apáñate así. Esta noche hay demasiada claridad de luna.

El hombre, refunfuñando, fue a la góndola y volvió con las herramientas. Se afanó. Al final la cerradura cedió. El caballero entró y miró alrededor, seguido por el sirviente que había encendido el *còdega*.

Era un típico horno de Murano para soplar el vidrio. Una gran habitación con el suelo de tierra, los muros plagados de utensilios, montones de leña preparada para ser quemada, cajas de frita y

centelleos de descartes de vidrio.

En el centro, con la base circular, una especie de montañita, mucho más alta que un hombre: era el horno para el vidrio, constelado de bocas candentes, donde seguían ardiendo los fuegos. Entre el resplandor rojizo y la blancura de la luna que entraba por las amplias ventanas, sólo se distinguían bien las formas y los objetos cercanos, porque el resto se perdía contra los muros, negros de hollín. Estantes repletos de cristales trabajados, cubiertos de polvo.

Lámparas de muchos brazos, ya acabadas, sobresalían de la oscuridad, colgadas de las vigas del techo. El caballero arrancó de la mano de su sirviente el *còdega* y trató de alumbrar en las zonas más oscuras del gran local, cuyos recovecos ennegrecidos por el humo eran difíciles de iluminar.

Por fin pareció encontrar algo. Varias cajas estaban apiladas en un rincón. Llamó a su lacayo:

—Ábrelas todas, apresúrate y cuida de no hacer demasiado ruido.

El sirviente comenzó a desclavar las tapas, pero seguía lamentándose:

—¡No aguanto más! ¡Incluso esto me obligáis a hacer! Trabajo noche y día para quien no sabe agradecerme, soporto la lluvia o el viento, como mal y duermo peor. Aquí, si viene alguien, corro el riesgo de acabar en la cárcel y quizá de perder la vida. Estoy harto de servir, yo también quiero ser un gentilhomme.

—¡Venga, bufón, no me fastidies!

—No, no, amo, ¡es que ya no quiero seguir a vuestro servicio!

—¿Precisamente ahora me lo dices, estúpido? Si no quieres que te apalee aquí mismo, abre de inmediato esas malditas cajas. Luego, si esta noche me sirves como corresponde, te daré...

—¿Qué?

—Cuatro doblas.

—Oh, por esta vez acepto por ceremonia. Pero no os acostumbréis: ¡no creáis que seduciréis a mis semejantes como hacéis con las mujeres, a fuerza de cháchara!

Abrió una caja, refunfuñando, luego otra y otra más. Todas contenían las piezas de un maravilloso servicio de fragilísimas copas de vidrio de varios colores, bien envueltas en un costoso papel y embaladas cuidadosamente, con viruta y hojas secas de maíz.

Bajo el resplandor de los hornos y la débil luz del farol, por momentos se distinguían sus formas. Eran copas impalpables, decoradas con sutilísimos hilos de vidrio azul. Azules eran también las volutas que ornaban los pies. Delicadas siluetas femeninas, en vidrio blanco opaco denominado *lattimo*, subían de la base y con sus finos brazos sostenían la campana. Al caer al suelo emitían destellos de luz. El caballero parecía entusiasmado:

—¡Estaba seguro! ¡Aquí está, por fin! ¡Lo he conseguido! Pronto, coge las cajas y vuélcalas. ¡Quiero ver las copas en el suelo, todas, todas! ¡Rápido, tenemos poco tiempo! ¡De un momento a otro puede llegar alguien para alimentar el fuego!

Como endemoniado, cogió, entre los arneses que estaban apoyados en la pared, una barra de hierro y comenzó a dar golpes para romper en mil pedazos las sutiles copas que caían de las cajas volcadas. Continuó sin parar hasta que, en el suelo de tierra batida, sólo brillaron vidrios hechos

añicos, entre trozos de papel, paja y hojas secas.

Estaba revisando otras cajas cuando el sirviente susurró:

—¡Oíd! Me parece que viene alguien... Tengo miedo, no quiero que me pillen precisamente aquí...

—Y se precipitó fuera, al puentecillo, hacia la góndola.

El ruido de la cerradura provenía de la puerta que daba al patio. Con un salto, el caballero se escondió, rápido, detrás de un montón de leña, mientras la puerta se abría y entraba un joven con una linterna en la mano. Con la seguridad de quien conocía bien la vidriería, encendió un candil que colgaba del muro y luego se detuvo en seco. Había oído, debajo de los zuecos, crujir y desmenuzarse los añicos de vidrio que estaba pisando. Iluminó el suelo y vio el centelleo y el desastre que había por doquier.

Escrutó en torno iluminando los puntos más oscuros, en busca de algo insólito. En la sombra percibió un brillo de *paillettes* negras y un movimiento de plumas de tricornio. Dio un salto hacia atrás y aferró una larga barra de hierro.

—¿Quién se mueve ahí?... ¿Quién eres?... ¡Ah, te encontré, sal fuera, malandrín!

—Patán, ¿cómo te permites dirigirme la palabra con semejante tono de villanchón? ¡No soy tu par!

—¡Vaya cara dura tienes, delincuente! ¡Soy Masetto y el patrón es amigo mío! ¡Más te vale salir fuera si no quieres que te rompa la cabeza!

El caballero no se movió y Masetto se acercó con cautela, pero decidido. Con la mano izquierda sostenía la linterna y con la otra, bien alta, la barra de hierro. Cuando llegó a iluminar el rostro del intruso se quedó pasmado:

—Otra vez vos, don...

Pero no pudo acabar la frase, porque el otro se precipitó hacia adelante y le atravesó el tórax con la espada. Masetto se desplomó, sujetándose el pecho y exhalando débiles gemidos.

La sombra hizo ademán de lanzarse hacia la pasarela cuantío, en el vano de la puerta abierta que daba al patio, se perfiló la silueta de un caballero, muy alto y con la espada desenvainada. Vio a Masetto moribundo, en el suelo, iluminado por su candil, que, caído, se estaba apagando. Vislumbró la figura que huía y la reconoció:

—¡Cobarde! Es inútil que intentéis escapar. Siempre sospeché que estabais tramando algo aquí, en Venecia. ¡Al fin os he desenmascarado, canalla! ¡Ahora pagaréis por todos vuestros delitos!

—¡Lo veremos! —respondió con escarnio el otro. Y, sin moverse de donde se encontraba, le gritó —: Ha sido un error interponeros en mi camino, Casanova, acabaréis como este pobre diablo. — Mientras con la espada señalaba el cuerpo de Masetto.

—¡Desvergonzado bribón! ¡Respetad al menos la paz de quien está muriendo! —le gritó Giacomo.

—Esta noche, Casanova, saldaremos deudas más antiguas que nosotros. Ambos sabíamos que era inevitable. ¡Peor para vos! Debió quedaros claro, desde hace tiempo, a quién correspondería la victoria. ¡A vos os pertenece el pasado y a mí el futuro!

—Si el futuro ha de ser como vos, elijo el pasado. Pero vuestra lengua corre demasiado, caballero, ¡dejad hablar a las espadas! ¡Las lenguas de acero son mucho más sinceras!



# Capítulo 2

*Sábado 26 de octubre de 1754,*

*San Evaristo Papa*

Bajo la capa color tórtola, llevaba una elegante casaca o velada de seda rosa, lustrosa y con vistosas guarniciones en plata. De plata eran también los grandes botones que ornaban la chaqueta y las bordadísimas y amplias bocamangas. Un magnífico chaleco verde guisante, en paño de lampazo de Génova con florecillas, formaba un agradable contraste con el rosa de la casaca.

Volantes llenos de encajes de Dijon salían de los puños, cubriendo incluso parte de las manos. También del cuello descendían los vaporosos encajes sobre el pecho, en cascada, de una elegante camisola.

Un gran tricornio color crema, orillado con plumas rosa apagado, como el traje, completaba su vestuario y estaba también él galonado con espesos bordados de pasamanería plateada. Reposaba sobre una cabellera cuidadísima, que se recogía por detrás en una bonita coleta, sujeta por un broche de diamantes.

El conjunto tenía un aire bastante remilgado, casi femenino, que contrastaba tanto con la imponente estatura como con el rostro masculino, vigorizado por unas densas cejas y una gran nariz impertinente de seductor. Dulcificaban los rasgos decididos del rostro unos amables ojos oscuros e inteligentes, favorecidos por una boca carnosa y ligeramente irónica que, sin embargo, parecía siempre dispuesta a pronunciar palabras corteses.

Aunque no podía definirse como apuesto, en el sentido clásico, ciertamente no era un hombre corriente y la fascinación que emanaba de su poderosa constitución ejercía una fuerte atracción sobre quienes le rodeaban.

—¿Vos sois el señor Giacomo Casanova? —le preguntó el chiquillo, que llevaba en la cintura un mandil a rayas y en la cabeza un pequeño tricornio muy grasiento.

—Sí, muchacho.

Sin duda era un mozo de posada, el que le entregaba un sobre aquella mañana clara y templada por el sol de octubre.

—De parte del reverendo Lorenzo Da Ponte. Me dijo que espere una respuesta.

Giacomo abrió la misiva y leyó:

Señor Giacomo, amigo queridísimo:

El tiempo ha solucionado, de algún modo, mis «problemas» con la Curia y heme aquí de nuevo en la ciudad, con un gran deseo de veros y de oír de vos las noticias de cuanto ha ocurrido en Venecia durante mi ausencia.

Os esperaré esta noche a la hora segunda, en la hostería de los Santissimi Apostoli. Estoy en compañía de un caballero que me honraría que conociérais. ¿Vendréis?

Creedme vuestro servidor consideradísimo y amiguísimo.

Con amistoso afecto,

LORENZO DA PONTE

P.S. Estamos alojados en el Leon Bianco, en Ca' da Mosto, en el Gran Canal.

Giacomo se quedó un poco perplejo. Aquélla era la noche de una de las reuniones de Murano. No habría renunciado a ella ni por todos los tesoros del mundo, pero quizá podía hacer ambas cosas. Cenar con Da Ponte y luego liberarse, aduciendo una excusa cualquiera. Se decidió y entregó una moneda de cinco sueldos al muchacho:

—Dile al reverendo que le agradezco la invitación y que esta noche estaré allí.

El chico, después de varias inclinaciones, se fue corriendo.

La posada se encontraba bajo los soportales de Falier y tomaba el nombre del pequeño canal al que se asomaba y de la iglesia de los Santísimos Apóstoles, frente a la cual estaba.

Cobraban unos precios algo más elevados que en los otros locales, pero tenía la ventaja de proporcionar un servicio completo. Por otra parte, las disposiciones de los superintendentes de la Justicia Vieja eran claras: en las tabernas y hosterías se podían servir tanto comidas como bebidas, en las *furatole* se podían comprar exclusivamente comidas, pero no se podía beber y, en cambio, en las *malvasie* y los *bastioni* sólo beber y no cenar, a menos que uno se trajera la comida de fuera.

En la planta baja de la hostería de los Santissimi Apostoli había un espacio, con mesas para las comidas. Arriba había algunos cuartos comunes de varias camas y también alguna habitación para dos, para los clientes más adinerados.

Si en pleno mediodía, poca luz se filtraba por los soportales, figurémonos al atardecer. Pero noche y día, los candiles y las lámparas de hierro con brazos, sobre las que ardían grandes velas de sebo, esparcían en torno al vasto local, su luz amarilla y humosa. Los arcos y las bóvedas eran de ladrillos rojos, pero los muros y los pilares estaban blanqueados con cal.

El bar estaba abarrotado por parroquianos de toda clase, en general comerciantes y cambistas que traficaban en los alrededores del cercano Ponte di Rialto. También eran numerosos los porteadores y los mercaderes extranjeros, de compras en la ciudad. Luego algunos oficiales y escribientes de la República y los nobles, los caballeros y las damas de alta condición, que preferían llevar la *bautta*, con capucha, y *larva*, la típica máscara veneciana, pues no les agradaba ser reconocidos.

Muchas mujeres, con atuendo de cortesanas, se hacían rogar, tratando de adoptar poses desenvueltas y refinadas. Llevaban magníficos vestidos de tela adamascada, de colores vivos, y cendales de muselina, como si fueran muchachas casaderas, pero tan transparentes que dejaban generosamente expuestas sus gracias.

Quien entraba veía enseguida, a la derecha, contra la pared.

una gran chimenea, con la campana que llegaba hasta el techo. Sobre las destellantes llamaradas de la leña ardiente se asaban los espetones mientras que, colgadas de las cadenas, bullían en los calderos las menestras de arroz y berza, las sopas de navajas y el caldo de callos.

En una gran piñata se cocían los pulpos, apenas pescados entre los escollos. Marinados, eran una de las especialidades de los Santissimi Apostoli. Golpeados con fuerza contra una piedra plana, para que los tentáculos perdieran su típica consistencia elástica, eran hervidos en agua salada y, tras la cocción, se dejaban marinar durante unas horas en vino blanco acídulo, con cebolla y apio, y luego se aliñaban con aceite.

En amplios peroles de cobre, burbujas perezosas y humeantes subían a la superficie de la polenta de maíz.

Delante de la chimenea, una larga barra con muchos cajones servía a las cocineras para apoyar los platos ya preparados que luego los sirvientes llevaban, rápidos, a las mesas, junto con las jarras de bebida. A los lados del hogar, espaciosa repisa estaban repletas de pequeñas tinajas colmas de vino tinto, puestas allí a entibiar. El blanco, en cambio, se refrescaba cerca de las ventanas.

Para los mercaderes más acomodados y para los señores, pero también para la gente galante, había algunas zonas bastante protegidas y un poco apartadas de las otras, donde era posible banquetear y beber sin estorbos. En uno de estos reservados se sentó a esperar el joven Casanova.

Poco después vio entrar en la taberna a su amigo Da Ponte, junto con una mujer y seguido por un caballero, que tenía un porte jactancioso y al mismo tiempo cauto.

Este último era bastante alto y bien proporcionado. Pero impresionaban en él la desnudez de la frente, los ojos ardientes en medio de la palidez del rostro y el mentón afilado. Todo el resto era como si no existiera.

Inmediatamente Casanova advirtió cierta turbación.

Lorenzo se dirigió hacia la mesa en que Casanova estaba sentado y el joven caballero tenebroso fue detrás de él. A Giacomo le pareció conocer a la señora, bastante menuda pero lozana y de ademán desenvuelto, con la cual Da Ponte se había presentado y que iba abrazada a su cintura. Gorjeante y gentil, tenía un aspecto cándido, acentuado por dos claros ojos lánguidamente tiernos y dos graciosos hoyuelos que ornaban sus mejillas de melocotón.

Lorenzo procedía de una familia hebrea, pero su padre, para salir adelante, los hizo a todos cristianos. Toda la pandilla, abandonado el nombre judío, había asumido el apellido del obispo Da Ponte, que los había «convertido»: dos de los hermanos incluso entraron en el seminario. Era un joven de veinticuatro años, de bellísimos rasgos, con un aire dulce e ingenuo, pero que intentaba adoptar un tono seductor, haciendo ostentación de su mundanidad. Había entrado en el local sin la máscara, con un traje negro de abad, que en vano trataba de camuflar haciendo alarde de algunas blondas que escapaban de la camisa, y con un tricornio de laico, al que había añadido alguna pluma blanca. Por otra parte, el eclesiástico era el único traje que poseía y, aun ése, estaba bastante remendado. Por inútil precaución, en la esperanza de que no se notara el traje de religioso, se mantuvo envuelto en su gran capa un poco raída, incluso cuando ya estaba sentado a la mesa. Ni siquiera se había quitado el tricornio para no enseñar la tonsura.

Era la primera vez que el reverendo Da Ponte daba señales de vida después de su expulsión de

Venecia. Entretanto había logrado hacerse consagrar sacerdote y había comenzado a enseñar humanidades, es decir, latín, en el Seminario de Treviso.

Giacomo comprendió enseguida que su amigo aún no había sentado la cabeza, después de los escandalosos amoríos de dos años antes y que, como siempre, estaba sin blanca. Si vivía en una posada cara como el Leon Bianco era, desde luego, porque alguien le pagaba el alojamiento. Pero rico o pobre, solo o en compañía, el reverendo esparcía siempre, en torno a él, un aura de júbilo y de contagiosa alegría de vivir.

Por eso, Casanova estaba feliz de reencontrar a aquel amigo extravagante y divertido, con tan buen aspecto como poco juicio. Además, lo fascinaban sus brillantes improvisaciones poéticas que, sostenidas por una vena lírica muy musical, declamaba en toda ocasión. Sus ideas se oponían siempre a las habituales entre la aristocracia y la alta burguesía. Así conseguía crear problemas incluso a aquellos nobles que hubieran querido protegerlo. De ello resultaba una notable dificultad para introducirse en los ambientes que contaban y obtener oficios y prebendas.

El encuentro fue muy cordial.

—¡Querido Giacomo, por fin! —Se abrazaron—. ¡Sólo ahora, que estáis con nosotros, me siento del todo en Venecia! ¡Os encuentro en muy buena forma y, como siempre, muy elegante!

—¡Y vos estáis hecho un primor! ¡Y, como siempre, en buena compañía, querido reverendo!

—¡Por favor, Giacomo, no digáis estas cosas en voz alta y, sobre todo, no me llaméis «reverendo»! Como veis, ¡me he vestido de laico! —precisó con ingenua convicción—. Desde luego, estaréis al tanto de mis problemas con el vicario general, ¡espero no tener otros! Giacomo, permitid que os presente a doña Angela Tiepolo —dijo, indicando a la procaz y exuberante señora que tenía prácticamente colgada del cuello.

Entonces Casanova recordó por qué le había parecido que ya la conocía: era, desde hacía tres años, la jovencísima esposa del noble Giulio Maria Soderini, de cincuenta y un años. Aunque no era culta, conseguía mantener conversaciones animadas y jocosas, al punto de encantar a cualquiera por los mohines y las contorsiones con que las acompañaba.

Luego fue el turno de presentar al caballero que estaba con ellos:

—Es don Juan, hijo de don Luis Tenorio, español —dijo—. Me alegra presentároslo.

—Soy Giacomo Casanova, veneciano. —Y, tendiéndole la mano—: Ya he oído hablar de vos.

—También yo de vos —fue la lacónica respuesta.

—Sabía que no podíais ser desconocidos el uno al otro y que alguien, un día u otro, debía presentaros. ¡Lo he hecho yo, aunque, desde luego, estaba en los designios del destino que os encontrarais! Por otra parte, ¿acaso no estamos todos unidos por las mismas pasiones? —añadió Da Ponte bromeando.

Sin embargo en el aspecto físico y en el atuendo, los dos caballeros eran muy distintos. Don Juan, más bien longilíneo, tenía un cuerpo ágil y, aunque bastante alto, lo era menos que Casanova. Siempre tenso y controlado, miraba en torno con sus ojos ardientes en un rostro exangüe, con una sonrisa irónica e impertinente. Vestía casi siempre de oscuro o de azul noche, llevaba elegantes bordados de lucientes, pero sombrías, *paillettes* de color acero bruñido. Nunca llevaba peluca y

tenía el cabello negro y liso, cuya cola estaba atada detrás de la nuca con una redecilla. El tricornio era también oscuro, incrustado de las mismas *paillettes* que el traje y ornado con cortas plumas de igual color. Llevaba, escondido debajo del tabardo, el espadín de duelo.

Consultaron largamente una de las pizarras colgadas en los muros, en las que estaban escritos, con tiza, los platos del día y los vinos, con los correspondientes precios. Luego llegó el posadero Onorato Agnello, un napolitano trasplantado a Venecia, y cada uno pudo solicitar lo que había elegido. Salami de Florencia, arroz con codornices, albóndigas rellenas, algún pernil de carnero, trufas, mejillones con ajo y perejil, pulpitos marinados y también guisados con olivas, platos de gallináceas hervidas con confitura de mostaza, mosto de uva y salsa verde muy fuerte con vinagre y pimienta, además de ostras crudas. El postre lo decidirían más tarde.

Da Ponte contaba a Giacomo, con su gracia habitual, lo que le había ocurrido desde el último encuentro y le pedía información sobre las novedades venecianas, mientras no le escapaba que los dos jóvenes seguían escrutándose de reojo, mudos y desconfiados.

—¡Qué silenciosos estáis, caballeros! ¿Qué os sucede?

Fue Casanova quien habló:

—Vos sois español, don Juan, pero por cuanto sé, venís desde Viena.

—Sí, en efecto, estoy haciendo mi *grand tour* y ahora, por fin, quisiera visitar Italia.

—Pero ¿de qué os ocupáis normalmente?

Antes de que el español pudiera responder, el cura Lorenzo, rápido, había hecho su chascarrillo:

—Aunque dice que ocasionalmente tiene un cargo ante la embajada española en Viena, en realidad se puede decir que este caballero está empeñado, con mucho éxito, en muy distintas ocupaciones. ¡En cierto modo es una actividad que os interesa bastante también a vos, querido Giacomo! —Y le hizo un guiño, sonriente.

—Ah, bien, entonces somos colegas y os doy la bienvenida a esta ciudad, donde mujeres hermosas de las que prendarse no faltan. Enamorar a las mujeres y corresponder a su amor es la profesión más hermosa que exista sobre la tierra. ¡Me alegro de encontrar a alguien que piense como yo!

—Quizá, pero no creo que nosotros tengamos, al respecto, ideas iguales ni vocaciones similares.

—¿Cómo hacéis para saberlo? Acabáis de llegar.

—Ya os he dicho que conozco vuestra fama —concluyó don Juan, con el tono de quien prefiere escuchar, más que hablar de sí mismo.

En efecto, seguía con interés los razonamientos de los otros, aunque continuaba mirando a su alrededor, hasta que fijó su atención en una mesa, donde estaban riendo dos hermosas jóvenes de atuendo bastante vistoso. En un momento dado, se levantó diciendo:

—He aquí a dos agradables muchachas a las que invitar a nuestra cena. —Y fue hacia ellas.

Giacomo aprovechó enseguida para preguntarle a Da Ponte:

—Pero ¿siempre es tan arisco vuestro extraño y taciturno amigo?

—Sí, hasta tal punto que a veces también yo me siento desconcertado. Este joven emana una

fascinación perversa e inhabitual, que nunca he encontrado en nadie. Desde que lo he conocido, no podéis imaginar cuánto me ha influenciado, ¡incluso al escribir mis versos! Es un libertino, pero un libertino especial, porque no se entiende bien qué es lo que más le interesa en las mujeres. Quizá no sea el amor y tampoco el erotismo. Se comporta como si sólo la conquista tuviera valor. En ocasiones, incluso me pregunto si para él existen los sentimientos. Pero no hay duda de que siempre consigue seducir, mintiendo y trampeando sin *ritegno*... jóvenes, viejas, aristócratas o plebeyas, ayudado en sus empresas por un sirviente infame, llamado Leporello, al que ahora veis sentado solo en aquella mesa. Leporello que detesta a su amo, si bien lo sigue por doquier, un poco por dinero y un poco porque no puede sustraerse a su fascinación, está dispuesto a realizar cualquier mala acción que se le ordene.

—¿Cómo habéis conocido a un personaje tan insólito? —preguntó aún Casanova.

—Me lo presentó en Trieste un importante gentilhombre, un conocido mío, el embajador de Prusia en Austria. Casualmente el alto funcionario prusiano se encontraba en Trieste y, al saber que yo regresaba a Venecia, me rogó que hiciera de guía a don Juan y que lo introdujera en los ambientes nobiliarios y diplomáticos venecianos, explicándome que era un joven encaminado a una brillante carrera en la embajada española. No sabría decir cuál es el secreto de sus conquistas, pero creo que su carácter silencioso y reservado y sus maneras de gentilhombre son la base de su encanto, al que pocas saben resistir. Pero me doy cuenta de que... —miró con ironía a Casanova— su manera de actuar puede irritar a algunos hombres.

Don Juan estaba regresando a la mesa con las dos bellezas, a las que no era difícil imaginar de *cuisse plutôt légère*.

—Os he traído a mis nuevas amigas, cuya elegancia y gracias no es necesario que alabe. No hay duda de que nos harán buena compañía.

Entretanto los camareros habían empezado a poner sobre la mesa algunas cosidas para picar, a la espera de los platos que habían pedido. Escudillas de cañadillas, bien cocidas, que se extraían con unos largos alfileres, tazas de caracoles que había que chupar directamente, y jarras de vino blanco de los Colli Euganei.

Sacar las cañadillas de sus conchas puntiagudas y aspirar los caracoles de sus pequeños caparazones multicolores empeñó a todos los comensales, que alegremente los acompañaban con generosos sorbos de vinillo fresco.

—¿Sois venecianas, mis deliciosas señoras? —preguntó don Juan a las dos bellezas despreocupadas—. ¿Sí? ¡Entonces esta noche podríais acompañarme por la ciudad y enseñarme sus maravillas!

—¡Desde luego! —respondió una. Pero la otra seguía mirando a Casanova, sonriente:

—¿Y vos, caballero, no querríais que esta noche os hiciera conocer algunas bellezas? —dijo inclinada hacia Giacomo con aire provocador.

—Me agradaría mucho, pero más tarde, cuando la velada avance en su camino, tengo una cita importante.

—¿Verdaderamente más importante de cuanto yo podría mostraros?

—Por desgracia, se trata de... de una persona de paso. Un... un egipcio, estudioso de la cábala, como yo. Las horas nocturnas son las más propicias para este tipo de estudios. Pero espero que tengáis la amabilidad de dedicarme vuestro tiempo otra noche, porque desearía apreciar las maravillas que queréis hacerme conocer, ¡pues todo me hace suponer que son notables!

La muchacha se quedó un poco enfurruñada, pero los otros no le dieron importancia y siguieron riendo y bromeando. Da Ponte se dividía entre las agradables charlas y la atención galante de su procaz Angela, que se meneaba como una corpulenta lombriz en celo.

Los camareros habían dejado, en varios viajes, los principales platos que habían solicitado y, por fin, comenzó la verdadera cena.

Don Juan estaba silencioso, pero esta vez parecía rumiar algo. Al fin abrió la boca:

—Entonces, vos, Casanova, por cuanto he entendido, creéis en la cábala...

—¡Por supuesto!

—Es decir, ¿creéis en esas prácticas estrambóticas?

—Tengo una fe ciega en ellas. Es una ciencia antiquísima, ligada a la geometría y a las matemáticas, que se remonta, en el tiempo, a los sacerdotes de los faraones de Egipto. Se basa en cálculos complejos, en el movimiento de los astros y en los principios de algunas religiones orientales.

—En lo que decís, más que perfume de ciencia siento hedor de superstición, como, por otra parte, en todas las religiones —comentó, ácido, don Juan.

—¡No podéis despreciar las religiones de esa manera y compararlas con esotéricas, aunque científicas, prácticas! —fue la réplica indignada.

—¿Vuestras palabras me autorizan, pues, a pensar que vos creéis también en Dios? —la ironía de Tenorio era irritante.

—¡Sin duda alguna! ¿Por qué, vos no creéis? —preguntó con convicción Giacomo.

—Creo, seguro que creo... pero sólo en el dios de la Razón, de la inteligencia, en el dios de Descartes y del señor de Voltaire. Por supuesto, no en cualquier imagen a la que tratan de someternos por medio del terror al más allá. Razón y conocimiento son mis luces y en nombre de ellas vivo libre y sin rémoras moralistas.

—¿Entonces vos querríais echar al mar dos mil años de enseñanzas divinas y el trabajo de nuestros teólogos más acredita dos? —interrumpió el reverendo Da Ponte, sin demasiada convicción. Era evidente que desde hacía tiempo, en su corazón, se había liberado de ese fardo milenario.

—Es una prerrogativa de los hombres superiores, que han derribado las barreras de la moral y del fácil dogmatismo, alejar los propios fines, realizados con el único auxilio de la mente y el raciocinio, sin dejarse arrastrar por las supersticiones y las emociones. Incluso la conquista de esos risibles órganos llamados «corazones femeninos», cuando nos liberamos de todo sentimiento y de todo escrúpulo supersticioso, representa de por sí un excitante deleite y un desafío a muchos prejuicios.

—Si entiendo bien —dijo Casanova, enfadado—, querríais darnos lecciones sobre el arte de seducir.

—¡No, me guardo mucho de ello! Sólo compadezco a aquellos —y miraba al veneciano— que en la búsqueda del placer, se ven agarrotados y frenados por las anticuadas rémoras de una religión, como el catolicismo, oprimente y superada.

—Querido señor, que el catolicismo sea una religión superada y oprimente puede ser vuestra opinión personal, pero, por lo que me resulta, hay muchos que desde hace tiempo no piensan como vos.

Giacomo, que en toda su vida nunca había tenido demasiado en cuenta los preceptos de la religión, ahora se estaba erigiendo en su paladín con el tono típico de un *defensor fidei*.

—Mi amable Casanova, quizá no os deis cuenta de que un mundo nuevo y una nueva moral se están asomando, y vos y toda vuestra ciudad vivís en el recuerdo de normas y certidumbres que están a punto de zozobrar. Pero mirad a vuestro alrededor, incluso en esta taberna esos mercaderes, esos funcionarios enmohecidos y todas esas máscaras, llevadas para permitir que la nobleza haga lo que se le antoje sin asumir la responsabilidad, son el espejo de un modo de vivir y de gobernar que ya está en su ocaso, al igual que su moral y su religión.

Sus palabras tenían ahora el tono de un desafío.

El veneciano estaba tan enrabiado que no podía contenerse. La alusión crítica a su ciudad le resultaba inaceptable y, además, le gustaba mucho adoptar actitudes de moralista. Bramaba de deseos de seguir rebatiendo. Pero, durante un momento, la inesperada agresividad de don Juan lo había dejado más bien corto de argumentos.

En la mesa, también los demás se habían quedado sorprendidos y enmudecidos por el cariz que había tomado, en tan poco tiempo, la discusión entre don Juan y Casanova. Da Ponte, que había percibido el malestar, con su acostumbrada jovialidad trató de restituir al ambiente un tono más festivo:

—Queridos amigos, nos hemos quedado tan estupefactos por vuestra docta diatriba que incluso hemos interrumpido la cena, pero consentidme recordaros que con la barriga vacía se discute muy mal. Hasta los filósofos en tales condiciones tienen dificultades para resolver sus silogismos:

*Con la barriga vacía el corredor no trota,  
con la barriga vacía el guerrero de armas no trata,  
vacila, en ocasiones, con la barriga vacía  
el bailarín, y el músico se rasca.  
El filósofo se inquieta y bufa y estalla  
y los silogismos raras veces capta,  
así la vena del Poeta está seca  
cuando con sus intestinos no pacta.*

Un gran aplauso acogió la oportuna intervención poética del reverendo y todos volvieron a hacer honor a los manjares.

Casanova sentía la urgencia de dar una respuesta eficaz a don Juan. Aunque, por cierto, no podía considerarse un católico practicante, lo irritaba que ese recién llegado atacara a la religión de su ciudad. Pero no quería parecer demasiado impetuoso, para no darle una satisfacción a su adversario. Se vio obligado, pues, a seguir el consejo de Da Ponte y se dedicó a comer a placer de casi todo lo que había en los platos, aunque trataba de limitarse, en vista de que le esperaba en el devenir de la noche. Las dos damas mundanas no se echaron atrás y honraron con júbilo el buen vinillo trevisano que acompañaba los platos.

Por su parte, Da Ponte arrullaba a su belleza y le ponía continuamente en la boquita trocitos de comida, que ella recibía gorjeando como un pajarillo, por lo demás bastante carnoso.

Don Juan, en cambio, se limitaba a picar algo, sin siquiera preocuparse por lo que comía.

Volvieron los camareros para retirar las sobras de los primeros platos y traer a la mesa los pulpos marinados, las gallináceas hervidas con las mostazas y las carnes asadas con brotes de alcachofas del estuario conservadas en aceite, que eran mucho más sabrosas y amargas que las normales. Lo ideal, como acompaña miento, eran las jarras de vino tinto veronés tibio, recién traídas.

Entonces Casanova, que tenía sus argumentos a punto, estimó llegado el momento de responder. Ostentando un aire indiferente y frívolo, dio muestras de estar ocupado en descarnar un pernil de carnero a la trevisana, mientras comenzaba a decir:

—Mirad, mi querido amigo, por vuestras afirmaciones me doy cuenta de que conocéis muy poco de la verdadera esencia del placer. Ante todo, de vuestros labios nunca he oído salir la palabra amor. Naturalmente no es necesario que el amor sea eterno ni tampoco que dure años o meses. Puede durar una hora o apenas un minuto, pero es importante que nos sacuda el corazón incluso sólo algunos breves instantes. Que por un momento nos altere la respiración y la razón, porque sólo así se puede gozar a fondo de la oferta que hacemos y recibimos. Sin esto, sólo resta el ejercicio físico, acompañado por el ácido gusto de la conquista o del aún más miserable gusto de la violencia.

Casanova se estaba enfervorizando. Cuando era muy joven, había sido predicador y ahora alardeaba de todo su énfasis. Nada lo habría detenido:

—Pero hay algo más importante, que vos evidentemente ignoráis. Es la deliciosa sensación del pecado, siempre perdonable, que sólo la religión católica sabe daros, tan plena y sabrosa. ¿Qué serían, sin el pecado, nuestros encuentros furtivos, los besos robados y tercamente concedidos?

Cobró aliento, tragando un vaso de denso tinto de Verona.

—Giacomo —interrumpió con una sonrisa burlona el reverendo Da Ponte, hablando en voz baja—, ¿estáis haciendo el elogio del pecado en presencia de un sacerdote! —Mientras, disfrutaba complacido con la ofuscación de las señoras, que ya no conseguían seguir el hilo de la conversación.

—¿Acaso vos conocéis algo más hermoso, querido Lorenzo, que el abandono de una doncella

temblorosa por el remordimiento y, sin embargo, audaz por la pasión que hemos sabido infundirle? El pecado, en el amor, nos ha sido regalado para ayudar a la naturaleza a continuar nuestra especie. Somos los únicos seres vivos que han recibido semejante don, quizá porque nuestra supervivencia es la más importante de todas. Si no fuera católico, como soy, querría serlo enseguida, aunque sólo fuera para poder añadir en el plato del amor el delicioso y lánguido condimento de la inmanencia del pecado. Ah, dulzura de una religión que te penetra el alma con el sentimiento de culpas antiguas, pero siempre redimibles por su extremada bondad, y que transforma los gestos de un amor clandestino en un acto de suprema transgresión, haciéndote similar a Dios. Para nosotros, los hombres, es difícil hacer el bien, que, en cambio, es la cualidad habitual de la divinidad. Pero, en compensación, podemos pecar, cosa que a Dios no le está permitida, sintiéndonos así durante unos instantes, iguales a él.

—¡Un momento, un momento, mi elocuente señor Casanova! ¡Si la religión que defendéis con tanto entusiasmo sólo os sirve para pecar mejor, entonces podría convertirme también yo! —intervino sarcástico don Juan.

Pero ahora Giacomo era arrastrado por sus mismas palabras. Mientras las señoras escuchaban con aire perplejo aquellos razonamientos tan abstrusos, él proseguía con la actitud de un Moisés y un santo Tomás juntos:

—Comprendo muy bien a Adán y Eva y no puedo censurarlos. Admiro a la mujer que, con un sublime gesto de amor, a riesgo de pagar sus consecuencias para siempre, ha querido elevar, aunque sólo por un instante, a su hombre a los niveles del Creador. El pecado es también el alivio que Dios nos ha concedido, quizá con envidia, para consolarnos por ser solamente unos miserables y frágiles hombres y no dioses. Es, desde luego, por este motivo que nuestra piadosa religión nos permite, con un sencillo acto de contrición, liberarnos de nuestras culpas.

—Si entiendo bien, vuestra conciencia se puede lavar con facilidad, como la hermosa camisa de fina muselina que lleváis. ¿Es, pues, ésa vuestra religión?

—Vos tratáis de ironizar, pero os compadezco, querido amigo, os compadezco —y adentelló la parte más oscura y sabrosa del pernil.

Luego, como si sólo en aquel momento recordase las últimas palabras de don Juan:

—¡Por último, os diré una cosa! Vos habláis de una nueva moral en un nuevo mundo, que sustituirá a éste en que vivimos, sin nuestra milenaria religión y sin el amor, tal como lo han concebido desde siempre nuestros padres. No consigo ver este Edén vuestro sin Dios y regulado sólo por la Razón y por el frío egoísmo, y espero no verlo nunca.

Ambos se habían intercambiado aquellos insólitos discursos como si fueran los golpes de un duelo, en los que no hay ninguna posibilidad de entendimiento.

Aquellas palabras habían acabado turbando a los comensales, y ni siquiera la llegada a la mesa de las grandes ostras del Valle de pesca de Figheri, acompañadas de vino de Samos, consiguió serenar del todo a la compañía.

Lorenzo descuidó por un momento a su hermosa Angela y trató de mofarse de la polémica:

—Vosotros discutís encarnizadamente de religión, pero en realidad estáis hablando del amor y de las mujeres. ¿Estáis seguros de que merece la pena razonar tanto, como si todo, en las relaciones

con la otra mitad del cielo, fuera racional? En realidad, nuestros comportamientos, aunque intentemos encubrirlos con sólidas razones, no son más que el resultado de pulsiones sobre las que no ejercitamos ningún control. Estos versos quiero dedicarlos a nosotros tres, que nos ilusionamos de ser los amos, cada uno a su modo, de nuestras acciones —dijo dirigiéndose a los otros caballeros:

*Abrid un poco esos ojos,  
Hombres incautos y necios,  
Mirad a estas mujeres,  
¡Mirad qué son!*

*Estas llamadas Diosas  
De los engañados sentidos,  
A las que tributa inciensos  
La débil razón...*

Las señoras se rebelaron jocosamente ante estas palabras, mientras don Juan y Casanova volvieron a guardar silencio.

Por último, llegaron a la mesa los postres. Había varios tipos de bollos, amasados con uvas y mosto, buñuelos con vino zebibo y platos de bizcochos preparados por los reposteros, rellenos con distintas cremas dulces. Se degustaban con el tinto moscatel abocado de Frontignan y también con un óptimo marrasquino.

Casanova sacó del bolsillo su hermoso reloj inglés. Era de oro, finamente cincelado y con miniaturas esmaltadas de tema erótico. En la cadena, ornadísima y también en parte esmaltada, estaban colgados la llave para darle cuerda y un sello con sus iniciales.

Miró la hora. Hacía un buen rato que estaba en ascuas, buscando la ocasión para dejar a la compañía. Tras llevarse a la boca el último bizcocho veneciano bañado en *zabaione*, la deliciosa crema espumosa de huevos batidos y vino de Marsala:

—Lo siento, pero debo abandonaros e interrumpir una velada tan agradable. Mi cabalista egipcio me espera.

Levantándose de la mesa besó afectuosamente a las señoras, abrazó a Da Ponte, y dirigiéndose a don Juan dijo:

—Espero que volvamos a vernos pronto y, desde luego, señor, no os disgustará continuar nuestra amable conversación —recalcando con ironía el término «amable», tan poco congruente.

—Me alegraré de ello —respondió con ambigüedad, casi amenazante, el español.

Giacomo salió y dio algunos pasos en la oscuridad, para ir hacia las Fondamenta Nuove. Se había inventado la cita con el egipcio para liberarse del grupo. En realidad, estaba degustando de antemano los mucho más sabrosos encuentros que lo esperaban esa misma noche.

El cielo estaba muy oscuro, sin luna, y era difícil distinguir dónde acababan las piedras mojadas y resbaladizas de las orillas y dónde comenzaba, más abajo, el agua negra de los canales.

Casanova batió palmas y llamó:

—¡Còdega!

El chasquido y la voz resonaron en la orilla vacía, mientras desde la nada llegó la respuesta:

—¡Estoy aquí para servirle, señor!

Y de entre la oscuridad apareció un hombre bastante mal ataviado, con una luz, un descuidado sombrero de fieltro y un largo gabán, que le llegaba por debajo de las rodillas. Era un *còdega*, uno de esos pobres desgraciados que pasaban la noche al frío y al relente, esperando que alguien los llamara para iluminar, con la gran linterna que llevaban en la mano, su camino entre puentes y plazoletas. También el candil se llamaba *còdega*, como ellos. Los había por doquier en la ciudad, esperando un batir de manos. En especial, fuera de las tabernas y de los teatros.

El hombre se acercó con el *còdega* ya encendido:

—¿Adonde quiere ir, amo?

—¡Llévame a las Fondamenta Nuove, quiero una góndola, debo ir a Murano! ¡Pero que sea con *felze*, me parece que está a punto de llover!

Diligentemente el *còdega* lo precedió, alumbrándole los adoquines resbalosos por la humedad de la noche. Fueron pocos los viandantes que encontraron y que corrían embozados hacia la tibieza de sus chimeneas.

Pasaron ágiles por el Ponte dei Sartori, luego por el de los Gesuiti y alcanzaron en pocos minutos la Salizata dei Spechieri en las Fondamenta Nuove, que daban sobre la gran extensión negra de la laguna. Justo enfrente dormía la isla de San Michele con su abadía de monjes camaldulenses, cuyas líneas oscuras apenas se distinguían.

Más allá de la primera isla se percibían los rojos resplandores de la segunda, más lejana, la de Murano, con los hornos para el vidrio. El *còdega* lo condujo sin vacilar a un embarcadero e iluminó, con la linterna, un grupo de góndolas que oscilaban entre sus delgadas balizas y en la oscuridad, a la espera de clientes.

# Capítulo 3

*Sábado 26 de octubre de 1754, San Evaristo Papa*

*Muy entrada la noche*

Comenzaban a caer algunas gotas sobre el agua oscura de la laguna, pero el trayecto en góndola, bajo el impulso de un viento frío, fue más rápido de lo habitual y Giacomo llegó al *casino*, la casa de recreo, de Murano con media hora de anticipación. El fuego ya estaba encendido en la chimenea y una dulce tibieza invadía la hermosa habitación, mientras fuera la lluvia otoñal se había vuelto densa y menuda.

Las velas expandían una luz cálida y difusa sobre la elegancia y los arabescos de aquel ambiente; al tiempo que se posaban sobre la seda *gros de Lille* de las paredes y el *satín jaspe* de las cortinas.

Los muebles y la decoración eran de estilo moderno, a la francesa, todo curvas, rizos y *coups de fouet*. También las estampas de las paredes, elegantemente eróticas, tenían marcos dorados y ensortijados con hojas y volutas. Así como lo eran la platería, cafeteras, chocolateras, tacitas y salvamanteles, donde vuelos y bordes se perseguían y entrelazaban con amorcillos y frutas; incluso sus asas de ébano eran entorchadas. Se trataba del estilo de última moda en París, pero aún no difundido en Venecia.

Giacomo tiró de la banda de la campanilla y ordenó a la criada francesa, Victorine, que le trajera los elementos para preparar un ponche con café. Después de pocos minutos la mujer regresó con todo lo necesario.

Entretanto se había quitado la casaca y se había quedado con su hermoso chaleco en paño de lampazo verde con florecidas, cerrado en el pecho por una larga fila de botones. Sin mangas, la parte delantera llegaba casi hasta las rodillas, mientras que la espalda, de lustrosa seda, se detenía en la cintura, donde estaba ajustada con una hebilla dorada. Trató de levantar un poco las mangas de la camisa, que salían hinchadas y libres de aquel chaleco, de manera que los volantes de encaje, que ornaban los pulsos, no le estorbaran al trafagar cerca del fuego. Cogió el reluciente escalfador de cobre, con el largo mango de madera en forma de volutas, y vertió dentro varias tazas de excelente café que la criada le había traído. Añadió muchas cucharadas de azúcar rallado y mantuvo el cacito sobre la llama de la chimenea, mezclándolo muy bien. Cuando vio subir a la superficie del líquido negro las primeras burbujitas, retiró el cazo del fuego y comenzó a rallar encima abundante nuez moscada y bastante canela bien aplastada e impalpable. Lo cubrió con la tapa y volvió a ponerlo en la chimenea, junto al fuego, para que se mantuviera bien caliente, sin hervir. Dejó la botella de ron en una posición en la que podía adquirir la temperatura adecuada y mantuvo al alcance de la mano la de ratafia de violetas. El alcohol y la ratafia debían ser añadidos sólo en el último momento. Ahora podía tenderse sobre el canapé y concederse, en la tibieza de la habitación, el dulce placer de saborear de antemano el amor.

Cogió de la pequeña biblioteca un volumen erótico y se puso a hojearlo. Era el *Thérèse Philosophe* del marqués de Argens, sabiamente ilustrado por un anónimo y recién salido de la

prensa. La encuadernación en piel roja, ornada en oro puro, con unas maravillosas planchas, olía al sensual perfume del mejor tafilete francés. Giacomo hojeaba con deleite el libro, donde la pornografía se entrelazaba agudamente con las consideraciones teológicas.

Narraba de Teresa que, hasta la edad de veintitrés años, en el convento, se esforzaba por reprimir su propia naturaleza, luego se confiaba a los cuidados del padre Dirrag y así comenzaba su iniciación erótica. Observaba complacido las hermosas láminas donde el reverendo, en una postura bastante audaz, admiraba los cándidos glúteos de la protagonista y otras *gravures* donde elegantes caballeros impúdicos se entretenían agradablemente con ella. Giacomo estaba degustando aquella soledad densa de trepidaciones.

Es el momento en que los amantes se desean con mayor intensidad y por su mente pasan las imágenes, gozosas y excitantes, de la cita que se aproxima. Los amantes de alcurnia, los únicos dignos de tal nombre, en los instantes de espera se preparan para las fases sobresalientes del encuentro. Saborean bien y anticipadamente las reacciones del amado y, al pensar en su propio placer, se preocupan por aquel que sabrán suscitar. Pero, por encima de todo, se deleitan fantaseando sobre los preparativos y las inquietudes de la amada, en esos mismos momentos.

Algunos ruidos de pasos en la entrada sobresaltaron a Giacomo de sus persuasivos pensamientos. Oyó resonar el habla francesa, tan elegante, del dueño de casa, al que seguían los saludos deferentes de los criados. El abad había llegado.

Joachim François de Bernis, embajador de Francia en Venecia, se quitó el tricornio mojado y la blanca *larva* que le enmascaraba el rostro. Confió a sus servidores también la *bautta*, la corta capa negra con capucha que le cubría los hombros y la cabeza, dejando libre sólo el rostro. Por último, se quitó el abrigo empapado de lluvia y entró.

—¡Buenas noches, querido!

De Bernis dio la mano a Casanova, con una *nuance* de amigable condescendencia, y se encaminó hacia la chimenea para secarse.

—¡Buenas noches a vos, querido François!

Como de costumbre, hablaban en francés.

De Bernis, un poco reconfortado por el fuego, se volvió hacia el veneciano, dando la espalda a las llamas:

—Esta noche tenemos tiempo, Giacomo.

Sólo en privado se llamaban por el nombre.

—Aún no ha llegado la hora, para nuestras deliciosas amigas, de dejar su celda, aunque hace un buen rato que habrán terminado de rezar las completas. Al llegar me pareció oír la campana del silencio, por eso pienso que las monjas ya se habrán retirado. Pero nuestras amadas deberán esperar, para estar seguras de que sus hermanas han cogido el sueño. Hacen bien en ser prudentes y no arriesgarse demasiado pronto a deslizarse en silencio hacia la puertecilla del huerto. A buen seguro, mi góndola estará allí fuera esperándolas, tenemos toda la noche por delante, porque nuestra inigualable amiga ha conseguido la dispensa de rezar los maitines.

—En este momento, M. M. se estará acicalando, luego dará unos sabios toques de colorete

también a la pequeña Caterina. Sabe hacerlo con gran maestría... —dijo Giacomo, saboreando el dulce pensamiento.

—Sabe hacer resaltar ese cuerpecillo en todos los puntos que lo merecen —comentó el abad, para quien el erotismo nunca podía ser separado del goce estético—. Con seguridad, aún tardarán media hora o más. Querría aprovechar, si me lo permitís, amabilísimo Giacomo, para pedirlos... un favor —dijo De Bernis, venciendo un cierto embarazo.

—¡Vuestro servidor, excelencia! —respondió Casanova inclinándose y dibujando, de una manera un poco caricaturesca, un amplio gesto circular con un brazo, como si estuviera haciendo la reverencia con las plumas de un imaginario tricornio.

—Gracias. Sé que siempre puedo contar con vuestra cortesía y discreción. Por tanto, querría pedirlos, si fuerais tan amable de ayudarme a... a encontrar un... un maestro vidriero al que un eminente amigo quiere encargar un servicio de mesa especial, en vidrio de Murano.

De Bernis lo había dicho todo de un tirón y en voz baja. No solía pedir favores.

—Me será muy grato hacerlo y probablemente también fácil, ya que conozco a todos los vidrieros de la isla. ¿Cuál es su nombre?

—Este es el punto. Ni yo ni el comitente conocemos su nombre. Se trata, desde luego, de un gran maestro, puesto que de sus manos salen obras bellísimas. Una... querida e ilustre amiga mía de París, a la que soy muy devoto, ha visto en casa del embajador de la Serenísima en la capital francesa, el noble Giovanni Alvise Mocenigo, un servicio hecho por ese vidriero y se ha quedado prendado de él. Ahora bien, el importante personaje, que me honra con su confianza, quiere hacer una cosa grata a... a la Gran Dama, ofreciéndole un regalo de ese tipo y, si fuera posible, aún más hermoso. El comitente no es una persona que repare en gastos.

Casanova se quedó un poco pensativo, luego respondió:

—Sois afortunado, abad mío, me parece recordar haber visto ese maravilloso servicio precisamente en casa de Alvise Mocenigo, aquí en Venecia, antes de que fuera destinado a la embajada de Francia. Es probable que se trate de los mismos objetos que luego ha llevado a París. Recuerdo que me quedé muy admirado y por eso quise conocer el nombre del maestro vidriero. Estoy seguro de que se llama Mazzolà y que su nombre es... Giovan... Giovan Battista. Sé que tiene el horno en las Fondamenta della Colonna, en la parroquia de San Esteban.

—¡Pero entonces lo conocéis bien! ¿Incluso en persona? —preguntó François con un énfasis insólito en él—. Os lo pregunto porque se trata de un asunto muy, pero muy, delicado, que debe ser negociado directamente.

—Se da el caso de que tengo familiaridad con él, es más, se podría decir que, en cierto modo... es casi un pariente —dijo Giacomo con una sonrisa demasiado maliciosa.

—*More solito*, ¡lo conocéis por enredos de faldas, supongo!

—Puede ser —respondió lacónico, pero muy atento a no desmentir.

—¿Podríais conducirme hasta él mañana por la mañana e interceder a fin de que realice esta vajilla a toda prisa? ¡Es un asunto de la máxima importancia y urgencia!

—Seguro que puedo y lo haré de buen grado, pero mañana me parece muy difícil. La noche ya está muy avanzada y antes de que volvamos a Venecia será de día y, además, mañana es domingo. Propondría dirigirnos a la vidriería el lunes, temprano. En cuanto a la urgencia, empero, tengo algunas dudas. Sé que el maestro está agobiado de trabajo y estos muraneses son fieles a la palabra dada. Es muy arduo confiar en que hagan esperar a un cliente para servir a otro, que ha llegado después.

—Ya os he manifestado que se trata de algo de extremada relevancia, y que mi amigo no plantea problemas de gastos.

—No es cuestión de dinero, los vidrieros de esta isla están muy orgullosos de su corrección y son tan testarudos como los alemanes. Además, disculpad, ¿por qué tanta prisa? ¿Qué puede haber tan importante y tan misterioso en un servicio de mesa, por más extraordinario que sea?

—Reconozco que podrá pareceros extraño, Giacomo, pero de momento no puedo deciros nada más. Perdonadme: verdaderamente no puedo, porque son hechos que implican voluntades mucho más grandes que nosotros. De otro lado, el nombre de la señora a la que está destinado el presente no permite indiscreciones.

—Entiendo... entiendo —respondió Casanova con ademán indiferente. Le resultaba difícil poner freno a su curiosidad. Se quedó pensativo, pero una sonrisa irónica le torcía los labios.

—¿Por qué sonreís así, querido Giacomo? —preguntó De Bernis, preocupado.

—Oh, nada, nada, sólo que quizá olvidáis, mi buen señor embajador, que en el silencio de Venecia hasta las quietas aguas de los canales escuchan. Incluso las piedras resbaladizas de los puentes, las maderas negras de las góndolas y sus relucientes hierros oyen y cuentan; si es el caso; a aquellos que en las altas esferas actúan para defender la cosa pública. Si no, esperan mudos a que llegue el momento oportuno para usar la noticia. Por antigua costumbre, no sólo los excelentísimos, sino también las familias nobles de mi acuosa ciudad, captan hasta las vibraciones que están en el aire. Así, ciertos aristócratas venecianos, antes o después, se enteran de todo, o bien, si no se enteran, lo intuyen. Sólo los extranjeros y el populacho quedan excluidos de estos subterráneos susurros. Así es Venecia desde siempre y así ha podido conservarse durante mil años. Vos subestimáis a mis compatriotas y a vuestro amigo Casanova, que no tardará en conocer qué se esconde debajo de tanto misterio. Incluso en este instante, estoy seguro, ellos saben que estamos aquí, pero prudentemente se desinteresan de ello, hasta que la noticia empiece a circular por los salones y entre la gente. Sólo entonces, con mucho tacto, para no topar con el Reino de Francia, intervendrán para hacer entender, con señales indirectas más que con palabras, que es oportuno dejarlo. Así actúa la señoría, con extremada prudencia y en silencio. Pero no temáis, entretanto seré mudo como una jibia y, sin reservas, haré todo lo posible por favoreceros.

El abad Bernis se había quedado en silencio, perplejo, pero al fin comentó:

—Puede ser, pero en tanto os agradeceré, querido Casanova, que no me preguntéis más y que queráis ayudarme en este asunto. Si callo, lo hago también en vuestro interés. Encargos de esta relevancia comportan a veces algunos riesgos: no querría que vos los corrierais por mi culpa. En cuanto a mí, ésta es mi misión, me guste o no. Por otra parte, muy pronto sabréis algo más, necesariamente, pues tendré que presentaros al comitente.

Fueron interrumpidos por voces de mujeres jóvenes y frufús de vestidos que provenían de la

antecámara. Sin demora, apareció M. M. con Caterina C., ambas ateridas por el frío y por el breve viaje en góndola. Habían dejado las capas mojadas a Victorine y se quedaron con sus hábitos de monja y de lega. Corrieron a ponerse delante del fuego y, cruzando los brazos, se apretaban los hombros y se los frotaban, para volver a entrar en calor.

El abad Bernis fue hacia M. M., le besó la mano y las mejillas, luego se acercó a la lega y le acarició el rostro dulcemente. Giacomo fue a su encuentro, las abrazó y besó a ambas en la boca.

—Calentaos bien en la chimenea—ordenó con tono jocosa mente autoritario—, dentro de pocos momentos os será de ayuda un ponche especial que he preparado para vosotras.

Añadió con cuidado al café, que aún estaba bien caliente en el escalfador, una exacta dosis de ron y luego un buen sorbo de ratafia de violetas. Mezcló largamente y, sosteniéndolo por el mango, acercó la ollita al fuego. En un instante el líquido oscuro volvió a hervir y entonces sirvió rápidamente cuatro tazas. Ofreció una a M. M. y otra a la lega.

—Es una receta mía y es lo mejor que hay, después de un trayecto por la laguna, en una noche tan fría y lluviosa. ¡Tragadlo enseguida, en pocos sorbos!

Así hicieron, joviales, bebiéndolo delante del fuego, mientras los dos hombres las contemplaban con sus tazas en la mano.

A Casanova le gustaba que sus dos amigas llegaran del convento, a las citas amorosas, con sus castos hábitos monacales. Ese atuendo añadía voluptuosidad a M.M., ya de por sí tan sensual. El severo gris oscuro del traje de religiosa exaltaba su belleza y su misterio.

Era una mujer fascinante, aún muy joven, pero con una apenas insinuada opulencia que confería nobleza a su figura y tibieza a su abrazo. Provenía de una aristocrática familia veneciana y a sus innatas dotes de perspicacia e inteligencia había añadido, con empeño, una infrecuente cultura. Era un misterio el porqué había tomado los hábitos, al no haber sido por su talante, ni obligada por nadie a hacerlo, como sucedía a menudo. Casanova nunca osó preguntárselo, sabiendo perfectamente que habría obtenido una respuesta, desde luego, aguda, pero elusiva.

La lega Caterina C. era graciosísima: estaba en plena adolescencia y durante aquellos encuentros nunca conseguía esconder su apuro, aunque su devoción a M. M. era total y habría hecho cualquier cosa que ella le pidiera. Había sido la hermana quien en su celda silenciosa la había iniciado en los amores y en las caricias más tiernas y delicadas. Sólo más tarde había comenzado a llevarla consigo a las citas con sus dos amantes. La timidez de la muchacha se limitaba, empero, sólo a los momentos preliminares, porque cuando veía a su amiga y maestra abandonarse sin ambages a los más intensos y refinados placeres, dejaba todo embarazo y trataba de ser digna de ella. Y lo conseguía.

M. M. con el rostro enrojecido por el calor de la chimenea y por el ponche, comenzó a quitarse la toca almidonada, luego el cuello blanco de puntillas que le enmarcaba el rostro, después la larga túnica gris abierta a los lados, bajo la cual estaba el ropón, ajustado en el talle por un grueso cinturón de cuero. También se lo quitó, hasta que no tuvo para quitarse más que la delicada y transparente lencería. Por último, se quedó sólo con las largas calzas conventuales blancas, que ponían de relieve sus piernas bien torneadas.

Caterina, con los pómulos en llamas, se acercó sonriendo tímidamente a M. M., le dio un tierno beso en la mejilla y comenzó a desnudarse de su vestido rosa, de lega. Rubia, tenía un cuerpecillo

muy agraciado y esbelto, con pequeños senos sobre los que un ojo experto habría advertido enseguida los toques de colorete que M. M. le había enseñado a ponerse allí, y también en otras partes. Una vez más se sentía incómoda mostrándose sin ropas ante sus amantes, pero su amiga y protectora la abrazó, acariciándole la nuca y las caderas. Caterina, ya desvestida, se sentó, un poco avergonzada y muy compungida, al borde de una de las sillitas curvas, en estilo moderno, que amueblaban el local.

Giacomo sirvió otra taza de ponche y la ofreció a M. M., que se demoró en beberla delante de las llamas de la chimenea, para calentarse. Le ofreció otra igual a la lega que, en un primer momento, se negó, pero luego comenzó a sorberla, inflamándose aún más por la bebida hirviente.

Giacomo se había quedado con su elegante chaleco verde guisante bordado en plata, del que salían las amplias mangas de la camisa en fina muselina de Lombardía. Se había tendido sobre el canapé y admiraba en silencio a M. M. en su deliciosa desnudez.

La monja, con las orejas y los carrillos cada vez más enrojecidos por todo aquel calor, se volvió hacia el abad, exponiendo un costado a la chimenea. Tenía el cabello negro y suelto, la boca carnosa de un rojo carmín resplandeciente. Con unos porros de color rosa, se había teñido ligeramente la parte inferior de los senos, la barriguita y las rótulas de las rodillas. Las llamas reverberaban aquí y allá sobre su cuerpo. El triángulo de pelos negros con reflejos azules, color muy raro, relampagueaba en el resplandor rojizo y se avenía magníficamente con los sabios toques rosa de su tez. Se acercó al canapé, donde se había recostado Casanova, mientras intercambiaba, contenta, algunas frases galantes con el abad.

Con su inteligente voluptuosidad dirigía el juego y, de manera imperceptible, favorecía el rito que se estaba celebrando, a base de alusiones y sutiles provocaciones, siempre tan espontáneas y despreocupadas que nunca rozaban la vulgaridad.

Giacomo la invitaba con ambos brazos, hasta que ella estuvo muy cerca. Entonces la hizo tender a su lado y comenzó a acariciarla. La religiosa continuó durante un rato su brioso coqueteo con De Bernis, pero su voz se hacía poco a poco más ronca y también su sonrisa iba desapareciendo.

Giacomo no se había desvestido, pero igualmente, con lentitud, comenzaron a hacer el amor.

Entretanto el abad se había acercado a la lega, se había arrodillado a su lado, la había abrazado y le susurraba dulces palabras al oído.

Ambos miraban fascinados a M. M. y Giacomo, cuya ternura se iba transformando, poco a poco, en ardor.

En la habitación sólo se oían los suspiros de M. M. y los cuchicheos del abad, que se había apretado aún más a la muchacha y seguía hablándole con dulzura. Los ligeros chasquidos de la leña en la chimenea, de vez en cuando punteaban aquel silencio hecho de murmullos y palpitaciones.

La joven Caterina se defendía, trataba de contener sus risitas y, tímida, jugueteaba con el *jabot* de blondas de Flandes de De Bernis, mientras seguía mirando, cada vez más arrebatada, a los dos amantes que, apasionados, se movían a un ritmo convulso.

De Bernis la dejó durante un instante, echó un poco de leña al fuego, luego la cogió con dulzura y la llevó a la gran cama. La lega se estaba relajando ante las delicadas atenciones del abad. La besaba donde era más sensible: la respuesta no tardó en llegar, una y otra vez. La respiración de

Caterina se hacía en algunos momentos afanosa, hasta que la muchacha se abandonaba con un gemido. Entonces, sólo después de un rato, el abad volvía a ocuparse de ella, hasta que la muchacha empezaba a emitir de nuevo grandes suspiros de placer.

También Casanova y M. M., en las raras pausas de su acoplamiento, sonreían al oír los repetidos suspiros de la jovencita.

En un momento dado, la lega parecía que fuera a desvanecerse y trató de protegerse el pubis con ambas manos, como con una mueca de dolor. Sólo en ese punto el abad Bernis se detuvo y empezó a acariciarla comprensivo, lentamente, a lo largo de todo el cuerpo. Muy pronto la muchacha se recuperó, abrió los ojos y sonrió. Entonces el embajador, también sonriente, la cogió de la mano, la condujo con ternura hacia los dos amantes, que no parecían nunca saciados, y la invitó a manifestar su afecto por su amiga.

Caterina era feliz de hacerlo, siguiendo los movimientos cada vez menos convulsos de la hermosa M. M., que de vez en cuando la miraba con reconocimiento. La lega la besaba en el cuello y en los hombros: le prodigaba, por doquier, delicadas caricias, que la ayudaban a relajarse.

Sólo en aquel momento, mientras aún estaba inclinada rozando los cuerpos de los dos amantes casi exhaustos, el abad la poseyó brevemente y se desplomó sobre ella.

Se hizo el silencio en la habitación. En la chimenea sólo que daban las brasas, que se consumían poco a poco.

El tiempo parecía correr muy lento, hasta que el embajador de Francia tiró de la campanilla. Desde la otra habitación se oyó al servidor que hablaba en voz baja en francés con su mujer, Victorine, indicándole cómo presentar las viandas. Anunciada sólo por un chirrido, fue introducida en el cuarto, sin hacer ruido y a través de un bajo portillo, una mesita con ruedas, dispuesta para cuatro con vajillas preciosas, copas de Murano y elegantes servilletas de lino bordado.

En el estante inferior estaban las botellas de vino. Eran vinos de Champaña, de Rodas, de Borgoña y Lacrima Christi. No faltaban las ratafias y los rosolis de chocolate, el Angelico y el de agua de jazmín. Algunas bebidas, que debían consumirse frías, estaban sumergidas en fresqueras de plata, llenas de nieve. Otro carrito, también éste silencioso, llegó a la habitación con los platos de las primeras viandas. El dueño de casa, con gracia, invitó a sus amigos a acercarse a la mesa y los otros, como desperezándose de un dulce sueño, lentamente se movieron. El abad acompañó a la lega a su silloncito.

La joven estaba bastante apurada de sentarse a la mesa mostrando su desnudez, aunque sabía que su adorada amiga habría hecho lo mismo y, es más, lo habría aprobado. El Abad, siempre solícito, cogió de un *bureau dos d'âne* un chal de seda y, dándole un beso en la sien, se lo envolvió en torno a los hombros, para protegerla del frío. Ofreció) otro idéntico a M. M.

—Hacedme el honor, queridas señoras, de aceptar el *dîner* que mi cocinero borgoñón nos ha preparado. Espero que queráis gustar el *soufflé* de queso de *gruyère* y de setas del Montello, las becasas de la Mira al vino de Borgoña y, por último, como es tradición para terminar una buena cena, las ostras crudas y *fardes dans leurs coquilles*, que llegan frescas del Valle de Figheri. Esta noche, me ha agradado ofreceros algunas viandas típicas de mi patria, si bien no demasiado alejadas de los gustos venecianos. Serán acompañadas por los vinos que he elegido para este delicioso encuentro en vuestra compañía. Mi hospitalidad no puede igualar vuestra gracia, señoras,

ni la alegría que vuestra presencia dona a nuestro amigo y a mí, pero agradecedla igualmente porque sus carencias serán compensadas por nuestra devoción y por el afecto que abrigamos por vosotras —concluyó De Bernis, mirando a Giacomo.

Lo que más impresionaba de él era la natural elegancia de sus movimientos y su facilidad de palabra, en toda circunstancia, incluso la más insólita. Su refinada educación cortesana y el arte inimitable, que sólo los grandes señores franceses poseían, para la plática cortés, envolvía a los demás comensales y los hacía sentirse a sus anchas. Era una invitación a disfrutar, sin ambages ni vulgaridades, de las alegrías de la vida y de la juventud, siempre manteniéndose en la levedad de un juego. Para él, incluso la más ardiente y carnal de las pasiones tenía que estar arropada por una atmósfera de gracia y de galantería nunca afectada.

Animados por las llamas de la chimenea, empezaron la cena.

Las viandas calientes eran servidas en recipientes de plata de doble pared, en los que se había puesto agua hirviendo, para conservar el calor de las comidas. El magnífico *soufflé* de *gruyere* y de setas del Montello llegó sabiamente a la mesa, muy suave, aún humeante, justo antes de ser saboreado. Iba acompañado por una salsa al vino blanco de Verona y un *blanc de blanc* de la Provenza, bastante frío.

El fuego de la leña seguía vivaz, porque, cada tanto, uno de los dos caballeros se levantaba para alimentarlo con nuevos troncos.

La atmósfera era deliciosa, M. M. desprendía una clara y serena felicidad, visiblemente satisfecha. En el centro de la mesa, una pareja de pastorcillos de porcelana de Candler, coronados por una nube de rositas y flores de Sèvres, de delicados colores, eran la base de muchos *porte-bougies*. En las *bobèches* de bronce dorado, las numerosas velas derramaban sobre los comensales una luz incluso demasiado complaciente.

Aquellos sensuales reflejos ceñían el rostro y los cuerpos desnudos de M. M. y Caterina con las sombras y los brillos difusos de una fascinación antigua y sin tiempo, que hizo estremecer a Casanova.

Aún más seductoras aparecían sus formas, deslumbradas por los trémulos reflejos de la chimenea, en la incipiente oscuridad, ahora que las otras luces de la habitación se iban apagando lentamente.

Casanova quiso defenderse de tanto embrujo, bromeando:

—En verdad, un antiquísimo refrán lombardo advierte que nunca hay que dejarse engañar: «Ni mujeres ni telas a la luz de las velas.» —Pero fue jocosamente abucheado por las torvas miradas de las dos bellezas.

Llegó el momento de las becasas al vino de Borgoña. Marina das en el vino tinto de aquella región, muy aromatizado, estaban rellenas de sabroso *foie gras* del Quercy Périgord y acompañadas por gruesas uvas, soasadas en el fondo mismo de cocción. El color rubí del Borgoña emitía reflejos invitadores desde las copas iluminadas por las velas.

La conversación discurría sobre temas ligeros y agradables, hasta que cayó sobre el recuerdo de cómo se habían conocido. Giacomo contaba que había visto a Caterina en una plazoleta de Venecia y se había enamorado enseguida de ella, que lo había correspondido de inmediato, con total pasión. Ante este pensamiento, la lega asentía, sonriente.

—Pero a mis padres no les agradaba, Casanova, con la fama que tenéis, que frecutarais a su hijita y me encerraron, sin que lo supierais, en el convento de Santa María de los Ángeles de Murano. ¡Esperaban que todo se calmase, a la expectativa de un buen matrimonio para mí!

Pero Casanova, lo recordaba con orgullo, se enteró muy pronto de dónde había sido escondida su amada y todos los domingos, con gran constancia, se dirigía a misa en la iglesia del convento que cada semana, en día festivo, abría al público.

—¡Confíaba en que desde la rejilla de la pared del fondo, por la cual vosotras, las monjas, seguáis las funciones, Caterina me entreviera!

—¡Era difícil que pasarais inadvertido, Giacomo —comentó con adulación complacida M. M.—, erais dos palmos más alto que todos los demás fieles, vestido elegantemente, a la última moda, en una parroquia frecuentada sólo por los vidrieros y los pescadores de Murano! Todas las monjas os habían notado y yo sentía aún más curiosidad que las otras, porque Caterina me había abierto su tierno corazón. Le había solicitado a la madre superiora que fuera entregada a mis cuidados, ya que es norma que cada lega sea encomendada a la experiencia de una monja profesa. La dulce Caterina dormía en mi celda y juntas pasábamos las horas hablando de vos. La niña me alababa, entusiasta, vuestras virtudes y vuestras dotes y en poco tiempo también yo había caído enamorada de vos y las dos nos confortábamos mutuamente. Así, en poco tiempo, entrelazamos una tiernísima e íntima relación.

Caterina, en aquel punto, alargó una mano a través de la pequeña mesa y apretaba con fuerza la de la hermana, mirándola con ojos adoradores, como sólo los jóvenes pueden hacer.

En ese momento, llegaron, acogidos con gritos de alegría por parte de las señoras y amplios gestos de satisfacción de Giacomo, los dos grandes platos de ostras del Valle de Figheri, uno con los moluscos vivos abiertos y bien preparados con zumo de naranja y pimienta, el otro con las ostras cocidas y gratinadas en una salsa de *zabaione* salado, al vino de champán. Degustaban ora las unas ora las otras, sustentadas con el buen vino espumoso de Francia, mantenido en la nieve de las fresqueras.

—También yo debo revelaros una cosa... —dijo el abad, que se había sentido implicado y amablemente confesaba, a su vez, su papel en aquellas vicisitudes—. En uno de nuestros encuentros nocturnos, M. M. me habló de la emoción que sentía por vos, Giacomo, y me preguntó si podía conducirnos aquí con ella. De buena gana, dije, pero sólo con la condición de que pueda asistir, sin ser visto, a vuestras citas. Así hice cada vez, con gran interés e incredulidad por la pericia y el ardor de ambos. Sólo más tarde me manifesté ante vos, Giacomo. Espero que esto no os moleste. Luego la deliciosa Caterina consintió en unirse a nosotros y nos trajo su naciente belleza y su inigualable frescura. El resto lo conocéis todos y henos aquí, mis hermosas y queridísimas señoras, una vez más, también esta noche, cele brando nuestra feliz asociación.

Caterina estaba encendida de modestia por los cumplidos recibidos, pero vencida la timidez quiso decir:

—Con vosotros paso las horas más deliciosas de mi vida: os llevaré siempre en el corazón. Os debo también un enorme reconocimiento porque ahora sé que, cuando me case, sabré hacer verdaderamente feliz a mi esposo.

Todos aplaudieron sus palabras y alegremente se dispusieron a hacer honor del carrito de los

postres que, ante un nuevo sonido de la campanilla, había sido introducido en la habitación.

Casanova continuó con la conversación donde la había dejado la lega:

—Hacéis bien, Caterina, al conservar estos momentos en vuestro corazón, como, por lo demás, haremos todos nosotros. Lo que su Excelencia nos permite saborear es algo único e irrepetible. Augurémonos que dure largamente, aunque, por desgracia, he oído rumores de que tan hábil diplomático pronto será llamado a su patria para ocuparse de más prestigiosos encargos...

—¡Oh, qué lástima! —exclamó, espontánea, Caterina.

En el mismo instante se oyó el sonido de una copa que caía sobre la mesa y se hacía añicos, mientras en el rostro empalidecido de M. M. se pintaba la desesperación.

Casanova se arrepintió de cuanto había dejado imprudente mente escapar, porque intuyó que la noticia había herido a su amiga mucho más de cuanto se podía esperar y enseguida trató de asumir un tono alegre y desenvuelto. Pero su júbilo sonó forzado:

—He aquí las burbujitas que suben en este magnífico vino y he aquí las deliciosas *poires au chocolat*, decoradas con fruta confitada de Génova. —Y llenó las altas copas, varias veces, a medida que la espuma bajaba, hasta que el dulce champán desbordó sobre el mantel.

De pronto, De Bernis se puso rígido, miraba ora a uno ora a otro, pero no osaba añadir nada a aquello que Casanova había re velado y miraba con ojos llenos de preocupación a la monja. Pero fue un instante, porque M. M. enseguida se recompuso, bebió de un trago la copa de vino espumoso y se esforzó por sonreír.

La habitación ya estaba casi a oscuras. Sólo los candelabros sobre la mesa estaban aún encendidos y eran pocas las llamas en la chimenea.

Giacomo no sabía qué hacer ante la reacción de su amiga. Se levantó, se acercó a ella y la abrazó con ternura. Ella lo miró a la cara y, sin decir nada, lo volvió a conducir, casi por la fuerza, hacia el canapé.

Cuando estuvieron en el sofá, se echó encima de él con un frenesí innatural. Su ardor de antes se había convertido en una desgarradora necesidad de aturdimiento y de olvido.

Hizo el amor varias veces, con desesperación, como si fuese la última oportunidad que tenía. De vez en cuando invocaba el nombre de François, cada tanto el de Giacomo. El sintió el sabor salado de las lágrimas que le bañaban el rostro. Al final M. M., llorando, se detuvo y exhausta se enroscó morbosamente a él.

De Bernis hizo sentar de nuevo a Caterina sobre la gran cama y le enseñaba, sin demasiada convicción, las estampas de sus libros eróticos. Le mostraba *L'école des filles*, luego el divino Giulio Romano en *I sedici modi* de Aretino y, por último, las maravillosas láminas del *Joujou des filles*. Pero en realidad preocupado, vigilaba el comportamiento de M. M.

La lega, aunque tenía dificultades para mantener los ojos abiertos por el vino y el prolongado placer que el abad le había ofrecido antes de la cena, seguía comentando las estampas con infantil malicia y planteando preguntas graciosísimas. Pero, al final, el agotamiento y la juventud tuvieron las de ganar y dulcemente se adormeció.

En el silencio de la habitación, sólo se oía la respiración regular de Caterina y los diminutos chasquidos de los últimos destellos que salían de las brasas. Así pasó el tiempo, hasta que del campanario de Santa María de los Ángeles llegaron los repiques de la hora décima. Giacomo se sacudió:

—Mi amorosa amiga, dentro de tres horas saldrá el sol, debéis regresar al monasterio antes de que comiencen a llamar a Laudes.

—Sí —respondió la monja como un autómata, levantándose. Las lágrimas aún le bañaban los párpados, pero ya no caían por el rostro.

No fue fácil despertar a aquel ángel durmiente de Caterina, pero al final mostró sus ojos asombrados, saliendo de quién sabe qué sueño.

Mientras se estaban vistiendo en la habitación ya fría, Casanova echó el último trozo de leña a las brasas y François tiró de la campanilla para avisar a los sirvientes. Por la puertecilla fue ron introducidas, sobre la mesita con ruedas, cuatro humeantes tazas de chocolate, que fueron sorbidas en un silencio embarazoso. Ya estaban a punto de salir, cuando De Bernis sacó de un cofrecito dos estuches de tafíete rojo y los entregó a M. M. y a Caterina. Ambos contenían una cadena de oro con una bellísima perla en forma de huevo colgada. En el broche estaba reproducido, en diamantes, el nombre de cada una de ellas.

Era prudente que los adioses se consumaran en la habitación. Hacerse ver fuera, juntos, habría sido demasiado peligro so. Fueron tiernísimos y M. M. abrazó primero a Casanova, estrechándolo con desesperación, luego se acercó a François, le cogió la cabeza con las manos, la acercó hasta su rostro con fuerza, casi hasta hacerle daño, y lo inundó de lágrimas. Salieron solas.

De Bernis y Casanova, desde la ventanita, vieron a las dos jóvenes yendo hacia la góndola del embajador y subir a ella. Mientras entraba en el *felze*, M. M. dirigió una larga mirada hacia la pequeña ventana iluminada. Aquel gesto tuvo el aire de algo más que un adiós.

La esbelta embarcación se alejó en la oscuridad del canal, moviendo apenas la superficie del agua, y desapareció entre la lluvia.

Volvieron a entrar, para esperar el regreso de la góndola. Se dejaron caer, tristes y silenciosos, sobre dos sillones delante de la chimenea, donde pusieron a arder un poco más de leña.

—Qué extraordinarias son nuestras amigas —dijo al fin el prelado, quizá para alejar otros pensamientos más dolorosos.

—Sois vos, François, el que poseéis el arte de hacerlas sentir a sus anchas, vos conseguís que, embrujadas por la atmósfera de refinada naturalidad que siempre lográis crear en torno, dejen deliciosamente toda rémora y todo pudor. Incluso la pequeña Caterina, después de algunas timideces, siente la gracia que invade el ambiente y se abandona sin embarazo. Es más... —comentó Giacomo.

—Esa joven es insólita; quizá esta noche os hayáis percatado de que alcanza la felicidad muchas... muchas veces, cosa inusual para su temprana edad.

Evidentemente el abad estaba saboreando el recuerdo.

—Sí, es verdad —exclamó sentencioso Casanova—, de costumbre, las mujeres algo mayores,

digamos después de los treinta, es más fácil que tengan tales posibilidades.

Las charlas eran fatuas, pero su mente estaba ocupada por otro pensamiento. Fue Giacomo quien abordó el tema que le oprimía el corazón:

—Es nuestra M. M. la que me preocupa, François. Juntos la hemos ayudado a soportar ese convento que detesta. Pero esta noche vuestro silencio me ha confirmado los rumores que había oído. ¡Pronto partiréis! M. M. ha reaccionado de una manera muy angustiada ante tal eventualidad y me ha parecido desesperada. He tenido la sensación de que la pérdida de uno de nosotros podría romper el inestable equilibrio que le sirve para mantenerse aferrada a la vida y que ella esconde bajo el manto desenvuelto de su sensualidad. ¡Habéis visto perfectamente qué efecto ha hecho en ella la noticia de vuestra próxima partida! Temo que, para una mujer tan apasionada y sensible, obligada a llevar una vida que aborrece, sea un dolor insoportable.

—No puedo negar, Giacomo, que quizá deba dejar Venecia... En cuanto a nuestra amiga, también yo temo algo grave. La conozco demasiado bien... Me da miedo su lúcida inteligencia, ¡podría impulsarla hacia soluciones extremas! Nosotros tenemos otras cosas que nos llenan la vida, pero para ella estos encuentros y nuestro calor quizá lo sean todo. En cualquier caso, si tengo que partir me esforzaré en prepararla para el distanciamiento de la mejor manera posible. Pero, de todos modos, siempre le quedaríais vos, Giacomo, ella os ama y espero que eso sea suficiente para hacerle aceptar mi alejamiento.

—Es verdad que me ama, François, pero me parece que necesita una complejidad de sentimientos que nunca consigo en tender del todo. No hay duda, el suyo es un amor muy distinto del nuestro, por desgracia...

Se quedaron en silencio. Ambos sentían que una noche iniciada con una despreocupada voluptuosidad había declinado en una congoja, arrastrando tras de sí amargos presentimientos.

Entretanto había llegado el gondolero del embajador. Los dos salieron embozados en sus largas capas, con los tricornios bien encasquetados en la cabeza. Antes de subir a la góndola, el abad Bernis cogió por la muñeca a Casanova, que estaba a punto de encaminarse a la suya, y se la apretó con fuerza.

—A propósito de cuanto os he pedido, confío en vuestra absoluta discreción, Giacomo, porque sé que sois un hombre de honor. Vuestra ayuda será preciosa para realizar de inmediato el servicio de Murano, puesto que tenemos prisa y no podemos permitirnos ningún paso en falso. Incluso lo poco que he podido decir sobre toda la historia debe permanecer en secreto. ¡Absolutamente secreto! —musitó el embajador, mientras mi raba alrededor, circunspecto.

—No temáis, excelencia, mi discreción será total. Sólo deseo que mi relación con el vidriero Mazzolà pueda sernos útil para obtener, en poco tiempo, cuanto deseáis. De todos modos, que daos tranquilo, no podíais estar en mejores manos. El lunes temprano, cuando den las quince, nos encontraremos en la embajada, para poder llegar al horno aún de mañana. ¡Buenas noches, querida Excelencia!

—De acuerdo, a la hora decimoquinta en la embajada, el lunes por la mañana. Buenas noches también a vos, Giacomo, y gracias.

Subieron a sus góndolas, que esperaban con las luces apagadas sobre el agua del pequeño canal.

# Capítulo 4

*Lunes 28 de octubre de 1754*

*Santos Simeón y Judas Apóstoles. Mañana*

De las bocas encendidas de los hornos salían llamas rojas de calor que hacían vibrar el aire. El vidriero alzó, con el extremo de la larga caña de hierro, un poco de vidrio fundido del crisol al calor blanco. Enseguida comenzó a girar con seguridad su herramienta para que el vidrio incandescente, que estaba pegado a ella, se convirtiera en una bolita bien redonda y no colgara de un lado, deformándose. Llevó la caña al maestro, que estaba sentado a su mesita y empezó a hacerla rotar sabiamente. Si la hubiera mantenido firme, o si hubiera sido demasiado lento en la rotación, el vidrio fundido habría colado hacia abajo, hasta el suelo de tierra. Si hubiera rotado la caña demasiado deprisa la pequeña esfera blanda y candente se habría achatado. Pero un maestro de su destreza hacía aquellos movimientos por costumbre, sin prestar atención, mientras daba breves indicaciones a los vidrieros que lo ayudaban. Un soplo ligero en la caña que tenía en la mano hizo aparecer, en el centro de la bola de vidrio fundido, una burbuja de aire, perezosa, esférica y reluciente. Entonces cogió las pinzas de vidriero, las antiquísimas *borsele*, las apoyó delicadamente en el pequeño globo blando del lado opuesto a la caña y, mientras seguía rotando, dejó que la herramienta practicase, en la pelotita, un orificio que se hizo cada vez más grande.

Luego la hizo girar a mayor velocidad. Poco a poco, por efecto de la rotación, los bordes del orificio se dilataron cada vez más hasta que la pequeña esfera encendida se abrió como una flor que descubre su corola y, gradualmente, se transformó, de pelota, en un disco apenas más grande que una hostia. Se detuvo antes de que se aplastase y la dejó de modo que estuviera un poco realzada en el centro.

Había nacido la base de la copa que debía soplar.

Bañó las *borsele* en agua e hizo colar algunas gotas en el punto sutil donde el disco estaba unido al vidrio restante en la caña. La juntura, enfriada así, se hizo frágil y bastó un golpecito seco con las pinzas sobre el tubo de hierro para que el disco de vidrio, perfectamente perfilado y ahora ya duro, se separase y cayera sobre la espátula de madera, que el aprendiz sostenía justo debajo.

El ayudante, rápidamente, llevó la base de la futura copa a la mufla, para que se mantuviera a la temperatura adecuada y, más tarde, fuera posible soldarla con la otra parte de la copa.

Entonces hubo un momento de pausa. El maestro levantó por fin los ojos y volvió a mirar a aquellos dos gentileshombres, a los que hacía rato había entrevisto, envueltos en sus amplias capas invernales, de pie, delante de su pequeño banco de trabajo.

Ambos llevaban el tricornio y la *bautta* y su rostro estaba oculto por una *larva* blanca. El más alto, apenas vio que el vidriero había interrumpido su trabajo, se quitó la máscara y también la *bautta* para dejarse reconocer.

—¡Buenos días, señor Casanova! —exclamó, sorprendido, el maestro Mazzolà.

—Buenos días a vos, maestro.

El otro caballero, de complexión más pequeña, no se había quitado ni la *bautta* ni la *larva*, pero por el conjunto se intuía igualmente en él una cierta nobleza si bien su elegancia era mucho más mesurada que la de su acompañante. Vestía de gris oscuro, con sobrias, pero refinadas, aplicaciones plateadas. También el tricornio era gris con plumas y bordados oscuros. Llevaba un delgado bastón de paseo.

—Esta mañana os habéis despertado demasiado temprano, para vuestra costumbre —continuó, irónico, el vidriero, que sin duda conocía los hábitos, desde luego no matinales, de Giacomo.

—Es verdad, maestro, para mí es una hora insólita, pero junto con este gentilhomme debemos hablaros de una cuestión importante.

—De acuerdo, señores míos, pero si no continúo enseguida con lo que estaba haciendo, tendré que tirar las piezas que ya he soplado.

—No os preocupéis, maestro, tenemos tiempo. Esperaremos.

El vidriero, desconfiado como todos los muraneses, lanzó una ojeada recelosa tanto a Casanova como al desconocido con la máscara y dio a entender, farfullando en su jerga, a uno de sus vidrieros: «Me parece que estos dos tienen la intención de traerme más problemas que dinero, si no, petulantes como son, no estarían aquí, tan pacientes, sujetos a mi comodidad, y además tan temprano para ellos.» Y en voz alta, con un tono de huraña cortesía, dijo:

—De un momento a otro debería llegar mi hija Zerlina. Os preparará un chocolate de los nuestros, señores caballeros: a esta hora, son ideales para calentaros las tripas. —Y reanudó el trabajo.

Giacomo, al oír aquel nombre, había sonreído, pero se había dado vuelta para que nadie se percatara.

Visto que era preciso esperar, extendió sobre un escabel su hermoso pañuelo de batista y, con una inclinación, hizo una señal al abad Bernis para que se sentara, mientras él, tratando de envolverse bien en su capa para no ensuciar su delicado traje de color azul vincapervinca, se apoyó en uno de los troncos de madera que apuntalaban el techo.

Como todas las vidrierías de Murano, ésta estaba constituida por un gran taller, con el horno para el vidrio en el centro. La construcción, en forma de pan de azúcar con la base circular ampliada, de un diámetro de seis pasos y apenas menos de alto, eructaba llamas por todas sus aberturas. Estaba hecha con ladrillos y tierra refractarios, con aros de hierro que la mantenían unida, para que no se fisurara por el elevado calor. Un gran *panettone* lleno de vidrio fundido y fuego, en torno al cual se movían, intercambiando pocas e incomprensibles palabras, muchos vidrieros con sus aprendices. Dos series de aberturas corrían en torno, una casi en la base, la otra a la altura de un hombre.

Las más bajas eran los hornillos donde se echaba la leña que inflamaba el horno, haciéndolo arder con un calor fortísimo. Para obtenerlo, los trozos de leña eran calentados previamente dentro de unos secaderos especiales, de modo que, ya completamente deshumedecidos, quemaban como paja, alcanzando la temperatura necesaria para que el vidrio se mantuviera pastoso.

Las aberturas del nivel superior, en cambio, eran los hornos propiamente dichos, en los que estaban los crisoles, llevados al calor blanco, con el vidrio fundido dentro. Cada crisol contenía un

vidrio de color o tipo distinto, pero mientras estaban fundidos, todos los vidrios eran del mismo color, rojo encendido. Podía haber seis o más crisoles y, por tanto, seis o más bocas. Un vidriero sacaba del crisol, con la caña de soplador, la cantidad de vidrio que necesitaba y la llevaba hasta donde estaba el maestro, que comenzaba a elaborarla.

A poca distancia había otro horno más pequeño, la mufla, con las bocas cerradas por portillos de hierro, donde se ponía el vidrio, recién soplado, manteniéndolo caliente para las elaboraciones sucesivas o para que se enfriase muy lentamente, sin romperse.

—¿Por qué debería romperse? —preguntó el abad Bernis en su elegante y aburrido francés, arrollado por aquella erre que embelesaba a las damas venecianas.

—En pocos minutos, los vidrios recién elaborados se despedazan si no se ponen enseguida a enfriar lentamente en la mufla, durante al menos veinticuatro horas —respondió Giacomo, que se preciaba de ser un experto en vidrio y quizá lo era un poco, como casi todos los venecianos—. Para las piezas más grandes, es preciso dejarlos enfriar incluso durante varios días —añadió.

Los muros del gran local, ennegrecidos por el humo, estaban abarrotados de herramientas, de rimeros de leña aún por secar o ya tratada y lista para arder, y de cajas con frita, que había que fundir varias veces para que la tosca mezcla de sílice, cal y sosa de la que estaba hecha se transformara, al fin, en vidrio para trabajar. Había montones de vidrios en bloques y de moldes de madera de peral a remojo en agua. En moldes de esta madera, bien empapados, se podían soplar los objetos, para que tomaran la forma del modelo, sin que la madera de peral se quemara al contacto con el vidrio incandescente.

A pesar de los hornos, no hacía calor porque el techo de tejas estaba separado varios palmos de la parte superior de las paredes, de modo que el humo de los hornos pudiera salir libremente al exterior.

—¡Por aquella abertura, allí arriba, entran tranquilamente los silbidos de aire gélido y húmedo de este otoño tan frío! —dijo Giacomo estremeciéndose—. ¡Los vidrieros que están ante las bocas candentes de los hornos sudan, pero nosotros, desde luego, no! —Y se envolvió aún más en su capa.

De Bernis, absorto, sentado en su escabel, con su elegante traje en *moire* de seda gris, apoyaba las dos manos en el pomo de plata del delgado bastoncillo de ébano, que mantenía a mucha distancia de sí.

Trataba de disimularlo, pero era evidente que aquel mundo lo fascinaba, aunque no le resultaba connatural. Nunca se había encontrado en un ambiente tan distinto del suyo y el motivo que lo había conducido allí, a aquella hora de la mañana, debía ser de particularísima importancia.

El maestro Giovan Battista Mazzolà, entretanto, había terminado de soplar el pie muy elaborado de la copa y ahora estaba comenzando a formar el cuenco.

Un vidriero, con la caña de hierro, levó otra masa de vidrio un poco más grande, hizo una bola y la llevó nuevamente al maestro, que la sopló enseguida de manera que, una vez más, se formara una burbuja de aire en el interior y se dilatase. Luego, como ya había hecho con la base, practicó un orificio en la parte opuesta adonde estaba unida al tubo y comenzó a hacerla rodar rápidamente. Pero esta vez no dejó que se abriera del todo; según un determinado ángulo, apoyó la corola de vidrio pastoso en el *bronzin*, la chapa de metal que tenía delante de su banco, y la hizo girar

manteniéndola pegada al plano. Luego, ayudándose con una gran clavija de madera mojada, realizó el perfecto cono que habría constituido el cuenco.

Uno de los vidrieros conservaba en caliente, ante la boca candente del horno, la base con el pie pegado. Otro fue a recalentar el fondo del cono que el maestro acababa de separar de la caña. Sin hablar ni mirarse, los dos ayudantes, con sus piezas calentadas en el punto adecuado, las acercaron a la vez al maestro, que se había quedado a la espera en su banquito. Mazzolà, usando las *borsele*, acercó las dos partes de la copa que le estaban presentando y, con precisión, las pegó.

El cuerpo de la gran copa estaba hecho.

En pocos instantes, el maestro soldó encima algunas tiras blancas de *lattimo* y unas alitas de vidrio cobalto claro, que otros ayudantes le iban ofreciendo. Con unas grandes tijeras recortó los bordes de los adornos que había añadido y, después de otro calentón a la llama de una boca, aplastó las alitas, aquí y allá, con la prensa cuadrículada, hasta coger su impronta.

Por último, con segura sabiduría, distribuyó a lo largo de toda la obra algunas flores de vidrio coloreado y alguna *mora*, las pequeñas aplicaciones en forma de fresa que, ya preparadas, se habían mantenido calientes para que pudieran soldarse a la copa. Los vidrieros, sin que nadie diera una sola orden, en el momento oportuno, acercaban las piezas calentadas al calor adecuado, de forma que el maestro, sin girar la cabeza siquiera, las aferraba con las pinzas que tenía en la mano y las colocaba, en la posición exacta, sobre la gran copa candente que seguía haciendo rotar.

Tenues flores amarillentas y sulfúreas con pistilos blancos, palidísimos azulinos con semillas violetas, rositas de marfil con el interior dorado, pequeñas hojas de un delicado verde guisante. Ni pocas ni demasiadas, sólo las que exigía la perfección.

Luego, tras haber mojado la juntura, con un golpe seco separó la copa de la caña. Un vidriero la sostuvo, con una horquilla de platillo, y la posó sobre la espátula que el aprendiz le ofrecía. El maestro controló su alineación y equilibrio haciéndola girar varias veces. Mientras el vidrio se mantenía aún pastoso, aprovechó para enderezar algún pétalo, curvar alguna cinta, ordenar alguna hoja. Nada más.

La empresa, con la colaboración de muchos, estaba magistralmente cumplida. Ante un gesto suyo el aprendiz fue a ponerla en la mufla, para que se enfriara y reposara durante todo un día.

Luego la obra perfecta habría iniciado su camino hacia quién sabe qué mundo lejano, desde luego desconocido para todos los que la habían creado.

El abad Bernis, a medida que el trabajo avanzaba, se había dejado llevar cada vez más por el silente espectáculo que se desarrollaba ante él. Estaba maravillado de que en aquella humeante barraca, deslumbrada por el reflejo de las llamas, repleta de pobres herramientas y de embalajes destartados, pudiera nacer poco a poco ante su vista, del mudo y sincronizado operar de aquellos hombres casi harapientos, la mágica perfección de semejante objeto. Seguía, embelesado, el movimiento rítmico de los artesanos que, como en una danza sin música, servían al maestro anticipándose a sus mudas órdenes, con sus cabellos sucios de hollín bajo sus maltrechos tricornios. Se sorprendió asociando aquella escena tan humilde y miserable, incluso en su esencial limitación, con la inigualable armonía de los ballets que la Gran Dama, su protectora y señora, la marquesa de Pompadour, organizaba en la Corte de Versalles para complacer al rey. A sus ojos de esteta y de elegante poeta aristocrático, no había escapado la común sobriedad en el ritmo y en los gestos de

ambos espectáculos, si bien muy diversos, que se oficiaban en ambientes tan distantes en la escala social.

La voz del maestro vidriero lo sacudió de sus extraños pensamientos:

—Servidor vuestro, señores caballeros, de momento he terminado. ¿A qué debo el honor de la visita?

Casanova trató de adoptar un tono familiar y cautivador, porque estaba casi seguro de que recibiría un rechazo:

—Querido maestro Mazzolà, con justicia sois considerado el más grande vidriero de Murano. Os conozco desde hace tiempo y quería que también su excelencia... —pero no dijo el nombre— os conociera. Hace algunos días un amigo suyo, también él personaje de altísimo rango, le ha preguntado cuál sería el obsequio más grato que habría podido hacer a una excelentísima señora de París, que está relacionada con el caballero aquí presente. Pues bien, él no ha dudado. Sabía que la refinada dama habría apreciado, ciertamente, una cristalería completa de Murano como aquella que, en París, había visto en el palacio del noble Alvise Mocenigo, embajador de nuestra República en la corte de Luis XV. Su excelencia, que me honra con su trato, me ha preguntado si conocía al vidriero capaz de tales maravillas. La casualidad quiso que hubiera visto aquellas estupendas copas en Venecia, justamente en el palacio del noble señor Mocenigo, antes de que se trasladara en misión diplomática a la corte de Francia y de que yo supiera que el autor erais vos. Heme aquí, pues, para encargáros, por cuenta del personaje que quiere hacer el precioso obsequio, una cristalería aún más hermosa y más completa que la de París. Dicho sea de paso, no es cuestión de precio. ¡Lo único que le interesa es contentar a la Gran Dama!

El maestro Mazzolà estaba trastornado por aquel complicado discurso y por la ostentación de títulos y de grandes palabras, pero después de haber meditado respondió con total sencillez:

—Pues bien, señores, como he hecho aquélla, bien podría hacer. Ahora estamos en octubre, si nos ponemos de acuerdo, a finales de febrero, terminados los trabajos que me he comprometido a hacer, podré ocuparme de cuanto vuestro amigo desea.

Casanova y De Bernis se miraron, turbados, y entonces fue el abad el que habló:

—Lo que mi estimado conocido, *monsieur* Casanova, ha dicho es perfectamente exacto, pero quizá haya omitido, para abreviar, la precisión de que el comitente tiene mucha *prisa*. Necesita la cristalería *muy pronto*, debe entregarla como máximo en marzo de 1755.

Para Giacomo, oírse definir en público como «estimado conocido» y no «amigo», como habría querido ser considerado, era una humillación punzante. Se había sonrojado de golpe, pero trató de que no se le notara. Aquel noble y sofisticado francés lo fascinaba con sus maneras, que él habría querido poseer y que con todas sus fuerzas se desvivía por imitar. Lo admiraba por aquella aura de respetabilidad que, sin que él hiciera ningún esfuerzo, siempre lo rodeaba. Giacomo sabía perfectamente que, a despecho de su empeño, nunca habría obtenido, por parte de ciertos ambientes, una consideración equivalente. También lo amaba por su cortesía no afectada y por la refinada sencillez con la que hablaba y se movía, pero no soportaba que, a pesar de cuánto íntimo y secreto había entre ellos, el otro delante de los extraños jamás dejara traslucir algo que, superando la gentileza, mostrase amistad o demasiada confianza. En privado, le manifestaba familiaridad y simpatía, pero en público el aristócrata de rango tomaba la delantera y controlaba mucho sus

palabras y sus ímpetus.

Entretanto el vidriero hacía vistosos signos de negativa con la cabeza y farfullaba:

—¡No se puede, no se puede, no se puede! —exclamó con tono muy decidido—. He adquirido un compromiso con unos señores respetables y quiero mantenerlo. Además, los adornos en esmalte de la cristalería que habéis visto no los he hecho yo. Son los Miotti del Bersaglio los que los hacen y, por cuanto sé, están hasta el gorro de trabajo.

Aquellas dificultades, si bien previstas, habían afectado mucho a De Bernis, que mostraba signos de desmoralización. Pero Casanova no se dejó impresionar:

—Un momento, excelencia, todo se arregla en la vida.

Y sosegadamente, para no irritar al vidriero, empezó a explicarle que su buena voluntad sería grata a personajes muy poderosos y que sería muy, pero que muy, bien recompensado. Es fuerza inútil; aquél seguía inamovible y continuaba denegando con la cabeza.

Fue en ese momento que, con un aire de plebeya impertinencia, irrumpió en la vidriería la hija del propietario, Zerlina. A la vista de aquellos señores, tan elegantemente vestidos, se detuvo en seco, luego se acercó saludando al caballero de la máscara, con graciosa espontaneidad, como buena zagala, y después, plantada delante de Giacomo, se exhibió en una profundísima inclinación:

—¡Buenos días, ilustrísimo señor Casanova! Hace tiempo que no se os ve por aquí, aunque seguramente la vida en Venecia es más interesante que en las islas, ¿no es así?

Giacomo farfulló algo y desvió el discurso:

—Sois un anuncio de la primavera, mi querida Zerlina, en esta nublada mañana de otoño. Vuestro enamorado estará locamente celoso de vos y hace bien.

—No, señor Giacomino mío, Masetto no está celoso porque sabe que soy una muchacha honesta. Sólo está furioso, pobrecillo, porque la boda se aplaza cada vez más.

—Pero si él os ama y vos lo amáis tan honestamente—la ironía que había en aquella frase y en todo el comportamiento de los dos no podía escapar al malicioso y cínico De Bernis—, ¿por qué no os casáis enseguida?

—¡Preguntádselo a mi ilustrísimo señor padre! Según él, nunca tiene el dinero para la dote, y yo me vuelvo vieja y fea, ¡hasta el punto de que ya nadie me querrá!

Al embajador no le agradaba asistir a aquellas disputas familiares, al revés que a Giacomo, quien, como de costumbre, fue muy rápido en aprovechar la ocasión propicia. Haciendo ostentación de una maliciosa sonrisa se acercó al oído de De Bernis y le susurró algo. Éste tardó un poco en entender el pensamiento de aquel pícaro veneciano, pero al final intuyó la oportunidad que se presentaba e imperceptiblemente asintió.

Casanova, entonces, con ademán socarrón y adoptando el tono más contrito posible:

—Lástima, lástima... pobre Zerlina, porque vuestro señor padre *ahora mismo acaba de renunciar* a un trabajo para un ilustre noble, que no sólo lo habría recompensado laudablemente, sino... que podía estar incluso dispuesto a ofreceros una excelente dote y... —otra mirada a De Bernis para entender si podía lanzarse— y, como decía, tendría la intención de regalaros, además, un ajuar de

princesa hecho venir directamente de la corte de París. Un ajuar que sería la envidia de todas las muchachas de Murano y de sus chismosas madres. Lástima... una verdadera lástima. Por desgracia, los compromisos de vuestro señor padre son tales que todos deberemos renunciar, nosotros al servicio de mesa y vos a la dote y al ajuar.

Zerlina se había quedado boquiabierta y no conseguía articular palabra. Casanova saludó, levantando el tricornio, al maestro Mazzolà e hizo una inclinación a Zerlina:

—Reservadnos, querida mía, vuestro chocolate, que debe de ser buenísimo, para el próximo encuentro. Ahora, por desgracia, tenemos que irnos —dijo, volviéndose a poner la *bautta* y la *larva*.

Tras coger del brazo al abad, siempre enmascarado, lo empujó casi por la fuerza hacia la puerta susurrándole al oído:

—Dejadme hacer a mí, ¡si no lo consigo, es que ya no soy Giacomo Casanova!

Zerlina corrió detrás de ellos como para detenerlos, pero cuando estuvieron en el portón, Giacomo le musitó:

—Encontrémonos esta noche al tercer toque después del atardecer, en el sitio de siempre.

—Vendré, no lo dudéis. Ése —señaló con el mentón a su padre— tendrá que vérselas conmigo y con mi madre. ¡Hasta la noche! —susurró y regresó hacia su padre con un paso que habría dado envidia a un granadero prusiano.

Cuando se encontraron fuera de la vidriería el abad preguntó, impaciente:

—¿He entendido bien vuestro plan, Giacomo? ¿Vos esperáis que Zerlina, alentada por la perspectiva de la dote y el ajuar, consiga convencer a su padre?

—Exacto, no sólo por la intervención de la muchacha, sino también por aquello que, sin duda, hará y dirá su madre y también su abuela, que vive con ellos. Vos no imagináis la envidia y la maledicencia que circulan entre las comadres de las islas de la laguna. Desde luego, habréis visto alguna de las comedias que mi amigo Goldoni pone en escena en el teatro de San Lucas como, por ejemplo, *Las mujeres de su casa*. Pues bien, cuanto se ve en escena no es nada en comparación con la realidad de estos pequeños pueblos isleños. Las comadres, por aquí, son unas verdaderas potencias destructoras. Una muchacha que tarda en casarse es objeto de tan feroces ocurrencias y mofas que estropearían la reputación de la misma santa Inés. La idea de poder mortificar a las propias vecinas, exhibiendo una buena dote y sobre todo un ajuar principesco, transformará a esas tres mujeres en Erinias. No querría estar en el pellejo del pobre Mazzolà. Dejémoslas trabajar y estemos tranquilos.

—Por lo que parece, señor mío, vos conocéis bien a esa muchacha... muy bien. No os lo reprocho, porque con ese aire fresco e impertinente la doncella resulta verdaderamente *pétillante*.

Casanova lo miró de reojo y, dado que la *larva* puntiaguda no le cubría la boca, el otro vio que

sonreía complacido.

—Más bien lo que me preocupa—continuó el veneciano— es la mención que el maestro ha hecho a los acabados de esmalte que deberán realizar los Miotti.

—Y si éstos no estuvieran disponibles, ¿no se podría encontrar a algún otro en condiciones de elaborar los mismos esmaltes?

—Creo que no, al menos al nivel de refinamiento y de belleza que, me parece, se pretende. Los Miotti son los que han inventado ese tipo de acabado, o como poco son los que lo han perfeccionado. Si queremos un trabajo excelso no están más que ellos.

—¡Precisamente debe ser excelso!

—En este caso, no nos queda más que ir de un salto hasta su horno, *Al Gesù di Murano*, esperando convencerlos con el sonido de los bayocos. —Del bolsillo del chaleco verdoso sacó su reloj—: Ya es tarde. Los vidrieros estarán almorzando en su casa. Vamos también nosotros a picar algo a una *furatola* que conozco aquí en Murano y luego, cuando sea la hora en que reanudan el trabajo, iremos a verlos.

Llegaron a las Fondamenta delante de la iglesia de San Pedro Mártir, atestada por las carretas de los verduleros y los puestos de los pescaderos. Dejaron atrás la hermosa iglesia y siguieron las Fondamenta dei Vetrai hasta el Canale degli Angeli, que es el Gran Canal de los muraneses. A lo largo de toda la orilla una multitud atareada se movía en los dos sentidos, vendedores de carbón con sus cestas, vendedores de pájaros de la laguna, castradores de gatos y, en los rincones, los silleros y los amoladores, con su muela para afilar cuchillos.

Se abrieron paso adentrándose por la no demasiado espaciosa orilla, hasta que, después de los huertos del Seminario de San Cipriano, vieron el letrero de la pequeña *furatola* Al Gato de Ciosa. Estaban a punto de entrar cuando ambos, instintivamente, se volvieron hacia la derecha. Sobre la otra orilla, un poco más adelante, estaba el hermoso convento de Santa María de los Ángeles.

Casanova se detuvo un instante:

—Están ahí dentro —dijo melancólico.

—Al menos Caterina sabe que un día u otro los suyos la llevarán otra vez a casa, pero M. M. se quedará allí, amurallada, durante toda su existencia. El único esparcimiento permitido serán las visitas en el locutorio y de tanto en tanto las fiestecillas y los pequeños espectáculos de marionetas y de animales amaestrados que hacen. Creo que es demasiado poco para ella, si le falta una parte importante de su vida secreta. ¿Quién sabe cómo estará en este momento? Es imposible prever las reacciones de una mujer semejante, tan deliciosa y atravesada por tantos estremecimientos vitales: no querría que mis presentimientos se confirmaran —comentó con un suspiro el abad.

Entraron en la *furatola*.

# Capítulo 5

*Lunes 28 de octubre de 1754*

*Santos Simeón y Judas Apóstoles. Tarde*

La *furatola* Al Gato de Ciosa era un pequeño local, con pocas mesas. Los clientes eran en general vidrieros, mercaderes y gentileshombres extranjeros, todos interesados en el vidrio. Algunos ni siquiera se sentaban, permanecían de pie, apoyados en la barra, degustando las especialidades locales. Sardinas *in savor*, primero fritas y luego marinadas en salsa de cebolla y vinagre, con pasas de Corinto. El *bisato su l'ara*, o sea la anguila cocida sobre la piedra refractaria de los vidrieros, y otros platos de pescado, tanto fritos como guisados. Luego pequeñas olivas negras y verdes de Morea en salmuera y también en salsa de **Cayena** picante. En la barra había tortillas de queso, de berenjenas o de acelgas.

En cuanto a los vinos, el surtido no era tanto, pero los pocos tintos y blancos eran genuinos. En efecto, las *furatole*, según las normas, no podían servir vino ni licores, pero los posaderos soslayaban con facilidad la norma declarando que los parroquianos se habían traído las bebidas de casa. Incluso los esbirros hacían la vista gorda y, además, Murano no era Venecia.

Casanova buscó un rincón tranquilo. Se sentaron en un banco contra el muro, en una mesa donde sólo había dos comerciantes moros, y por fin pudieron quitarse las máscaras. Frente a ellos, los dos enormes negros, con sus pintorescos trajes, comían con gusto un pollo picante, mordiéndolo a grandes bocados, con tanto apetito que hacían sacudir las plumas de garza que llevaban en la parte delantera de sus turbantes.

—No creo que éstos se interesen por nuestras conversaciones —comentó Casanova.

Los africanos iban a menudo a Murano para comprar las perlinas y las bolitas de cristal multicolores, que revendían a alto precio en sus países, donde hombres y mujeres las usaban en gran cantidad, para ornarse el pelo, el cuello y los brazos.

—Si vos estáis de acuerdo, excelencia, pediría que nos trajeran un poco de todo lo que tienen, luego elegiremos lo que nos agrade.

—Excelente, Giacomo, adoro picar aquí y allá.

Mientras esperaban a que llegaran los platos solicitados, el abad Bernis quiso satisfacer una curiosidad.

—Giacomo, ¿qué significa «Al Gato de Ciosa», que he leído en el letrero?

—Es una vieja historia que dura desde hace siglos, excelencia. Desde luego, habéis visto delante del Palacio Ducal, en la plazuela, las dos grandes columnas de mármol, una con san Teodoro y la otra con el enorme león alado de bronce, que simboliza a la República. Ahora bien, los habitantes de Chioggia, desde siempre fieles a la Serenísima, han querido también ellos una columna con un león, en la modesta plaza que da sobre su orilla de la laguna. Pero es una columna pequeñita, con un

minúsculo leoncito de mármol, más o menos de cinco palmos de largo. Más que a un león, el animal se parece a un gato y, por si no bastara, tiene una carita triste, como si siempre tuviera hambre. A menudo sucede que algunos pescadores juerguistas provenientes de las islas de Venecia vayan, con el favor de la noche, a la plazoleta de Chioggia y vuelquen cestas enteras de raspas de pescado debajo del pobre gato, dejando carteles con inscripciones insultantes como *poareto*, es decir, pobrecillo, o frases similares. La burla dura desde hace muchos años: se ha hecho cada vez más cruel porque los de Chioggia ya están exasperados y reaccionan, a su vez, con represalias atroces. De vez en cuando incluso hay algún muerto. ¡El letrero de este local es, pues, una tomadura de pelo a los habitantes de Chioggia! Pero, excelencia queridísima, estoy hablando demasiado. Propondría que probáramos algo de lo que nos han puesto delante, ¿no estáis de acuerdo? —concluyó Casanova, que siempre disfrutaba de un excelente apetito.

Eran todos platos que la sabiduría culinaria popular, agudizada por la miseria, había inventado con las pocas cosas que ofrecían las islas. La selección no era demasiado variada, pero en compensación aquella comida popular era bastante sabrosa. Mientras comían, ayudados por un buen vinillo tinto de Sant'Erasmus, siguieron con su charla.

—Por otra parte, nosotros los venecianos deberíamos callarnos, porque tampoco el gran león de bronce, que está en la columna de la plazoleta, tiene los papeles en regla. ¡Para empezar, ni siquiera es un león! —dijo Casanova, que aún pensaba en el gato de Chioggia.

—No puedo creerlo, Giacomo. Siempre he sabido que ése era el símbolo más representativo de la potencia de Venecia y me cuesta imaginar algo, allá arriba, que no sea el rey de los animales mientras ruge contra sus enemigos.

—Sin embargo, es precisamente así. Yo era un chiquillo y una hermosa mañana estaba vagabundeando por la Piazza San Marco, cuando vi a algunos hombres sobre la columna, que estaban ocupados en pulir el bronce del león, ensuciado por los pichones. Para subir habían usado una larga escalera de mano. Con un poco de temor, trepé también yo, mientras oscilaba pavorosamente, aprovechando que los operarios se encontraban en el rellano de mármol, donde está la escultura y estaban entre tenidos en su trabajo. Cuando llegué a la cima, conseguí asomar la nariz más allá del borde del capitel sin que me vieran. Pues bien, ante mí no estaba la estatua de un león, sino una enorme, auténtica quimera, o dragón chino, de casi cuatro metros de longitud, con los habituales ojazos saltones en forma de bola, la melena de escamas y todo el resto. Mis conciudadanos le habían clavado en torno al cuello otra melena postiza, esta vez de verdadero león, le habían cortado y cambiado la cola que, como sucede con toda quimera china que se precie, probablemente terminaba con una cabeza de serpiente y, por último, le habían remachado dos alas de bronce. Creo que lo hicieron también porque, en aquellos tiempos antiguos, aquí entre nosotros, nadie era capaz de fundir una estatua tan grande. Pero sobre todo para ahorrar, ya que ésta ha sido siempre la gran preocupación de nuestros gobernantes. Es considerado patriótico gastar sumas enormes para la gloria de Venecia, pero es preciso cicatear al máximo en todo cuanto sea posible. Además, desde abajo nadie podía percatarse; era, pues, inmoral tirar el dinero para hacer otro. ¡Éste era y es el admirable espíritu mercantil que ha concurrido a hacer grande mi ciudad!

El embajador, de costumbre bastante comedido, había estallado en una divertida carcajada.

—Si esto que me decís es verdad, estoy de acuerdo con vos en que se trata de una nueva demostración de la sabiduría y moderación de vuestros gobernantes: no puedo más que admirarme.

No han vacilado en usar una falsificación para el más conocido y venerado símbolo de vuestra República, incluso sabiendo que permanecería allí durante siglos. Quizá lo hayan hecho precisamente con el fin de indicar, a las generaciones futuras, la vía de la moderación y el respeto por el bien público, puesto que el gasto no es indispensable. Me doy cuenta, por lo que me contáis, de cómo Venecia ha podido desafiar los siglos. Es verdad lo que decís, sólo grandes mercaderes, seguros de sí, pueden permitirse razonar de este modo. Todo esto es verdaderamente divertido e instructivo y vos sois una auténtica y agradable mina de curiosidades venecianas.

Y continuaron, de buen humor, charlando y degustando los sencillos platos que tenían delante.

En un momento dado, Giacomo, con gran circunspección y bajando la voz, planteó una pregunta que, con toda probabilidad, despertaba su curiosidad desde hacía tiempo:

—Se dice que conocéis bien a la marquesa de Pompadour.

—Desde luego. ¿Por qué lo preguntáis? —espetó receloso De Bernis.

—Tengo curiosidad por saber de vos, que la frecuentáis, algo verdadero sobre esta Gran Dama, tan célebre en toda Europa, de la que se dicen, creo, tantas cosas inexactas. Debe de ser una mujer fuera de lo común. Cuando he estado en París he tenido el placer de verla en persona, pero de pasada, una sola vez. Me pareció una diosa.

De Bernis esperó un poco antes de responder, como si quisiera sopesar lo que iba a decir y evitar razonamientos comprometedores.

—Tenéis razón, Giacomo, la marquesa es un ser fuera de lo común. Una mujer estupendamente hermosa, alta y esbelta, con el cabello rubio ceniza y los ojos entre el azul y el violeta. Es también muy inteligente y refinada en grado sumo. Protege a los artistas y se rodea de grandes intelectuales que la tienen en la máxima consideración. Los vestidos que lleva y los muebles que ama hacen época y, también aquí entre vosotros, ese estilo es indicado con su nombre. El rey la adora y escucha siempre sus ponderadas opiniones. La marquesa, a su vez, está enamorada de su rey, pero también del hombre Luis, cosa no difícil, porque nuestro monarca es considerado el caballero más guapo de Francia.

Giacomo quiso volver al tema que lo intrigaba.

—Hay algunos chismes que he oído contar sobre ella.

—¿Qué, por ejemplo? —espetó el embajador, cada vez más cauto.

Casanova creyó que sus relaciones le permitían una cierta confianza.

—En París, se murmuraba en los salones que la marquesa de Pompadour, aunque muy enamorada de su real amante, era, empero, totalmente frígida y que esto la desesperaba. Decían que recurría a toda clase de mejunjes para obviar su infeliz condición y se dirigía a cualquier maga y hechicera para encontrar un remedio a su falta de estímulos. Parece que incluso se encontró implicada en algún escándalo, al frecuentar a semejantes pérfidas. ¡Sería sorprendente que la amante del siglo fuera verdaderamente inepta para las alegrías del amor!

De golpe, pareció que De Bernis se hubiera vuelto de hielo y su mirada se hizo muy severa.

—Eso son maledicciones de alguien —cortó tajante el embajador. Se esforzaba por esconder su

irritación, mientras que, como buen diplomático, cambiaba de conversación.

—Debo admitir que estos mejillones en salsa son exquisitos —dijo cogiéndolos del plato con dos dedos y chupándolos gustosamente, aunque sin perder sus habituales maneras rebuscadas y elegantes.

Casanova se había dado cuenta demasiado tarde de que había tocado una tecla prohibida y había cometido una torpeza. Se alegró de que el abad hubiera cambiado de tema y no hubiera reaccionado como, por un momento, había temido. Pero estaba muy claro que el tema de las costumbres sexuales de la marquesa estaba cerrado para siempre.

Bebieron una buena ratafia de guinda, la denominada sangre eslava, con rosquillas de pan. Luego salieron al frío húmedo de la laguna.

Era la hora de ir a hablar con los Miotti y convencerlos para que decoraran, lo antes posible, el servicio que el maestro Mazzolà, Giacomo estaba seguro de ello, haría.

El horno de los Miotti, Al Gesù di Murano, se encontraba en la parroquia de San Esteban, en el Bersaglio.

Una fábrica bastante grande y dividida en dos partes. En la primera estaba la habitual vidriería con los hornos y los bancos con respaldo de los maestros que soplaban el vidrio; en la segunda, espaciosa y bien iluminada, parecía que se entrara en el estudio de un pintor. Aquí la familia Miotti y sus artistas enriquecían los vidrios con esmalte.

Primero se dibujaban con tinta, sobre copas, botellas o platos, pajaritos entre frondas, flores, cartelas de buen agüero y emblemas gentilicios, sostenidos por angelillos alados. En un segundo momento, los pintores, con finos pinceles, seguirían con los esmaltes las líneas del dibujo y rellenarían las distintas zonas con los colores más adecuados. Eran verdaderos artistas, que también pintaban sobre azulejos de *lattimo* complejas escenas bucólicas o mitológicas, con muchas figuras de amantes o de combatientes. En algunos puntos se extendía, donde era necesario, un esmalte marrón a base de oro fino, que con la cocción liberaría el reluciente metal.

Cuando una partida de vidrio esmaltado era suficiente para llenar la correspondiente mufla, la ponían a cocer una vez más, de manera que el esmalte se disolviera incorporándose al vidrio y permaneciendo inalterable para siempre. Por último, los objetos enfriados estaban listos para la venta en el lugar o para la expedición.

De las grandes manos de aquellos hombres salían unas pequeñas obras maestras, de inimitable gracia y frescura de tintas, de dibujos revoloteantes y llenos de curvas, como exigía la última moda francesa. El abad Bernis, que, por prudencia, tampoco esta vez se había quitado la máscara, tras observar bien aquellas deliciosas manufacturas, tocó el brazo de Casanova y, asintiendo varias veces con la cabeza, manifestó su satisfacción por lo que había visto:

—No hay duda, son verdaderamente unos artistas y deben ser ellos los que decoren nuestra cristalería. ¡A cualquier precio!

Giacomo se acercó al vidriero que parecía más autorizado, se presentó y preguntó si era el patrón.

—Sí, caballero, para servirle. Soy Daniele Miotti, hijo del maestro Vincenzo, que en paz descansa —dijo con evidente altivez—. ¿En qué puedo ser útil a los ilustrísimos?

Casanova explicó sus exigencias. El artesano empezó enseguida la habitual pantomima: no tenemos tiempo, nosotros somos siempre correctos con los clientes, y todo el resto. El abad Bernis, hombre de mundo, había entendido que, a pesar de la inquebrantable firmeza de los muraneses, podía haber alguna solución. Deslizó en la mano de Giacomo su escarcela de piel bien llena. El veneciano, con gran solemnidad, desató el lazo y luego, como consumado comediante que era, volcó el contenido con un gesto oportunamente lento sobre la chapa de hierro de vidriero, el *bronzin*. De ella salió una retumbante cascada de luses de oro y Casanova hizo que su tintineo continuase, sonoro y cautivador, durante un buen rato.

Al son de aquel metal, toda la vidriería se paralizó para mirar el persuasivo y raro espectáculo. Las negociaciones tomaron enseguida una dirección más acomodaticia. Después de algunas negativas a medias y concesiones a medias, no fue difícil llegar a un acuerdo.

Giacomo y el abad salieron satisfechos del horno y se dirigieron hacia las Fondamenta della Colonna, mientras el cielo se encapotaba y se presentía algún chubasco.

Ya había oscurecido cuando, desde el campanario de San Pedro Mártir de Murano, se oyeron los toques de la hora tercia. La lluvia rebotaba por doquier sobre el agua calma y oscura confundiendo el perfil, si bien cercanísimo, de los hornos de las Fondamenta della Colonna.

Las anchas alas del sombrero de fieltro le reparaban el rostro de los chaparrones que caían sobre la capa impermeable, que le cubría los hombros y el cuerpo hasta las rodillas. Los calzones de su uniforme de gondolero, de pesadísima tela negra bordada de rojo amaranto, se empapaban cada vez más y goteaban sobre los grandes zapatos, mientras impulsaba hacia adelante su remo. La negra tela impermeable del techo del *felze*, tendida sobre la madera, amplificaba el ruido de la lluvia, y Giacomo, envuelto en su tabardo, de vez en cuando levantaba las pequeñas persianas para escrutar las *fondamenta*.

No tardó en percibir, cerca de la Colonna, una silueta menuda escondida bajo una gran capa con capucha y empapándose de lluvia. Con la mano se encasquetó el tricornio en la cabeza, abrió la portezuela y, saliendo, dijo al gondolero:

—Acércate a la orilla.

Cogió el *còdega*, que estaba colgado de la *satina*, el gancho en forma de serpezuela colocado fuera del *felze*, y, con esa luz en la mano, dando un brinco saltó a la orilla. Abrazó a Zerlina y la ayudó a subir a la góndola y a entrar. Antes de cerrar la pequeña puerta tallada, gritó hacia el gondolero que estaba, chorreando bajo la lluvia, en su puesto de boga hacia popa:

—Ve sin prisa hacia San Donato, pasando por fuera, luego te diré.

Zerlina, en el pequeño espacio del *felze*, tenía dificultades para quitarse la capa, vuelta pesada por la lluvia. Debió ayudarla Giacomo. También él se había quitado la suya y las había puesto, humeantes de vapor, junto al tricornio ribeteado de plumas de avestruz, sobre el fondo del habitáculo. Al final habían conseguido sentarse sobre la banqueta acolchada y Giacomo, solícito, había posado sobre el regazo de la muchacha un braserillo de plata calado, en el que ardía, sin

fuego, una especie de carbonilla.

El interior estaba tenuemente iluminado por una pequeña linterna con filigrana de plata, dentro de la que se movía la llamita de una vela. La luz se filtraba a través del sutil encaje del metal y se reflejaba incierta sobre los cuatro espejitos con marcos dorados, que ornaban las paredes a los lados de las ventanitas. En aquel estrecho ambiente ahora casi hacía calor, seguramente por reacción al frío y a la humedad de fuera. La chica se había quitado el chal de colores, descubriendo gran parte de sus generosas y cándidas tetas. El *felze*, apenas iluminado por aquella débil luz, era bastante íntimo. Una minúscula alcoba flotante, provista de todas las comodidades, que el estruendo de la lluvia sobre la madera encorvada del techo hacía aún más amiga.

Casanova cogió de abajo del asiento un cofrecito de *papier maché* verde guisante, decorado con flores y amorcillos:

—Es para ti, para aumentar todavía más tu belleza. —Lo entregó a Zerlina que, con gran curiosidad, quiso abrirlo enseguida.

Eran delicadas cremas y perfumes de almizcle, sándalo, violeta y lavanda. No faltaba un pequeño bote brillante de madera torneada, muy bajo, que contenía deliciosos lunares de terciopelo y de seda oscura, con pegamento por un lado. Zerlina no pudo contenerse y enseguida se colocó uno en el pecho, justo por encima del borde del escote, un poco más arriba del pezón. Giacomo se inclinó sonriente sobre ella y le besó largamente el pequeño ornamento oscuro, mientras la muchacha le acariciaba la hermosa peluca blanca empolvada, con la coleta atada por un lacito negro.

Zerlina, aunque fingiendo enfado, al fin habló:

—¿Por qué no habéis vuelto a dar señales de vida? Ya sé que estáis ocupado en cuerpo y alma con las Hermanas Patricias, en sus palacios sobre el Gran Canal, pero una vez decíais que os agradaba estar conmigo porque era un amor sencillo.

—Y aún estoy extasiado por él, mi dulce Zerlina, pero, como tú ves, me estoy ocupando de asuntos muy importantes con unos señores ilustrísimos y esto, ay, me ha mantenido alejado de tus tiernos brazos. Pero espera a que el problema esté resuelto y encontrarás en mí a tu más dócil esclavo y más tierno amante.

Mientras le decía estas cosas galantes al oído, le ceñía los hombros con el brazo y la abrazaba a sí. Zerlina se apartó con dulzura y, con una boquita que se había vuelto de repente seria, abordó el tema:

—Mi querido señor Casanova, vos habláis bien. ¡Soy yo quien debe enfrentarse con mi señor padre por la cuestión de la cristalería para la Gran Dama! ¡Vosotros, señores caballeros, como es costumbre en todos los hombres, os escabullís ante la primera dificultad!

Giacomo, aunque había previsto que la propuesta de la dote y el ajuar, difíciles de rechazar, habría suscitado un pandemónium en la casa del malaventurado vidriero, asumió el aire más ingenuo posible y preguntó:

—Ah, ¿entonces habéis vuelto a hablar de ello?

—¿Vuelto a hablar? Querido mío, vos no sabéis lo que ha sucedido en casa cuando mi señor padre ha vuelto. Yo les había contado todo a mi madre y a mi abuela y, apenas mi progenitor abrió la

puerta, enseguida se armó un gran barullo. Nos pusimos las tres a gritar como endemoniadas. Yo me había preparado una silla cerca de la chimenea, para que se me viera bien. He pensado también que la luz de las llamas haría más conmovedora la comedia. Me he puesto a horcajadas, al revés, con la cabeza apoyada en el respaldo y sollozaba tan fuerte que aún me duele la garganta. Mi madre se desvanecía continuamente en otra silla, mientras que mi abuela, gritando como una loca de atar, trataba de que volviera en sí con agua de Melisa. En cuanto mi padre se ponía a tiro, mi madre se sentía enseguida bien y se ponía a aullar que era un asesino, un padre desnaturalizado, que provocaba que su hija fuera abandonada por su prometido y escarnecida por todos. Y volvía a desvanecerse. Yo sollozaba tan desesperada que el pobre hombre, cogido por sorpresa, corría de una a otra tratando de entender qué estaba sucediendo. Fue mi abuela quien le explicó que, al rechazar la generosa oferta de los dos caballeros, él, el monstruo, me condenaba a ser eternamente una solterona y a las burlas de toda la isla de Murano. Mi padre, vista la inutilidad de cualquier intento de calmarnos, se dejó caer retorcido sobre un banco con la cabeza entre las manos, mientras seguía gimiendo: «¡No se puede, no se puede!»

»Entre alaridos y desvanecimientos la comedia duró bastante, hasta que llegó Masetto. El pobrecillo se asustó muchísimo y cuando al fin consiguió entender de qué se trataba, comenzó también él a tratar de convencer a mi padre. Papá quiere mucho a Masetto, que tiene un horno cerca del nuestro: piensa que un día podría dejarle también el suyo. Mi prometido ha seguido diciéndole que le ayudaría con sus vidrieros a hacer el servicio para su excelencia y que juntos lo conseguirían. Mi desventurado progenitor vacilaba. Yo, que entre un sollozo y otro escrutaba a mi padre, comenzaba a ver que algo en él estaba cediendo. Él trataba de poner más reparos, planteaba dificultades, pero ya no conseguía resistir. Es avaro y quiere hacerse el arisco, pero es bueno como el pan. Al final se puso de acuerdo con Masetto. Unirían las fuerzas de los dos hornos y todo parecía resuelto, pero fue en aquel momento que apareció otro grave problema. Mi padre, en toda la batahola, se había olvidado de que era necesaria la colaboración de los Miotti para los esmaltes. Pero ahora se había acordado, y nosotras, las mujeres, nos desmoralizamos otra vez. Sin sus decoraciones era inútil que mi padre aceptase: los Miotti estaban hasta el gorro de trabajo, debido a esa invención suya del esmalte. Mis sueños se habían hecho otra vez pedazos. Todo dependía de ellos. Dejé de sollozar y mi madre se recobró definitivamente, pero entonces pareció que en la casa hubiera un muerto patitieso.

—Yo no estaría tan triste, querida Zerlina, los Miotti harán el trabajo —anunció Giacomo, ostentando la seguridad de un gran duque.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó recelosa.

—Es sencillo: porque esta tarde hemos ido a visitarlos y el sonido de los luisos de oro los han conmovido profundamente.

—¡Pero entonces vos, alma perdida, ya estabais seguro de que nosotras, las mujeres, lo habríamos conseguido, en casa!

—No, mi niña, no estaba seguro, pero siempre he tenido una gran confianza en las mujeres, en especial cuando se alían por cuestiones matrimoniales. Por eso la Gran Dama tendrá su maravillosa cristalería de Murano y tú tendrás tu dote, tu ajuar y a tu Masetto, ¡por el que pareces tener mucho interés!

—Sí, sí me interesa. No pongáis esa cara de duda. Presumís de conocer a las mujeres, pero creo

que, en realidad, no las entendéis en absoluto. Masetto es mi hombre y quiero casarme con él y tener muchos hijos. Y le quiero muchísimo.

—¡Yo no digo lo contrario, querida Zerlina! Pero me ha parecido notar que las veces que veníais conmigo no os sentíais precisamente a disgusto.

—No os hagáis el gracioso, señor caballero, vos sabéis perfectamente lo que quiero decir. Como hombre sois especial y hay pocos como vos, lo admito. Estáis siempre bien arreglado y perfumado y sois siempre una persona galante y gentil. Pero pienso que nunca, jamás, seríais un buen marido. También me parece justo decir que nunca prometéis nada de nada, no engañáis a las muchachas, no prometéis casaros con ellas. Lo poco, y quizá sea tanto, que dais lo dais enseguida y sois muy generoso. Luego todo acaba allí y muchos saludos a los músicos.

Giacomo se había quedado mudo, asombrado por el razonamiento sutil de aquella muchachita del pueblo. Ahora que Zerlina había dejado de hablar, el ruido del agua sobre el techo y el chapoteo regular del remo marcaban el silencio. La laguna bullía por doquier por los cántaros de agua, mientras la góndola era impulsada lentamente sobre su superficie sin viento.

Giacomo, en silencio, cogió de un cofrecito una caja, la abrió y ofreció a Zerlina delicados zuequitos holandeses de azúcar rellenos de rosoli, violetas almibaradas y pétalos de rosa confitados. Luego, con lentitud, como si hubiera querido prolongar aquella íntima sensación de quietud, sacó del mismo armario dos copas y de un lado de la banqueta apareció una botella de champán. Bebieron sin decir una palabra, degustando la magia de los dulces, del vino burbujeante y de la lluvia. Zerlina se había acurrucado contra él y había apoyado la cabeza en su pecho. Sostenía en el regazo el braserillo y saboreaba su tibieza.

Pero luego la muchacha comenzó a interrogarlo:

—Decidme, Giacomo, ¿cómo es esta historia de su excelencia, del regalo a la Gran Dama y de la prisa que todos parecen tener? ¿Y por qué un regalo puede tener tanto interés como para incomodar a personajes tan importantes, dispuestos a gastar tantos bayocos?

Era natural que una muchacha espabilada como ella, antes o después, le plantease esas preguntas.

Giacomo tuvo que esperar un poco antes de responder, le molestaba mucho admitir que tampoco él sabía demasiado. Dándose aires de conocer mucho, pero no poder revelar nada:

—Mira, mi querida niña, se trata de cosas secretas y de gran peso y no puedo hablarte de ellas.

—Sí, pero soy yo quien os ha ayudado a realizarlas. Quizá merezca un poquito de confianza.

—Es verdad, pero es mejor que no sepas nada.

—¿Cómo podré ayudaros y presionar más a mi señor padre y a Masetto, si ni siquiera sé de qué se trata? ¡Debería curiosear y sería aún peor!

—Por desgracia, también esto es, cierto: entrometida como eres harías mucho daño. Tanto da que te diga algo, ¡pero dame tu palabra más solemne de que no tratarás de indagar y nunca hablarás de ello con nadie! Ni siquiera con tu padre, con tu madre y aún menos con Masetto.

—Os lo juro —prometió, mientras cruzaba los índices y los besaba tres veces.

Casanova, aún titubeante y con aire grave, comenzó:

—Debes saber que una dama refinadísima, que vive en el extranjero, ha visto una cristalería hecha por tu padre y se ha encaprichado de ella. Un ilustre gentilhombre, para deleitarla, quiere regalarle un servicio de mesa como ése. Esto es todo, pero el asunto implica asuntos mucho más graves de cuanto puedas pensar. Por eso te recomiendo, querida Zerlina, el máximo secreto. Cuando hay grandes señores de por medio, la prudencia nunca es demasiada y los peligros pueden ser enormes.

—Pero, Giacomo, os he jurado que no hablaré con nadie y podéis confiar en mí, ¡lo sabéis!

—Espero no tener que lamentarme de haberte contado tan graves confidencias —murmuró Casanova, contento de habérselas apañado haciéndose creer depositario de quién sabe qué arcanos misterios. En realidad, también él se consumía por la curiosidad pero, hasta aquel momento, aun indagando, había conseguido saber muy poco.

—No he entendido demasiado, pero nunca habría imaginado que en el mundo hubiera historias tan complicadas. La cosa me da miedo y espero que cuanto mi padre pueda hacer satisfaga a esos señores, y que pueda hacerlo en el tiempo que los señores desean. No querría que él y Masetto tuvieran problemas por mi culpa.

—Tienes razón, por eso no debes hablar ni siquiera con tu sombra del trabajo que se hará. Pero ahora basta de discursos más grandes que tú, abrázame, ámame y hazme feliz.

Zerlina, con dificultad por la estrechez del *felze*, con muchas contorsiones trataba de volver a ponerse el vestido, después de haberse subido las gruesas calzas de lana y ajustado la camiseta marfil. Giacomo, que ya se había arreglado, golpeó el techo con el pomo de su bastón de paseo, levantando un poco la voz para hacerse oír por el gondolero:

—Volvamos a la Colonna, por el canal de San Donato.

»Ya está amainando —dijo luego a Zerlina.

La góndola llegó a la orilla de donde habían partido.

—Pasado mañana volveré al horno de tu padre y espero que esté de acuerdo.

—Podéis jurarlo, Giacomo, ¡o ya no me llamaré Zerlina!

Bajó con ella, la besó con ternura y la muchacha, arrebujaada en su capa, desapareció por las callejuelas de la Parroquia de San Esteban. Casanova regresó a su góndola, pero no entró en el *felze*. Había dejado de llover y permaneció sentado fuera contemplando las nubes negras de la noche, mientras la barca se deslizaba hacia Venecia. Lejos, ya no oculto por la lluvia, se entreveía el perfil de la ciudad del León y alguna débil luz.

# Capítulo 6

*Miércoles 30 de octubre de 1754,*

*Santa Eutropia Mártir*

Dos días después de la visita al horno de Mazzolà, Casanova y De Bernis desembarcaron de madrugada de la lujosa góndola de la Legación de Francia, en las Fondamenta della Colonna de Murano.

Durante el trayecto, el abad había confiado a Giacomo, no sin renovarle mil recomendaciones de mantener el secreto, que poco después llegaría el comitente de la cristalería, el embajador de Austria en Venecia, el conde de Rosemberg. Justamente lo estaban esperando.

Pero Casanova, por su cuenta, ya había indagado con mucho empeño. La noche anterior había ido incluso a cenar a casa de un anciano noble conocido suyo, Marco Dandolo, siempre bien informado sobre todo lo que ocurría en Venecia.

De él supo de ciertos rumores que circulaban entre los nobles del Palacio Ducal. Se decía que desde hacía algún tiempo los embajadores de Francia y de Austria mantenían contactos secretos. El hecho de que ahora estuvieran esperando precisamente al funcionario austriaco le confirmaba muchas cosas.

El conde de Rosemberg llegó puntual y se descubrió el rostro sólo durante un instante, el tiempo justo para que le presentaran a Casanova. Luego también los otros dos se pusieron las máscaras y juntos se encaminaron, a buen paso, hacia la vidriería de Giovan Battista Mazzolà. Si fue oportuno que la vez anterior el abad y Giacomo fueran de incógnito, aquel día lo era aún más por la presencia de nada menos que dos importantes embajadores. Llevaban, pues, el rostro cubierto por la *bautta* y la *larva* y, como de costumbre, una vez llegados a la vidriería, sólo Casanova se quitó la máscara.

El abad Bernis, que ya había estado en el horno, se movía ahora a sus anchas, pero el representante imperial, delgado y erguido como un huso, parecía sorprendido de que lo hubieran conducido a un ambiente tan miserable, polvoriento y ahumado.

—Buenos días, maestro Mazzolà, hemos vuelto en la esperanza de que hayáis podido reflexionar con calma sobre nuestro caso —empezó con ademán hipócrita Casanova, fingiendo temer otro eventual rechazo.

—¡Con calma para nada!, mi buen señor Casanova, vos no sabéis qué significa ser agredidos sin respeto por la propia hija. —Señaló a Zerlina que desde muy temprano estaba allí, vigilando la vidriería, para cuidar sus intereses de futura esposa—. Como si no bastase se han metido por medio también una mujer endemoniada y una suegra que gritaba como una oca desplumada. Si puedo daros un consejo, Casanova, no os caséis nunca, no lo hagáis, hacedme caso... ¡Os habla un desgraciado que sabe cuáles son las alegrías de la familia! Vuestra condenada idea de la dote y el ajuar me ha arruinado.

—Pero, francamente, querido Mazzolà, ¿no me parece que sea exactamente una ruina! Vos

obtendréis un excelente precio por el trabajo y, además, ¡haréis felices a Zerlina, a su madre, a su abuela y también a Masetto! ¿Qué más queréis?

—Es verdad lo que decís, señor Giacomo, pero es la primera vez en mi vida que me veo obligado a faltar a mi palabra. Pero no tengo elección, una de dos: o me voy de casa y lo dejo todo, o cedo ante esas tres locas y, aunque con vergüenza, comienzo a hacer enseguida vuestra maldita cristalería y dejo todo lo que tenía pendiente, incumpliendo los compromisos que ya había adquirido con unos señores muy respetables. —Mostró con la mano algunas cajas de madera apiladas en un rincón—. Pero ahora tanto da que se lo diga a todos: ¡soy un miedica, un mentiroso y haré vuestras copas, que parecen ser tan importantes!

Giacomo tuvo alguna dificultad para esconder su sonrisa complacida y pícara. Se volvió hacia los dos caballeros enmascarados, abriendo los brazos como para decir: «¿Habéis visto cómo vuestro Casanova resuelve incluso los problemas más espinosos?» Los dos asentían con empeño y, bajo sus blancas *larve*, a buen seguro sonreían satisfechos y admirados.

—Estoy contento de vuestra decisión, *monsieur* el maestro, no tendréis que arrepentiros y estáis en tren de hacer un gran favor a mucho más de mundo de lo que pensáis —dijo el francés en su italiano un poco aproximativo.

—*Ausgezeichnet... excelente... wunderbar*—bufaba el tercero, y todos comprendieron que se trataba de un alemán.

—Muy bien, muy bien... El señor... comitente ya ha preparado un importante pago a cuenta, si a vos puede veniros bien —dijo Casanova—. Son cien cequíes de oro.

—El pago a cuenta podría venir muy bien, pero aún no hemos establecido el precio y no puedo hacerlo si no me decís exacta mente lo que queréis. ¿Queréis un servicio sólo de copas o un servicio de mesa completo? ¿Queréis también los bajoplatos o alguna otra cosa? ¿Por ejemplo, los centros de mesa, que son muy caros? Si interesan se podrían hacer, además, los saleros, las aceiteras y las vinagreras... ¡también los posacubiertos! Y, luego, ¿de cuántas piezas debe ser la cristalería? ¿Para cuántos comensales?

Ahora que había cedido, la altivez del artesano escrupuloso y enamorado de su trabajo se imponía en él. Si verdaderamente tenía que hacer aquel trabajo, el maestro Giovan Battista Mazzolà quería que fuera algo único, jamás realizado por otro artista vidriero.

—Ya, ya... —dijo Casanova y, vuelto hacia los de la *bautta*, explicó que los centros de mesa de vidrio de Murano sustituían egregiamente aquellos en bronce dorado al mercurio, tan famosos en las espléndidas mesas de Francia. Es más, al estar hechos con vidrio variadamente coloreado, eran más etéreos y menos pesados que los de bronce y mucho más alegres. Los venecianos representaban a menudo jardines en miniatura y estaban constituidos por muchas piezas diferentes. Puestos con arte, uno a continuación del otro, a lo largo del eje de una mesa, podían extenderse incluso algunos metros.

—De todos modos, es preciso que sea el ilustrísimo... el ilustrísimo comitente quien decida.

Pero el conde de Rosemberg dio claramente a entender que no sabía qué decir. Entonces Giacomo, siempre rápido para salir de un apuro, trató de hacer hablar al vidriero.

—Digamos que los cubiertos sean cuarenta y ocho. Ahora querríamos oír, querido maestro, cómo

pensáis hacer las distintas piezas, por ejemplo los centros de mesa, los bajoplatos, las copas... Todo el servicio, en suma, teniendo presente que debe resultar algo extraordinario y que el precio no tiene mucha importancia. Al menos así me parece que lo quiere el señor. —Mientras hablaba se había vuelto hacia el austriaco, que asentía con la cabeza y seguía diciendo:

—Excelente, debe ser muy excelente...

El maestro reflexionó un momento y luego comenzó, inspirado, a explicar cómo habría querido hacer el trabajo y, consciente de la importancia de lo que estaba a punto de decir, se esforzó por hablar un poco más en italiano:

—Una cristalería para cuarenta y ocho debe tener al menos cinco copas por cubierto, una para el vino tinto, una para el vino blanco, una para el agua, una para el vino espumoso y una pequeña para la ratafia, además de los recambios en caso de rotura. Todas las copas deben ser de vidrio sutilísimo. Deberán llevar en esmalte el monograma del propietario y el linaje de la familia, si se trata de un noble. Lo mismo debe hacerse con los bajoplatos, que tienen que ser grandes y decorados como las copas, con el mismo estilo, los mismos colores, y también con el escudo del dueño de la casa. Por lo que se refiere a los centros de mesa sus excelencias deberían decirme cómo lo desean.

Casanova, una vez más, miró con aire interrogativo a sus dos acompañantes con *bautta*, pero ellos se limitaron a hacer gestos como quien no tiene la menor idea. Entonces Giacomo, rápido, le preguntó:

—¿Pero los del noble Alvise Mocenigo no eran acaso jardines? ¿Se puede hacer algo aún mejor?

—Siempre se puede hacer algo mejor, señores míos, depende de cuántos ducados se quiera gastar.

—Pero visto, como ya os he dicho, que el gasto no presenta problemas, maestro Mazzolà, ¿vos qué os sentiríais capaz de hacer?

Avispadamente, Casanova había azuzado, una vez más, el orgullo del artesano.

—Se podrían hacer cinco jardines de vidrio como los que quizá los señores hayan visto en París, pero aún más completos y decorados en esmalte a semejanza de las copas y los bajoplatos. El central debería ser el más grande, los dos intermedios suelen hacerse de medida ligeramente inferior y, por fin, los dos últimos deberían ser todavía más pequeños. Todos los jardines, cada uno en su dimensión, tendrían que ser ovalados y con una base de madera lacada y dorada, como perfilada como ahora está de moda. Estarán cerrados en torno por balaustradas de vidrio, con columnitas y rizados trabajados al fuego. Habitualmente ponemos columnas, tiestos de flores, setos y senderos por los que pasean damitas y caballeros y, en el centro, una hermosa fuente. Los pilares de las verjas, los tiestos y las balaustradas estarán decorados en esmalte como hacen los Miotti. Debe parecer... un poco... en definitiva...

Tenía un aspecto preocupado, como si notara la dificultad de hacerse entender y permaneció un instante en silencio.

—No es fácil de decir. Quizá sea mejor, si los señores lo desean, que haga ver a los señores caballeros... algunas... alguna pieza que me ha quedado, porque tenía algún defecto, de un servicio que he hecho para un lord inglés. Así podré hacerlos entender mejor lo que tengo en la cabeza.

Se levantó de su banco de trabajo, se quitó el mandil de cuero y ordenó a un aprendiz que echara el cerrojo de la puerta de la vidriería. Se acercó a un mueble rústico, contra una pared, sacó una llave del cinturón y abrió la cerradura. Luego, casi furtivo, separó una de las dos portezuelas lo suficiente para extraer un gran paquete, envuelto en papel jaspeado y sellado con cintas para proteger el contenido del polvo. Cerró de prisa el armario pero, a pesar de las precauciones, fue posible ver que dentro había otras cajas de distinto tamaño, muchos botes con vivaces colores molidos y algunas jarras que contenían polvo de oro y de plata. Con delicadeza puso el bulto sobre una de las mesas de hierro. Con ademán circunspecto, como si temiese miradas extrañas, lo desenvolvió y luego quitó la tapa de la urna de cartón.

—Es mejor que los ojos envidiosos no vean. Cada uno tiene sus secretos —dijo. Luego dejó que los cuatro lados de la caja se abrieran, como pétalos de una gran flor.

Ante las miradas asombradas de los tres visitantes apareció algo maravilloso. La luz amarilla y ordenada del sol llegaba compacta al mágico jardín de fino vidrio y rebotaba desde él descomponiéndose en miles de escamas, en relámpagos transparentes y reflejos de color, hacia los ojos atónitos de los caballeros. Balaustradas ligerísimas combinadas con pequeñas columnas donde se apoyaban tiestos de plantas en miniatura a delicadas hojas de vidrio verdoso, repletas de flores coloreadas.

Verjas hechas de transparentes lanzas elaboradas a la lumbre y con las puntas doradas daban paso a los jardines y estaban coronadas por arcos de cristal sobre los que se sentaban una gran cantidad de angelillos y enanos. Los pequeños pilares cuadrados, de *lattimo*, tenían los cuatro lados decorados en esmalte con pequeños paisajes monocromos, con los cielos y nubes de oro. Sobre las columnitas había macetas de *lattimo*, ornadas de la misma manera, de las que caían sarmientos de flores y matas de vidrio verde con tallos de sutil alambre.

El maestro Giovan Battista Mazzolà, mientras miraba su trabajo, soñaba con los ojos abiertos su futura obra maestra, y farfullaba algo para sus adentros. Incluso había olvidado a los caballeros que estaban ante él, los cuales seguían fascinados las líneas de aquel admirable jardín de impalpable vidrio: frágil, transparente, coloreado, centelleante y mágico.

El abad Bernis, por el estupor, incluso se había quitado por un momento la *larva*. Luego, preocupado, se volvió a cubrir enseguida la cara.

En el jardín, de los setos que delimitaban los parterres, perfilados con hermosas curvas a la moda francesa, de un brillante verde esmeralda, despuntaban florecillas pintadas en esmalte. En los senderos, sobre las piedrecitas de vidrio y sobre las flores, paseaban pequeños caballeros con sus levitas rayadas y bordadas, además de damitas de vidrio con blancas pelucas y parasoles de delicados colores. Las seguían, solícitos, los delicados chichisbeos con sus perritos de salón en brazos.

Al final de cada seto, encima de unos pedestales, se veían tiestos con arbolillos colmados de naranjas, que colgaban coloreadas de las ramas de alambre envuelto en seda marrón, en medio de cien hojitas de vidrio verde y blancas florecidas de *lattimo*. En el centro del jardín, rodeada por un parterre redondo, una hermosa fuente de límpido cristal en tres niveles, con el agua que parecía brotar desde la cima y caer alrededor centelleando en las pilas subyacentes. Era una nube de vidrio sutil y los transparentes relámpagos llenaban los ojos de luz y de impalpable ligereza.

Casanova y los dos embajadores se habían quedado mudos frente a tal frágil perfección y fue el maestro Mazzolà quien rompió el silencio:

—Iluminado por las velas luce más —dijo como para disculparse. Pero lo que habían visto ya era más que suficiente.

Los dos diplomáticos enmascarados continuaron en silencio, fascinados, y vueltos hacia Casanova hacían grandes señas de asentimiento, invitándolo a hablar.

—Lo que nos habéis enseñado, maestro Mazzolà, ya parece óptimo; si además nos aseguráis que haréis algo aún mejor, entonces creemos que estaremos satisfechos.

Giacomo había asumido también él, dadas las circunstancias, el aspecto grave de un embajador.

—¡Ahora nos diréis el precio, maestro!

El vidriero, que ya se sentía más a sus anchas, volvió a hablar:

—El precio, el precio, ¿cómo podría decirlo así por las buenas? Sólo haciéndolo podré calcular cuánto tiempo me toma. Pero para que los excelentísimos señores tengan una idea les diré que la cristalería para el noble Mocenigo costó trescientos cincuenta cequíes. Ésta con seguridad costará más —dijo de un tirón, como si se avergonzase.

Giacomo se volvió hacia el conde de Rosemberg, que estaba asintiendo sin vacilar.

—De acuerdo, de acuerdo, maestro Mazzolà, aceptamos la idea de que nuestro servicio será un poco más caro que el de Mocenigo.

Reconfortado por los continuos asentimientos del conde de Rosemberg, Casanova acordó con el maestro Mazzolà las modalidades de pago, el monto de la dote de Zerlina en trescientos ducados y confirmó el envío desde París de un ajuar de novia.

Se definió la fecha de entrega y se describió el servicio en todos sus particulares. La redacción del minucioso contrato, donde se preveía hasta el último detalle, exigió bastante tiempo. Fue Casanova quien lo firmó por cuenta del comitente, cuyo nombre nunca fue citado.

—Si, como está previsto, al final hay alguna diferencia de precio, será establecida de común acuerdo. He aquí, pues, como anticipo, os entrego los cien cequíes de oro nuevecitos y sin cercenar. —Diciendo así, cogió la escarcela de las manos del austriaco y se la entregó, con ademán de gran señor, al vidriero—: Contadlos, maestro Mazzolà.

Para las otras obligaciones, Casanova presentó una fianza del notario Lauro Ziliol de San Cassian, en la que declaraba tener ya en sus manos la suma de dinero necesaria para los pagos futuros y se presentaba como garante también para el ajuar y la dote.

El acuerdo preveía, además, que Mazzolà se pondría enseguida manos a la obra ayudado por Masetto y sus vidrieros.

—La fecha de entrega ha sido claramente definida, pero contamos más con vuestra palabra de gentilhombre que con el contrato. Es inútil que os lo repitamos: el tiempo, en este caso, es muy importante.

—Salvo desgracias, espero que a principios de marzo pueda ser entregado.

Casanova echó un vistazo a sus dos acompañantes y solemnemente concedió:

—Está bien, maestro Giovan Battista, estamos de acuerdo en todo. De vez en cuando vendremos a ver cómo procede vuestro trabajo. Ahora os agradecemos y os saludamos.

—Un momento, un momento, señores míos respetabilísimos, ¡aún queda un detalle: los Miotti! No sé si estarán dispuestos a hacer el trabajo y en el tiempo que los señores lo solicitan.

—Dejad actuar a los excelentísimos, querido maestro. Ya hemos resuelto todo con los Miotti —dijo Casanova, que ahora hablaba en plural y había asumido un aire muy condescendiente—. Harán enseguida los adornos que vos les pidáis. Están de acuerdo en esmaltar las piezas a medida que las hayáis terminado, en cuanto lleguen a su horno. Así no perderemos tiempo.

Mazzolà estaba muy impresionado de la omnipotencia de aquellos señores, pues le parecía que obtener semejantes cosas en Murano era algo milagroso.

—Está bien, está bien, si sus señorías lo dicen, así será. Yo no hablo. Vengan a ver el trabajo cuando quieran. Que sus excelencias tengan un feliz día. Me pondré manos a la obra mañana temprano.

Giacomo guiñó un ojo a Zerlina y los tres caballeros, satisfechos, se embozaron en sus capas, se acomodaron las *bautte* y las máscaras y salieron del oscuro horno. Atravesaron el patio de la vidriería, deslumbrados por la tajante luz del sol otoñal. Por doquier había cajas de vidrio coloreado en bloques, frita, sosa, polvos blancos, barriles de descartes y montañas de blancos guijarros del Ticino pegados a los muros.

Una vez en la calle, mientras se encaminaban hacia la Colonna, Casanova preguntó al abad Bernis:

—¿Qué pensáis de lo que hemos visto?

—Debo admitir que la gracia de esos trabajos me ha impresionado, pero es sobre todo la sensación de impalpable delicadeza del vidrio lo que deja estupefacto. Es como si quisieran recordarnos la precariedad de la belleza y la fragilidad de nuestra vida.

Giacomo lo miró sorprendido. Pero el francés continuó:

—Creo que éstas son las cualidades que empujan a tantos compradores a preferir los productos de esta isla. En efecto, me parece que los fabricantes de vidrios, aquí en Murano, hacen óptimos negocios, a juzgar por cómo están abrumados de encargos y por el número de mercaderes, incluso extranjeros, que veo por aquí.

—De algún modo, es verdad, o al menos lo ha sido en el pasado. Pero el futuro no parece tan tranquilizador, ahora se está delineando la terrible competencia del vidrio de Bohemia y de Austria y también el del norte de Francia —respondió Casanova.

—¿Por qué llamáis «vidrio» al fabricado en Bohemia y en Francia? ¡Es «cristal»! —rebatía un poco picado, como buen francés, De Bernis.

—No, querido abad, es sólo impropriamente que vosotros lo llamáis «cristal», pero es simple vidrio, como el nuestro. Sólo que el vuestro es vidrio al plomo, mientras que el de Murano es a la sosa. Esto significa que entre nosotros se usa, como solvente, la sosa y en el Norte usan el plomo.

Vuestro tipo de vidrio no es adecuado para ser soplado, pero en compensación se bisela con más facilidad y luego resplandece con magníficos reflejos irisados. Es para ser competitivos con ése, al que vosotros llamáis «cristal», que los maestros venecianos han comenzado a añadir muchos colores a los objetos que soplan y han aprendido a hacer todos esos rizos que tanto gustan en la actualidad y que con vuestro «cristal» no se pueden realizar. También el uso del esmalte coloreado sirve para defenderse de la competencia extranjera. Pero a pesar de sus esfuerzos, creo que, de todos modos, la crisis del vidrio de Murano está muy cerca y será inevitable.

Casanova continuó, pero ahora había un matiz de tristeza en su voz:

—Además, en el mismo campo del vidrio soplado se está desarrollando, en toda Europa, una gran rivalidad. No obstante las leyes severísimas del Consejo de los Diez, que prevén penas incluso muy graves, muchos vidrieros de Murano se han expatriado, llevándose consigo los secretos de nuestro antiguo arte vidriero. Alentados por fabulosas ofertas, han abierto vidrierías en Francia, en el ducado de Génova, en Toscana y en otros sitios. Aunque en ninguna parte se alcanza la excelencia de Murano, esto no conjurará la crisis.

Llegados al puentecillo, era el momento de separarse.

—Gracias, excelencia De Bernis y gracias, señor Casanova, vosotros habéis rendido un buen servicio al Real Gobierno Imperial de mi país, y espero poder pagar pronto mi deuda por vuestra cortesía. La que he visto en el horno es verdaderamente una cristalería de reina y, sin duda, es digna de la ilustre dama a la que está destinada. Aceptad, señores, una vez más, mi agradecimiento, también en nombre de su majestad imperial, mi soberano. Os deseo una óptima jornada —dijo el austriaco despidiéndose deprisa, pues era imprudente dejarse ver demasiado tiempo juntos.

Pero Casanova no estaba seguro de que sus precauciones sirvieran para algo. El movimiento de tan importantes embajadores extranjeros, de Venecia a Murano, no podía haber escapado a los omnipresentes espías del Consejo de los Diez. Es más, a él, siempre atento a este tipo de cosas, le había parecido tropezarse, demasiadas veces como para ser casualidad, con unos tunantes que tenían todo el aspecto de ser delatores de ese poderoso organismo.

De todos modos, cuanto había dicho el embajador austriaco, unido a cuanto se había enterado la noche anterior por medio de Dandolo, había sido muy clarificador para Giacomo, que ahora ya había intuido todo el misterio y estaba muy orgulloso.

El abad y Giacomo embarcaron en la góndola del embajador para regresar a la ciudad. Apenas estuvieron sentados dentro del *felze*, uno de los dos gondoleros, antes de coger el remo, sirvió champán, que había mantenido al fresco en un cubo con nieve.

Pero Casanova estaba ansioso por demostrar a su ilustre amigo lo hábil que había sido al descubrir el secreto del servicio de mesa. Por tanto, sin esperar, preguntó con aire casi de desafío:

—Quisiera preguntaros algo más, querido François, respecto a vuestra protectora, la hermosa marquesa de Pompadour: ¿en la actualidad se está interesando también por la política exterior?

El embajador lo miró de manera ostentosamente severa:

—Ya hemos hablado demasiado de ella. ¿Por qué me preguntáis esto?

—Oh, por nada, es un rumor que circula con insistencia en ciertos ambientes del gobierno. Se dice

que está patrocinando la paz entre Francia y Austria, partiendo precisamente de aquí, de Venecia.

Evidentemente De Bernis se sentía apurado y Giacomo se regocijaba por haber conseguido demostrarle lo inútil que era esconderle cualquier cosa que ocurriera en su ciudad.

—Después de que esta mañana os he presentado al verdadero comitente y considerando vuestras palabras, ya no me parece necesario continuar escondiéndoos las líneas generales del asunto del que nos estamos ocupando. Por otra parte, he cumplido con mi deber, no os he confiado nada; si luego vos, por vuestra cuenta, habéis llegado a conclusiones verídicas, no es culpa mía, pues no podía de ningún modo impedirlo. En cualquier caso, os habríais enterado, porque no podíais dejar de ver el emblema de la marquesa en los platos y las copas.

—Sí, François, después de conocer algunos preliminares, era fácil deducir a quién estaba destinada la vajilla y cuál era el motivo del presente. En efecto, vuestras palabras, y más aún vuestras reticencias, me han hecho recordar una noticia a la que, en su momento, no di demasiada importancia.

—¿Qué noticia?

—Oh, nada, sólo que en ciertos ambientes, cercanos al gobierno ducal, no ha escapado vuestra asiduidad, aunque secreta y circunspecta, con alguien que debería, según toda lógica, ser vuestro enemigo: el embajador de Austria. Los encuentros nocturnos en el Palacio Surian en Cannaregio, donde está vuestra embajada, o bien en ese palacio cercano al río della Toletta, donde se encuentra la sede del representante del Real Gobierno Imperial, era inevitable que atrajeran la atención de los espías de los inquisidores del Estado, tan interesados en cada movimiento de los representantes extranjeros. En este momento, en Venecia, se murmura que entre vos y el embajador imperial se está hablando de una posible paz entre vuestros países. Pero nadie se mueve. En cuanto a la ilustre señora de París, sólo podía tratarse de la marquesa de Pompadour, vuestra protectora y amiga. Se dice que es una mujer de refinado buen gusto y que desde siempre ha deseado esta paz entre Francia y Austria. Por tanto, ¿quién puede tener interés, en este momento, de congraciarse con la Gran Dama, más que el embajador Cesáreo? Entonces todo parece cuadrar, y es comprensible que el funcionario austriaco quiera hacerle un regalo de su gusto, para demostrarle cuánto agradece el Gobierno Imperial sus intervenciones en favor de tan importante cuestión de Estado. Lo único que no acabo de entender es por qué debe ser precisamente una cristalería de Murano, que supone tantas dificultades y requiere tanto tiempo para ser realizada. Con tanto dinero sería fácil encontrar algo mucho más precioso.

El embajador De Bernis se había quedado sin aliento. Permaneció en silencio, un poco desconsolado, sentado en la banqueta del *felze*, meditabundo. Pero enseguida recuperó el control:

—Quizá sea verdad, había subestimado la agudeza del gobierno véneto y la habilidad de sus espías. Pero vos, Giacomo, estáis dotado de una extraordinaria intuición, aunque me doy cuenta de que, para decirme esto, debéis haberos enterado de noticias que, por supuesto, son muy reservadas. ¿Cómo habéis hecho?

Reflexionó durante un rato, mientras el otro sonreía, sin responder.

—¡Ah! Ahora entiendo... Esos amigos nobles con los que vivís y con los cuales os dedicáis a la cábala, deben habéros las confiado. ¡Disculpadme, debería haberlo pensado! —admitió sonriendo también él—. En definitiva, veo que ahora lo sabéis todo y no me queda más que añadir algunos

detalles, siempre confiando en vuestra discreción.

—Os lo agradeceré, François, y contad con mi absoluta reserva.

—Comencemos, pues, por la última pregunta. Mirad, Giacomo, mi dueña y señora, madame de Pompadour, posee todo lo que una dama de su rango puede desear y es extremadamente difícil encontrar algo que le agrade. Sobre todo, el obsequio no debe tener en absoluto la apariencia de una corruptela, si no se ría rechazado con desdén, para no irritar a su majestad Luis XV, que es muy sensible a estas cosas. Sería un verdadero desastre para nuestra política. ¡No! El regalo debe ser ése, y el Real Gobierno Imperial austriaco quiere que llegue a París antes de que comiencen las conversaciones preliminares de paz en Viena. No puedo negarles la razón.

—¡Ah! Ahora entiendo por qué el embajador Rosemberg tiene tanta prisa y no considera los cequíes que tendrá que gastar —comentó Giacomo.

—En cuanto a la marquesa, ella no se ocupa en absoluto de cuestiones diplomáticas, pero como casi todas las mujeres detesta, con razón, la guerra. La Corte de Viena, como sabéis, desde hace trescientos años es enemiga de la de París. Pues bien, ella sólo desea la paz para el pueblo de su soberano. Piensa que así Francia tendría, al fin, un poco de tranquilidad y también su amado rey se sentiría aliviado. Cosa que le interesa mucho. Por su parte, es también un gesto de amor —dijo, atento, el abad, que medía sus palabras para evitar que se le escapara la más mínima crítica.

—Me parece una excelente idea, y estoy seguro de que todos estarán de acuerdo con los propósitos de tan noble alma —comentó Casanova, que ahora comprendía cuán susceptible era De Bernis, cuando se trataba de la marquesa de Pompadour.

—Por desgracia, en cambio, no faltan los desacuerdos y las cosas no son tan fáciles. Ante todo en Francia hay un poderoso partido de la guerra. Gente que obtiene enormes beneficios de los suministros para el ejército, de los préstamos al Estado y del almacenaje de víveres para la población. Luego están los Estados extranjeros, que temen a una Francia liberada del peso de la lucha contra Austria. A la cabeza de todos, Prusia, con ese loco sanguinario del rey Federico II, que sólo aspira a cubrirse de gloria en los campos de batalla. Es una auténtica amenaza para toda Europa. Con su poderoso ejército, bien organizado y fanático, Federico haría cualquier cosa con tal de obstaculizar la paz entre Austria y Francia. Hay quien piensa que ya está intentando boicotear nuestras negociaciones y es probable que haya enviado a sus agentes también a Venecia. Si supiera lo que estamos haciendo aquí en Murano, a buen seguro trataría de ponernos obstáculos. Por eso siempre os he recomendado que seáis muy prudente, incluso en el asunto del servicio de vidrio.

Casanova se quedó muy impresionado por estas últimas palabras, mientras el otro continuaba:

—Sabemos que el rey de Prusia está financiando, en Francia, a intelectuales y filósofos para que tomen partido por él. Fijaos un poco en cómo se esfuerza por mimar a ese viejo zorro escorbútico de Voltaire.

—¿Y los otros Estados qué hacen?

—Federico II instiga, contra la paz, también a los otros Estados vecinos, sobre todo a los que son limítrofes con nosotros y que temen a una Francia libre de la desangrante disputa con el Imperio habsbúrgico, es más, a una Francia aliada de Austria.

—¿Como España, por ejemplo? —preguntó Giacomo, socarrón.

—Sí, probablemente como España —respondió secamente el embajador, con el tono de quien ya no quiere seguir con el tema.

El veneciano entendió que lo había hecho hablar demasiado de política.

# Capítulo 7

*Domingo 17 de noviembre de 1754,*

*San Gregorio Obispo*

El anciano señor, vestido a la antigua con un pesado paño marrón, intentaba atraer la atención de Giacomo, agitando el bastón con el pomo de marfil. Era el noble Zorzi Baffo, miembro del Tribunal Criminal y poeta de vena tan fácil como licenciosa.

Como de costumbre, estaba sentado fuera del Caffè del Zancopé, en Campo San Maurizio, en el lado opuesto a la iglesia. Sorbía un chocolate caliente, espolvoreado con canela y con una pizca de vainilla mientras trataba de calentarse los huesos con el escaso sol de las últimas horas de la mañana otoñal. Casanova se había acercado y el maduro poeta, golpeando con la palma de la mano sobre la paja del silloncito que tenía al lado, le había hecho señas de que se sentara junto a él. A aquella hora había mucho tránsito por la hermosa plaza; gente que iba hacia el centro y otros que regresaban. Él, impenitente mujeriego jubilado, estaba allí mirando el pasear de las señoras. En efecto, aquél era un óptimo puesto de observación, porque casi todas, nobles o amas de casa, que iban o volvían de la Piazza San Marco, se veían obligadas a pasar ante él.

Era domingo y, aristócratas o plebeyas, aquel día querían mostrar toda la elegancia de sus vestidos y de sus sirvientes. El viejo Zorzi se divertía comentando con sus amigos las redondeces de cada una y se mofaba de aquellas a la última moda, que, gallardas y engreídas, hacían alarde de sus guardainfantes, grandes como globos, y de los minúsculos perritos llevados de paseo por sus empolvados chichisbeos. Algunas pasaban seguidas incluso por negritos o por chiquillos orientales, vestidos como monitos amaestrados.

—Giacomino, ¿qué haces por aquí? ¿Estás corriendo detrás de alguna hermosa Bernarda?

El viejo gentilhomme solía hablar, irónico, sin rodeos: se expresaba como en sus poesías, de manera bastante libre. Casanova lo conocía bien porque, durante años, el poeta fue el amante oficial de su madre, la hermosa Giovanna Farussi: había vivido prácticamente en su casa, sobre todo cuando, en su peregrinación de actriz, su madre finalmente se quedaba un poco en Venecia. El muchacho no le guardaba rencor, si bien la asiduidad del noble le había robado incluso el poco tiempo que la madre habría podido dedicarle.

Durante toda su infancia y adolescencia, su inquieta madre había sido su ídolo femenino aunque, en realidad, inalcanzable para él. El poeta y magistrado Zorzi (es decir, Giorgio) Baffo, que lo había visto crecer, como hombre de buen corazón que era, le había dado, a su manera, un poco del afecto que el chiquillo buscaba inútilmente en su progenitora, tan volátil. Giacomo llamaba al amante de su madre con el afectuoso apelativo de *barba*, tío, aunque en sentido estricto no fuese pariente suyo. Eran muchas las cosas de la vida que el maduro noble le había enseñado, tanto hablando con él como haciéndole leer a escondidas las animadísimas y obscenas poesías que difundía entre sus amigos juerguistas. Mucha de la filosofía de andar por casa que Casanova situó como base de su vida provenía de aquellos contactos, en los que Giorgio Baffo le había instilado su

credo cínico y, al mismo tiempo, bonachón, sobre el sexo, las mujeres y el sentido mismo de la existencia.

Nunca había osado publicar sus poesías, por miedo a que los ejecutores contra la blasfemia intervinieran con alguna disposición, pero todos en la ciudad sabían quién era el autor de aquellas atrevidas obscenidades que circulaban manuscritas: nadie le había causado molestias jamás.

—Me lo habéis enseñado vos, *barba Zorzi*, eso de correr detrás de las enaguas —respondió riendo Giacomo.

—Ten, Giacomino, dime si te gusta. Ya te has convertido en un joven instruido y me agradecería conocer tu opinión.

Estaba rebuscando en los bolsillos del chaleco de raído terciopelo marrón. Al final sacó una hojita plegada en cuatro y toda arrugada.

Giacomo leyó en voz baja, riéndose, el soneto dedicado a *El regalo más grato a las mujeres*:

—La vieja garduña pierde el pelo pero no las mañas —comentó—. Sois siempre un gran poeta, *barba*, ¡y si en vez de poetizar sobre bernardas, culos y tetas, escribierais de flores y de cielos azules, ya os habrían coronado en el Capitolio!

—Pero a mí los angelitos y los cielos azules no me inspiran en absoluto; además, ¿no te parece que es demasiado tarde para cambiar? —Y sonrió, bonachón, con la boca desdentada.

Era feo, pero no había nada obsceno en él, como sucede a menudo con ciertos viejos libidinosos, es más, aquellos ojos vivaces e irónicos, bajo las pobladísimas cejas, y ese rostro indulgente, lleno de verrugas, inspiraban simpatía. Giacomo sentía sincero afecto y admiración por él.

—Un chocolate caliente también para este jovencito al que le gusta tanto hacer lo que a mí ya no me es concedido. Pero, un consejo, déjalo espesar bien con fécula de maizena y ponle también un poco de sal, que lo hace más sabroso. ¡Maldito seas, que siempre te olvidas! En cuanto al mío, que ya está aquí, añade una nube de aguardiente —ordenó el poeta, meticuloso, al camarero del local.

Los dos sentados fuera del Caffè del Zancopé tomando su chocolate, bajo el pálido sol de noviembre, no podían ser más distintos. El noble, de edad avanzada, magistrado y poeta, pequeñajo y encajado en su traje de basta tela marrón, con la pelliza gris; y el joven aventurero, casi un gigante, de perfil aguileño en el rostro moreno como un irresistible sarraceno. Cabellos negríssimos, bien peinados y recogidos detrás en una elegante coleta, siempre con sus paños de lampazo de seda de color pastel, que hacían resaltar su tez oscura, y con vistosos bordados de oro y plata. Era hasta demasiado fácil comparar un noble pasado con un presente, todo apariencias y futilidad, sin deberes ni reglas.

A menudo Zorzi Baffo organizaba en el *casino* que tenía en la Giudecca unas veladas a las que invitaba a amigos ancianos como él y a jóvenes de espíritu alegre. También aquella noche habría fiesta en casa del *barba Zorzi*.

—Giacomino, esta noche vendrán a cenar unas personas y algunas hermosas muchachas al *casino* de la Giudecca. Desde luego, las chicas ya no vienen por mí, pero la cocina es buena y los vinos también, y además esperan encontrar a algún jovencito elegante como tú. Mi cocinero está preparando algunos platos especiales y en la bodega tengo un óptimo vino de Chipre. También habrá

un grupito de músicos. Te espero. Estará ese cura loco amigo tuyo, con alguna hermosa mujercita, al menos así lo ha prometido.

—¿Os referís al «poco» reverendo Lorenzo Da Ponte, *barba*?

—Precisamente a él, Giacomino. Ven, que esta noche leeré, a quien quiera oírlos, algunos poemillas «decentes» —añadió a risotadas.

Para aquella noche aún no había programado nada y, además, a Casanova le agradaba, cada tanto, degustar la atmósfera de acuario que circulaba en los *casini* de los viejos nobles. Era muy distinta, mucho más relajante que la de las posadas y las casas de juego que habitualmente frecuentaba. A veces en los *casini* se hacían encuentros interesantes.

—No faltaré, *barba* Zorzi, si me aseguráis que habrá simpáticas polluelas.

El campanario colgante de San Mauricio tocó la hora decimoctava, que anunciaba el mediodía, el momento sagrado del almuerzo para Zorzi Baffo, que se levantó para irse a casa. Vivía justo allí, en aquella plaza, al lado de la iglesia, en el Palacio Bellavite, a pocos pasos de donde había nacido Casanova.

La Giudecca, alejada del centro de Venecia, pero no demasiado, se proponía, en efecto, como el sitio ideal para una casa de recreo. Aquella isla, con todos sus bellísimos jardines, era el lugar de veraneo más cómodo para el esparcimiento de los nobles venecianos. También el *casino* de Baffo estaba allí, a mitad del canal del Ponte Longo, enfrente del puentecillo Sant' Angelo, y daba sobre el hermoso río repleto de tartanas y de barcas atestadas de redes y nasas de pesca.

Desde el pequeño vestíbulo en la planta baja, rápidas escaleras subían hasta el *casino*, que estaba en la segunda planta. Estaba compuesto por tres habitaciones. La central, un poco más grande, tenía el techo muy alto y una escalerita de madera que llevaba a una estrecha galería también en madera. Colgada a media altura del muro, la galería giraba en torno, con una balaustrada de falsas columnitas pintadas en la madera. Sobre aquel angosto entrepiso algunos músicos, una viola, un violín y dos flautas, estaban tocando un aria ya pasada de moda, *Nina tutto e divin*, de Ottoboni.

Las paredes estaban pintadas con perspectivas, arabescos y puertas *trompe-l'oeil*, para dar más amplitud al local. El techo parecía adornado por grandes estucos, que en realidad también estaban pintados. La luz, de día, entraba por unas ventanitas situadas encima de la galería, donde estaban los músicos. En medio del pavimento en pedrisco, a la veneciana, había dibujada una rosa de teselas de mármol con una fecha en el centro. Desde esta sala principal se accedía a dos pequeñas habitaciones laterales, también con paredes y techos pintados, ornados por falsas puertas y falsos estucos. En la planta baja, un cocinero y algunos sirvientes, contratados para la ocasión, preparaban los platos para la cena. De todo el conjunto se extraía la impresión de estar en el *casino* de un noble no demasiado acomodado, pero aquel ambiente, no grande, confería una agradable sensación e inspiraba confianza y amistad.

Cuando Casanova entró en el saloncito central, ya había varios amigos e invitados: reconoció a muchos, aunque todos iban enmascarados. Identificó, entre otros, al maduro noble Alvisé Malipiero

con su joven amante Teresa Imer, vestidos de Rosauero y Colombina. Otros nobles estaban disfrazados de Brighella y Coralina, pero la mayoría sólo llevaban una *bautta* con *larva* y tricornio. También los jóvenes, varones y mujeres, estaban enmascarados. En las pequeñas habitaciones laterales había más gente, que jugaba al faraón o al sacanete.

Sobre un sofá, en un rincón, Giacomo reconoció enseguida al reverendo Da Ponte y al infalible don Juan, su acompañante fijo. Tenían, sentadas en sus rodillas, a dos Colombinas melindros, cuyos escotes eran tan magnánimos que, a cada movimiento, hacían recaer sobre sus caballeros casi todo lo que habrían debido contener.

Da Ponte llevaba su habitual traje de abad con chaqueta corta —por otra parte, seguía sin tener otro—, pero se había puesto, bajo el tricornio negro, una vistosa peluca rojiza y una máscara con la larga nariz de Capitán Spaventa. El español vestía de terciopelo negro con vistosos adornos de *paillettes* de acero bruñido, como las que se fabrican en Viena, y sólo tenía una pequeña careta negra que le enmascaraba apenas la parte superior del rostro. El *jabot* y los puños, que asomaban de la levita, eran de elegante encaje negro de Brujas.

Algunos pajes circulaban con bandejas llenas de copas con vino de Chipre y de tentempiés de polenta, algunos con daditos de queso de Asiago fundido encima y otros con huevas de pescado. No faltaban, como antes de toda cena, las cañadillas y los caracoles de mar cocidos. El vino ya había caldeado el ambiente y Giorgio Baffo, el único que no llevaba máscara, daba vueltas, afable y animado, entre aquella gente de fiesta, conformándose con palpar aquí y allá, donde podía. Con la peluca tan gris como sus densísimas cejas, pequeñito y robusto en su levita de terciopelo azul, resaltaban de él unos gruesos botones metálicos calados y dorados, que lucía tanto en las amplias bocamangas como a lo largo de los bordes de la casaca. Leía, a quien le escuchaba, sus últimas poesías briosas y canallescas, tan explícitas que no dejaban ningún espacio para la imaginación.

Declamaba en voz baja el soneto que comenzaba con:

*Vuestra Pedantería me cansa mucho,  
O mejor dicho me rompe los cojones...*

y estaba obteniendo muchos consensos. Pero luego se acercó a un grupo de bellas mascaritas y les dirigió una garbosa invitación rimada a disfrutar, sin demasiados escrúpulos ni vacilaciones, de las alegrías que la vida concedía a la juventud:

*Bellas mujeres, vivid alegremente  
que ha vuelto la edad de oro,  
que un buen genio pero inocente  
no es culpa, sino decoro.  
No esclavicéis vuestros corazones,  
olvidad los miramientos,*

*tiempo es ahora sólo de amores,  
de recreos deleitosos.  
Satisfaceos noche y día,  
amad incluso a quien no os gusta,  
todos ahora sin vergüenza  
gozan mucho y callan poco.*

En sus versos estaba viva la nostalgia del viejo que no sólo asistía al ocaso de la propia existencia, sino que quizá también presagiaba el fin próximo del mundo en que había vivido. Lo seguía, en sus desplazamientos por las salas, una pequeña corte de nobles de su misma edad, que continuaban riendo, bajo las máscaras, ante cada ocurrencia y verso particularmente indecente de sus poesías. Los ancianos aristócratas daban vueltas por el *casino* excitados, pero silenciosos, presos de deseos que ya no estaban en condiciones de transformar en placeres. Limitándose, bonachones, a envidiar a los jóvenes, parecían despojos de un pasado lejano, colmados de recuerdos y añoranzas, mo viéndose impotentes entre los que, en cambio, conseguían satisfacer las más burbujeantes pasiones. Entre las carcajadas y los alborotos de las jocosas máscaras en aquel *casino* se respiraba, por la presencia de los viejos gentileshombres, un júbilo nielan cólico consciente de que un elegante pasado estaba desapareciendo para siempre: esto minaba en todos hasta las nostálgicas alegrías del presente.

Casanova se había encontrado en un diván con dos picaras amigas enmascaradas y las entretenía festivamente, embrujándolas, como solía hacer, con sus audaces galanterías. Pero al mismo tiempo procuraba ponerse de acuerdo con ellas, estableciendo una cita para los días siguientes, con vistas a más íntimos coloquios. Cuando llegó el momento de la cena, desde la planta baja comenzaron a subir las viandas. Todas cosas sencillas pero apetitosas, que se podían degustar sin necesidad de sentarse a la mesa.

Circulaban bandejas de *moeche* ligeramente fritos en aceite. Las *moeche* son esos pequeños cangrejos de escollo, oscuros y apenas más grandes que un doblón. Dos veces al año hacen la muda, es decir, se liberan de los viejos caparazones duros y esperan a que se formen los nuevos. En ese momento los venecianos los pescan, porque sin caparazón son completamente blandos: se come todo, incluido el cuerpo y las pinzas tiernísimas. Dado que a los cangrejitos les agrada mucho la yema de huevo, se meten en unas tinas con muchas yemas, que los deliciosos crustáceos devoran ávidamente. Luego, se enharinan y se echan, vivos y saciados, en aceite hirviendo. Quedan exquisitos.

—La última comida del condenado —dicen los cínicos.

Una buena menestra espesísima de arroz y de amarilla calabaza, como primer plato, y luego trozos de anguila fritos y marinados, los siempre presentes pulpos en varios adobos, polenta con bacalao mantecado (en realidad, se trataba de abadejo), con bacalao a la vicentina (este sí que era bacalao) y con quisquillas con aceite y limón, calabaza frita con pasas y piñones. Para acabar, dulces y frutas secas de Morea bañados con dulce malvasía del Epiro.

Mientras cenaba con buen apetito, servido por dos doncellas, Casanova había advertido varias veces a una muchacha de aspecto muy agradable que, enmascarada de Mirandolina, estaba solitaria y melancólica, sin tocar la comida. Giacomo, siempre curioso por cualquier mujer, no pudo contenerse. Pidió la venia a sus amigas y, a pesar de sus protestas, se acercó a la chiquilla, llevando consigo un plato de finos bizcochos y una copa de vino espumoso. La muchacha lo rechazó, esforzándose por sonreír. No hacía falta nada más para aumentar el interés de Giacomo e inducirlo a ganarse la confianza de la hermosa Mirandolina triste. Bastaron pocas galanterías para que la doncella, que no deseaba otra cosa, le revelara todas sus penas. Él escuchó paciente y luego, para distraerla de sus melancólicos pensamientos, la hizo levantar y, ciñéndola por la cintura, la condujo, dócil, hacia el sofá en el que Da Ponte y don Juan estaban ocupándose, con mucho empeño, de sus dos hermosas enmascaradas. Las dos muchachas, bulliciosas y desinhibidas, bebían copas y más copas de dulce vino Marzemino, volcando su contenido también sobre todos los que estaban a su alrededor.

—Por fin os habéis decidido, Giacomo, a uniros a nosotros. En vuestra compañía, esta velada puede ser aún más agradable. ¿Permitís que dé la bienvenida también a la preciosidad que está con vos?

El reverendo no esperó el permiso de Giacomo y, sin quitarse de las rodillas a la Colombina que tenía sentada encima, se adelantó, de lado, y tirando de la muchacha triste hacia sí, la besó en la boca. La gran nariz de Capitán Spaventa le había dificultado un poco la aproximación y, además, la joven no había demostrado un excesivo entusiasmo.

Giacomo estalló en una fragorosa carcajada:

—Esta vez habéis fallado el tiro, reverendo, por mi parte os concedo todos los permisos que queráis, pero esta noche nuestra hermosa Mirandolina no está en vena de galanterías. Ha asistido, esta mañana en la Piazzetta, a un espectáculo que la ha turbado mucho y que no consigue olvidar.

—Sí... Ha sido una cosa muy, muy desagradable y no puedo quitármela de la cabeza —se quejaba la mascarita.

En efecto, aquella mañana, en la Piazzetta que estaba enfrente del Palacio Ducal, entre las columnas de Marcos y Teodoro, se había llevado a cabo otra pena capital.

—He visto cómo le cortaban la cabeza a un pobre diablo. Pero luego, como si no bastase, han seguido despedazando el cadáver. Quería marcharme, pero mi novio quiso quedarse hasta el final. ¡Una cosa horrible, horrible! —murmuraba la pobre cilla.

—Sí... sí, es verdad —dijo don Lorenzo, poniéndose serio—. Hoy se ha ejecutado a un tal Francesco Panizzi, quien hace algunos meses le cortó el cuello a su amante, una hermosa meretriz. Si no me equivoco también vos, Giacomo, la conocíais. Era Angela Gagiola, la que ejercía su oficio en la calle delle Locande. Para más recargo, Panizzi degolló también a la sirvienta y, no contento con ello, robó la platería de la pobrecilla. Después buscó en vano refugio en Pisa.

—Sí, recuerdo perfectamente los hechos y nunca una condena ha sido más justa. Pero admitiréis

que el novio de nuestra hermosa amiga se ha comportado como un necio; primero la decapitación y luego el descuartizamiento del cuerpo: no son cosas para hacer ver a las doncellas. Me parece lógico que no tenga ganas de reír ni de armar jolgorio.

—También yo estaba en la Piazzetta esta mañana, y también he tenido que disfrutar de esa hermosa escena. No hay duda, ha sido un espectáculo bien orquestado y muy ejemplar.

Todos se volvieron, asombrados, hacia don Juan, que inesperadamente había tomado la palabra, con un tono muy sarcástico.

—El numeroso cortejo de la ejecución ha salido con gran solemnidad del Palacio Ducal, entre una nube de autoridades ducales, arqueros y músicos, con un deslumbramiento de colores. El condenado tenía las piernas y los pies desnudos y sólo llevaba un sucio camisón. Le hacían buena compañía, con sus salmodias, los encapuchados de la Cofradía de Santa María de la Consolación, que lo forzaban a mirar y besar algunas imágenes sagradas. Si el pobre diablo no prestaba la debida atención a los iconos o a sus letanías, procedían a despertar su interés, golpeándolo con unas cadenas que llevaban sujetas a gruesas porras. Así, alegremente, el pintoresco y trágico grupo se ha encaminado hacia el palco, entre la multitud imprecante dispuesta en dos filas.

Todos seguían en silencio, muy perplejos, las extrañas palabras de don Juan.

—Tiene el genio capaz de estropear cualquier fiesta —comentó irritado el reverendo.

Pero aquél continuó como si describiera un divertido espectáculo teatral:

—Llegados al lugar del suplicio, varios curas y frailes, aullando plegarias, han tratado de redimir *in extremis* al desgraciado, que estaba en un evidente estado de inconsciencia y seguía ensuciándose con orina y heces. Después de todo este repugnante ballet, lo han arrastrado por las escaleras del cadalso y finalmente el verdugo ha puesto fin, con un solo golpe, a su desesperación. Hasta aquí, aparte de la mascarada, nadie puede oponerse a que sus señorías tengan derecho a castigar con la muerte los delitos más atroces. Pero la escena más interesante aún debía llegar. Cuatro grandes caballos, con gruesas cuerdas atadas a la albarda, fueron llevados a la Piazzetta. Algunos encapuchados han asegurado cada cuerda a una articulación del cadáver sangrante y han comenzado a pegar latigazos a los caballos. Cada uno tiraba de su lado. El cuerpo desgarrado resistía. Otros latigazos a los caballos y al fin un brazo se desprendió, arrancando tendones y huesos y llevándose consigo un buen trozo de sanguinolento pulmón blanco—rosado...

—Es demasiado, es demasiado... Es horrendo —decían las muchachas y parecía que alguna estuviera a punto de vomitar. El narrador, imperturbable, continuaba. Daba la impresión de que le divertían aquellas reacciones:

—Pero las piernas, aunque abiertas, todavía no cedían. Otras imprecaciones de los arrieros, blasfemias, latigazos y por fin también ese trozo de carne se abrió entre las piernas, dejando caer sobre el empedrado un enredo de verdes intestinos, entre los alaridos de la gente. Un hedor asqueroso salía de aquellas vísceras. Ahora los caballos se alejaban, arrastrando cada uno su cuarto sangrante de cadáver, que bailoteaba en la carrera.

Don Juan, en este punto, hizo una larga pausa, saboreando el horror enmudecido de aquellos que lo habían escuchado. La enmascarada, que por la mañana había asistido a la ejecución, rompió a llorar y huyó de la habitación.

Luego, tranquilo, prosiguió:

—Esta es vuestra bella República. Intuye que nuevos mu míos se están perfilando, pero no sabe abandonar el viejo. Aquí todo es inmóvil. Ya no tienen el valor de condenar a alguien a ser descuartizado vivo, porque temen las críticas de los *philosophes*, pero tampoco tienen el valor de renunciar a las antiguas y bárbaras usanzas. Por eso atormentan a los cadáveres, para respetar la tradición y aterrorizar al pueblo. Ningún hombre ilustrado podría aceptar jamás un gobierno que usa semejantes métodos en este siglo nuestro, el Siglo de las Luces. Quien se comporta así, sólo demuestra que tiene miedo, porque siente que el inevitable fin está cercano. Serán precisamente los *philosophes*, no otros, quienes os empujarán hacia el abismo que vosotros mismos habéis excavado.

Da Ponte había enmudecido y Casanova bullía de desdén. No podía tolerar que un extranjero criticara de semejante manera a su país. Estaba a punto de rebatir cuando, detrás de él, la apacible voz de un viejo se dirigió a don Juan:

—Señor, soy Giorgio Baffo, el dueño de casa, noble de la ciudad de Venecia e integrante del Tribunal Criminal. Quizá vos no lo sepáis, pero a nosotros, los miembros del gobierno de la Serenísima República, no nos es concedido mantener contactos con extranjeros implicados con la diplomacia y, todavía menos, recibirlos en nuestra casa. Vos sois un forastero, por eso mañana por la mañana deberé dirigirme al secretario del Consejo, para explicarle que habéis atravesado el umbral de mi casa sólo por el descuido de un véneto insensato. —Y mientras decía esto, miraba severo al reverendo Da Ponte—. Iré, pues, a disculparme con el secretario del Senado y, entretanto, habré olvidado por completo esas pocas palabras que me parece haber escuchado, sin querer, a propósito de mi ciudad. Por otra parte, soy ya un poco sordo y a duras penas oigo lo que dicen los demás. Pero ahora os ruego que dejéis mi casa, obligado como estoy a contravenir, por respeto a las leyes que nos regulan, mis deberes de hospitalidad. Buenas noches, señor caballero, espero que podáis encontrar en otro lugar un mundo mejor, de cuyo advenimiento parecéis tan seguro.

# Capítulo 8

*Martes 3 de diciembre de 1754,*

*San Francisco Javier*

También aquella mañana Giacomo se había quedado en la cama casi hasta el mediodía. Por la noche se le había hecho muy tarde, es más, para ser precisos, había vuelto a casa, como de costumbre, a la hora decimotercera, poco antes del alba.

El cuarto que ocupaba en el palacio Bragadin era bastante grande, pero de techo bajo y más bien oscuro pues daba a la estrechísima calle della Scaleta. Sin embargo había que admitir que el mobiliario era más que decoroso. Además del tocador, con la palangana y el aguamanil de cerámica para lavarse, había también un amplio escritorio sobre el que Casanova tenía pilas de libros de todo tipo, incluidos los volúmenes y papeles llenos de números, dispuestos en círculos y en pirámides, que le servían para hacer la cábala. Una cómoda oscura y un gran armario para los trajes completaban la decoración. Ca' Bragadin era toda así, con adornos y tapicerías de colores tétricos. Aquel estilo agradaba al anciano dueño de casa y se remontaba a su juventud. Él ni siquiera quería oír hablar de renovar las telas de los cortinajes y de las paredes o de sustituir el mobiliario para seguir la moda francesa que tanto hacía enloquecer a la ciudad.

—Con esos colores afeminados —decía—, esos ornamentos claros y de florecidas, con todas esas líneas curvas y llenas de ridículos arabescos, que hacen que las viviendas honradas parezcan casas de cortesanas. Además, ¿qué sentido tiene cambiar de estilo cada vez que cambia un rey en Francia?

El senador Matteo Giovanni Bragadin, que desde hacía años alojaba a Giacomo en su casa, era un apasionado de la cábala y, antes de emprender cualquier cosa, pedía a su joven protegido que consultara los mágicos números piramidales y le comunicara la respuesta. Casanova se ponía entonces manos a la obra y, ayudado por un poco de suerte y mucha intuición, siempre conseguía dar a su generoso anfitrión una respuesta sensata, que muchas veces llegaba a parecerse, con una cierta aproximación, a los eventos que luego ocurrían en realidad. El secreto de su éxito se basaba en la notable ambigüedad de los oráculos y en su indeterminación. De todos modos, la habilidad de Giacomo con la cábala y su conversación brillante y siempre alegre lo hacían muy grato en aquella casa, no sólo para Bragadin, sino también para los inseparables amigos del dueño, los nobles Marco Dandolo y Marco Barbaro, también ellos bastante ancianos. Éstos llegaban a menudo al palacio, siempre vestidos de negro, como era costumbre entre los nobles venecianos, para hacerle compañía tanto en la mesa de juego como en la de comer, y cada vez con la esperanza de poder disfrutar de la presencia de Giacomo y jugar alguna partida de cartas con él. Así, Casanova alegraba la noble vejez del senador Bragadin, que alojaba y, prácticamente, mantenía a aquel joven disoluto, tan divertido y lleno de recursos. Animaba no sólo su vida, sino también la de sus amigos. Los tres ancianos, veteranos de tantos cargos importantes en el gobierno del ducado, se regocijaban sobremanera al escuchar de la boca del jovencito los relatos de sus aventuras amorosas solicitando los detalles que reverdecían en ellos recuerdos y añoranzas de vivencias ya empalidecidas en la memoria. Cuando Giacomo no tenía nada mejor que hacer, almorzaba o cenaba con los tres

gentileshombres, para luego echar algunas manos de cartas. Aceptaban incluso, sin lamentarse, que demasiado a menudo el libertino les ganara algunos cequíes con métodos no del todo honestos. Con frecuencia ocurría que, después de la cena, Casanova se pusiera a jugar con ellos, pero en un momento dado de la noche interrumpiese la partida porque llegaba la hora de una cita amorosa. Entonces los tres se quedaban solos delante de la chimenea encendida, en la gran sala oscura tapizada de cuero de Córdoba, con flores doradas, conjeturando sobre lo que haría en aquel momento su desaprensivo amigo. Entraban en calor previendo, mientras reían maliciosamente con sus bocas desdentadas, alguna audaz escena, esforzándose por saborear, en su lugar, ciertas alegrías de los vividores que, desde hacía tiempo, ya no les eran concedidas. Al día siguiente, todos estaban listos para pedirle cuentas y detalles. Mientras escuchaban las bribonerías, que Giacomo ampliaba bastante, un poco para presumir y un poco para hacerlos felices, se frotaban de vez en cuando las manos, sonriendo impúdicos y satisfechos y sus ojos, por una vez, se avivaban de lujuria.

Aquel día, justamente, los tres ancianos patricios lo estaban esperando para oír sus relatos, pero él tenía cosas más importantes de las que ocuparse.

Completamente despierto, había tirado varias veces de la campanilla. Como esperaba, se presentó la joven criada Orsetta, recién llegada del Cadore. Tenía unos quince años, pero ya estaba bien formada y sus curvas, firmes, combatían con el vestidito de flores, un poco demasiado prieto. Entró tímida, llevando con sigilo todo lo necesario para afeitarse la barba y peinarlo. Después de una delicada inclinación, se aplicó a su tarea y, para tener un poco más de luz, encendió las numerosas velas que había sobre el escritorio y en los apliques.

—En la cocina dicen que en invierno esta habitación es oscura incluso a mediodía, excelencia —dijo para romper el silencio y esconder su apuro.

—En efecto —respondió Giacomo—, pero basta que entre una florecida silvestre como tú para que todo se ilumine. ¡Ven aquí a darme un poco de luz!

—No diga esas cosas, ilustrísimo señor, sabe que me confunde.

Tenía el cuello y los senos blanquísimos y las mejillas sonrosadas, un poco por su color natural y un poco porque, cuando se acercaba a Giacomo, siempre se inquietaba. Se veía claramente por el movimiento de su pecho que, ostentado con muchísimo candor, marcaba el ritmo afanoso de su respiración.

Preparó, en la correspondiente bacía, una buena espuma con un agradable olor a almendras. Luego, con aire profesional, le puso en la boca la bolita de marfil que servía para tensar la piel de la mejilla.

Los grandes senos de la muchacha le bailoteaban delante, mientras ella rotaba con energía sobre su rostro la brocha de marta, bañada en agua caliente y jabón. Giacomo sentía sobre la piel la agradable caricia de los pelos de marta y de la espuma y comenzaba a estremecerse, si bien trataba de controlarse.

Orsetta, escrupulosa, afiló durante un rato la navaja sobre la piel de cerdo y finalmente empezó a afeitarse. A la doncella le temblaba un poco la mano y, desde luego, la sonrisa burlona de él, que, de vez en cuando, le decía frases galantes, aumentaba su apuro.

—¿No puedes mantener un poco más firmes esas manitas?

—Sí, señor, ¡hago lo que puedo!

Giacomo continuaba mirándole los senos, que le estiraban la camiseta por todas partes. Pero si él seguía manteniendo la cabeza gacha no podía afeitarse el mentón y la muchacha, ruborizándose, se vio obligada a pedirle:

—Caballero, hágame el placer, mire hacia arriba, si no, no puedo hacer bien mi trabajo.

Pasaba y repasaba la navaja sobre la barba más bien dura de Casanova y tirándole la piel con la manita hacía cantar la cuchilla. Luego le rogó que pasara la bolita de marfil a la otra mejilla y se la acabó con cuidado. Después le extendió sobre el rostro la refrescante pomada facial al perfume de rosas y melapias, por último le hizo fricciones con abundante Aqua Mirabile, agua de colonia a las flores de clavel y alcanfor.

Había guardado los enseres de barbero y se disponía a peinarlo. Se puso detrás del joven, con una rodilla sobre la cama, y comenzó a cepillarle el cabello. Los pezones duros y en punta de sus senos rozaban apenas la espalda de Giacomo, a quien cada vez le costaba más conservar la calma.

Primero empleó el peine grueso, luego el fino. Después de haberle untado sobre el cabello el aceite de cedro al jazmín, le trenzó bien la coleta detrás de la nuca y la anudó con una cinta de terciopelo, que él había elegido de la caja de cartón, donde guardaba varias decenas de distintos colores, según el traje que tenía intención de ponerse. Había terminado. Se plantó delante de él, con un espejo en la mano, y le mostró, orgullosa, el resultado de su trabajo. Giacomo se miró con sumo cuidado.

—Buena, ¡has sido de veras hábil! Mereces una recompensa.

La cogió con delicadeza por las muñecas y la hizo rodar, hasta que estuvo tendida sobre la cama junto a él, aún con el espejo en la mano.

—Pero qué hace, señor... Qué hace, ilustrís...

Cuando Giacomo bajó al salón sus tres protectores estaban ya sentados a la mesa y sorbían ruidosamente una sopa de mejillones. Los nobles venecianos, a pesar de sus riquezas y su poder, en privado amaban las cosas sencillas y sencillísimas eran también sus modales.

—¡Qué buen aspecto tenéis hoy, jovencito! —dijo el dueño de casa, mientras los otros asentían burlones—. ¡Y qué temprano habéis vuelto... esta mañana! —añadió, irónico—. Sentaos a comer algo con nosotros y así nos contáis. Hay sopa de mejillones y fochas de la laguna en salsa con cortezas de pan bien condimentado, que tienen muy buen aspecto.

—Muchas gracias por la invitación. Lamento de veras no poder aceptar. ¡No os imagináis qué hambre tengo, pero precisa mente hoy no puedo; incluso tendré que saltarme el almuerzo! Llego tarde a una cita importante —declaró con ademán misterioso, pero complacido—. Quizá pueda cenar con vosotros esta noche. ¡Buen provecho y feliz tarde!

Y salió a la carrera, mientras los tres viejos volvían a zambullirse, un poco decepcionados, en sus

sopas de mejillones.

—¡Lástima! —fue el comentario de Bragadin—. Tiene mucho que hacer, día y noche, nuestro simpático joven. Además, desde hace algún tiempo parece siempre atareado en asuntos secretos... —Y se guiñaron el ojo.

En efecto, Giacomo llegaba con retraso a la cita con el embajador francés. Debían encontrarse para ponerse de acuerdo a propósito de otra visita a la vidriería de Murano. Pero cuando llegó al Liston di Francia, en las Fondamenta di Cannaregio, Casanova vio que el palacio Surian, sede de la embajada, estaba vigilado por un pelotón de arqueros de la República. Acercándose, vislumbró en el jardín al alguacil mayor y al abad Bernis, que hablaban gravemente entre ellos. Donde estaba el alguacil mayor en persona, había sin duda grandes problemas. En el portón vio al maestro Pierre Luçon, el mayordomo de la legación francesa y a él se dirigió para pedirle noticias.

—Esta mañana, cuando el señor secretario bajó de sus habitaciones a la oficina, encontró la puerta abierta de par en par y en el gabinete de su excelencia, tendido en el suelo en medio de un charco de sangre, a Gaspere Bailarín, muerto patitieso. El viejo guardián aún tenía el birrete y el camisón todo manchado de sangre. Alguien ha revuelto todos los rincones de la oficina del señor embajador, cajones por doquier, hojas y registros esparcidos por todas partes, en resumen, un cataclismo. El pobre Gaspere, que, como todas las noches, dormía en un tabuco cerca del despacho de su excelencia, habrá oído el ruido de los ladrones, se habrá levantado de su camastro y, con una luz en la mano, habrá ido a ver qué estaba sucediendo. A buen seguro, el malandrín, al verse descubierto, lo ha atravesado con un golpe de espada. ¡Pobrecillo, su mujer y sus hijos, que viven en Sant'Erasmus, aún no saben nada!

Entretanto el abad Bernis vio a Giacomo y le hizo señas de que esperara. Habían llegado otros arqueros con un ataúd, metieron dentro el cuerpo del desdichado Gaspere Bailarín y se marcharon, seguidos por el alguacil mayor que, en esta ocasión, iba aún más ceñudo de lo habitual. Cuando se alejaron, el embajador invitó a Casanova a entrar, lo condujo a la habitación de trabajo de los secretarios, cerró la puerta con cuidado y se acercó a él para hablarle en voz baja:

—Casanova, habéis visto lo sucedido aquí esta noche. La cosa es muy preocupante. No creo que se trate de unos ladrones cualesquiera. En mi *bureau* había cuatro candelabros de plata maciza, una vajilla para chocolate en *vermeille* y, en el escritorio, mi tabaquera de oro, obsequio del rey. No han tocado nada de eso, en cambio han revuelto todos los papeles de la embajada. Han forzado la cerradura del *armoire* donde está guardada toda la correspondencia, o casi.

—¿Por qué, excelencia, decís «han» y no «ha», acaso eran más de uno?

—Sí, por las huellas de los zapatos sobre el pavimento, el alguacil mayor ha deducido que eran al menos dos.

—¿Dos? —preguntó perplejo Giacomo, como si un relámpago le hubiera atravesado la mente—. ¿Entonces qué han robado?

—¡Nada, absolutamente nada! ¡No falta ni siquiera un despacho! Es justamente por eso que es necesario preguntarse qué buscaban, en caso contrario no hay ninguna lógica en lo que ha sucedido. Un ladrón normal cuando es descubierto huye, pero uno que llega a matar a un hombre debe de ser un tipo distinto de malhechor. Hay que pensar que se trata de alguien bien determinado a conseguir, a toda costa, su objetivo criminal. Es probable que, después del homicidio, hayan seguido hurgando

sin ser molestados, para encontrar lo que buscaban. Encima, nos encontramos ante la inquietante circunstancia de que el pobre diablo ha sido asesinado con un golpe de espada. Los desvalijadores corrientes, como máximo, están armados con un puñal, nunca con una espada. Además de estar prohibida, no es, desde luego, el arma de los ladronzuelos, que ni siquiera son capaces de usarla: es demasiado engorrosa para quien trata de introducirse furtivamente en las estancias de una casa.

De nuevo Casanova tuvo una extraña sensación. El embajador se percató de su turbación y le preguntó:

—¿Pensáis en alguien a en alguna situación, Giacomo?

—No, no, en absoluto —se apresuró a responder el veneciano.

De Bernis continuó:

—Pero hay una posibilidad que lo explicaría todo: que los intrusos buscaran algo preciso, que, sin embargo, no han encontrado entre los documentos... porque, como os he dicho, no falta nada. Por una afortunada combinación, los papeles relativos a la correspondencia que la embajada mantiene con nuestro gobierno de París, sobre las conversaciones con el conde de Rosemberg, no estaban en mi *bureau*. Con vos, Giacomo, puedo confiar mi temor, dado que estáis perfectamente al corriente de todo.

—¿A qué se debe que ese legajo no estuviera en vuestro estudio?

—Pues a que también ayer, como hago cada noche, por obvios motivos de prudencia, lo puse a buen recaudo en el *coffre* blindado que está en mi dormitorio.

Casanova se había quedado en silencio, muy preocupado.

—Continuemos con nuestra lógica. ¿Quién podría tener interés en esas noticias, sino algún emisario de una potencia extranjera que se sintiera perjudicada por los acuerdos de paz entre Austria y Francia? Mi oficio me lleva a pensar enseguida en este tipo de maquinaciones —prosiguió el abad Bernis.

—Si están espiando todas vuestras negociaciones diplomáticas, quizá estén indagando también sobre nuestros viajes a Murano —añadió Giacomo, muy orgulloso de estar implicado en tan azarosa trama internacional.

—Es muy probable, Casanova. Si lo que sospecho se corresponde con la verdad, de ahora en adelante debemos ser aún más prudentes. Os había pedido que vinierais a verme esta mañana para preparar otra visita con el conde de Rosemberg a la vidriería, pero ahora las cosas se han complicado. No es conveniente dejarnos ver los tres juntos, de día, en Murano. A la luz del sol, sólo podemos encontrarnos en acontecimientos públicos. Nuestras visitas a la isla, aunque espaciadas, las haremos con gran secreto, de noche, en góndolas separadas y sin escudo, porque las otras son demasiado fáciles de reconocer. Os buscaré yo, a través de un hombre de confianza. Si, en cambio, vos tenéis necesidad de hablarme, contactad con este gondolero y decidle, sencillamente: «Deseo visitar Francia.» —Y le escribió un nombre en un cartoncito—. Daré señales de vida lo antes posible, de la manera que os he dicho.

Se estrecharon largamente la mano, con familiaridad. Giacomo se encaminó hacia la salida pero, cuando casi había llegado al portón del palacio, se detuvo titubeante y regresó hacia el abad.

—Disculpad, querido François, pero hay otro pensamiento que sigue angustiándome. ¿Qué noticias tenéis de nuestra M. M.? No he conseguido volver a verla.

—No son buenas, Giacomo, no son buenas. Está muy triste; desde aquella última vez, ya no quiere oír hablar de salir de no— che para encontrarnos y come cada vez menos. Vive casi del aire y ha adelgazado mucho. Estoy de veras preocupado por ella.

—Lo que me decís me destroza el corazón, François. ¿Cómo puedo ayudarla, qué podemos hacer por la infeliz?

—Me temo que nada, nada de nada... Parece que dentro de ella su corazón se ha marchitado.

Giacomo dejó caer los brazos, se volvió e hizo ademán de salir, pero el embajador lo retuvo un instante, poniéndole una mano en el hombro.

—Pero en este momento, Giacomo, es mi deber volver sobre el tema de los posibles emisarios de potencias extranjeras. Os lo ruego: prudencia e infinita cautela. Si alguien nos está espiando, ¡debe de ser muy inteligente y también feroz! Es gente capaz de manejarse entre los documentos, aunque estén en francés, de nuestro archivo. Malhechores que no vacilan en mancharse con un homicidio inútil. Teniendo en cuenta que eran dos, habrían podido neutralizar fácilmente a ese pobre diablo.

—No lo dudéis, excelencia, seré prudentísimo —barboteó Casanova volviéndose, mientras salía de la legación de Francia.

Pero una extraña inquietud lo agitaba. Una trama misteriosa se estaba tejiendo a su alrededor y, en contra de sus costumbres, no podía reaccionar de ningún modo.

Desganado, se puso a caminar a lo largo de las Fondamenta di Cannaregio, y luego, atravesado el Ghetto Nuovo, se dirigió hacia los Santísimos Apóstoles, para llegar a Ca' Bragadin.

Ya era la hora vigesimosegunda y, a pesar de que ya transcurrido pasado media tarde, aún no había almorzado. Así, recorrió las Fondamenta della Misericordia y, pasado el Ponte di San Giovanni Crisostomo, en vez de doblar hacia el palacio donde vivía, giró por detrás del Fondaco dei Tedeschi. A medida que se acercaba a Rialto aumentaba el número de vendedores ambulantes, de artesanos que ofrecían empajar sillas, sustituir vidrios rotos en las ventanas y partir leña para la chimenea. Precisamente cerca de los peldaños del puente había una pequeña barraca de madera y tela, en torno a la cual se agolpaban adultos y niños. Como estaba escrito sobre los cuatro lados, se trataba del Mondo Nuovo. Sobre cada pared había varios pares de oculares, a través de los cuales los clientes, que ya habían pagado los dos sueldos exigidos (sólo uno para los niños), escrutaban el interior.

Admirables dibujos en colores, iluminados por muchas velas, mostraban sorprendentes paisajes de las misteriosas Américas. Animales nunca vistos agredían a indios semidesnudos y con la piel oscura. Las salvajes de aquellos extraños países circulaban, también ellas, cubiertas sólo con pocas plumas y mostraban, impúdicas, sus grandes senos negros. Para ser precisos, estas visiones descomedidas sólo se podían observar por los oculares situados más arriba, alcanzables únicamente para los adultos. Por los orificios más bajos, contra los que se apiñaban los niños, las escenas eran más adecuadas a su inocencia. Dragones marinos, volcanes espantosos y olas gigantescas sobre las que flotaban extraños delfines, esclavos infieles y encadenados asombraban, con sus dibujos y vivaces colores, las jóvenes mentes de aquellos muchachitos y los hacían soñar.

Giacomo superó el Mondo Nuovo, atravesó el Ponte di Rialto y llegó a la taberna Due Mori.

Entró sin convicción y pidió, de pie en la barra, jamón de toro, sardinas *in savor* y una jarra de violáceo Corbinello de Padua, con un poco de queso picante. Le trajeron enseguida el jamón de toro bien rojo y sabroso, luego las sardinas fritas con abundante cebolla y marinadas en vinagre de *los cuatro ladrones* con moscatel. Por último, le sirvieron el queso picante, muy curado y con *grilli*, los pequeñísimos y blancos gusanos, de ojitos negros, que se contraían y luego estallaban sobre la superficie cremosa. Lo untó sobre el pan. De costumbre, le enloquecía aquel sabor punzante, pero, cosa rara en él, dejó la mitad en el plato de estaño, con los deliciosos gusanitos que salían de la parte que había cortado y, vivaces, saltaban aquí y allá.

El asunto de la intrusión en la sede de la legación de Francia y del pobre hombre asesinado provocó en él extrañas asociaciones de ideas.

¿Quién podía ser el espía «inteligente y feroz» del que había hablado el abad Bernis?

Se volvió para mirar a los parroquianos que estaban en aquel momento en la taberna. Mercaderes, artesanos, algún noble sin blanca y ociosos gandules. Cada uno de ellos podía ser un conspirador a sueldo de una potencia extranjera. Qué va. No era, desde luego, uno de aquellos: demasiado pacíficos, demasiado ocupados en comer como cerdos en aquellos platos y en beber, ensuciándose los bigotes, en sus bocales de estaño. No, quien había tenido el valor de violar una embajada tan importante, revolver entre documentos y copiadores de cartas y llegar a matar a un pobretón desarmado que, graciosamente, se asomaba desde la oscuridad en camisón y con una vela en la mano, debía de ser de una pasta muy distinta. Tenía razón el embajador, desde luego se trataba de un hombre de gran temple, bien determinado y cruel. Además, aun siendo dos, no se habían llevado nada. Verdaderamente todo hacía pensar en una acción organizada de manera profesional y fríamente concebida con vistas a un objetivo preciso. Admitido que no era un hombre cualquiera, ¿cómo conseguir encontrarlo? Una duda inquietante le retorció el estómago y la mente, pero rechazó enseguida la temeraria idea carente, entre otras cosas, de cualquier verificación.

Ya oscurecía y Giacomo, atormentado por esas sospechas sin sentido y amargado por las noticias sobre M. M., comenzaba a preguntarse cómo pasaría la noche.

Un poco más tarde, podría ir al salón a jugar a la baceta. Pero ya tenía la moral bastante baja y, si perdiera en el juego, se deprimiría aún más. Mejor ir después de cenar donde Catarina Burchiaretta, en San Trovaso, y pasar la noche en su cama, por un solo ducado. La hospitalidad de esta alegre cortesana lo distraería de cualquier otro pensamiento y, además, en aquella acogedora casa de placer, desde luego habría encontrado a algún amigo juerguista. Se cenaba bien y se podía beber mejor. Había un poco de música y la muchacha, desde luego, no escatimaba esfuerzos entre las sábanas. Por eso decidió regresar a Ca' Bragadin, con tiempo para cambiarse de traje y cenar con el senador. En el palacio supo que los dos amigos de su anfitrión, los nobles Dandolo y Barbaro ya se habían marchado y que Bragadin cenaría muy temprano, como era su costumbre cuando, por la noche, se encontraba solo. Giacomo, después de haberse puesto un atuendo más adecuado para una visita a un lugar de ese tipo, bajó sin vacilar de su habitación para hacer compañía, en la mesa, a su protector. El cocinero había preparado una sopa de hierbas con capón, aromatizada con abundante queso piacentino. Giacomo y el dueño de casa, después de aquella, saborearon también un fricando de carnero, mechado con trocitos de panceta.

Mientras cenaban, el joven refirió a Bragadin lo que había sucedido en la embajada: se quedó

bastante asombrado porque le pareció que su noble amigo no se mostraba particularmente sorprendido por cuanto le estaba contando.

Al acabar la cena, mientras bebían un buen ponche caliente con flores de naranjo, Giacomo ya no pudo contenerse y preguntó:

—Querido senador, no habéis hecho ningún comentario sobre cuanto os he revelado. ¿Un muerto y alguien que revuelve entre los papeles de un embajador extranjero no os parecen hechos dignos de atención?

El viejo Bragadin lo miró fijo a los ojos.

—En el Palacio Ducal se murmura algo extraño. Cuando dos embajadores importantes se mueven, hay que sospechar que algún espía está sobre sus pasos. Y sabéis perfectamente a quién estáis frecuentando últimamente, Giacomo —dijo gravemente el anciano aristócrata.

Bragadin tenía muchos amigos en el gobierno de la República, que lo mantenían siempre al corriente de todo lo que atraía la atención del Consejo de los Diez.

—Pero entonces si, por lo que entiendo, estáis al tanto de ello, ¿por qué los Diez no indagan e intervienen?

—Son asuntos que, al menos directamente, no interesan a nuestra República. La experiencia nos enseña que es mejor mantenernos al margen. No, no deseamos en ningún caso disgustar a Francia y aún menos a Austria. Pero tampoco queremos mostrar hostilidad con el Estado, cualquiera que sea, que haya enviado a los espías. Querido muchacho, nuestra República ya no tiene la potencia de otros tiempos, ahora trata de apañárselas, mientras sea posible, sin enfrentamientos con las grandes naciones que han surgido en Europa.

Su voz se hizo casi solemne y veteada de amargura:

—Nos hemos vuelto mucho más débiles y en torno a nosotros las naciones se han hecho mucho más fuertes y unidas. Nosotros tenemos ejércitos mercenarios, ellos han constituido poderosas armadas nacionales. En esta situación preferimos no hablar, no saber nada y no ver nada, como los tres monos. Sólo a hechos consumados tomaremos posición, según nuestros intereses.

—Sé perfectamente que ésta es la política de la señoría, pero ahora que hay de por medio un veneciano asesinado, ¿cómo podéis permanecer indiferentes?

—Nosotros no somos indiferentes, indagamos con la debida calma y minuciosidad. Pero si conozco bien a mis colegas que, durante este mes, se sientan en las magistraturas del ducado, se que nunca se enemistarían ni con una ni con otra potencia extranjera por la muerte de un pobre diablo, cuya familia será recompensada, desde luego, por la embajada francesa.

—Pero todo esto es monstruoso. Vosotros los de la alta aristocracia lo sabéis todo y dejáis que semejantes crímenes ocurran en nuestra ciudad, sin tratar de hacer justicia.

El viejo senador abrió los brazos, pero permaneció mudo hasta que Casanova hizo el gesto de posar la taza de ponche sobre la mesita para despedirse.

—Más bien, Giacomo, estad atento. También es verdad que, al no ser un noble, nadie puede impedirnos tratar con diplomáticos extranjeros. Que quede bien claro, yo no he hablado. Esta vez,

aquí, el juego podría ser muy grande y no querría que os vierais implicado o, peor aún, que los Diez se irritasen. En ese caso ya no podría hacer nada por ayudaros.

Después de un largo silencio, añadió con ademán burlón:

—En vuestro lugar prestaría una especial atención a no dar vueltas por las vidrierías.

Casanova se había quedado estupefacto, con la taza de ponche suspendida.

—¿Pero entonces vos lo sabéis todo? Sé bien que ésta no es seguramente una ciudad donde cualquiera sea de veras libre de ocuparse de sus asuntos. Nada puede mantenerse en secreto al restringido círculo de la oligarquía. Pero, por Dios, ¿cuántos espías tenéis a vuestro servicio, para conocer también esto?

—Uno no es senador, ni ha sido varias veces miembro del Consejo de los Diez y abogado del Estado para nada. Hacedme caso, Giacomo, sed prudente. Os quiero demasiado y no querría veros metido en problemas.

Casanova se acercó al viejo y lo abrazó:

—Seré prudente, pero mi honor me obliga a no faltar a la palabra dada y a llevar a término el compromiso asumido —dijo con ingenua altivez.

Mientras Giacomo estaba saliendo del oscuro salón oyó que su protector murmuraba:

—Benditos jóvenes, hablan siempre de honor, pero tienen extrañas ideas al respecto. Se meten en líos y luego se lamentan.

# Capítulo 9

*Viernes 6 de diciembre de 1754,*

*San Nicolás Obispo*

El servidor francés llegó a Ca' Bragadin muy temprano. Giacomo lo reconoció, era el mismo al que había visto en el *casino* de Murano. El mensaje oral que traía era sencillo: su excelencia el embajador De Bernis necesitaba reunirse con el señor Casanova en la sacristía de San Mauricio, a la hora decimotava de aquella misma mañana.

Apenas tenía tiempo de vestirse: ni siquiera podía hacerse peinar por Orsetta, la joven del Cadore, como hacía casi todos los días.

Cuando Giacomo, puntual, una hora antes de mediodía, llegó a la oscura sacristía, el embajador francés ya lo estaba esperando. Una útil precaución después de los graves eventos que habían ocurrido.

—Querido Casanova, gracias por haber venido enseguida, tenía que comunicaros una noticia importante y muy reservada, pero que a toda costa vos debéis conocer, porque afecta también al trabajo de nuestros vidrieros. Esta noche ha llegado un correo especial de París con un despacho secretísimo. Los gobiernos de Austria y Francia han decidido que los preliminares de la paz empezarán en Viena en marzo. Para esa fecha, tanto el conde de Rosenberg como quien os habla deberemos dejar la sede de Ve— necia, lamentablemente, de manera definitiva, y trasladarnos a la capital austriaca.

La expresión de pesar y disgusto que se reflejó en el rostro de Giacomo fue más que evidente, pero no dijo nada.

—Está claro que antes de nuestra partida la cristalería de Murano debe estar lista y en viaje hacia París. Querría añadir que, después de lo sucedido en mi embajada, cuanto antes dejen Venecia los vidrios mejor será.

—Estoy de acuerdo, querida Excelencia, este delito me ha impresionado mucho y me asombraría que no tuviera alguna consecuencia. Nuestra única ventaja está en que los malhechores no saben nada, al menos eso espero, de cuanto se está preparando en los hornos de Murano.

—Yo también lo deseo, pero me temo que podrían descubrirlo de un momento a otro. No parece que sean unos incautos y en esta ciudad, antes o después, vos me lo habéis enseñado, todos saben todo. Es precisamente por eso que os he pedido que nos encontráramos enseguida. El señor conde de Rosenberg y yo nos sentimos obligados a ir a Murano para examinar el trabajo, constatar su avance y eventualmente dar indicaciones al respecto.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche, si fuera posible. ¿Podréis organizar las visitas?

—No estoy seguro, pero lo intentaré. Tendré que ir, esta misma mañana, tanto donde los Mazzolà

como donde los Miotti, para preparar los encuentros en los dos hornos. ¿Os vendría bien cuando dé la hora tercia, después del *ángelus* de esta noche, en Murano? Es otoño y en esta estación anochece temprano, por eso a esa hora estaremos protegidos por la oscuridad y quizá, si somos afortunados, también por un poco de niebla.

—Sería lo ideal para mí y creo que también para el embajador imperial.

—Entonces debo partir enseguida. En cuanto regrese a Ve— necia, entregaré una nota para vos, con todos los detalles, al gondolero que me habéis señalado. ¿Estáis de acuerdo?

—¡Completamente, Giacomo! E infinitas gracias por vuestra disponibilidad y cortesía. Hay una cosa más... En nombre de mi dueño y señor, el rey, y con gran placer también mío, querría, querido amigo, que aceptarais esto...

Mientras hablaba se había quitado del dedo un anillo, que tenía en el centro un magnífico diamante con una bellísima corona de granates alrededor. Podía valer incluso trescientos cequíes.

Giacomo se disponía a agradecer, pero De Bernis continuó:

—Hay algo más. Su excelencia Rosemberg me ha rogado que os diera esto. —Y le entregó una pequeña cartera de tafilete azul, bordado en oro—. Es vuestra, ¡podéis abrirla!

Contenía un pagaré por quinientos cequíes, a cobrar ante Zuan Battista Albrizzi, uno de los más importantes banqueros de Venecia.

Giacomo, complacido y casi conmovido, se deshizo en agradecimientos, tanto a De Bernis como al ministro residente austriaco.

—Acepto con placer vuestras expresiones de gratitud y las transmitiré de inmediato, pero ahora urge que partáis hacia Murano.

Casanova fue el primero en salir por la puerta de la casa parroquial. Después de un buen rato saldría el francés, pero por la entrada principal de la iglesia.

Giacomo, para mayor precaución, atravesó a pie la ciudad hasta las Fondamenta Nuove, dándose siempre la vuelta para ver si alguien le seguía por las calles o por los puentes sobre los canales. Una vez llegado al embarcadero del río dei Mendicanti, cogió una góndola con *felze* y dos remeros. Sentía que ahora todo el asunto se estaba acelerando, en lo bueno y en lo malo, hacia su epílogo y una inquietud cada vez mayor lo invadía. Es taba seguro de que nadie lo había seguido pero, por las dudas, dio la orden de partir en voz bastante alta, de modo que el resto de los gondoleros la oyeran:

—¡Vamos a San Michele!

Sólo después de que hubieron llegado al islote, pidió que prosiguieran hacia Murano, pero se hizo dejar en las proximidades del palacio Soranzo, bastante lejos del horno de Mazzolà. No quería que alguien, en el punto donde había desembarcado, adivinara su meta.

El vidriero no ocultó su estupor cuando oyó la petición de encontrarse a esa hora de la noche, pero aceptó igualmente mostrar a los ilustres comitentes el trabajo realizado, incluso en un horario tan poco habitual. Lo había hecho aún de mejor grado cuando supo que se le haría un segundo e importante pago a cuenta.

Para dirigirse al horno de los Miotti, Casanova estimó prudente no usar la góndola, sino recorrer

todo el trayecto a pie. Los bogadores que lo habían llevado a Murano habrían podido contar, vaya a saber a quién, adonde se había dirigido. Se alegró de que mucha gente del pueblo, varios mercaderes forasteros y un gran número de vendedores ambulantes abarrotasen calles y las fundamentas. Había quien vendía pulpos hervidos, quien copas y tazas de vidrio, quien ollas de cocina de cobre, también estaban los deshollinadores con sus herramientas negras de hollín y los vendedores de tinta y veneno para ratas, que llevaban al hombro, como estandarte, un bastón con algunas ratas muertas colgadas. Entre toda aquella confusión era más fácil pasar inadvertido.

Así, llegó al horno de los Miotti. También a ellos les anunció otro sustancioso pago a cuenta y, por tanto, estuvieron enseguida de acuerdo con el encuentro nocturno, a pesar de lo extravagante de la hora. Todo había ido de la mejor manera posible y no le quedaba más que preparar el viaje. Sólo entonces, al oír sonar el vigesimosegundo toque, se dio cuenta de que ya era media tarde y que aún no había comido; era la segunda vez, en pocos días, que le sucedía y esto, para Giacomo, era un hecho insólito y muy grave.

Arribó al Campo Santo Stefano, donde se encontraba la antigua taberna del mismo nombre y estaba a punto de entrar en el local, cuando vislumbró, sobre la otra orilla, al sirviente de don Juan, Leporello, que salía del horno del maestro Bigaglia. Estaba sorprendido de verlo en Murano y se preguntó qué estaría haciendo en aquel lugar. De todos modos, entró deprisa en la taberna, para no ser visto. No es que fuera un grave problema, pero temía que el sirviente hablara de ello con su amo y Da Ponte. Este último, tan locuaz, comenzaría a hacerle preguntas, en broma, sospechando algún enredo amoroso. Dada la situación era mejor evitar incluso la más inocente charla sobre sus actividades en la isla.

Consumió una comida muy rápida a base de sopa de callos, aromatizada con abundante queso piacentino, y de un plato de hígado encebollado con polenta bien caliente. Luego, de vuelta su góndola, se hizo llevar de nuevo a Venecia y desembarcó en el rio della Sensa, junto al Ponte dei Mori, donde sabía que podía encontrar al gondolero de confianza del embajador De Bernis.

Con la noche cayó también un poco de niebla y difícilmente habrían podido seguir alguna de las tres góndolas anónimas, que se deslizaban silenciosas sobre el agua de la laguna, hacia los tres puntos de amarre acordados, todos en las Fondamenta di San Giovanni dei Battuti pero a buena distancia el uno del otro. Casanova había sido el primero en arribar y se había dirigido enseguida al punto donde habría debido llegar el abad Bernis. A causa de la niebla, vio el candil de la embarcación sólo cuando ésta ya estaba muy cerca de la orilla y esto le hizo mantener la esperanza de que nadie la hubiera advertido. El diplomático no había usado la suntuosa góndola de la legación, adornada con el emblema en bronce con los lirios de Francia, situado en la parte delantera del *felze*. Aún más evidentes habrían sido los gondoleros de uniforme, con el brazalete de latón con las armas de la dinastía. Según lo decidido, había alquilado una góndola cual quiera. Juntos fueron a esperar, en el sitio convenido, al embajador del Real Gobierno Imperial austriaco que, puntualísimo, no se hizo aguardar.

Los tres llevaban oscuras capas que llegaban hasta el suelo, tricornios sin plumas y negras *larve*

sobre el rostro, para ser lo más anónimos posible.

Las tres sombras recorrieron silenciosas las Fondamenta di San Giovanni dei Battuti, giraron a la derecha en el Bersaglio y, pasado el Ponte di Mezzo, se encontraron en las Fondamenta dei Vetrai, por las que se encaminaron hacia la Corte dei Furlani, que daba a la parte posterior del horno de los Mazzolà.

Precisamente a su derecha, al fondo de una larga muralla de ladrillos rojos, estaba la puerta de la vidriería.

De noche, el taller de vidrio parecía una cueva mágica. Ya no se veía dónde estaban exactamente los muros del recinto que, ennegrecidos por el humo, no se distinguían, haciendo que el lugar pareciera más grande. En el centro, el horno con sus numerosas bocas encendidas, rutilantes de luz al calor blanco, iluminaba a personas y objetos, proyectando sombras que se contorsionaban, alargándose y encogiéndose sobre cada cosa. Aquí y allá, sobre los trozos de vidrio, brillaban a ratos los reflejos del fuego.

Eran pocos quienes los esperaban, puestos en fila. Giovan Battista Mazzolà con algunos maestros vidrieros, Masetto con algunos de los que habían colaborado en el soplado y la atentísima Zerlina que, evidentemente, quería estar al corriente de todo lo que le concernía. Habían puesto unas tablas sobre algunos caballetes, para poder desplegar encima la serie de copas y platos, de todas las medidas y formas, que hasta entonces habían confeccionado. Los tres visitantes entraron en silencio, embozados y enmascarados. Sólo Casanova, como de costumbre, se descubrió el rostro y saludó. Los otros dos se limitaron a hacer una señal con la cabeza.

El trabajo realizado era sorprendente, aunque muy incompleto. Todavía faltaban los esmaltes y los prodigiosos dorados de los Miotti. No obstante, los signos de aprobación de los dos caballeros con *larva* fueron suficientes para que Giacomo pudiera declararse satisfecho. No se sabe cómo, pero Mazzolà y Masetto habían conseguido producir unas copas según el novísimo estilo francés de moda, increíblemente modelado en suaves curvas, elegantes y femeninas, sin las asperezas estilísticas de la antigua usanza. Parecían hechos aposta para acompañar la ingeniosa y brillante plástica de una mesa parisina, aunque era más que seguro que ninguno de los maestros vidrieros había asistido nunca a una de ellas y, todavía menos, participado.

Pero ésta era la magia de los verdaderos artistas, capaces de captar en el aire la mutación de los gustos e intuir sus formas, mucho más allá del ambiente en el que viven. Las copas tenían como pie dos admirables angelillos en diferentes posturas. Se apoyaban sobre pequeños prados de hierbas y flores, que constituían la base. Uno de los angelillos sostenía el cuenco, el otro sujetaba las armas de la marquesa de Pompadour, tres torres de plata sobre fondo azul, escudo que luego los Miotti deberían esmaltar y platear. También las cintas y las volutas, que completaban el maravilloso conjunto, esperaban los sabios esmaltes y los sobrios dorados de esos maestros decoradores.

Era con tales diseños y hechuras que el vidrio de Murano compensaba las mayores desventajas respecto de los denominados cristales de Bohemia. En efecto, si no se presentaba con la misma imponente en la mesa y no resplandecía por los numerosos tallados iridiscentes del vidrio bohemio, era, sin embargo, más refinado e impalpable, menos mecánico. En los objetos que aquellos artesanos habían creado, la mayor libertad del dibujo y la maestría de los colores suplían la pobreza de la materia con la prepotencia de la obra de arte.

También los bajoplatos relucían con las admirables enseñas heráldicas de la marquesa, repetidas por doquier, en los saleros, en las anforillas y en los servicios para las salsas. Todo ello en un torbellino de curvas, angelillos, cintas, emblemas, hierbas y flores.

Los caballeros enmascarados pudieron admirar también algunas piezas de los centros de mesa, pero la mayor parte estaban aún por hacer o en el taller de los Miotti, para los esmaltados. Casanova cogió la escarcela tintineante de cequíes que el conde de Rosemberg le ofrecía e hizo ademán de ponerla en las manos del maestro Mazzolà, pero se detuvo a mitad del gesto:

—Lo que habéis hecho hasta ahora es espléndido y sus excelencias están plenamente satisfechas. También nos damos cuenta de que los trabajos proceden bien, aunque hay todavía muchísimo que hacer. Pero, querido maestro, por desgracia ha surgido un pequeño problema. El plazo de entrega debería acortarse un poco. El servicio debe estar listo y expedido dentro de los primeros diez días de febrero.

Mazzolà y Masetto ya estaban haciendo algunas muecas de denegación, cuando Giacomo prosiguió:

—Aquí dentro, además del segundo pago a cuenta pactado, hay otros doscientos cequíes por la urgencia. ¡Tendréis que tra bajar también de noche!

Los dos maestros se quedaron mudos, se miraron el uno al otro, luego observaron la expresión de sus ayudantes, y por fin Mazzolà habló:

—Creo que con un gran esfuerzo y con la ayuda de algún vidriero más podríamos hacerlo. Por vuestra parte, tratad de poneros de acuerdo también con los Miotti, si bien con los modos que usáis, no os será imposible.

—Gracias, Mazzolà y gracias también a vos, Masetto. Nosotros siempre con la oscuridad y a la misma hora regresaremos para la visita final y para saldaros la deuda, en los primeros diez días de febrero, en cuanto nos deis noticia de que habéis terminado el trabajo. Esa noche vendrá con nosotros, además, la persona encargada de llevar la cristalería a su destino. Sería indispensable que estuvieran listas también las cajas para el embalaje. Por último, hay algo muy importante que debemos recomendaros: ahora, mucho más que antes, se hace necesaria la máxima discreción; no habléis con nadie del trabajo que estáis haciendo y, sobre todo, nadie debe ver el emblema que orna el servicio. Vosotros mismos olvidaos de él. ¡Cualquier imprudencia podría ser muy peligrosa!

—¡Fiaos de nosotros, señores! Todos son antiguos empleados nuestros y nunca traicionarían la consigna —dijo, con tono de juramento, el dueño de la vidriería mientras los demás asentían.

—Entonces, buenas noches a todos y buen trabajo. ¡Feliz noche a ti, Zerlina!

Los dos embajadores embozados hicieron un saludo con la cabeza a los vidrieros, un gesto de inclinación a la muchacha y siguieron a Casanova, que se había vuelto a poner la máscara y ya estaba saliendo.

La vidriería de los Miotti no estaba lejos y llegaron enseguida a ella, a través de calles secundarias. Murano a esa hora estaba desierta. Una vez cesado el ir y venir de los vidrieros, desaparecidos los vendedores ambulantes y también los compradores extranjeros de vidrio, el silencio era total. Los pasos apresurados de los tres retumbaban en los muros de los callejones y sólo el chapoteo del agua de los canales, escondidos por la niebla, recordaba la presencia de la

laguna.

También los Miotti habían preparado una exhibición de la parte del trabajo realizada hasta entonces. Los dos diplomáticos debieron admitir que los mismos objetos, ya tan extraordinarios, vistos en el taller de los Mazzolà, adquirirían otra vida y alcanzaban la perfección con el añadido del delicado esmalte policromado y del oro mate y bruñido.

Giacomo pidió también a aquellos artesanos que anticiparan el fin de la obra y ofreció la misma regalía. Los Miotti estaban bastante perplejos pero, después de una larga consulta entre ellos, aceptaron.

Las tres capas negras se dirigieron a donde esperaba la góndola del funcionario austriaco. Fue indispensable que Casanova acompañase a ambos diplomáticos hasta sus embarcaciones, porque con aquella niebla, aunque no demasiado densa, ningún extranjero habría encontrado el camino. Una vez partido el austriaco, Giacomo y De Bernis llegaron a la góndola del abad.

Al fin estaban solos y Giacomo aprovechó para plantearle la pregunta que siempre lo atormentaba.

—Disculpad, François, si vuelvo a preguntároslo, pero ¿tenéis alguna novedad sobre la situación de M. M.?

Como de costumbre, cuando no había extraños, Giacomo lo llamaba por su nombre.

—Sí, por desgracia. Tengo a sueldo a una de las sirvientas del Convento de los Ángeles. A través de esta mujer me entero de la situación de nuestra amiga y le hago llegar algunas cartas. También he recibido algunas líneas de respuesta. La salud de M. M. no es buena en absoluto, y de ánimo está aún peor. No sólo no quiere ver a los médicos para curarse, sino que come cada vez menos. Si continúa así será el fin.

Mientras hablaba, el abad se mostraba muy abatido, pero parecía que su temperamento lo llevaba a aceptar un hecho ineluctable. Pero para Giacomo, inquieto por su naturaleza impetuosa, la cosa era distinta. Se rebelaba ante la idea de que una criatura tan estupenda se dejara morir poco a poco, sin que se pudiera hacer nada.

—¿No podemos ayudarla, convencerla, obligarla a comer o a curarse? También yo le he escrito, pero no se ha dignado a responderme ni siquiera una palabra. He estado en el convento, pero me han dicho que estaba indispuesta. No puedo aceptar lo que está sucediendo entre esos muros.

—Amigo mío, mi tierno Giacomo, lo he intentado todo, pero parece que no se puede hacer nada. Incluso me he dirigido a la madre superiora del convento ofreciéndome a hacerla atender por un médico a mis expensas, pero nuestra M. M. se ha mantenido firme. El pensamiento es terriblemente triste tanto para vos como para mí: será imposible resignarnos. Pero quizá sea en vano luchar. Contra su voluntad no puede hacerse nada. Quién sabe... Sólo un evento milagroso podría salvarla. Si tengo noticias os las haré llegar enseguida, y si vos las tenéis, os ruego que os pongáis en contacto conmigo a través del mensajero que ya sabéis; pero os lo ruego, siempre con la máxima prudencia.

Entró en el *felze* de la góndola, que se alejó deslizándose sobre el agua. Giacomo aún oía el chapoteo de los remos, cuando la negra silueta de la larga embarcación desapareció detrás de los vapores de la laguna. Pensativo, se reunió también él con sus gondoleros y se hizo conducir a la ciudad, en las inmediaciones de Campo San Moisé. Aquel viaje en el silencio atenuado de la niebla

había sido angustioso.

Seguía sin comprender que una mujer como M. M. se dejara postrar de aquella manera, hasta el punto de comprometer su vida. Le parecía verla durante una de aquellas noches cuando, de pie, vuelta hacia el fuego de la chimenea, con las manos apoyadas en la repisa de mármol, dejaba que sus dos amantes admiraran sus jóvenes y lozanas piernas y su dorso ubérrimo. Aún recordaba con desconcierto el pequeño mechón de vello que, desde atrás, se veía despuntar de la unión de las piernas: parecía brillar con los reflejos rojos de las llamas. Percibía la mirada de sus intensos ojos negros, como enfebrecidos, mientras lentamente ladeaba la cabeza, para responder a alguna de sus preguntas. No era posible que la misma mujer, ahora, languidiese sin ningún deseo de vida.

Giacomo tenía necesidad de distraerse aquella noche, porque ciertos pensamientos le resultaban insoportables. Con semejantes recuerdos en su cabeza, la idea de pasar una velada con una mujer no le atraía. Quizá lo mejor era ir al Salón Dandolo, a jugar una mano de faraón. La tensión del riesgo ahuyentaría sus malos presagios.

Ya tenía puesta la *bautta* y la máscara, sin las cuales no habría podido entrar en las salas de juego. Sólo a los nobles se les permitía estar en aquellas estancias con el rostro descubierto. Además, en el caso de que los aristócratas tuvieran la banca, es decir, fueran cortadores, estaban obligados a llevar la peluca y el ropón, negro si eran senadores, púrpura si eran procuradores de San Marcos.

El cercanísimo campanario de San Moisé acababa de dar la hora quinta y la primera oleada de jugadores había llegado desde hacía tiempo. La siguiente estaba entrando después del cierre de los teatros. De modo que, cuando Giacomo entró en la *Camera Lunga*, el Salón de los Nobles ya estaba lleno de gente. El vestíbulo estaba tapizado con cuero dorado y arañas de cristal de roca. Los parroquianos se detenían a esperar a las damas o a los amigos, pero sobre todo se paraban a charlar; el bullicio era notable, mientras que en las verdaderas salas de juego reinaba un silencio casi religioso. A los lados de la *Camera Lunga* se encontraban salas bien decoradas con mármoles y espejos, donde seis pajes en librea verde servían refrigerios. En una café, té y chocolate, en la otra queso, salami, frutas y vino. Así, los jugadores podían continuar apostando durante horas y recuperar fuerzas sin tener que salir del Salón.

Casanova se adentró por las silenciosas salas de juego, elegantes y espaciosas, que tenían el pavimento de rojo mármol de Verona, grandes arañas de treinta y seis brazos y estucados en los muros. En las paredes había bellísimos cuadros de los mejores artistas antiguos, como Jacopo Tintoretto, Giovanni Bellini y Paolo Cagliari, a quien todos llamaban «el Veronés». En aquellos ambientes lujosos e invitadores, sobre las largas filas de mesas, había montones de cequíes de oro, detrás de los cuales estaban, majestuosos, los nobles que tenían la banca y cortaban las cartas. A disposición de los jugadores había numerosas barajas, junto a los instrumentos para el juego de la baceta, del faraón, del biribís y del pánfilo. En realidad, no todos los cequíes que se exhibían de manera tan llamativa delante de los nobles eran de su propiedad. En la mayoría de los casos pertenecían a los usureros o a los judíos, que prestaban el dinero a la banca y luego se embolsaban gran parte de las ganancias. Los clientes que, al no ser nobles, no podían acceder a las salas de juego a cara descubierta, iban enmascarados de las más diversas maneras. Algunos, como Casanova, sobriamente, con la amplia *bautta* negra, la *larva* y el tricornio, otros de forma mucho más pintoresca. Había arlequines, polichinelas y pantaleones acompañados por rosablas y colombinas. Entre ellos, daban vueltas los nobles, tanto caballeros como damas, sin máscara y muy

lujosamente vestidos.

El salón era el corazón de la mundanidad veneciana y comportarse de manera impropia o hacer un mal papel en aquel lugar casi sagrado, era considerado de una gravedad extrema. Giacomo se había acercado a una mesa de faraón, donde las cartas eran cortadas por el noble Anzolo de la familia Moro. Estaba imponente en su ropón púrpura de procurador de San Marcos, forrado de lobo cervical y con estola. Lucía una enorme peluca blanca con un birrete ornado de diamantes.

Casanova comenzó jugando veinte cequíes y perdió. Entonces apostó cuarenta para recuperarse, luego otros cuarenta, pero parecía que aquella noche la fortuna lo había abandonado. Seguía teniendo a la diosa vendada en contra, pero se esforzaba por mostrar una absoluta indiferencia, pues aquélla era una regla que había que respetar si no se quería ser el hazmerreír de toda la ciudad. Sobre todo los nobles que tenían la banca debían exhibir una serena impassibilidad, incluso cuando se veían obligados a pagar cifras que, incluso a ellos, resultaban bastante ruinosas. Para Giacomo el problema era un poco distinto, estaba bastante preocupado porque aquéllos eran todos los fondos que le quedaban, sin tener en cuenta el pagaré que le había regalado Rosemberg.

En un momento dado, con el rabillo del ojo, vio una blanca manecita femenina que salía de una capa azul vincapervinca, ribeteada de piel de zorro del desierto, posando el dedo sobre una carta y oyó una voz indiferente que decía:

—Doscientos cequíes.

Apostaba de palabra aquella suma asombrosa. Habría bastado incluso menos para despertar la curiosidad de Casanova. La dama iba seguida por un morito, vestido con un hermoso conjunto de terciopelo rojo con ribetes de piel blanca y acabados en plata, que llevaba un cofre dentro del cual, como era habitual, contenía los cequíes. El banquero mezcló sus cartas impassible, las cortó y las distribuyó cubiertas. Silenciosa, la señora esperó a que todas las demás cartas estuvieran en la mesa y luego, tranquila, descubrió las suyas. Había ganado. Anzolo Moro, sin perder la compostura, pagó cinco veces la apuesta, mientras conversaba amablemente con ella. Era, desde luego, una noble, desde el momento que no sólo tenía el rostro descubierto, sino que también llevaba consigo a su pequeño esclavo en las salas de juego, como sólo las personas de su clase tenían derecho de hacer. Y además era de alto rango, porque el banquero le había permitido, privilegio muy raro, jugar de palabra. Giacomo no conseguía ver el rostro de la dama debido a la capucha de zorro, pero su voz le resultaba familiar. La noble dama apostó otros quinientos cequíes y volvió a ganar. Sólo mientras cobraba lo que había ganado, la dama se volvió hacia él y lo saludó amablemente:

—Buenas noches, señor Casanova, qué raro placer veros.

Era la pálida y delgada señora Domitilla, una querida amiga de Giacomo, casada con el procurador Marco Antonio Giustinian, mucho más viejo que ella.

—Vuestra noche me parece muy afortunada, dulcísima amiga. Al menos a juzgar por vuestras ganancias —dijo Casanova con un matiz de envidia—. ¿Pero cómo habéis hecho, querida Domitilla, para reconocerme, con máscara y *bautta*?

—Giacomo, sois verdaderamente un niño grande, ¡cómo podría no darme cuenta de que erais vos! Sois al menos un palmo más alto que el resto. Además, una mujer reconoce siempre a un amigo tan agradable, aunque desde hace mucho no le conceda el honor de sus visitas. Más bien vos no me habéis reconocido, quizá porque ya os habéis olvidado de mí.

Se apartaron de la banca, mientras Giacomo trataba de disculparse:

—Si soy culpable con vos, es sólo porque he estado involucrado en asuntos importantes, que han absorbido todo mi tiempo, pero os prometo que muy pronto vendré a rendiros el debido homenaje.

Se acercó a la capucha azul de la procuradora y, entre risas, le cuchicheó algo al oído. Ella se volvió hacia él abriendo desmesuradamente sus ojos claros y el rostro, pálido y curiosamente asimétrico, se sonrojó de improviso pero, en su boca y en sus ojos, apareció una sonrisa tímida y ambigua, que Giacomo interpretó sin dificultad. Luego doña Domitilla, siempre sonriéndole, se encasquetó la capucha.

—¿Tendré que esperar aún mucho más para tener el placer de volver a veros?

Y se alejó. Tras dar unos pocos pasos se volvió para mirarlo y lo saludó con la mano, para luego mezclarse, ondulante, entre un grupo de máscaras que estaban jugando, siempre seguida por su pequeño moro con el trajecito rojo y los aderezos en plata.

Aunque aquel encuentro le había devuelto un poco de buen humor, Giacomo se sentía deprimido por las pérdidas en el juego y porque la idea de que M. M. languidecía en aquel condenado convento seguía planeando en su mente. Pero, de todos modos, quiso volver a tentar la suerte cambiando, esta vez, tanto de mesa como de juego. Buscó una banca de biribís y comenzó a apostar los ultimísimos cequíes que tenía. Ganó, luego volvió a ganar, y volvió a ganar otra vez. Parecía que ahora la flecha giratoria fuera atraída por las figuras a las que apostaba. Recuperó lo perdido y quintuplicó cuanto tenía en la escarcela al inicio de la velada. Nunca, en su vida, se había retirado mientras ganaba, pero aquella noche seguía estando distraído por demasiados pensamientos tristes y, en contra de su costumbre, dejó de jugar.

Antes de salir del salón se detuvo en una de las salitas de las credencias, donde había avistado dos vivaces mascaritas. Pidió una botella de champán y lo ofreció también a ellas que, joviales, comenzaron a reír y a charlar. Pero Giacomo no estaba precisamente de su humor habitual.

De pronto, las dos jóvenes lo miraron asombradas.

—¡Incluso a costa de suscitar un escándalo en ese maldito convento, al final conseguiré que ella me reciba! —había dicho él sin percatarse.

# Capítulo 10

*Sábado 7 de diciembre de 1754,*

*San Ambrosio Obispo*

En el centro y orientado hacia la rejilla, había un pequeño teatro portátil de marionetas. Una alta y estrecha barraca de madera y tela, con la base cuadrada. Dentro, el titiritero maniobraba, con las manos en los pequeños cuerpos, a dos fantoches con grandes cabezas de madera que chocaban sonoramente entre sí o se daban bofetadas con las manitas también de madera.

Más allá, un adiestrador hacía bailar a una pareja de perritos blancos con manchas oscuras, que llevaban puesta una minúscula librea azul con galones en oro. Se mantenían derechos sobre las patitas posteriores y hacían piruetas siguiendo las órdenes, batiendo las patitas anteriores como si aplaudieran. Luego se lanzaban a través de un aro que el amo sostenía delante de ellos y que agitaba para incitarlos a saltar, entre los gritos y los vivas de las hermanas y sus parientes.

Era la época del Adviento y había mucha gente en el locutorio del convento de Santa María de los Ángeles. Familiares y amigos de las reverendas monjas habían organizado uno de los habituales entretenimientos que precedían a la fiesta de la Inmaculada Concepción. Las hermanas, apiñadas contra las barras de la larga rejilla que dividía en dos el vasto local, estaban excitadas por la presencia de tanta gente y por algún que otro vasito de rosoli, que había atravesado las mallas de la reja y que fue bebido por las monjas con miradas culpables y maliciosas risitas.

Circulaban bandejas con pastelitos y tartas de frutas, servidos con dulce vino de Marzamino. También las hermanas habían preparado unos excelentes postres de mazapán, que eran una especialidad del convento; eran ofrecidos a los huéspedes, a través de la rejilla, en unas bandejas de plata de la medida justa para pasar entre las barras. Niños y niñas bien vestidos jugaban a la pelota o al aro.

Casanova había pedido conversar con la reverenda madre M. M. y engañaba la espera vagando por la sala mientras observaba a los parientes y amigos de las religiosas que se esforzaban por divertirlas más allá de la reja. Esta vez había mostrado un ademán amenazador a la madre portera y le había dicho que no se movería del convento hasta haber visto a la reverenda M. M.

Esperó largamente pero, al fin, M. M. bajó al locutorio. Saludó a Giacomo con una débil sonrisa y se sentó en un extremo de la rejilla, donde quedaba un poco de espacio libre. Estaba pálida y había adelgazado tanto que se quedó impresionado.

—Querida amiga, debía veros fuera como fuere, ya no podía esperar. Ha pasado un mes desde aquella última noche. Todo intento de veros ha sido inútil, incluso aquí en el locutorio. He tenido noticias vuestras sólo a través del querido De Bernis y no eran buenas. ¿Por qué desde entonces no habéis ni siquiera respondido a mis cartas? ¿Y qué ha sido de la pequeña y dulce Caterina? Se acerca la Navidad y el deseo y la nostalgia de vos se hacen cada vez más insoportables.

—Adorado Giacomo, me resulta muy difícil explicaros mi estado de ánimo, porque temo que,

incluso sólo hablando de él, pudiera ofender vuestra sensibilidad. Y Dios sabe que es lo último que querría... Pero no puedo negarlo, Giacomo: me siento muy cambiada por dentro. Advierto que el mundo en el que me parecía poder vivir feliz ha desaparecido y ahora ya no tengo ninguna clase de deseos. Incluso Caterina me ha sido sustraída: una tía suya, hermana en otro convento, se la ha llevado consigo. En las lentas horas que se suceden durante mis noches desesperadas me falta su intimidad.

—¿Cómo puedo entenderos, amada mía? Desde que, maldito sea mi descuido, dejé que se me escapara la noticia de que el abad estaba a punto de abandonar Venecia, ya no os habéis recuperado. Pero entonces... ¿entonces cuento tan poco para vos?

—Veis, Giacomo, sin decir nada ya os he disgustado, y sufro por ello. No es como pensáis, mi adorado amante. Vos contáis mucho para mí. Habéis sido algo tan hermoso, como nunca habría creído que pudiera existir, y habéis extraído de mí incluso aquellos acordes que jamás habría imaginado poseer... Pero el hielo que tengo dentro de mí... me... Hay momentos en los que el desconsuelo me asalta y siento que mi ánimo está muerto. A veces me ocurre incluso que deseo que el fin llegue pronto también para mi cuerpo. No consigo ahuyentar estos pensamientos y eso me sucede cada vez más a menudo. Sé lo difícil que es para vos entender lo que puede haber sucedido a una mujer recluida, que vivía de un sueño.

—¿Por qué decís «vivía»? Lo que perderéis será sólo una parte de vuestro amor. En cambio, parece que queráis renunciar por entero a la vida misma.

—Veis, Giacomo, vos, con vuestra... presencia y el abad con su sensibilidad me permitíais sobrevivir en este convento que tic— testo. Cada uno de vosotros me proporcionaba la linfa necesaria para que la desesperación de la horrenda clausura, que durará tanto como mi existencia, no me sofocase demasiado pronto. Cada uno me daba aquello de lo que era capaz. Vos, Giacomo, habéis sido un amante incomparable. No poseo una experiencia muy variada, pero no dudo, incluso por lo que se murmura en Venecia, de que vos en el amor dais mucho más de cuanto sea posible imaginar...

—Disculpad, pero entonces admitís que os he inspirado amor y me dais a entender que también de vuestra parte... Entonces por qué... ¿Por qué?

—¡Desde luego que os amo! No lo dudo. Precisamente por eso, lo que me obligáis a decir os parecerá increíble: es cierto, vos embelesáis a todas las mujeres, las embriagáis más allá de todo límite, las hacéis casi enloquecer. Lo habéis hecho conmigo... podéis estar seguro. Sin embargo, hay algo que no conseguís hacer: no las hacéis soñar. El amor, tal como lo deseaba yo (y comienzo a dudar de que exista), se alimenta sobre todo de sueños. Nuestro refinado amigo francés, como amante, no puede ni de lejos compararse con vos. Debo confesar que, a veces, cuando hacíamos el amor y él nos miraba, temía humillarlo en su masculinidad. En cambio, su ánimo sensible y extraordinario se mostraba admirado y preocupado por vuestros excesos, pero era feliz por mí y me alentaba. Pero también François posee una cualidad tan rara como la vuestra. Cualidad que sólo algunos grandes señores franceses tienen. La de hacer del refinamiento no sólo un estilo, sino también una razón profunda de vida. Desde niña, en mi familia, he vivido la confortable opulencia de las estirpes patricias venecianas, pero todo esto no es nada en comparación con los horizontes que me ha abierto François. Me ha introducido en sus sabios conocimientos del mundo, me ha hecho parte de su actitud elegante frente a la vida, que va mucho más allá de cuanto puede ser ofrecido por

la riqueza. Un vivir hecho también de cosas pequeñas e insignificantes.

—También yo —añadió Giacomo—, siempre lo he admirado por eso.

—Pero, con él, una mujer se siente transportada en un dulce torbellino que la eleva por encima de los sentidos: es un sueño. Para una reclusa de por vida, como yo, esto significa olvidar las abominables miserias del convento, las infinitas mezquindades de las otras desesperadas hermanas, encerradas desde hace años entre estos muros. Pues bien, si ahora gran parte de lo que me mantenía con vida tiene que faltarme, ¿por qué seguir viviendo? Quizá... quizá ya no lo deseo...

Sus palabras eran cada vez más débiles y parecía que a duras penas el aliento le saliera de los labios:

—De mis dos amantes he obtenido mucho... todo. He conseguido el amor, la pasión y también el sueño. ¿Ahora debo conformarme sólo con un trozo de mi felicidad o bien, decidme, Giacomo, tengo que vivir de recuerdos? Si bien los recuerdos son mucho más lacerantes, cuanto más hermosos han sido.

Se estaba acercando una joven dama ofreciendo azucarillos coloreados en forma de zuecos holandeses y minúsculas ollitas de tenues colores pastel, con una pequeña tapa también de azúcar.

—Están rellenos de rosoli de violetas y de rosas —dijo la mujer con una sonrisa.

Casanova cogió, agradeciéndolo, un zueco.

La chiquilla petulante que estaba con ella comenzó a lanzar su pelota de terciopelo rojo a un pequeño amigo, muy cerca de ellos.

Debieron esperar a que las dos odiosas criaturas se hubieran cansado de aquel juego. Luego Giacomo, acercándose más a la rejilla:

—Me esfuerzo por entenderos, infeliz amiga, pero me cuesta seguir alguno de vuestros razonamientos. Decís que me amáis y sabéis que estoy dispuesto a arrojarme al fuego por vos. Sin embargo, esto no os resulta suficiente para vivir. Parece que vos pongáis en duda incluso el valor mismo del amor.

—Es verdad, a veces me pregunto si en realidad existe tal sentimiento, que debería ser común a dos personas. —En ese momento estaba sólo susurrando—. Me pregunto si nos es concedido compartir verdaderamente con alguien este arrebató. O si, en cambio, no es una ilusión que dos seres alimenten el mismo amor... ¿No es una quimera esperar que nuestros impulsos sean correspondidos con igual intensidad y modo? Si es así, ¿dónde está el gran amor que debería ligar a dos amantes? Quizá cada uno posee sólo una astilla, que ha arrancado del gran árbol, y pronto llegará a percatarse de que no encaja con la del otro. Sólo el deslumbramiento inicial nos lo hace parecer algo universal, común a todos los enamorados, en cambio, sigue siendo siempre un sentimiento personal que no puede ser comunicado, más que en una mínima parte, al bien amado... Temo que esto haya ocurrido también entre nosotros. Dudo mucho que vosotros dos, mis amados y extraordinarios amigos, estéis alentados por los mismos sentimientos y por las mismas necesidades que agitan mi corazón y mi mente. En mi desesperada condición, cuando se duda del amor, se duda de la vida misma.

Ahora callaba como si el esfuerzo de expresarse con Giacomo la hubiera dejado exhausta.

También él permaneció en silencio, sin saber qué decir. Se levantó del banco y fue a coger, de una bandeja, dos vasitos de ratafia de fresas. Ofreció uno a través de la rejilla a M. M., que lo sorbió lentamente con un semblante ya muy distante.

—Estoy cada vez más confundido. ¿Reparáis en lo que me habéis dado a entender? Mi amor os ha avivado sólo los sentidos, pero no el corazón —dijo Casanova, como si se lo revelara amargamente a sí mismo.

M. M. mantenía la cabeza gacha, parecía clavar la mirada en el suelo como si fuera lo único que le interesaba.

—No y no... Vos no podéis dejarme así, adorada, vos me debéis... No, disculpadme, no me debéis nada, pero igualmente os suplico... Decidme, al menos, ¿qué le ha faltado a mi amor para que... os calentara también el alma?

Sólo después de un largo silencio la monja levantó con fatiga la cabeza:

—Si de verdad lo queréis, Giacomo... Hay algo extraño en vuestro modo de amar que frena el corazón de las mujeres y que puede hacer dudar a las que tienen el privilegio de ser elegidas por vos, porque se trata de un verdadero privilegio. De vos emerge la sensación de que siempre os falta una relación que nunca conseguís encontrar. Aparentemente queréis una amante, pero a buen seguro que no es eso lo que anheláis. El sentimiento que volcáis en vuestra amada es extrañamente adorador, casi devoto, como si desearais, a toda costa, exaltar sus cualidades y sus características. Parece que no amarais a la afortunada, a la que estáis llenando de atenciones, sino a «la mujer». A ella os consagráis con un afecto que parece casi filial, pero siempre idéntico, como si una valiese lo mismo que la otra. Sí, es posible que busquéis a una que sea mucho más que una amante.

—¿Queréis decir, pues, que no os he amado suficientemente? Decidme la verdad, sabéis perfectamente que de vos aceptaría lo que fuera. ¿Pensáis que no me he entregado a vos con toda mi alma y también con mi sangre?

—Me habéis amado demasiado... incluso demasiado, Giacomo. Vos amáis como si el contacto físico bastara para decirse y transmitirse todo. Pero en realidad esto sucede sólo una vez en la vida: entre madre e hijo. He aquí que vos amáis precisamente como un hijo. Pero no encontraréis otra madre y os veréis obligado, a vuestro pesar, a cambiar continuamente. Podría ser ésta la razón por la que respetáis tanto a las mujeres que tienen la feliz suerte de encontrarse con vos, pero luego siempre las dejáis. Estoy segura de que cada una de ellas se siente, durante el tiempo que le dedicáis, un ser superior, la mejor de las mujeres. Pero son sólo breves instantes. Quizá éste sea vuestro destino por siempre... Vuestras mujeres lo advertirán, Giacomo, y no se implicarán del todo. Las embelesaréis con locura, pero ninguna se suicidará cuando la hayáis dejado, porque desde el principio presentirán que eso ocurriría.

Hizo una larga pausa y luego continuó:

—Querido Giacomo, hay un interrogante, que vuestro modo de ser ha hecho aflorar varias veces en mi corazón y que os afecta íntimamente. Conocer la respuesta me ayudaría a entenderos mejor. Pero nunca he osado preguntároslo.

—Preguntad sin temor. A vos no podría negaros nada.

—Sólo ahora, porque así lo deseáis, me atrevo y espero que me perdonéis.

Sus rostros estaban muy cerca, separados por la rejilla. Por fin ella lo miró a los ojos:

—¿Alguna vez, Giacomo... alguna vez habéis tenido... una madre?

Como si un álgido chubasco invernal le hubiera caído encima y lo hubiese dejado helado, empalideció, permaneció inmóvil, rígido y no respondió.

Extrañado por aquellas inesperadas palabras sintió de pronto aflorar un dolor que desde hacía mucho tiempo había sofocado y siempre evitado. Ahora, después de tantos años de aparente olvido, se lo echaban en cara, precisamente una criatura tan sensible y a la cual estaba tan unido. ¿Cómo había podido M. M. pensar, exactamente en aquel momento, en su madre, tan deseada y tan poco disfrutada por él?

No tuvieron nada más que decirse durante un largo rato, mientras de vez en cuando los parientes y amigos de las monjas se acercaban ceremoniosos para ofrecer dulces y vino. Luego fue otra vez M. M. quien, en un suspiro, pero ya sin mirarlo a la cara, dijo:

—¡Adiós, increíble amigo! Vuestro ardor, el olor de vuestra piel estarán en mí en todo instante, en cada una de mis libras, durante lo que me quede de vida. —Y luego, como en el susurro de un vaticinio—: Adiós, amor, ya no volveremos a vernos.

Se levantó con dificultad y, entre el roce del hábito monacal, desapareció.

—¡Os escribiré, os escribiré...! —gritó Casanova, cuando ella ya se había alejado.

# Capítulo 11

*Miércoles 25 de diciembre de 1754,*

*Navidad*

La iglesia se estaba llenando de vidrieros y pescadores de la isla vestidos de fiesta, seguidos por sus hijos que se bambolean de sueño. Los nobles parientes de las monjas entraban y cogían sitio en los bancos cubiertos por telas de terciopelo carmesí, reservados para ellos de modo que los señores los encontraran siempre libres, aunque llegaran a la iglesia en el último momento. El organista ensayaba en sordina algunos pasajes y algún revoloteo musical, mientras los clérigos disponían los últimos enseres para la procesión de la Cofradía del Arte de los Vidrieros.

El coro de las monjas estaba situado, en alto, sobre la pared del fondo de la iglesia. Casanova y el abad Bernis se habían situado temprano bien adelante, en los primeros bancos. Así esperaban poder ver algo, dándose la vuelta, a través de la sólida reja que protegía a las reverendas hermanas de las miradas de los fieles. Y seguían volviéndose, aunque se sabía que, detrás de aquella verja de madera oscura, aún no había llegado nadie. Pero, en un momento dado, proveniente del coro, oyeron un ligero zapateo, un desplazamiento de sillas, un roce de túnicas, unidos a algunos susurros femeninos. Las monjas estaban entrando, como siempre con cierta anticipación respecto del comienzo de la función, a aquella galería vedada a la vista de quienes estaban en la iglesia. Ambos se habían dado la vuelta enseguida pero, más allá de la reja sólo se podían distinguir los oscuros perfiles de los hábitos monacales, que se movían con gestos mesurados y silenciosos. Los dos se habían mirado un poco decepcionados.

La iglesia era muy rica en altares y volutas de mármol, cuadros, marcos dorados e imágenes de santos. La profusión de oros en las paredes y en el techo mostraba la opulencia y el cuidado en mantenerla. Pertenece al convento de los Ángeles, sede del acaudalado monasterio de las hermanas agustinianas, casi todas hijas de nobles linajes. Hacía, además, de oratorio de la Cofradía del Arte de los Vidrieros de Murano. Precisamente aquella misa de Navidad coincidía también con una ceremonia muy importante para los inscritos al gremio. Fuera, en la oscuridad, se oían las voces y los movimientos de los cofrades vidrieros que se preparaban para la solemne entrada y el bullicio de la gente que se había detenido a admirar sus suntuosos trajes y sus grandes crucifijos.

En la iglesia un clérigo agitó un racimo de campanillas de plata y todos, sacerdotes y fieles, se prepararon para la solemne función de medianoche. Los tres celebrantes salieron de la sacristía, con sus paramentos brillantes de oro y de plata, rodeados por nubes de incienso. En ese mismo instante, desde la puerta del fondo comenzó a fluir la procesión de los que pertenecían a la Regla de los Vidrieros, con su prior a la cabeza. Llevaban blancas túnicas ornadas con encajes y, sobre los hombros, lucían bordadísimas capas de terciopelo de color pardo, completamente incrustadas de oro. Tenían la cabeza cubierta por largas capuchas muy puntiagudas, con sólo dos agujeros para los ojos. Algunos, los más fornidos, portaban en procesión unos Cristos de madera de tamaño natural, clavados sobre unas insólitas cruces muy elegantes, cuyos extremos terminaban en riquísimos puntales de flores y frondas de plata que, a cada paso, se estremecían tintineando. Simultáneamente

a aquella entrada, desde la reja de las monjas descendió un coro de Navidad dulcísimo, mientras los fieles rezagados, nobles parientes y vidrieros muraneses, seguían llegando y llenando los bancos hasta los últimos sitios restantes. De Bernis preguntó en voz baja a Giacomo:

—¿Qué significan esos enormes crucifijos tan adornados que han entrado en la iglesia?

—Son los de la Cofradía de los Vidrieros. Los llevan en procesión cada vez que hay una festividad solemne. Los más jóvenes y robustos se disputan el honor de sostener esa pesadísima carga, para demostrar así su virilidad. Las muchachas de la isla deliran por tales proezas, pero el más anhelado de ellos es el que lleva el Cristo Moro que veis allá delante, el más pesado de todos y el más difícil de mantener en equilibrio. Los jóvenes se entrenan durante meses, llevando de paseo por las plazas unos enormes troncos de árbol, sostenidos en vertical, con la base apoyada en un cinturón especial ceñido en las caderas.

El abad lo miró un poco asombrado:

—Entonces, Giacomo, si he entendido bien, ¿más que de fe, se trata de exhibiciones de masculinidad!

Entretanto los portadores de los Cristos, ayudados por varios cofrades encapuchados, introducían en su sitio, a los lados de los bancos, los grandes crucifijos, entre letanías y una infinita profusión de incienso. Los demás integrantes de la cofradía con sus bordadísimos trajes ya habían ocupado sitio en las primeras filas.

Ahora la iglesia estaba rebosante de fieles por todas partes y la Misa de Navidad proseguía entre lecturas, músicas de órgano, cantos de los celebrantes, agudos campanilleos, delicadas melodías, que provenían del coro de las monjas, y plegarias.

*Laetentur caeli, et exsultet terra  
ante faciem Domini: quoniam venit.*

Poco después del ofertorio un fuerte alboroto hizo que todos se dieran la vuelta hacia el fondo de la iglesia. Con mucha gracia y dignidad marchaba, vestido de brocado de plata, ornado de cintas doradas por todo el traje y con una desproporcionada peluca de bucles grises, un personaje sin duda muy consciente de su propia importancia. Su rostro estaba maquillado con los colores más improbables y las puntillas y las blondas despuntaban, vaporosas y enormes, de las mangas, del cuello y de los bolsillos de su larga levita. Llevaba un altísimo bastón de ébano, delgado y con el pomo de oro.

Los fieles susurraban con reverencia su nombre:

—Es el famoso *castrato* Giovanni Carestini... Lo llaman «el Cusanino» y viene de la Corte de los Saboya.

Avanzó, solemne y gracioso, hasta la balaustrada y aquí se detuvo. Del lado del órgano, una *viola d'amore* inició una romanza del *Re Pastore* de Johann Hasse, que poco después ocuparía la cartelera del teatro de San Benetto. El *castrato* Cusanino, con su maravillosa voz en falsete, la

cantó, enriqueciéndola en cada estrofa con gorjeos, piruetas de tonos, vuelos y agudos maravillosos, claro signo de que las monjas del convento de los Ángeles no habían reparado en gastos. Seguramente le habían pagado, muy bien, para que hiciera derroche de todos sus virtuosismos. Cuando se calló, un bullicio maravillado serpenteó entre los fieles, mientras las reverendas hermanas del coro entonaban un melodioso:

*Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto.*

*Sicut era in principio, et nane, et semper,*

*et in saecula saeculorum.*

—¿No os parece oír, François, la voz de nuestra M. M. entre las del coro? —susurró Giacomo al oído de De Bernis.

El abad se volvió para mirar:

—Quién sabe... Puede ser —dijo poco convencido.

—Si ella está ahí arriba, tiene que habernos visto —continuó el veneciano. De ello no cabía duda, al menos por lo que se refería a la estatura de Casanova que, desde la primera fila, seguía volviéndose hacia el coro. Mientras estaba dado vuelta, de golpe se quedó pasmado. Al fondo de la iglesia vio al reverendo Da Ponte con don Juan que estaban mirando precisamente en su dirección. Se sintió bastante contrariado.

—¿Qué hace ese hereje en esta Misa de Navidad en Murano? —farfulló.

El hecho de que el caballero español estuviera justamente allí, en la atmósfera de aquella noche sagrada, le pareció fuera de lugar. Él y De Bernis habían venido con la esperanza de obtener alguna señal de la presencia de M. M. y además porque se había anunciado que Baldassarre Galuppi habría ejecutado, por primera vez, una nueva sonata suya en do mayor, un adagio.

Galuppi, vicemaestro de capilla en la basílica de San Marcos, a quien todos llamaban familiarmente «el Buranello», porque había nacido en esa isla tan cercana, se exhibiría con el cémbalo, precisamente allí en Murano, apenas después del rito de la Comunión.

Don Juan, en cambio, no había ido ni por uno ni por otro motivo. ¿Por qué, entonces? Con seguridad era ese necio de Da Ponte quien lo había traído.

En el momento de la elevación, el prior de los vidrieros había colocado a los pies de los oficiantes un Niñito Jesús de tamaño natural, sobre un extraordinario pesebre totalmente de vidrio. Luego, llegados a la Comunión, un gran movimiento se produjo en la iglesia. Todos iban hacia el altar en interminables filas para recibir la Santísima Hostia.

*Da nobis, quaesumus,*

*Domine Deus noster: ut, qui Nativitatem Domini*

*nostri Je su Cbristi*

Cantaban las hermanas. La función había sido muy larga, pero ahora se encaminaba a su fin. En el *Oremus* muchos fieles abandonaron de nuevo sus bancos y se acercaron a la balaustrada para besar al Sagrado Niño. Luego, poco a poco, todos volvieron a sus sitios, a la espera de la bendición final.

Fue entonces, en el silencio general, que el Buranello comenzó a extraer del cémbalo su melodía. Parecía que a las primeras notas les costara dejar el instrumento, aisladas y débiles, densas de ecos nostálgicos y de añoranzas. Luego, lentamente, empezaron a alejarse, rozando los bajíos y las aguas inmóviles de la laguna, para luego regresar en numerosos y límpidos ecos desgarradores. El abad Bernis se había vuelto maravillado hacia Giacomo, que también se sentía arrebatado por tanta belleza armónica. Las estrofas continuaron persiguiéndose largamente, como serenas resacas en un espejo de agua sin brisa, para retroceder de nuevo, una y otra vez, cargadas de nostalgia.

Casanova, que había practicado el arte del violín, era muy sensible a la magia de aquellas notas y tenía los ojos brillantes.

Pero incluso los modestos plebeyos que abarrotaban la iglesia, en gran parte vidrieros y pescadores, con su silencio parecían advertir que, en aquel momento, un aliento divino había descendido sobre ellos y contenían incluso los accesos de tos. Daba la impresión de que la melodía debiera prolongarse hasta el infinito, difundiendo una sensación de paz encantada. Pero, después de un último y nostálgico sobresalto, de golpe la música acabó y el silencio sacudió a cada uno del mágico sopor.

El celebrante se volvió hacia los devotos y solemnemente dijo:

*Pater, & Filius, & Spiritus Sanctus. Amen.*

Recibida la bendición final, los fieles se dirigieron a empujones hacia el portal. Giacomo y François, en cambio, esperaron un buen rato, vueltos hacia el coro, mirando las sombras de las monjas que, detrás de la reja, dejaban sus bancos y se retiraban. En un momento dado Giacomo tocó, ansioso, el brazo del abad.

—Mirad... mirad. ¿No os parece, François, haber advertido un pañuelo blanco que saludaba?

—Sí... quizá sí... me ha parecido. Si es así, es el último gesto que hemos visto de ella —dijo con enorme tristeza en la voz.

Silenciosos se encaminaron también ellos hacia la salida. Fuera, en la noche fría, se saludaron sin decir palabra. De Bernis se embarcó deprisa en su góndola. Giacomo permaneció pensativo en la orilla. Pero enseguida el reverendo Da Ponte lo alcanzó, seguido por don Juan, mientras Leporello se detuvo detrás. El sirviente, extrañamente, estaba hablando con un corrillo de vidrieros recién salidos de la iglesia, pero parecía que éstos no sabían responder a sus preguntas.

—¿Me sorprende veros aquí! —dijo Casanova, resentido por la presencia del español y su lacayo —. ¿A qué se debe, Lorenzo, precisamente en Murano y en esta ceremonia?

—En verdad, ha sido don Juan quien ha insistido. Además, a mí me apetecía oír la última novedad de Galuppi, de la que se habla en la ciudad. Pero, Giacomo, ahora que nos hemos encontrado, ¿por qué no vamos a acabar la velada todos juntos a algún lugar prometedor? A esta hora, todos tienen abiertos sus *casini*: hay mesas dispuestas y divertidas por doquier. Hace poco, fondeada aquí en Murano, hemos visto la peota de recreo del noble Andrea Memmo que, si no me equivoco, es también amigo vuestro. Podríamos embarcarnos todos en ella y alcanzar Venecia al alba. A bordo hay músicos y muchas jóvenes guapas disfrazadas.

—Sí, estoy seguro de que podría ser divertido y justamente estaba a punto de ir—exclamó Casanova, hastiado—. Pero se da el caso de que Memmo es un noble del Gran Consejo y no puede conocer a extranjeros que tengan relación con las embajadas, so pena de graves sanciones: don Juan lo es. Memmo se negaría a dejarlo subir. ¡Seguramente recordáis lo sucedido en el *casino* de Baffo! ¿No querréis que él mañana por la mañana también tenga que correr a justificarse ante la cancillería ducal?! Por desgracia, esta noche debemos separarnos. ¡Adiós! —abrevió Giacomo, feliz de haberse liberado de ese petulante de don Juan y contento de haberlo humillado. Pero sentía animosidad también hacia Da Ponte, que lo había traído, justo esa noche. Se encaminó, sin añadir más, hacia la chalana de su amigo Andrea Memmo, porque de veras necesitaba distracción.

La embarcación estaba fondeada un poco más adelante, en las Fondamenta Giustiniani. Desde lejos se veían las luces, se oían la música y el jaleo. La peota debía de estar repleta y hormigueante de máscaras y gentileshombres. Había sido una sabia decisión, la de Memmo, de fondearla fuera de Venecia, donde las malas lenguas eran siempre vivaces y donde, además, en Navidad y durante todo el Adviento no estaba permitido disfrazarse. Allí, en Murano, el control era más relajado y la República, fuera de la ciudad, estaba dispuesta a cerrar un ojo e incluso los dos.

La peota era una gran barca, impulsada por ocho bogadores. Tenía una única y gran cabina rectangular que iba de proa a popa y que, aquella noche, estaba atestada de parranderos. De hecho, era un salón de fiestas flotante.

El interior y el exterior estaban embellecidos con tallas, festones dorados y esculturas en madera de carácter festivo. Procaces mascarones de cartón piedra ornaban los pilares de la sala. Faunos lascivos los acariciaban degustando, entretanto, racimos de uva también de madera dorada. Grandes linternas expandían con parsimonia una luz invitadora y cómplice sobre las contorsiones de los invitados al son de la música.

Sobre el techo del salón, o cabina como se quiera decir, había una terraza a la que se accedía mediante dos escaleras, una a proa y otra a popa, por las que subían y bajaban sin pausa arlequines, colombinas y florindos, con los trajes alborotados.

En torno a la terraza, una balaustrada de columnitas de madera dorada impedía que la masa de huéspedes, bastante achispados, se cayera al agua. Algunas luces de colores oscilaban, por encima de sus cabezas, iluminando, por momentos, las máscaras y los caballeros que se sacudían apretujados, al son de una orquestina.

En cuanto Giacomo llegó al cono de luz que la peota emitía en torno hasta el muelle, fue enseguida reconocido por muchas máscaras y gritos de alegría y vivas acogieron su llegada. Casanova aportaba siempre a las fiestas una nota de galantería y la segura promesa de un extravagante libertinaje que entusiasmaba, en particular, a las señoras. Cuando subió a bordo, la tristeza por lo que creyó entrever detrás de la reja de las monjas y el disgusto por haber encontrado en misa a don

Juan, ya los había descartado.

Las colombinas eran muchas, tanto en el salón como en la helada terraza, si bien el burbujeante vino de Marzamino y el champán les impedían padecer el frío. Vestían grandes faldas en forma de globo, listas para levantarlas con gran generosidad. Sobre los tejidos celestes, encarnados o beis destacaban rosas y lazos bordados, muy grandes y de tonos vivaces. Sus corpiños, con los colores del Arlequín, eran escotadísimos y una ligera blonda alrededor cubría sólo en parte sus procaces senos. Lucían los cabellos anudados sobre la cabeza con grandes cintas multicolores y, en el rostro, una pequeña máscara oval que escondía muy poco de sus caritas, maquilladas con polvos de los colores más invitadores.

También los arlequines eran muchos y destacaban por los retazos variopintos de los cortos calzones y de las chaquetas. Llevaban medias blancas y un sombrerete de trapo gris. En el cinturón tenían la clava, emblema del carácter bribón de su personaje y una negra máscara que sólo dejaba descubiertos la boca y el mentón.

Lunares y etéreos pierrot cantaban suaves madrigales y, como ocurre a menudo incluso a los más tiernos poetas, se las ingeniaban con prontitud para copular con cualquier Rosaura que se les pusiera a tiro, fuera joven o vieja: «En el fondo, están todas disfrazadas», se decían con poética resignación y por eso, sin ni siquiera mirarlas a la cara, levantaban con destreza sus faldas, bajo las cuales no había rastro de lencería.

Varios pantaleones, con la perilla blanca y el vestido rojo escarlata bajo la capa negra, trataban de palpar a todas las juveniles redondeces que tenían al alcance de la mano. Pero, a los ojos de las señoras, la característica más interesante de esta máscara era que, por tradición, quien se disfrazaba así, sobre todo si era anciano, tenía en el cinturón una tintineante escarcela repleta de áureos cequíes. Esta circunstancia hacía mucho más fácil el primer contacto e irresistible la conclusión.

Los blancos brighella, ribeteados de color verde lagarto, con la típica máscara oscura, atravesada por una corta barba rizada, y con la cándida gorra emplumada, hacían pareja con los misteriosos y lánguidos florindos con grandes tricornios, *bautte* negras y blancas *larve*. El dueño de la «casa», el noble Memmo, para dejarse reconocer se había quitado la máscara de su disfraz de Lelio y había abrazado a Giacomo calurosamente:

—¡Bienvenido, loco entre los locos, a festejar con nosotros, que renacemos cada día y también esta Navidad!

Las pocas damas y caballeros que no llevaban ningún traje, también descontrolados en aquel marasmo de cuerpos, olores y músicas, se confundían en medio de tantos disfraces. Así, gracias al uso de la máscara, se cumplía uno de los ritos fundamentales para la conservación de la gloriosa República. Robustos gondoleros podían palpar, siendo bien acogidos, los glúteos de las nobles damas de la más exclusiva aristocracia veneciana, sin que éstas tuvieran que renunciar a su afectada dignidad y, si resultaba de su agrado, proceder a más profundas relaciones entre las clases. Las hijas y mujeres de los operarios del arsenal y de los vidrieros podían conocer los comportamientos más íntimos de los aristócratas que gobernaban su ciudad, evitando que el placer y la alegría que recíprocamente se ofrecían fueran reprimidos por sentimientos de humillante sumisión o de condicionante superioridad. Todo esto durante buena parte del año. En el plano formal, las distintas clases mantenían rígidas distancias pero, en realidad, continuamente se establecían sabrosas relaciones que, desde que el mundo es mundo, siempre han sido más eficaces que las leyes

esculpidas en bronce. También así se manifestaba la sutil y, sin embargo, concreta sabiduría de las tradiciones no escritas de la Serenísima ciudad del León.

Casanova fue rodeado enseguida por las jóvenes máscaras, a gran parte de las cuales había reconocido. Alguna le traía de beber, otra, más explícita, intentaba atraerlo, a pesar del caos, a un rincón un poco más protegido. La fama de las capacidades amorosas de Giacomo excitaba a las mujeres enmascaradas o no lo cual, durante ese tipo de festines licenciosos, se transformaba para él casi en una obligación que no le concedía paz. Trató, mientras pudo, de permanecer sentado en un silloncito degustando su champán. Pero las doncellas que revoloteaban a su alrededor no eran de la misma opinión y, en menos tiempo del que necesitaría para rezar un *Requiem*, se encontró arrastrado delante de una graciosa Coralina que lucía un sombrerito inclinado, guarnecido con flores del campo y sujetado por una ancha cinta rosa, como requería la costumbre.

Con sus manitas mantenía la falda bien levantada. Sus hermosas y amplísimas enaguas de rayas verde claro y negras, llenas de lazos, estaban tan subidas que le cubrían parte del rostro y la mostraban húmeda de deseo y de humores. Incitado por las otras máscaras, no pudo librarse: fue menester sacrificarse a Venus. Alguien, misericordioso, le había quitado la capa y la chaqueta. Pero después de aquella, también otras rosauras, colombinas y mirandolinas se le presentaron henchidas de deliciosas pretensiones. Giacomo no tenía valor de negarse, porque habría menoscabado su leyenda. Sólo de vez en cuando pedía un poco de venia y se derrumbaba sobre un sillón para recobrar el aliento y beber una copa que alguna, solícita e interesada, le proporcionaba enseguida. Sus hermosos calzones de brillante seda amarillo canario, sujetos con lazos por debajo de las rodillas, ya se habían embadurnado con su semen y con los humores de las bellezas.

¡Paciencia! Por desgracia, a medida que la velada avanzaba lo que Giacomo conseguía emitir, en el intento de complacer a todas aquellas endemoniadas y divertidas mujeres, ya no se podía definir como un verdadero líquido seminal, sino como algo cada vez más parecido al agua de fuente, incolora y transparente. Al final, después de complacer a no más de once o doce señoras, aquel líquido comenzó a vetearse de sangre y Giacomo, entre la desilusión general, debió dejarse caer definitivamente sobre un sillón: ninguna más le trajo de beber.

Aún consiguió oír el mezquino comentario de alguien que, desde luego, hablaba por envidia: «¡Lástima que también Casanova esté envejeciendo!», fueron las últimas palabras que percibió antes de desplomarse en un sueño profundo y reparador.

Entretanto la fiesta continuaba más desenfundada que antes, porque ahora las graciosas máscaras, exaltadas, se arrojaban sobre otros caballeros, sobre otros briguella y florindos, exigiendo que concluyeran la obra que la *défaillance* de Giacomo había dejado a medias.

Cuando Casanova volvió a abrir los ojos, una mullida Ricciolina le estaba haciendo de cojín con sus templadas, olorosas y abundantes mamas: él miró a su alrededor con fatiga. La peota estaba silenciosa, sólo el chapoteo de los ocho remos que la reconducían a casa y el pesado ronquido de los durmientes la diferenciaban de una barca de muertos. Por doquier, máscaras, arlequines, polichinelas y caballeros ebrios dormían en las más improbables posturas, entre faldas, farsetos, calzones, botas, birretes y cintas de seda de todo tipo y color que, lejos de sus habituales usos, ondulaban aquí y allá, movidos por la fría brisa del amanecer. Y luego pelucas, blancas y coloreadas, de hombre y de mujer... Pelucas, pelucas por todas partes. En las ventanas del salón que daban a la terraza se veían piernas y cabezas que se mecían en medio de una gran cantidad de

indumentos, de los que no era fácil entender su uso original.

El sol, que se eleva muy tarde en aquella estación, asomaba por detrás del campanario de la isla de San Francisco del Deserto, entre las nieblas antelucanas que comenzaban a disiparse, para saludar el santo día de la Natividad de Nuestro Señor.

# Capítulo 12

*Sábado 1 de febrero de 1755, San Ignacio Obispo*

*Domingo 2 de febrero de 1755, Sexagésima*

Aquella mañana, todo comenzó con una de las típicas notas de Lorenzo Da Ponte, que el mozo de la posada le trajo antes de mediodía.

Queridísimo y dulce amigo Giacomo,

después de «aquella» noche de Navidad apenas nos hemos visto, y desde la última vez ha pasado demasiado tiempo. Ahora estamos en pleno Carnaval y siento el deber de organizar, en vuestro honor, una hermosa velada con algunas señoras placenteras. Propondría hacerla en Notturni. Es esa casa de pesca en la isla de las Vignole, en medio de la laguna. Es un lugar fuera del mundo, entre los bajíos, lo sé, pero al menos nadie nos molestará o irá a hacer de espía a quien vos sabéis. El dueño es un tipo ameno que participa, alegremente, en las francachelas.

Os esperamos con alguna amiga, pero que sea graciosa y ligera de cascos.

Partiremos, don Juan y yo, de nuestra posada el Leon Bianco, mañana por la noche al *Angelus*, porque el viaje por la laguna es bastante largo. Contamos con que os unáis a nosotros.

Excusad mi escritura, pero la tinta y la pluma son pésimas.

El afectuosísimo y cordialísimo amigo

DA PONTE

P. S. Teniendo en cuenta la deplorable situación económica en la que momentáneamente me encuentro, por otra parte bien conocida por vos, estoy seguro de que, afortunado y generoso como siempre, querido amigo, querréis haceros cargo de la cena que he organizado en vuestro honor.

En efecto, Giacomo, y era evidente que el reverendo se había enterado, aquella semana había ganado ochenta cequíes al biribís.

Si bien se habían tratado algunas veces sin demasiado entusiasmo, el tiempo había hecho desvanecer en Casanova la irritación por el encuentro de la noche de Navidad. Por tanto, le escribió una nota, asegurándole que participaría con una señora muy divertida y la entregó al mozo, junto con cinco sueldos de propina.

Pasó revista mentalmente a sus amigas, luego decidió que la joven doña Domitilla, la esposa del procurador de San Marcos M. A. Giustinian, de muy avanzada edad, era la persona ideal para semejantes encuentros. ¿Por otra parte, no le había prometido que daría señales de vida? Decidió, sin vacilar, hacerle una visita. El campanario de San Mauricio estaba a punto de dar los dieciocho

toques del mediodía: había llegado el momento en que una dama bien nacida, recién despertada, recibía a sus amigos mientras se acicalaba, ayudada por las sirvientas y asistida por su chichisbeo.

La señora Giustinian vivía en el palacio familiar de su marido, en las Fondamenta delle Zattere, y la jornada de febrero resplandecía de sol. Aquella gran orilla, que daba al canal de la Giudecca, siempre era el lugar más cálido y soleado de Venecia, en especial en invierno. La tibieza reflejada por las losas de las calles y los muros y mármoles de los palacios y las iglesias contagiaba alegría y ganas de vivir.

Una vez llegado al palacete Giustinian se hizo anunciar por el portero y, poco después, fue admitido en presencia de la esbelta señora, que estaba ocupada en los cuidados de la mañana en su dormitorio, ayudada por dos voluminosas criadas friulanas con las mejillas blancas y rojas y con los pechos lozanos y desbordantes. Solícito como siempre, su empolvado chichisbeo presenciaba el vestimiento.

—Vuestro esclavo, mi bellísima señora —saludó Casanova con una inclinación.

—Buenos días a vos, Giacomo, ¡amable y elegante como siempre! —respondió la bella, lanzándole una mirada rápida y tímida por encima de la tela con la que la criadita la protegía, porque estaba quitándose el camisón.

—Quizá he llegado demasiado temprano, mi dulcísima amiga, pero el hecho es que ardía en deseos de veros —se excusó Casanova.

—Qué va... qué va, todo lo contrario, es precisamente el momento en que me acicalo y me gusta recibir a los amigos más íntimos.

—Me alegro de ello. Oh, pero no tengo perdón, aún no he preguntado cómo está la adorable amita de esta casa —continuó Giacomo, galante.

—Estoy muy bien, gracias, no podría estar de otra manera cuando una se despierta en una hermosa jornada de sol como ésta y tiene el placer de la visita de un amigo querido y siempre divertido como vos.

—¿Y cómo está vuestro señor marido?

Esta vez fue el chichisbeo, sentado junto a la pequeña chimenea con el perrito de la señora en el regazo, el que se precipitó a responder:

—El ilustrísimo procurador Giustinian está muy bien. Ya ha pasado a saludarnos y a besar la mano de su amada esposa, luego ha ido a su despacho en el Palacio Ducal.

Había puesto todo el énfasis posible en aquel «saludarnos».

—Claro, claro —comentó Giacomo y lo miró como si sólo entonces se hubiera percatado de su presencia.

Entretanto doña Domitilla se había puesto las braguitas de encaje, la camiseta de lino de Flandes, muy escotada y toda ribeteada de vaporosas puntillas de Alençon, y un justillo de sutil algodón.

La sirvienta había dejado caer el paño que hasta aquel momento había defendido, sin excesiva severidad, el pudor de su ama. La señora era una joven pálida y esbelta, que no podía decirse guapa en el sentido común de la palabra, pero su rostro exangüe y fino, los ojos verde claro y el cabello

rubio ceniza le daban un aspecto delicado, en neto contraste con los labios insólitamente carnosos, de sonrisa decididamente equívoca. Mucha nobleza se traslucía de su figura, junto con un presagio de enigmáticos pecados.

Doña Domitilla dio la espalda a la criada que le ató, donde la espalda pierde su casto nombre, el *bombé* cuya moda, como todas, era importada de París. Luego fue el turno de las almohadillas que, bien perfiladas e hinchadas, ensanchando las caderas, harían aparecer la cintura, ya estrecha en el despiadado corsé, aún más sutil.

La muchacha ayudó a su ama a enfundar las piernas en un par de largas medias blancas de finísima tela. Así vestida, o mejor así desvestida, Domitilla se dirigió por fin hacia Giacomo, que le cogió con galantería la manita y la besó con gracia. Luego le musitó algo al oído. La señora, sonriendo, le hizo señas de que esperara. El caballero sirviente, curiosísimo, lo observaba todo desde su sillón con aspecto despechado, mientras seguía acariciando el perrito.

La dama se sentó ante el espejo y tuvo inicio el rito de los afeites. Una de las sirvientas comenzó, con la esponjita, a humedecer con agua de Córdoba el rostro, el cuello y los senos, cuyos pezones asomaban entre las puntillas de Alençon. Sobre aquel oloroso rocío untó, con calma, una crema perlácea mezclada con la de mil flores. Coloreó los pezones con carmín de Portugal a la rubia roja, mientras su ama seguía charlando con Casanova, ignorando al caballero sirviente, que se mostraba cada vez más irritado.

—Giacomo, no tenéis perdón, aún no habéis dirigido la palabra a mi papagayo —dijo fingiéndose enfadada, la joven señora, mientras su criada, con una gran borla, la empolvaba toda, levantando una nube blanca de impalpable polvo de habas.

Casanova se acercó al trípode del animal de llamativos colores, verde el cuerpo, un hermoso rojo fuego de las plumas posteriores de las alas y amarillo el gran pico:

—¿Cómo estás, *Pantaleón*? —y le ofreció una semilla grande de las que había en un pequeño cesto. El variopinto papagayo cogió con el pico la vaina, la masticó, con la patita quitó la cáscara y la tiró al suelo; luego, fiel a su nombre, comenzó a farfullar.

—¿No es adorable? —gorjeó doña Domitilla.

El chichisbeo estaba a punto de estallar, ocuparse del papagayo era tarea suya y no tenía la intención de compartirla con nadie. La señora se dio cuenta y para evitarle un colapso a su caballero sirviente, y también para poder escuchar lo que Casanova tenía que decirle en secreto, rogó al moscón que fuera a averiguar si el *Monsù* peluquero ya había llegado. Casanova aprovechó enseguida para invitarla a la cena del día siguiente en Notturni. Doña Domitilla captó al vuelo incluso lo que Giacomo no tuvo necesidad de decirle y, aunque ruborizándose, tímida, aceptó.

Justo entonces apareció en la habitación, precedido por el chichisbeo diligente, el ilustrísimo *Monsü* (así pretendían ser llamados los peluqueros franceses más a la moda) con su pequeño servidor negro, que llevaba un gran cofre con los enseres y los potes de su arte. Se precipitó en una impecable inclinación y fulminó a Casanova con una mirada y un movimiento de la cabeza de soberbia condescendencia.

Giacomo intuyó que era el momento ideal para marcharse. Aquellos petulantes *coiffeurs* franceses que, a través de las señoras de la aristocracia, dominaban Venecia, lo irritaban. Se acercó a la *lunar*

dueña de casa, le besó la mano y le susurró al oído:

—Mañana, dos horas antes del *Angelus*, mi góndola estará delante de la iglesia de los Gesuatos. ¿Me perdonaréis si, en vez de venir a vuestro encuentro, permanezco oculto en el interior?

Ella asintió con una triste sonrisa de complicidad y lo despidió. Giacomo se inclinó en silencio ante el omnipotente *coiffeur* e, ignorando una vez más al chichisbeo, salió. Sabía bien que, a despecho de su aspecto delicado y tímido, Domitilla no habría dicho que no a una cita que se presentaba tan ambigua y prometedora.

A la hora convenida del día siguiente, cuando estaban a punto de caer las sombras del anochecer, la góndola de Casanova, dotada de *felze* y con dos remeros, estaba fondeada frente a los Gesuatos. Por la orilla pasaban multitud de máscaras, que desde hacía rato se dirigían a las numerosas fiestas de carnaval.

La espera fue bastante larga, en aquella oscura y fría tarde, aunque Giacomo, conociendo el concepto si bien subjetivo que doña Domitilla tenía de la puntualidad, la había citado con una buena hora antes de lo necesario. Las máscaras ateridas se encaminaban hacia las escuelas, las sedes de las corporaciones y los otros lugares donde se desarrollarían las fiestas y los convites. El cielo estaba gris y uniforme, como el color del pelo de esas grandes ratas del canal, a las que los venecianos llaman *pantegane*.

En el aire húmedo flotaba una trémula espera, como cuando se advierte un presagio de nieve. No es el frío el que produce temblores, sino algo que cala los huesos y que, junto con el humo que sale perezoso de las chimeneas, origina un inesperado deseo de intimidad y de castañas asadas.

Por fin, en la orilla se perfiló la esbelta figura de la señora Giustinian que desaparecía envuelta en una gran capa de marta. Un inmenso colbac, ribeteado con marta cibelina, le protegía los cabellos rubio pálido. Giacomo, según lo acordado, no salió del *felze* y fue uno de los gondoleros quien la ayudó a subir a bordo.

Que una señora se metiera en la góndola de un caballero ya no escandalizaba a nadie, pero la reputación de Casanova no era de las más reconfortantes. El procurador Marco Antonio Giustinian, aunque muy tolerante, no habría soportado los chismorreos sobre los miembros de su propia familia.

Giacomo, en cuanto doña Domitilla estuvo sentada dentro del *felze*, le puso en el regazo el braserillo de plata tallado, del que salía la reconfortante tibieza de la carbonilla y, ciñéndola con un brazo, la atrajo hacia sí con mucha intimidad.

—¿Ningún problema con vuestro excelentísimo señor marido?

—No, siempre que esté de vuelta mañana por la mañana temprano, al menos antes del decimocuarto toque —respondió doña Domitilla, ruborizándose ligeramente y bajando los ojos.

—A la posada del Leon Bianco, en los Santissimi Apostoli —dijo Casanova al gondolero de proa, golpeando la madera con el bastón y sacando un poco la cabeza por la portezuela.

—Contadme, Giacomo, ¿de qué cena se trata? —preguntó la señora Giustinian.

—Es una cena de carnaval. Lo ha organizado todo un amigo mío, de paso por Venecia, del que quizá habéis oído hablar. Es ese cura campechano que hace tiempo que ha armado tanto escándalo por sus desvergonzadas relaciones, el reverendo Lorenzo Da Ponte, hombre guapísimo y óptimo poeta. Desde que ha llegado está siempre acompañado por un caballero español, don Juan Tenorio, al que las mujeres reconocen un encanto inquietante. También él está de paso por la ciudad. Luego, obviamente, habrá algunas señoras muy divertidas, que, desde luego, no conoceréis y, lo que es más importante, no os conocen a vos. Para mayor seguridad, al presentaros, inventaré un nombre de fantasía. ¿Qué diríais de doña Queta? ¡Me parece que os sienta bien!

—Cualquier nombre me parece bien, siempre que no sea reconocida. He oído mencionar, en el salón de la marquesa Gonzaga, a estos amigos vuestros y debo admitir que la fama que los rodea hace resultar la situación bastante invitadora. ¿Pero estáis seguro de que todas esas personas están verdaderamente de paso y no saben quién soy? —preguntó asustada, y a la vez excitada, Domitilla, que ya no dudaba sobre el tipo de cena que se le estaba presentando.

—No os preocupéis, querida mía. ¿Quién osará pensar algo poco respetuoso de vos? En nuestro ambiente, reservada y etérea como sois, nadie puede sospechar qué inquietudes y qué oscuros sueños os atraviesan el alma y el cuerpo. Yo mismo, que os conozco íntimamente, perdonad la audacia, a veces me quedo agradablemente sorprendido y hasta admirado por vuestro modo de ser.

Domitilla no respondió, pero lo miró fijamente a los ojos, con su sonrisa ambigua y triste.

La barca se deslizaba por el río di San Trovaso, pasando por delante de la dársena donde bullía el trabajo de reparación de las góndolas y se construían las nuevas. Luego, superado Rialto, atracó en el muelle de la posada del Leon Bianco, en el Gran Canal. Otras dos embarcaciones estaban esperando y los amigos de Casanova, con las señoras que los acompañaban, corrieron a saludar y homenajear ruidosamente a Giacomo y a su acompañante, a la que presentaba como doña Queta.

Domitilla, tímida, permanecía agazapada al fondo del *felze*, con el rostro enrojecido y medio escondida por el colbac de piel. En medio de todo aquel gozoso tumulto, respondía a los saludos musitando y pronunciando, cortés, elegantes frases de circunstancias que nadie escuchaba. Con los ojos buscaba aterrorizada a su amigo Casanova que, en cambio, una vez en la orilla, participaba en la algazara de abrazos y saludos.

Don Juan, vestido con un terciopelo azul noche adornado con *broderies y paillettes* del mismo color se mostraba, como de costumbre, sobrio pero fascinante. Saludó con cierta afabilidad a Casanova, aunque la actitud de los dos jóvenes no era nunca demasiado cordial. También con las señoras que, no obstante, lo mimaban con caricias y frases bastante audaces, si bien muy galante, mantenía siempre su aire un poco irónico y distanciado. En un momento dado, como por casualidad, subió a la góndola donde estaba Domitilla y, sin decir palabra, se sentó en el *felze* junto a ella. Le tomó con naturalidad una mano y la miró a los ojos. La joven dejó hacer. Parecía turbada, pero no fastidiada por aquellas maneras silenciosas y reservadas. Fue un instante, luego llegó el momento de ponerse en marcha y cada uno recuperó su puesto en la propia embarcación. Don Juan volvió a la suya, con dos damiselas vivaces y muy variopintas; a proa, cubierto con un impermeable, se había situado farfullando y maldiciendo su suerte el desdichado lacayo Leporello. Lorenzo Da Ponte, con la regordeta y ansiosa Angela Tiepolo que como siempre estaba pegada a él, subió a otra.

Cuando Giacomo estuvo de nuevo a su lado, Domitilla, desconcertada, le hizo notar en voz baja los vestidos y el maquillaje de las señoras, que ella encontraba decididamente chillones y, con un escalofrío, comentó las confianzas que los caballeros se tomaban, sin problemas, con sus acompañantes. Pero Casanova, que la conocía bien, se limitó a sonreír.

El cortejo se encaminó empujado por las lentas y regulares bogadas de los gondoleros que, una vez recorrido todo el río dei Santissimi Apostoli, desembocaron en las Fondamenta Nuove. Poco después comenzaron a seguir el gran muro rojo del Arsenal. Cuando llegaron al final de la larga muralla, superada la punta, se encontraron en el canal delle Navi y emprendieron la ruta hacia la silenciosa isla de las Vignole, a través de la laguna que, en algunos puntos, estaba helada.

Alrededor descendía la oscuridad. Con la incierta luz de los *còdega* colgados fuera de los *felze*, comenzaron a verse algunos copos blancos que caían y se posaban aquí y allá sobre la negra madera de las góndolas, derritiéndose enseguida en la nada. Leporello, que estaba al aire libre, empezó a lamentarse aún más, vuelto hacia su amo que estaba a cubierto con sus bellas mujeres.

—Yo aquí al frío y bajo la nieve y vos al calorcito de las doncellas. Desde luego hay que tener un corazón de piedra.

Pero don Juan cortó la polémica:

—¡Cállate, patán, tienes lo que mereces! No me sigas importunando. Y no te muevas de donde estás.

El sirviente no cedía y continuaba refunfuñando:

—Yo sufriendo frío e incomodidades mientras él está siempre a la caza de faldas. Y yo detrás, dándole apoyo. ¡En Italia he contado seiscientos cuarenta, las alemanas son más de doscientas! Pobrecillo, ¡en Francia ha conquistado sólo cien y el mismo número de otomanas! Y no hablemos de España, que es su patria, donde he contado muchas más de mil. No le preocupa si son criadas, baronesas, campesinas o princesas. Las he visto de todas las formas, colores y edades... Y yo aún aquí fuera, aguantando y helándome bajo la nieve...

A pesar de sus lamentos, no parecía que su amo sintiera gran pena por él.

La suave nevada y la oscuridad de las últimas horas de la tarde, que daba paso a las tinieblas de la noche, alentaban aún más la libertad y la alegría en las pequeñas alcobas flotantes. Desde las ventanitas continuamente alguien se asomaba para intercambiar saludos, cumplidos y ocurrencias con los demás. No sólo eso, botellas de rosoli y ratafia, de champán francés, cajas de bizcochos y dulces de almendras pasaban, de una embarcación a otra, con la ayuda de los gondoleros. Mientras se acercaban a Notturmi, crecía una excitante intimidad y las maneras y las lenguas se soltaban, con el paso del tiempo y de las ratafias. Así, estimuladas por el alcohol y las alusiones galantes, las caricias se hacían poco a poco más descaradas.

El reverendo Da Ponte era, como de costumbre, el más loco y vivaz. Aun a riesgo de caer en el agua gélida, saltaba de una embarcación a otra, usando una mano para sostener el cuello de una botella y la otra para besar la de las señoras y abrazarlas calurosamente, mientras improvisaba nuevas estrofas galantes que invitaban al placer y suscitaban en todos carcajadas y aplausos.

*Jovencitas que hacéis el amor,  
¡no dejéis que se os pase la edad!  
Si en el seno os bulle el corazón,  
el remedio lo tenéis acá...*

Luego pasaba, tambaleándose, a otra barca:

*Jovencitos volubles,  
no vayáis de aquí para allá,  
poco dura la fiesta de los locos,  
pero para mí no ha comenzado.*

Las tres góndolas, lentamente, habían superado el canal delle Navi y estaban apuntando hacia el río que divide la isla de las Vignole de la de Certosa.

Incluso doña Domitilla había abandonado su reservada y equívoca melancolía. Abrazaba audazmente a Giacomo y, si no la hubiera contenido a la fuerza, habría salido del *felze*, bajo la nieve, para decirles a todos cuán excitada estaba por el solo hecho de estar allí.

El mismo don Juan no pudo sustraerse a aquella contagiosa alegría de vivir. Abriéndose paso entre los vestidos ya arrugados y el revuelo de senos y piernas de las señoras que estaban con él en la góndola, se asomaba por la ventanita para enviar besos y audaces frases galantes a las otras damas. Pero su comportamiento no dejaba lugar a dudas: sus atenciones se dirigían sobre todo a doña Queta.

Las góndolas llegaron por fin al pequeño canal de las Vignole, silencioso e invadido por frondas de ligustros y ramas cayentes de sauces, al punto que las proas parecían penetrar a través de muros de hierba. Enseguida, a la izquierda, se abría un corto canal al fondo del cual, a pocos metros, apareció la luz amarilla de Notturni. La casona de pesca era baja y amplia y, con su tejado de paja de dos aguas, que descendían casi hasta el suelo, parecía hundida en la vegetación del bajío.

—¡Aquí está, aquí está, hermosas señoras, venid, hemos llegado! —gritó Da Ponte y todos salieron con alivio de los *felze* porque, aunque el trayecto había sido agradable, no era cómodo estar acurrucados durante tanto tiempo en las pequeñas cabinas flotantes, con aquellos engorrosos vestidos.

Las góndolas se acercaron al muelle tambaleante: aplausos y carcajadas advirtieron a los de la morada que los huéspedes estaban desembarcando. La puerta se abrió de par en par y la luz que provenía del interior iluminó el claro delante de la casucha, repleto de redes, nasas, barriles y viejos botes dados vuelta y alguna peota fuera de uso.

El anfitrión se acercó enseguida a la orilla con una linterna para ayudar a las señoras a bajar a la pasarela y a ponerse a cubierto. Fuera, en el aire oscuro, continuaban remolineando algunos copos

de nieve, pero el salón estaba bien caldeado por un amplio hogar cuadrado, situado en el centro, en el que crepitaba una gran hoguera de leña. Una imponente campana, que desbordaba las dimensiones de la base sobre la que ardía el fuego, capturaba todo el humo y lo encauzaba mucho más allá de las vigas y la paja del tejado. A los cuatro lados del hogar estaban dispuestos unos bancos, donde enseguida se sentaron las señoras y los caballeros para calentarse y beber el vino hirviente con canela que el anfitrión, ayudado por dos jóvenes posaderas, se apresuró a servir. Casanova reparó en las muchachas y preguntó interesado:

—¿Quiénes son estas bellas mozas?

—Son dos esclavas de Zadar que están conmigo desde hace años, se las compré a sus padres cuando aún eran chiquillas —dijo el patrón con una sonrisa equívoca.

Su mesa estaba preparada para la cena, en un lado del salón, mientras que en el rincón de los fogones una corpulenta cocinera seguía ocupándose de las ollas de barro y de los calderos de cobre que bullían. Debía de ser la posadera, que ni siquiera se había dado vuelta ante la llegada de los huéspedes, como si el hecho no le concerniera.

Además del luego de la chimenea, algunas antorchas resinosas iluminaban el local, pero sin llegar a alumbrarlo del todo. Vastas zonas de sombra quedaban en los rincones y en los entrantes de los muros. Muchas velas, metidas en negras botellas vacías, estaban colocadas sobre la mesa y arrojaban una hermosa luz sobre viandas y vajillas. Redes, aparejos de pesca y elementos de caza, extrañamente entremezclados con instrumentos musicales de todo tipo, estaban colgados en las paredes o amontonados por todas partes y, en aquella penumbra, parecían moverse con la oscilación de las luces y de las llamas.

La singularidad del local, la tibieza de la chimenea, el cálido vino aromático y la extravagante mezcla de objetos, habían avivado la alegría de la ruidosa brigada, creando una atmósfera cálida e invitadora, propicia para las galanterías. El dueño de Notturmi era un pescador de la laguna, pero llegada la ocasión sabía transformarse en posadero, en poeta de rimas improvisadas y, si era necesario, en intérprete de mandolina. Bien plantado, sin ser demasiado gordo, tenía un hermoso rostro rollizo y bibrón que inspiraba simpatía y respeto, porque, si bien era ceremonioso, tenía modales agradables sin ser en absoluto serviles. Dirige a las dos esclavas, altas y rubias como son las mujeres de la raza dálmata, con particular sencillez y afecto, mientras que la que debía de ser su esposa seguía ocupándose, con ostentada indiferencia, de los fogones. Sólo de vez en cuando se volvía para lanzar miradas hostiles y de clara desaprobación hacia su marido y los clientes.

Ya se acercaba la hora cuarta de la noche y había llegado el momento de empezar la cena. Casanova tenía a su derecha a doña Domitilla y a la izquierda a Angela, la enamorada del reverendo Da Ponte que presidía la mesa. Frente a Giacomo estaba don Juan en medio de sus vistosas acompañantes, ya bastante ebrias. También el posadero se había sentado con ellos, mientras Leporello, en un rincón, masticaba comida y barboteos.

Da Ponte hizo notar que en honor al amigo Giacomo, anfitrión de la velada, había tenido la amabilidad de pedir macarrones, que tanto agradaban al veneciano. Oportunamente había omitido decir que también eran su plato preferido... En otras regiones eran llamados ñoquis y, de hecho, eran unas bolitas de harina amasada con huevos, leche y abundante queso piacentino. Había que cocerlos en un óptimo caldo de carne y luego, una vez colados, hundirlos en mantequilla fundida apenas dorada y espolvoreados, es más cubiertos, con buen queso rallado. Era esencial que flotaran en la

mantequilla y en el queso.

A Giacomo le gustaban sobremanera y, voraz como siempre, se comió una fuente entera. Angela no desmerecía a Casanova en cuanto a apetito y sed y, estimulada por el vino y la comida, en seguida sus efusiones con el prelado se hicieron más bien andaces. El reverendo estaba cada vez más excitado, del todo arrebatado por aquellas carantoñas y contorsiones.

Los macarrones fueron acogidos con apetito y entusiasmo y acompañados con varios tragos de vino de Marzamino. Doña Domitilla, en cambio, se limitaba a picar algún que otro ñoqui y a beber el vino burbujeante, mientras don Juan los degustaba sin particular interés.

El posadero-poeta-músico empezó a tocar su mandolina y a improvisar rústicas rimas galantes dirigidas a cada una de las señoras. En un momento dado, sonoros aplausos saludaron la llegada de algunas ánades reales asadas, acompañadas por berenjenas del estuario cocidas en vinagre y salvia, que fueron devorarlas enseguida. Cuando apareció, humeante, una gran polenta con jugosos tordos asados, rellenos con longanizas y aromatizados con hojas de laurel, apenas estaban a mitad de la cena, pero el reverendo ya había bebido lo suficiente para toda la velada. Retiró del centro de la mesa todos los objetos que había, velas, platos, copas y cualquier otra cosa, saltó encima de ella y comenzó también él a declamar y a cantar poesías convivales. A pesar de estar achispado, su vena poética era mucho más fluida y aguda que la casi vernácula del posadero, que lo observaba como quien mira a un maestro mientras lo acompañaba con su pequeño instrumento.

*Es el amor un ladronzuelo,  
Una serpezuela es el amor.  
El quita y da la paz,  
Según le agrada, a los corazones,  
Trae dulzura y gusto,  
Si tú lo dejas hacer;  
Pero te llena de disgusto,  
Si intentas luchar contra él.*

Luego su Angela se subió también a la mesa y juntos improvisaron una desenfrenada danza del Friuli, siempre al son de la guitarrita. Al final, exhaustos, se derrumbaron sobre la mesa entre botellas volcadas, viandas que saltaban por todos lados y regueros de vino. Don Juan seguía la música abrazado a sus exuberantes amigas. Se divertía vertiendo en los escotes de las doncellas copas enteras de vino de Marzamino, rojo y burbujeante, tratando luego de saciar su sed directamente de sus gracias. Las dos muchachas, aunque muy ebrias, se preocupaban por los trajes, ya completamente manchados, e intentaban limitar los daños protestando de manera confusa. Pero el español, en todo aquel desbarajuste, no dejaba de mirar a doña Domitilla levantando en cada ocasión la copa en su dirección. Libaba el buen vino ensalzando a las mujeres, reposo y gloria de los hombres.

Ella lo correspondía con igual interés, brindando a su vez y, sin percatarse, ya se estaba precipitando en el vino y en el deseo. Giacomo, siempre caballero con las señoras, de cualquier extracción que fueran, se sentía muy fastidiado por las maneras humillantes que quien estaba enfrente usaba con las mujeres. Además, había notado que la misma Domitilla, si bien arrebatada por la fascinación de don Juan, estaba molesta por el comportamiento de su cortejador. Pero el veneciano no podía entrometerse. Habría surgido, una vez más, una tensión desagradable para todos. Además, tampoco estaba demasiado seguro de que las señoras desearan realmente ser defendidas. Quizá era inútil preocuparse por la pálida esposa del procurador de San Marcos. La Giustinian, totalmente embrujada por el español y del todo desinhibida por los brindis, sólo tenía ojos para don Juan y coqueteaba con él de manera muy provocativa.

Casanova, por otra parte, estaba empeñado con una de las sirvientas dálmatas que atendían a la mesa y que, alta, rubia y lozana como era, lo había estimulado desde el primer momento. Empezó por hacerle galantes cumplidos mientras lo servía, pero la muchacha no parecía particularmente conmovida por sus palabras. Entonces Giacomo, profundo conocedor del alma humana y de naturaleza bastante realista, le deslizó en el bolsillo del delantal un cierto número de monedas de sonido tintineante. Después de un rápido recuento, la esclava había regresado junto a él y ahora estallaba en carcajadas fragorosas ante cada ocurrencia suya y se defendía con modales bastante púdicos cuando los *avances* se hacían más audaces.

La cena continuaba con cordero a la oriental, primero macerado en mantequilla y leche y luego cocido con vino blanco y zumo de granada, y con platos de langostinos del Sile, cigalas, centollos y pulpitos. El Marzamino, cultivado en tierra firme, y el blanco de la isla de las Vignole, que crecía precisamente en torno a la casona y conservaba el gusto del agua salina que batía aquellas tierras, ayudaban a su digestión. El esturión escabechado en vino aromatizado era siempre el último y significaba que la cena llegaba a su fin.

Pocos hicieron honor a los grandes cucharones de denso *zabaione* al alquermes en el que mojar los bizcochos de naranja, porque en la mesa sólo habían quedado doña Domitilla y don Juan, que sostenía sobre las rodillas a una de sus acompañantes del todo borracha, la cual pretendía, con insistencia, que alguien se casara con ella allí mismo y al momento. Pero ahora el español y doña Queta parecían ignorar todo lo que sucedía a su alrededor y seguían brindando con un blanco seco, el vino espumoso de Asolo. Don Juan, a través de la mesa, le sostenía la mano y la dama, alegre y subyugada por su mirada, entre una copa y otra, bebía sus palabras. Luego él dio la vuelta alrededor de la mesa, se acercó a ella, la cogió en brazos y la alejó de la mesa.

La señora gimoteante, bajó de las rodillas del Tenorio, y acabó en un punto poco iluminado estrechamente abrazada al posadero—poeta—músico bajo las miradas furtivas, y cada vez más perversas, de su esposa que seguía ensañándose con los fogones, ya casi apagados. A pesar de que situaciones como éstas debían resultarle familiares, aún parecía no haberlas aceptado, si bien estaba obligada a soportarlas.

Casanova había encontrado asilo, con su esclava, sobre un montón de redes de pesca, en un rincón bastante oscuro del salón y, durante un buen rato, el horizonte de sus intereses se limitó a las grandes tetas de la mujer y a su denso vello rubio. Siguió un largo compás de susurros, suspiros y meneos que provenían de todas las zonas oscuras.

Por fin Giacomo, saciado de su robusta dálmata, prestó atención a unas extrañas voces, rumores y

sollozos que le llegaban desde el centro de la gran habitación. Se levantó con curiosidad e hizo ademán de encaminarse hacia la chimenea donde aún ardía un gran tocón.

De pronto, se detuvo ante la escena que se presentaba a sus ojos. Tendida sobre uno de los bancos que estaban a los lados del hogar, blanca en su desnudez, Domitilla estaba inerte, cubierta y chorreando de *zabaione* por todas partes, mientras silenciosos como dos espectros don Juan y su sirviente Leporello se movían a su alrededor. Vio que mojaban los bizcochos en la dulce crema, en cualquier parte de su cuerpo donde la hubiera, y golosamente los saboreaban. Giacomo estaba horrorizado y disgustado, mientras don Juan se acercaba cada vez más a la joven señora y estaba por hacer uso, de nuevo, de ella. Con un alarido se lanzó sobre él, de un empujón lo alejó, tiró al suelo a Leporello y llamó a Domitilla, gritando, como para despertarla de su torpor. La joven mujer volvió lentamente la cabeza hacia él. Las lágrimas le caían por el rostro y breves e imperceptibles hipo le movían los labios. Giacomo corrió a coger su hermosa capa rosada, con las manos trató de quitarle de encima todo el *zabaione* que pudo, y luego con delicadeza la envolvió en el suave paño del tabardo. La levantó y así arropada la llevó lejos de los otros, abrazándola, aún rendida a los vapores del alcohol.

—Domitilla, amiga mía, ¿qué os habéis dejado hacer? ¡Ese don Juan y ese repugnante sirviente!

La muchacha, que parecía aún más menuda y diáfana de lo habitual, lo miró con tristeza, sin hablar, mientras las lágrimas seguían surcándole el rostro. Permanecieron en silencio hasta que Domitilla, un poco reanimada, abrió la boca y murmuró, con un soplo:

—Disculpadme, Giacomo, vos leéis dentro de mí y lo sabéis, a menudo no soy dueña de mis actos. Me siento atraída por las cosas más indignas y luego me quiero morir.

Desde el campanario de la Certosa de Sant'Andrea se oyeron los repiques que anunciaban las laudes. Estaba a punto de amanecer y ya era hora de pensar en el regreso. El posadero había colgado un caldero de cobre lleno de café de la cadena de la chimenea. Cuando hirvió, le puso mucho azúcar, vertió dentro toda una botella de aguardiente mezclando con un cazo la oscura bebida, llenó algunas tazas con mango de madera y comenzó a distribuir las calientes y humeantes. En torno había silencio y la atmósfera había cambiado. El encono entre Casano va y don Juan había helado también al resto que, callados y cansados, parecían percibir la hostilidad que circundaba el humo de la chimenea.

Fue Giacomo quien rompió el silencio, vuelto hacia don Juan:

—Vos necesitáis, en toda ocasión, humillar a las mujeres que tienen la mala suerte de amaros. ¡Para hacerlo no vaciláis en usar incluso a vuestro sirviente! ¡Si para estar satisfecho con la conquista debéis comportaros siempre así, sois más bien un miserable amante!

—¡Mirad quién habla! ¡Precisamente vos, mezquino comediante italiano! ¡Vos, que para conquistar a una mujer estaríais dispuesto a arrastraros a sus pies, a llenarla de regalos e incluso a prometerle el mundo entero!

—Podéis estar seguro de que no necesito de cuanto decís para abrir una brecha en el corazón de una bella mujer. No tengo nada que aprender de vos, es más, si es preciso puedo enseñaros las nociones del arte de seducir —replicó Giacomo, con la voz entrecortada por la ira.

—¡Ah, bien! ¡Veo que os sentís muy seguro de vos mismo! ¿Tan seguro como para aceptar un

desafío? ¿O tenéis miedo? —El español parecía tranquilo, pero tenía un brillo irónico en los ojos.

—¡Acepto el desafío aún antes de conocerlo! —pujó jactancioso Casanova.

—Muy bien, muy bien. ¡Aquí está! ¡Siete nuevas mujeres en siete días, ése será el desafío! Y luego veremos...

—No temo medirme con vos en semejante campo, caballero del engaño. ¡Pero no me fío de vuestra palabra! ¿Quién será el juez? —preguntó el veneciano.

—Podría ser nuestro amigo, el reverendo Da Ponte. ¡Si os parece bien! Nos confiaremos con él. ¿No es acaso un confesor? —respondió, burlón.

—De acuerdo, estoy ansioso por enfrentarme a vos —consintió Giacomo.

—Un momento —añadió don Juan—, establezcamos qué mujeres deberán ser conquistadas.

—Propongo una noble —se enfervorizó Casanova—, una ciudadana, una extranjera, una actriz, una monja, una virgen y...

—... y una plebeya —completó rápido don Juan, y lo dijo sonriendo sarcásticamente. Luego añadió—: Admitiréis que, al ser veneciano, seréis el favorito.

—Si pensase que tengo privilegios sobre vos no aceptaría. Sólo consiento porque, si yo puedo tener la ventaja de conocer la ciudad, vos tenéis la de ser forastero y, como tal, despertar más la curiosidad de las bellezas. Además, las mujeres se concederán más fácilmente a vos, porque, como persona desconocida y de paso, os considerarán menos comprometedor para su reputación. Estamos, pues, igualados. El desafío empezará a partir de mañana. Al octavo día, el reverendo dará su laudo.

—Francamente no entiendo cómo es posible, en la práctica, estar seguros de la equidad del juicio, en semejante concurso. A mí me parece que el desafío propuesto por don Juan es algo extraño y difícil de atestiguar —dijo el reverendo, mostrando una insólita sabiduría—. Pero encuentro el asunto divertido y creo que será imposible haceros desistir del duelo. ¡Asumo, por tanto, la responsabilidad de convertirme en Salomón!

Casanova fue hacia Domitilla, que se había secado, como había podido, la pegajosa crema y se había vestido.

—Vamos, querida, es hora de volver.

Se inclinó ante todos con ostentosa gravedad y al pasar por delante del posadero le puso en la mano siete cequíes. Subieron a la góndola en silencio, mientras los otros también se disponían a partir.

Giacomo permaneció largo rato sin hablar, manteniendo abrazada a Domitilla que trataba de estar lo más cerca posible de él, con la cabeza apoyada en su hombro, mientras la embarcación se deslizaba solitaria hacia Venecia.

Pasaron frente a la Boca del Arsenal. Costearon su largo muro por el río delle Vergini. Desembocaron en la laguna en la Riva degli Schiavoni y, dejando a la derecha la punta de la Aduana, bordearon las Zattere hacia las Fondamenta dei Gesuati.

Doña Domitilla, que desde hacía tiempo rumiaba dentro de sí un pensamiento, rompió el silencio:

—Decid, Giacomo, por qué, el caballero que... en definitiva, ese caballero, mientras me galanteaba, me ha hecho miles de preguntas sobre vos. Quería saber de qué os estabais ocupando en este momento. Si conocíais al embajador de Francia y qué tenéis que ver con él. Por qué vais a menudo a Murano y muchas otras cosas para las cuales no conozco la respuesta. Sólo después de ese extraño interrogatorio ha vuelto a ocuparse, por desgracia, verdaderamente de mí. —Su voz sonaba extenuada y gangosa por las libaciones.

Casanova la miró asombrado y murmuró:

—Eso que me contáis es singular. Os agradezco que me hayáis hablado de ello. Puede serme de gran utilidad.

No añadió nada más, pero al punto pareció pensativo y perplejo.

A lo largo de las Fondamenta delle Zattere caminaban apresuradas máscaras con los trajes en desorden, que volvían a casa después de toda la velada transcurrida entre el jolgorio de las fiestas de carnaval.

Sólo cuando estuvieron cerca de la orilla, Giacomo preguntó, preocupado:

—¿Y si alguien os ve bajar de una góndola por la mañana, tan temprano? ¿Vuestro marido, por ejemplo, llamado a buena hora al Palacio Ducal para un asunto urgente?

—Ya os lo he dicho, no hay problema. Como sabéis, ya me ha sucedido —dijo, mirándolo con cansada complicidad—. Haría creer que estoy volviendo de la primera misa del monasterio de las muchachas a las que se me ha encargado redimir.

Se ruborizó un poco.

—Pero esta vez oléis demasiado a *zabaione* al... al alquermes.

Domitilla lo miró, airada: el solo recuerdo de la velada le hacía daño. Pero luego, mientras salía del *felze*, con una sonrisa triste le susurró:

—Hace años que el procurador Giustinian no se acerca tanto a mí como para sentir mi olor.

# Capítulo 13

*Algunos días a partir del lunes 3 de febrero de 1755*

## *Fiesta de la Candelaria*

Giacomo se había lanzado con grandísimo empeño al desafío, pero aún le faltaban varias conquistas. Por eso estaba tratando de organizarse, a fin de poder acumular, al cabo de la semana, una gran ventaja sobre don Juan. No podía permitir que ese español petulante lo humillara.

Entre las mujeres incluidas en el acuerdo había también una monja y una virgen. Decidió que, en este caso, la mejor consejera sería doña Domitilla Giustinian y, a mitad de semana, procuró encontrarse con ella. Resultaba inútil ir a su palacio en las Zattere porque, entre pretendientes y estilistas de pelucas, difícilmente podría hablar sin estorbos. El lugar ideal era el Salón Dandolo en la calle Vallaresso, adonde estaba casi seguro que se dirigiría su amiga. En efecto, también aquella noche doña Domitilla estaba allí jugando grandes sumas. Giacomo en dominó, *bautta* y *larva* blanca sobre el rostro, pudo hablarle con comodidad y pedirle ayuda. Ella, mientras asentía a las palabras elocuentes de su amigo, permaneció un poco pensativa; luego apretándole con fuerza una mano, dijo:

—Venid mañana por la tarde, una hora antes del *Angelus*, a Giudecca, al locutorio del monasterio de Santa Cruz del que, como quizá sabréis, soy patrona. Traed una caja de dulces, algunas medias de seda y cofias de dormir. Tengo una... algo que os puede venir bien. Confiad en mí. Y le dirigió una de sus sonrisas melancólicas y ambiguas. Él contaba con que la diáfana aristócrata se excitaba por cualquier cosa que estimulara su gusto por la depravación. Y había acertado.

Casanova se presentó puntual y acicalado en el locutorio de Santa Cruz, a la hora convenida. Si una muchacha muy hermosa y sin medios de fortuna emprendía el camino de la perdición, se la confiaba a las hermanas de aquel monasterio, en la esperanza de redimirla. También las vírgenes pobres, siempre que fueran guapas, eran internadas y las monjas se las ingeniaban para que no cayeran presa del demonio. A la espera de la salvación, se ocupaban de finos trabajos de costura y producían encajes y renombradas puntillas.

Giacomo preguntó por la patrona Domitilla Giustinian. Tuvo que esperar un buen rato, pero al fin su amiga apareció, refinada y virginal como siempre. No llevaba el habitual miriñaque, sino un estilizado traje de amazona con chaqueta y falda acabada en una pequeña cola que ella, con elegancia, mantenía recogida en torno al brazo. Era de fino terciopelo arabescado marrón, sin bordados. Sólo unos magníficos y grandes botones de plata adornaban la parte delantera de la chaqueta, los puños y el cinturón. Esos tonos se avenían muy bien con el rubio ceniza de sus cabellos.

—Venid, querido amigo, vayamos a mi celda. —Ante la perplejidad de él, añadió—: Como

patrona y protectora del convento me corresponde una. La uso cuando vengo a hacer los ejercicios espirituales y, en otras ocasiones, me sirve para recibir a los que vienen a visitarme. Venid, hay alguien que os espera —dijo ruborizándose y bajando la mirada.

La celda estaba bien decorada, con muebles a buen seguro traídos de casa, y una cama contra una de las paredes. En el centro, sobre una mesita redonda, tres tazas y un chocolate humeante. En un rincón, acurrucada sobre un silloncito, una joven monja, con la mirada baja.

—No tengáis vergüenza, sor Addolorata, como ya os he dicho, el caballero es un queridísimo amigo y está aquí sólo para complaceros.

Sirvió dos tazas de chocolate y entregó una a Giacomo y la otra a la monja.

—El chocolate caliente es una bebida maravillosa cuando fuera cae la noche y hace tanto frío —dijo con aire de anfitriona frívola, para romper el embarazoso silencio.

Casanova esperó con calma a que sor Addolorata hubiera acabado de beber, luego se le acercó, le ofreció un hermoso cofrecillo pintado con flores, repleto de bombones de rosoli, con sabor a rosas, jacintos, violetas y la intensa agua de azahares. Le posó sobre el brazo las bonitas cofias de dormir ornadas de encajes de San Gallo y las largas medias de seda de Milán que eran muy caras porque los superintendentes del Boato, para oponerse a la competencia exterior, las habían prohibido. La monja miró con aire inquisitorio a doña Domitilla, que le sonrió alentadora. Sólo entonces aceptó los presentes con una expresión de esquiva gratitud.

Giacomo la cogió de las manos, la hizo levantar y dar una vuelta sobre sí misma, mientras ella se ruborizaba.

—Muy joven y bonita —comentó.

—Desde hace tiempo sor Addolorata me confía sus penas, sus inquietudes nocturnas, sus angustias por esta vida que otros han decidido por ella. Y también sus más recónditos deseos. He aquí, pues, hermana, un apuesto caballero que puede ayudaros a resolver vuestras dudas y a realizar algunos de vuestros sueños.

Ante aquellas palabras la monja se cubrió los ojos con las manos y se volvió contra la pared, como una niña castigada.

—Pero yo, doña Domitilla... Era sólo entre nosotras... Quizá hablaba... por hablar.

Respiraba ansiosamente y parecía como si quisiera aplastarse contra el muro.

Giacomo miró a doña Domitilla, obtuvo el consenso de su sonrisa cómplice y luego se acercó a la muchacha. Le ciñó los hombros con un brazo, mientras le liberaba el cabello de la monacal y amplia toca blanca almidonada.

—No os escondáis, tenéis un rostro tan hermoso y unos bucles tan delicados que es un pecado no dejarlos ver —dijo, volviéndola hacia él. Ella, reacia pero dócil, se dejó conducir hacia la alcoba.

Cuando subieron a la góndola, fue Casanova quien hizo el primer comentario.

—Es delicioso lo que habéis hecho, Domitilla.

Ella entró en el *felze*, se acurrucó en la banqueta y dijo:

—Os ruego, Giacomo, que no me lo recordéis. Ni siquiera sé por qué hago estas cosas horribles —añadió con un hilo de voz, mientras su fina mano le cubría los ojos y la frente.

—No ha sido en absoluto horrible, adorable criatura. Cuando he notado que vos urgíais detrás de mí y me hacíais «aquellas» presiones para que recogiéramos juntos la flor que Addolorata nos ofrecía, he experimentado una sensación nueva y os estoy muy agradecido. Por otra parte, creo que es un deseo recóndito de toda mujer desflorar a otra. Son pocas las que pueden realizarlo, si bien por interpósita persona.

—Basta, basta... ¡Olvidadlo, Giacomo, me hacéis sentir mal!

—De todos modos, querida amiga, me habéis ayudado en el desafío, debía disfrutar de las gracias de una religiosa y de una virgen y, gracias a vos, he podido aventajarme y obtener las dos victorias de un solo golpe.

La góndola había llegado a las Zattere, bastante lejos de Ca' Giustinian. Giacomo besó a doña Domitilla y se dispuso a salir del *felze*. Pero la patrona le cogió la corbata de encaje y lo hizo acercarse dulcemente a ella:

—Volved pronto a verme, amable Giacomo. Ya que decís que podéis leer dentro de mí, conocéis bien la necesidad que tengo de vos. También nuestra inocente Addolorata, mientras nos marchábamos, me ha preguntado, con un susurro, cuándo le haremos la próxima visita.

—No creo que volvamos a verla, Domitilla, pero es gratificante saber que la muchacha ha apreciado el encuentro. Nosotros le hemos mostrado un camino. Estoy seguro de que, bajo vuestra guía, sabrá recorrerlo de la manera más agradable posible. Hasta pronto, tiernísima criatura, sois cada vez un mayor y fascinante enigma.

Y bajó a la orilla cuando ya era de noche.

Giacomo sabía que el conde Bonafede no era en absoluto rico, pero lo que vio en aquella casa lo dejó aturdido. En el salón había en total tres o cuatro sillas de madera carcomida y una vieja mesa sucia. Los postigos estaban cerrados y la habitación casi a oscuras. Quizá porque la condesa madre no quería mostrar su miseria a plena luz, o quizá porque algunas ventanas carecían de cristales. Preocupación inútil, ya que por las aperturas entraban mortales ráfagas de frío.

Después de unos breves cumplidos, la noble dama salió del decadente salón y dejó a Casanova con la joven condesita, único objetivo de su visita a aquella casa. La muchacha tenía el cabello rubio claro, dos grandes ojos azules y una aristocrática nariz aguilina. Una bonita sonrisa exhibía sus dientes regulares y blancos y hacía resaltar su tez de melocotón. La cintura era sutil y del pecho alto y firme se entreveían los rosados pezones, ligeramente separados. No hacía falta nada más para inflamar de amor a Giacomo, pero la extremada pobreza del conjunto y la infeliz bata que lucía la condesita le producían desazón. La muchacha se percató de ello y le habló con franqueza.

—La mía es una familia de nobles orígenes florentinos, des de hace tiempo residente en Venecia, pero nuestras condiciones económicas no son nada boyantes. Mi padre recibe un mísero sueldo de

la República por algún pequeño encargo. Como des de luego sabéis, formamos parte de los llamados *barnabotti*, porque vivimos en las casas que el ducado pone a disposición de los nobles arruinados, en la parroquia de San Bernabé. Recibimos también el subsidio del preboste, que nos lo concede a condición de que toda la familia frecuente con asiduidad las funciones dominicales. Pero nuestros mejores vestidos están empeñados en un banco hebreo. Antes de cada fiesta no comemos, para poder rescatarlos y presentarnos en la iglesia con la dignidad que exige nuestro rango. Y los devolvemos a todo correr al banco al día siguiente.

Giacomo estaba cada vez más perplejo. La compasión, como a menudo sucede, hacía vacilar su amor, pero trató de no desviarse. El desafío incluía la conquista de una noble y no había duda de que la condesita, aparte del atuendo desconsolador, era una aristócrata verdaderamente agraciada.

—Esta noche quisiera llevaros al teatro, querida mía, y luego a cenar alegremente en vuestra compañía. ¡Estamos en Carnaval y todos quieren divertirse!

—Iría con gusto, señor Casanova, pero como os he dicho mi traje y mi cendal los he dejado en prenda en un banco.

—No hay problema, dadme la póliza, voy enseguida a desempeñarlos y os los traigo a tiempo para salir.

Y así lo hizo.

En la semana de Carnaval no era fácil encontrar sitio en los teatros, porque todos estaban invadidos por el frenesí de no perderse ni siquiera uno de los espectáculos que subían a escena en aquel período. Giacomo consiguió comprar, por doce liras, un abono para un palco de la segunda fila, en el teatro de San Samuele. En efecto, la única manera de procurárselos era comprarlos, más caros, a uno de los revendedores que daban vueltas bajo los pórticos de la Piazza San Marco y que los acaparaban mucho tiempo antes.

Aquella noche representaban *La diablesa* de Goldoni, con música de Galuppi. Giuseppe Celesti cantaba el papel del conde Nastri, Antonia Zamparini era la condesa y Serafina Penni era Dorina.

La sala tenía cinco filas de palcos, destinados a los nobles y los burgueses ricos, y una espaciosa platea, con bancos y taburetes, frecuentada por plebeyos y comerciantes. Al fondo de la platea, ya no había asientos y era el sitio donde se amontonaban los espectadores de pie y los gondoleros que entraban sin pagar el billete con la condición de que aplaudieran frenéticamente a este o aquel cantante.

El teatro, recargado de oros y estucados, estaba poco iluminado de forma que las luces del escenario pudieran resaltar aún más. Sólo algún candelabro, situado a la altura de los palcos superiores, y las velas de sebo alumbraban las partituras de los músicos. Aquí y allá, los que querían leer los libretos de la ópera se hacían luz con unas velitas. La confusión y el vocerío eran indescriptibles. Casi todos los espectadores llevaban máscara y estaban vestidos con los más llamativos trajes de carnaval. Además de las clásicas colombinas, de los habituales arlequines, estaban las *gnaghe*, hombres disfrazados de brujas que lanzaban gritos obscenos, los matachines con sus trajes extravagantes y los hombres salvajes, cubiertos de pelo, ramas y frondas. Por doquier los vendedores ambulantes ofrecían, a gritos, las mercancías de sus cestas, agua de azahar o con licor de anís, castañas secas, semillas de calabaza tostadas, buñuelos y hojaldres rellenos. Había puestos donde se podían comprar peras y manzanas cocidas en vino, mientras por las galerías

circulaban cafeteras con chocolate, café y helados.

Los jóvenes más gamberros que llenaban los palcos competían por alcanzar con sus esputos la cabeza de los que estaban en la platea. Las más codiciadas eran las cabezotas peladas, contra las que tiraban incluso cabos de vela. De todo ello surgían violentas reacciones de los desventurados, acogidas por las carcajadas de los culpables.

La orden del ducado que no permitía a los nobles ir al teatro sin máscara, favorecía sus bribonerías, protegiéndolos con el anonimato. A veces, aunque no era frecuente, desde los palcos se orinaba hacia la platea, pero no era fácil dar en el blanco, especialmente desde la tercera y cuarta fila. Cada uno hablaba o bromeaba con los vecinos en voz alta. En la sala se oían fragorosas risotadas, falsos maullidos, cantos de gallo y cacareo de gallinas ponedoras, estornudos y todos los estruendos imaginables.

Al fin se alzó el telón y tras un primer momento de silencio, en el que todos admiraron el elaborado montaje escénico, los ruidos y las ocurrencias volvieron despreocupando por completo al público de las vocalizaciones de los cantantes. Sólo cuando se presagiaba una romanza del cantante de moda o un aria particularmente popular, cesaba durante un momento la gresca, pero luego el estrépito continuaba como antes.

Entre un acto y otro, en la platea, circulaba el guardián con una vela en la mano para cobrar el precio de los bancos o de los taburetes que se habían situado, como de costumbre, cerca de la orquesta.

Giacomo hizo acomodar a la condesita en la parte delantera del palco y pidió para ella, galantemente, peras cocidas, hojaldre relleno y chocolate, para alegrar la espera entre una romanza y otra.

*La diablesa*, programada aquella noche, era una ópera nueva y los cambios de escena muy sorprendentes, pero apenas se podía seguir la música por el ensordecedor barullo de los asistentes. La muchacha estaba encantada con tanto espectáculo y con los vivaces excesos, tan inusuales para ella. Se divirtió mucho y al salir no dejó de comentar las maravillas que había visto y oído. Ya era la hora cuarta después del ocaso y Giacomo llevó a la condesita al *casino*, que alquilaba siempre que era necesario en el Campo San Moisè.

Había hecho que el cocinero preparara una cena ligera de sólo siete platos, con óptimos vinos.

Dos menestras, una de arroz caldoso con apio, la otra, una sopa de paloma con romero y salvia. De carne, había una hermosa ánade rellena de higadillos, salchichón y parmesano, seguida por albóndigas de ternera cocida, con almendras y azúcar.

Los platos de pescado consistían en *fritura* de lenguados, salmonetes, cigalas y pequeñas anguilas de la laguna con limón, y un plato de rescacios en salsa con cebolla. Un magnífico budín de *puina*, es decir, requesón con mostachones y pasas y otros dulces concluían la cena.

La muchacha, después de haber opuesto formales y poco convincentes negativas, que, por otra parte, se prolongaron durante poquísimos tiempo, tanto como su educación requería, se lanzó sobre esas comidas con un hambre y una avidez que contrastaban mucho con sus modales *morigerados* y gentiles y con su figura casi ascética, aunque muy bien proporcionada.

Mientras ella devoraba el ánade relleno, Giacomo comenzaba a estar bastante *perplejo*. Era

evidente que la muchacha, desde hacía tiempo, no conseguía satisfacer completamente su juvenil apetito. Casanova la miraba comer con toda aquella voracidad y, cuando la vio tragar la fritura y luego atacar con desenvoltura también el rescacio, se dio cuenta de que su amor se estaba atenuando. Por su parte, seguía sirviéndole malvasía de las Canarias y blanco de Verona, esperando que el vino consiguiera que su etérea comensal soportara toda aquella comida sin sufrir ningún desmayo.

La comida llegó a su fin con algunos vasitos de rosoli y óptimos postres. Aún quedaban en la bandeja algunos tentempiés y la muchacha, mientras trataba de justificar su comportamiento, lamentándose de su estado, no pudo contenerse y se metió en la boca, si bien con cierta elegancia, aquellos dulces muy picantes a base de pimienta y miel. Giacomo era notoriamente de buen apetito, pero aquello que estaba observando le hizo desaparecer cualquier deseo amoroso.

De todos modos, intentó consolarla:

—Sois tan agraciada, querida condesita, que muy pronto alguien se enamorará de vos y os hará feliz, ¡estoy seguro!

—Quizá sea así —fue la triste respuesta—, pero por desgracia nadie respeta a una joven tan pobre. Mis aristocráticos orígenes agravan aún más la situación. Para un plebeyo no soy adecuada y para un noble ni hablemos. Además, el hecho de no ser fea hace que todos intenten abusar de mí sin ninguna consideración por mis sentimientos y desafortunadamente yo, en mi condición, a veces no tengo más remedio que aceptar.

Giacomo se quedó helado, con una mezcla de compasión y disgusto. No, no tenía valor de aprovecharse de aquella desdichada muchacha. En el fondo, si no la poseía era sólo porque él mismo estaba decidido a no hacerlo. Por eso, con todo derecho y sin hacer mella en su honor, podía contarla como una conquista más de la apuesta con don Juan.

Cada vez le agradaba menos aquel maldito desafío que lo llevaba a comportarse de esa manera. Siempre había amado a las mujeres a las que trataba de conquistar: un amor de un mes, de una semana, de un día o incluso de una hora. Pero, en cualquier caso, el enamoramiento era el verdadero motor de sus pulsiones y de sus actos. Ahora, en cambio, se sentía obligado a conquistar sólo por la conquista y eso no sólo le resultaba innatural, sino que le dejaba una desagradable sensación de vacío, en vez del dulce y satisfactorio placer del amor.

Estaba pasando con su góndola por el canal de Cannaregio, cuando vio delante de la iglesia de los Penitentes a una magnífica campesina que no debía de tener más de catorce años, arropada en un montón de bastas camisetas y enaguas. Los grandes zuecos de madera la hacían parecer más alta. Ya era muy rechoncha y muy pronto engordaría más pero, por el momento, su juventud resplandecía de fresca salud. Estaba cerca de algunas cestas abarrotadas de pequeñas construcciones de alambre y de frasquitos y botellas que contenían líquidos oscuros. En torno al talle llevaba un cinturón lleno de botellitas negras.

Giacomo la miró enseguida con interés. Rubia, con las caderas bien formadas y el pecho

voluminoso bajo las espesas camisetas de lana, era un apreciable ejemplar de esas muchachas que venían de la campiña. Como plebeya, era ideal para su desafío. Bajó, pues, a la orilla y fue a su encuentro.

—¿Qué vendes en tus botellas y en esas extrañas jaulas tan pequeñas? ¿Licores y pequeñas pajareras? —preguntó con ademán socarrón y galante.

—No, señor, vendo tinta, veneno para ratas y trampas para capturarlas. A su servicio, señor.

—¿Cómo te llamas?

—Gesualdina, señor. Soy de Preganziol.

—¿Sabes que eres una muchacha muy hermosa, Gesualdina?

—Me lo dicen todos también en mi pueblo, señor.

—¿Y tanta belleza la tienes toda para ti?

—Depende, señor. —Y sonrió maliciosa.

—Oye, Gesualdina, ¿no te vendrías media horita conmigo, en mi góndola?

—Sin intención de ofenderle, caballero, pero no puedo. Debo vender todas mis trampas y mis venenos para los ratones. Mi padre es el hombre de los ratones, pero ahora está en Preganziol enfermo y me corresponde a mí llevar los cuartos a casa.

—Eres una buena chica; yo podría comprarte todas tus tintas y venenos.

—¿También las trampas para los ratones?

—También —aceptó paciente Giacomo—. ¿Cuánto quieres?

La muchacha se quedó pensativa y empezó a enumerar las botellitas y las trampas y a hacer cuentas con los dedos, recomenzando varias veces. Al final, mirando de reojo a Giacomo, anunció el precio, con el aire de quien teme pedir demasiado:

—Cincuenta sueldos, porque sois vos.

—Está bien, te compro todo el equipo y luego, si eres buena chica, te regalo otros veinte sueldos. Ven a mi góndola.

—Qué prisa, señor. ¡Dejadme coger mis cosas!

Comenzó a recoger cestas y frasquitos, y se apretó bien al talle el cinturón con las botellitas de tinta. Casanova ya se había encaminado pero, al volverse, vio que la muchacha se había puesto sobre un hombro un bastón con algunas cosas amorfas colgadas, que antes no había advertido.

—¿Qué porquerías son esas que llevas atadas al bastón?

—Son mis ratones muertos, señor.

—¿Ratones muertos? ¿Y querías venir a mi góndola con todos esos ratones colgados por la cola? ¿Estás loca?

—No, señor, no estoy loca. ¿Cómo hace la gente para saber qué vendo y poder comprar mis cosas, si no ve los ratones?

—A mí eso me importa un pimiento —exclamó Giacomo, exasperado—. Ya te he comprado toda la mercancía, ¿qué más quieres?

—Pero los ratones muertos no me los habéis pagado.

—Está bien, está bien, te compro también los ratones muertos, ¡siempre que los hagas desaparecer de mi vista! —estalló Giacomo, que tenía horror por aquellos animalillos tiesos y hediondos.

Se puso a contar, rápida, los ratones que colgaban del bastón:

—Son siete sueldos, sin tener en cuenta este de aquí —y lo señaló—, que es más grande que los demás.

—Está bien, ¡pero tíralos, por el amor de Dios!

—En un santiamén, señor —espetó la robusta niña, y después de haber quitado los ratones del bastón, cargó sus cestas en la parte delantera de la góndola.

Giacomo le hizo señas de que se metiera en el *felze*, y antes de entrar también él, dijo con un guiño al gondolero:

—Da una vueltecita, Toni.

—A sus órdenes —respondió aquél con aire de complicidad mientras bogando se apartó de la orilla.

Casanova tuvo alguna dificultad para introducirse en el pequeño habitáculo, ya en gran parte ocupado por la muchachota que se había colocado justo en el centro del asiento, con las piernas abiertas, y se estaba enrollando sobre el pecho las numerosas faldas de tela basta que llevaba. Giacomo, que por su estatura debía estar todo retorcido, tenía problemas para desabrochar las dos filas de botones al lado de los bolsillos y para abrir la bragueta de sus calzones cortos de seda rayada de color canela con florecillas de plata. La aldeana, que casi había ultimado su complicada operación, había formado un gran rollo de faldas sobre el pecho y esperaba con los ojos cerrados. Los blancos muslos abiertos y las largas y gruesas medias de lana, que salían de los zuecos y subían por las piernas, dibujando numerosos pliegues, le daban un aire aún más de niña. Giacomo se excitó rápidamente, si bien mantenía una incómoda posición de contorsionista.

—Será un poco difícil con ese lío de faldas que te has recogido en la tripa. ¿Cuántas enaguas llevas?

—En Preganziol hace frío —respondió lapidaria la muchacha, mientras abría un solo ojo.

En el *felze*, con las persianas bajadas, había penumbra. Giacomo hizo ademán de acercarse a ella, ayudándose con una mano, cuando advirtió la masa de vello oscuro que la muchacha tenía en el bajo vientre. Fue un relámpago y no pudo evitar murmurar para sus adentros: ¡Oh, Dios, parece el pelo de una rata enorme! Su arrogante seguridad se desvaneció de golpe.

Sólo le quedaron argumentos menos válidos de lo habitual. No estaba acostumbrado a semejantes fallos y se sintió muy mortificado por ello, pero intentó recuperarse palpando entre las numerosas camisetas de lana de la muchacha. Tenía un seno liso y firme como un oloroso queso recién salido de la quesería y pezones grandes y enhiestos como madroños. Sin embargo, Casanova, aunque sin conseguir expresar su habitual energía, estaba recuperando el control de la situación cuando, por

una maldita oscilación de la góndola, la portezuela del *felze* se entreabrió. Giacomo se detuvo de golpe y olió el aire:

—Me ha parecido sentir olor a rata muerta —murmuró y se aflojó, otra vez más abatido.

En aquel momento, comprendió que no había nada que hacer. Salió del *felze* reculando como pudo, con la peluca torcida y la ropa desordenada, mientras apesadumbrado volvía a abrocharse la bragueta de sus calzones de seda rayada de color canela con florecidas de plata. Gesualdina no entendió lo que había pasado y, enfadada y desilusionada, comenzó a desenrollar sus camisetas y sayas.

—¿No os gusto? ¿Ahora ya no compraréis mis tintas y mis venenos para los ratones? —preguntó casi desesperada.

Casanova vio la cara mofletuda y rubicunda de aquella enorme muñeca de trapo:

—No, Gesualdina, te los pago, te los pago, y además te los puedes llevar.

—Gracias, gracias caballero, espero volver a veros cuando estéis... un poco más en forma —le dijo para consolarlo.

Casanova le lanzó una mirada torva:

—¡Ahora baja, baja con tus trampas que es mejor! Toni, acércate a la orilla.

La muchacha cogió el dinero, recogió sus objetos ya vendidos, saludó con una reverencia y sin vacilar saltó a la calle, con gran estrépito de sus zuecos de madera. Giacomo, que la seguía con los ojos mientras la góndola se alejaba, la vio trajinar en el fondo de una cesta y poco después ponerse al hombro el bastón con todos sus hermosos ratones muertos colgados por la cola.

También el gondolero lo había observado todo.

—Condenada muchacha; no los había tirado, los había escondido entre sus trastos y había traído esas asquerosas carroñas a nuestra barca, para que apestaran —dijo enfadado.

—Debí suponerlo —fue el resignado comentario de Casanova—. ¡Esas, a fuerza de vivir con los ratones, se vuelven tan ágiles como ellos y aún más astutas!

Habían llegado delante del mercado de hierbas de Rialto.

—Acércate un poco y déjame bajar, Toni.

Eran muchos los vendedores de frutas que venían desde Sant'Erasmus, de Palestrina y de las tierras de Malamocco y exponían allí los productos de sus campos. Gran variedad de legumbres, hierbajos y frutas desbordaba de colores sus puestos.

Detrás de cada montón de hortalizas, los campesinos y sus familias muy abrigados ensalzaban con cantinelas la calidad de sus productos. Giacomo había reparado en una joven vendedora de ojos azules que, con los brazos desnudos a pesar de la temperatura, invitaba a los paseantes a comprar. Tenía las manos y las orejas enrojecidas por el frío. Debido a la brisa de la mañana, también la

naricita y los pómulos estaban casi violáceos y ponían aún más en relieve el celeste de los grandes ojos claros.

—He aquí una plebeya adecuada para el desafío —comentó, y se dirigió sonriendo hacia aquel puesto de verduras—. ¡Al menos con ésta a lo sumo sentiré olor a nabos!

# Capítulo 14

*Sábado 8 de febrero de 1755,*

*San Juan de Mata*

Ya no pasaba un día sin que el sirviente francés del abad Bernis viniera a pedirle noticias de la cristalería de Murano. La fecha de partida de los embajadores se acercaba y sus excelencias estaban preocupados por tener que dejar Venecia antes de que el servicio estuviera acabado y de viaje hacia París.

A Casanova no le agradaba tener que ir tan a menudo a la vidriería de Mazzolà para constatar los progresos y transmitirlos. Todo ello suponía tiempo sustraído al desafío y temía que esto favoreciera a don Juan, pero no podía rehusar. Por otra parte, el pensamiento de aquella estúpida apuesta lo ocupaba más de cuanto quisiera admitir. Le molestaba que un extranjero, por otra parte demasiado conocido por sus proezas amorosas, hubiera venido a arrojarle el guante precisamente en su ciudad. Hasta entonces todos, amigos o enemigos, habían reconocido en Giacomo a un maestro de la seducción. Ahora alguien osaba disputarle una primacía a la que había dedicado todo su empeño desde que salió de la niñez. Por eso sentía la necesidad de demostrar, una vez más, su valor, aunque con gusto habría prescindido de ello.

Por fin, el viernes 7 de febrero, Mazzolà le comunicó que al día siguiente los Miotti, acabada la cocción de los esmaltes, les devolverían las últimas piezas del servicio de mesa. El trabajo estaría, pues, listo y los señores caballeros podrían verlo y retirarlo.

Los embajadores, por prudencia, decidieron dirigirse a Murano, también esta vez dos horas después del *Angelus* cuando ya había oscurecido, en embarcaciones separadas. Por eso, esa noche, tres góndolas anónimas, alejadas la una de la otra, sin ningún escudo, surcaban la laguna hacia la isla de los vidrieros y fondearían en tres puntos distintos. Por desgracia, la luna casi llena iluminaba toda la líquida superficie inmóvil: ni siquiera una piadosa baba de niebla conseguía velar los perfiles de las islas y de sus campanarios.

Casanova se estremeció, inmerso en toda aquella claridad. Si alguien los seguía, habría vislumbrado fácilmente las tres góndolas sin luz que, a aquella hora insólita, atravesaban el espejo de agua hacia la misma orilla. Y habría sospechado, aunque viajaran a distancia.

Una vez hubieron desembarcado, se encontraron en silencio en el lugar convenido, las Fundamenta de San Giovanni y musitaron sus saludos. Junto al conde de Rosenberg, embajador de Austria, había otro caballero, también con traje dominó negro, tricornio y *larva*, del que Giacomo no entendió el nombre, pero debía de ser austriaco.

Pero había algo de lo que Bernis y Rosenberg debían poner al corriente enseguida a Giacomo. Durante la noche anterior había habido un intento de robo en la legación de Austria, análogo al ocurrido en perjuicio de la sede francesa. Alguien había penetrado en el despacho del embajador sobre el Gran Canal, cerca del río della Toletta, y había revuelto todo el archivo. Pero no faltaba nada, salvo la carpeta de la última correspondencia con Viena. Por las huellas se dedujo que,

también esta vez, los ladrones eran dos.

—Excelencia, discúlpeme, ¿pero en esa correspondencia se hablaba también de la cristalería que se está preparando en Murano? —preguntó Casanova.

—Alguna alusión debía de haber, aunque las primeras cartas con el contrato no están en el archivo general, sino en mi cancillería privada, en una habitación que no ha sido revuelta —respondió el austriaco.

—Estoy cada vez más preocupado. Ahora está claro: hay alguien que nos espía y, desde luego, indaga para poder obstaculizarnos. Sólo estaré tranquilo cuando el servicio haya abandonado el Dominio de la Serenísima —comentó el abad Bernis y Giacomo, pensativo, asintió con convicción.

Cubiertos por las largas capas negras, los tricornios bien encasquetados en la cabeza y las blancas *larve* puntiagudas que escondían sus rostros, recorrieron rápidos las Fondamenta, pasaron el Ponte di Mezzo y, una vez llegados a la corte dei Furlani, bordearon el muro de ladrillos rojos del horno Mazzolà.

En la vidriería se veían luces y los cuatro entraron en el templado local, donde ardían como siempre los hornos de vidrio. Todos esperaban allí, con sus trajes de domingo. Estaba Giovan Battista Mazzolà junto con Masetto y, detrás de ellos, los maestros vidrieros del horno. Luego estaban los Miotti con sus maestros decoradores. Breves saludos y, como siempre, sólo Casanova se quitó el tricornio y la máscara. Ahora, a la luz, Giacomo vio que el hombre alto y delgado que acompañaba al conde de Rosenberg llevaba bajo el dominó un uniforme de oficial austriaco. De Bernis intuyó la sorpresa de Casanova cuando se percató de que con ellos había un militar y le susurró al oído que se trataba del conde Von Wriest, oficial de los coraceros del regimiento de Diemar, de la Guardia Imperial. Era el correo oficial de Viena: quien debía escoltar la cristalería hasta París.

Bajo la capa llevaba la chaqueta blanca del Real Ejército Imperial austriaco, con las grandes bocamangas y el faldón escarlata. También los *culottes* eran del mismo color y se introducían en las botas de montar, que le llegaban hasta por encima de las rodillas. Lucía una elegante corbata de seda negra, que le envolvía el delgado cuello, y el tricornio con galones de oro enarbolaba la clásica rama de encina, en plata. Sobre el pecho llevaba la gran placa dorada en forma de media luna con el águila bicéfala de los correos especiales del emperador.

—Finalmente, aquí estamos —comenzó Casanova para romper el hielo—. Sus excelencias han venido para el último control y para saldar vuestros honorarios. ¡Veamos un poco la maravilla que habéis preparado!

Con un murmullo de satisfacción los vidrieros se apartaron hacia ambos lados y detrás de ellos apareció una larga tabla, apoyada en dos caballetes, sobre la que habían extendido, a modo de mantel, un papel de colores. Grupos de velas de sebo, metidas en el cuello de numerosas botellas, iluminaban la madera. Sobre la mesa resplandecía, en una armoniosa fantasía de formas y colores, el muestrario completo de cada tipo de pieza que componía el servicio. Había ejemplares de copas, bajoplatos, saleros, posacubiertos, tacitas y copitas de todas las formas y tamaños, así como de cualquier otro objeto que los maestros artesanos habían fabricado y decorado durante aquellos meses.

En el centro del tablón estaban situados los cinco *surtouts* o centros de mesa, todas piezas únicas,

una distinta de la otra. El conjunto parecía un prado lleno de flores, angelillos y lazos que emitían brillos de luces y colores. No era un servicio de mesa, sino un jardín de corolas y hojitas recién brotadas, a las que el rocío, en una hermosa mañana, parecía haber ofrendado las gotas más luminosas y transparentes. Daba la impresión de que sobre aquella tosca madera la primavera misma hubiera esparcido sus gracias. Como para deslumbrar a cualquiera.

Los cuatro visitantes estaban sin aliento ante aquellas obras maestras que, a la luz oscilante de las velas, parecían en continuo movimiento. Los delicados colores del vidrio soplado, sus pliegues, las refinadas volutas y los revoloteos de las cintas relucientes competían, en cuanto a levedad y elegancia, con los esmaltes de los Miotti. Ninguna exageración en las tintas o en las formas turbaba aquella armonía leve que rebotaba, centelleando, de una copa a otra, de un platito a un salero. Por doquier, y sobre cada pieza, las armas de la marquesa de Pompadour, tres torres de plata sobre fondo azul coronado, unificaban la cristalería y, al repetirse, la hacían semejar aún más a un prado florido.

Pero eran los cinco centros de mesa los que, más que cualquier otra cosa, dejaban más estupefactos. Aunque el maestro Mazzolà, durante la primera visita al horno, había enseñado a los dos embajadores un ejemplar de descarte, éstos no habrían imaginado nunca que las piezas construidas para ellos podrían alcanzar tal efecto de gracia y, al mismo tiempo, de opulencia. Espontáneamente se miraron el uno al otro y, mascullando bajo las máscaras elogios en las respectivas lenguas, con las manos y la cabeza daban claras señales de acuerdo y de satisfacción.

Estaban tan complacidos que, en contra de todo lo pactado, el conde de Rosemberg, siempre tan aplomado, no pudo contenerse:

—En nombre de mi go... —Hizo una pausa—. En mi nombre me declaro muy satisfecho de vuestra obra, señores, y os lo agradezco.

Había hecho un esfuerzo por hablar en italiano, con su acento que apestaba a alemán desde dos leguas. Luego hizo señas a Casanova para que continuara. Giacomo recogió de manos de la excelencia austriaca la primera bolsa de monedas de oro y la entregó a Mazzolà:

—Ésta es para saldar el trabajo, según cuanto nos habéis pedido.

Luego entregó la segunda escarcela.

—Estos son los trescientos ducados de la dote pactada para vuestra hija Zerlina, a la que, sin embargo... me asombro de no ver aquí con nosotros —añadió Giacomo mirando alrededor.

—Ah, mi hija está algo loca. Precisamente esta noche, cuando al fin ha llegado su dote por la que tanto ha clamado, ha dicho que tenía un compromiso importante y se ha ido de casa a la puesta del sol. No hay quien entienda a las mujeres.

—Verdaderamente no consigo imaginar que puede haberla alejado, cuando se estaba realizando su sueño. Debe de tratarse de una razón muy importante —dijo Casanova, pero era inútil indagar más y se dedicó a completar también los pagos a los Miotti.

Luego, señalando al correo imperial:

—Este caballero es el señor conde Von Wriest, encargado de retirar la cristalería y de llevarla a destino, sana y salva, bajo su responsabilidad.

Un seco golpe de tacón hizo entender a todos, como si no fuera ya demasiado evidente, que el señor conde era un militar.

—¿Cuándo podréis efectuar la entrega de las cajas, maestro Mazzolà? —preguntó Giacomo.

—¡Lo más rápido posible! Cuanto antes parta el servicio, antes estaremos en paz. Trabajaremos toda la noche para empaquetar con papel, virutas de madera y hojas de maíz estas últimas piezas y los centros de mesa, que son los más delicados. El resto ya está bien embalado en aquellos cajones que veis allá: si queréis os los enseñamos, para que los podáis controlar.

—¡No, no! —exclamaron todos—. ¡Nos fiamos, nos fiamos, por el amor de Dios!

—Muy bien, entonces mañana por la mañana, temprano, cargaremos todas las cajas en una tartana que, a vela y, si fuera necesario, a remos, se dirigirá hacia la tierra firme. Si Dios quiere, hacia el mediodía podremos estar en Fusina, en el muelle desde donde parte la gabarra para Ravena y Padua. ¿Estáis de acuerdo?

—*Jawohl, jawohl, wunderbar!* —exclamó el oficial—. Estaré en el muelle *mit zwei* carrozas de viaje y partiremos *muy enseguida*.

Mientras Casanova se ponía de acuerdo en los detalles, el abad Bernis y el conde de Rosemberg seguían examinando, casi hipnotizados, los pequeños detalles de los centros de mesa. Realizados para adornar un rico banquete, se habían confeccionado según el contrato, pero su belleza no terminaba de asombrarlos.

Se trataba de verdaderos jardines. El central era el más grande y el más alto de los cinco. Justo en el medio tenía una centelleante pagoda china de vidrio, con el tejado sostenido por columnitas de cristal retorcidas. El espacio entre una y otra estaba cerrado por pequeñas láminas de vidrio *lattimo*, pintadas con *chinoiseries* en oro puro, opaco y brillante.

El tejado de la pagoda era de cañas curvadas, en pasta de vidrio color coral, lisas o en espiral a la moda oriental, que bajaban desde la cima hasta el alero. En las cuatro esquinas había dragones esmaltados, de cuya boca salían relucientes hilos de vidrio, imitando deliciosas caídas de agua que acababan en estanques rodeados de flores.

Senderos con diminutas piedrecitas de vidrio y con primulas subían y bajaban por puentecillos orientales suspendidos sobre serenos espejos de agua: se adentraban en bosquecillos de naranjos y limoneros, con los árboles llenos de pequeños frutos, inmersos en una miríada de hojitas verde oscuro. Luego pasaban por debajo de unos delicados arquitos, cuyas columnas estaban decoradas con distintos dibujos orientales y coronadas por pequeños dragones de vidrio, finamente esmaltado en rojo.

Los paseos estaban indicados por setos de un hermoso verde oscuro entremezclado con florecidas blancas y, allí donde no había setos, los espacios estaban delimitados por balaustradas con columnitas transparentes.

Todo el jardín estaba rodeado por una admirable verja de lanzas de cristal con las puntas doradas. En los extremos había dos rejas con columnas y arcos que daban acceso a aquel transparente y centelleante Edén. Pero el jardín no estaba desierto. Una infinidad de elegantes personitas, llenas de gracia y serenidad, parecía vagar por entre aquel verdor chino. Estaban vestidos a la última moda francesa. Las damitas con grandes faldas de rayas negras y verdes, negras y rosas o también negras y

azules. Pequeñísimos volantes de encaje salían del cuello y las mangas de las chaquetas de amazona, bien ajustadas en la cintura. Amplios sombreros, atados bajo el mentón por minúsculas y vaporosas cintas, completaban su atuendo. Caminaban con gracia, acompañadas por los caballeros y los chichisbeos que llevaban sus perritos. Eran seguidas por moritos con turbante, que sostenían la cola de sus vestidos o las protegían del sol con elegantísimas sombrillitas a rayas o floreadas. Aquí y allá, pequeños chinos ceremoniosos con coleta se inclinaban a su paso.

Un torbellino de cristal, una gran variedad de esmaltes color pastel, por doquier toques alternados de oro reluciente y opaco, daban la impresión de un pequeño mundo refinado y feliz, en una nube de transparencias y brillos de cristal.

Los cuatro jardines laterales, más pequeños, eran del todo similares y también estaban ornados con *chinoiseries*. Pero en el centro, en vez de la minúscula pagoda, había fuentes de varias alturas sobre las que rebotaban chorros e hilos de cristal, más límpidos y centelleantes que el agua de la fuente. Por todas partes, en cada rincón y en las rejas de acceso, aparecían los emblemas con las armas de la marquesa de Pompadour, esmaltadas en azul, plata y negro. No era difícil imaginar que las cinco admirables nubes de vidrio, situadas sobre una mesa y bajo las luces destellantes de los candelabros, se animarían con claridad caprichosa hasta dar la impresión de ver pequeños parques vivientes en los que los minúsculos personajes se movían con gracia entre flores, decoraciones orientales y mandarines reverenciosos. En la mesa de madame de Pompadour, todas estas bellezas habrían secundado la refinada conversación de aquellos convites.

De Bernis comentó, asombrado:

—Qué extraño. No hace demasiado que las *chinoiseries* se han puesto de moda en el Palacio de París.

Pero Giacomo no estaba sorprendido. Sabía perfectamente que muchos extranjeros, frente a la maestría de los artesanos de Murano, se preguntaban: «Cómo han hecho estos trabajadores, sin la cultura y el refinamiento de los artistas de la corte, para crear una armonía capaz de asombrar a cualquiera, incluso en una mesa principesca. Aunque vestidos de fiesta, siguen siendo unos modestos operarios que, además, viven en un islote perdido de la laguna. ¿Cómo hacen para estar al corriente de las últimas modas?» Esta clase de razonamiento lo molestaba, pero a la vez estaba orgulloso cada vez que oía reconocer: «Estos italianos son difíciles de entender porque, incultos y poco refinados como parecen, tienen un fortísimo instinto de la belleza. ¡Deben de haberlo mamado en el seno materno, al que ha llegado por inescrutables senderos!»

Observaba, pues, con una mueca de satisfacción a sus acompañantes, que se habían quedado tan impresionados.

Apartó aquellas ideas porque había llegado el momento de poner fin a la visita, visto que ya no quedaba nada por discutir y que se habían alcanzado los últimos acuerdos. Fue precisamente entonces cuando apareció un mozo con una bandeja llena de copas.

—Esta es una tradición nuestra. ¿Querrían, sus excelencias, brindar con nosotros por el buen fin del trabajo? —preguntó Mazzolà, mientras llenaba las copas de vino tinto espumoso de los Colli Euganei.

Los dos austríacos se pusieron tensos, porque les pareció que aquel gesto era de excesiva confianza, pero el abad Bernis, como amable gentilhomme que era, cogió una copa y la levantó:

—*Santé!* ¡A vuestra maestría y a vuestra prosperidad y la de vuestras familias!

Y, levantándose un poco la máscara, bebió. Los otros no pudieron hacer más que imitarlo.

—*Excellent!* —dijo, posando el bocal—. Buenas noches a todos.

Los cuatro embozados salieron del horno humeante, aún incrédulos por la maravilla que habían visto.

Ahora ya estaban más relajados: la cristalería partiría hacia París. La misión que los había reunido estaba casi terminada y los embajadores no escondieron a Casanova su satisfacción y su gratitud por la excelencia del trabajo. La ayuda que había prestado, decían, contribuiría a crear una atmósfera favorable a los contactos diplomáticos. El único que tenía un aspecto bastante triste era Giacomo: sentía que había finalizado una aventura que le había dado la sensación de ser, también él, un gran diplomático.

Como las otras veces, Casanova acompañó a la góndola primero al conde de Rosenberg y luego al abad Bernis.

—Por tanto, François, ¿en los próximos días nos abandonaréis para siempre a todos nosotros y a Venecia? —preguntó con pesar.

François esperó un poco antes de responder:

—Sí, por desgracia es así. Me veo obligado a hacerlo, bien lo sabéis. Pero, amigo mío, espero que vos vengáis pronto a París. Tengo motivos para creer que, vivaz como sois, no tardaréis en aparecer por allí. Lo que, en cambio, me aflige es dejar a nuestra adorada M. M. sin esperanza para su futuro. Por lo que me han dicho, está claro que ya no desea vivir: temo que no tardará en concluir su viaje terrenal.

»La angustia de no estar al menos cerca de ella en ese momento me acompañará a Viena, a París y a donde sea. Si la orden de partir no hubiera venido directamente del rey, quizá habría podido obtener un aplazamiento. Pero a nosotros, los servidores de una corona, parece que no nos estuviera permitido tener sentimientos: ni siquiera nos es concedido expresar nuestro dolor, por más grande que sea. Me pregunto si alguna vez tendré la suerte de volver a ver Venecia. Vivir en esta ciudad ha sido para mí como dejarme arrastrar por un sueño.

—Tenéis razón, François, Venecia ayuda a soñar a todos los que tienen la fortuna de conocerla —añadió Casanova con todo el amor que sentía por aquellos palacios y canales.

—No, mi queridísimo Giacomo, perdonadme, pero mi sensación no es la que decís. Quizá para vos sea otra cosa, porque habéis nacido en ella. Pero para un extranjero —era evidente que estaba hablando de sí mismo— esta ciudad no permite dar rienda suelta a los sueños, porque ya os impone su sueño. Se presenta con tanta fuerza y sugestión y deslumbra tanto al estupefacto visitante, que no le permite añadir nada. Todo parece ya predispuesto, definido y completo. ¿Qué puede aportar nuestra fantasía a la Piazza San Marco, a ese rectángulo tan claramente determinado, a la linealidad de sus palacios y a las dos inimitables iglesias que se miran, una frente a otra? ¿Qué puede añadir nuestra inspiración a Rialto? ¿Y al Gran Canal? ¿Y a la Ca' d'Oro?, por citar los lugares más conocidos, si bien lo mismo ocurre con las pequeñas calles y las plazas más escondidas. No, Giacomo, la extraordinaria singularidad de Venecia es precisamente ésta: mientras estáis en ella no os permite tener un sueño propio, os impone el suyo, ya completo y acabado. «Tomarlo o dejarlo»,

como decís vosotros los italianos. Sin alternativas. Otros lugares son más propicios para alimentar los sueños; son paisajes y ciudades con menos fuerza, que no predominan del todo sobre vos. Son ambientes que sugieren, pero no te fuerzan, y cada uno puede apropiarse para apoyar en ellos tu sueño o para acompañar un amor. En cambio, esta ciudad ejerce sobre el viajero una especie de lánguida tiranía. Incluso los amores, en Venecia, no pueden ser más que «venecianos». Quizá vos no lo advirtáis, querido Casanova, porque vuestra ciudad ya os ha penetrado dentro con prepotencia y permanecerá ahí mientras viváis.

Giacomo lo miró asombrado y se quedó pensativo. Por primera vez oía tan insólita crítica, si bien llena de amor, a su ciudad. Sin embargo el abad estaba retomando el hilo de su discurso con triste lucidez:

—¡Así es, querido Giacomo! Cuando la habitáis, éste es su límite, si bien delicioso. En cambio, cuando el viajero se aleja, la que ha sido una presencia incluso demasiado intensa, crea en él un vacío y una ausencia difíciles de colmar. Venecia es una ciudad que cuando estáis en ella os domina y basta, y cuando estáis lejos os induce a soñarla. Siento que, apartado de ella, me atraparé a menudo la nostalgia del esplendor dorado de sus mediodías durante el calor de los veranos, y la añoranza de las acolchadas nieblas que envuelven casas y hombres, en las silentes veladas invernales. Así, mi inimitable Casanova, vosotros y vuestras orillas seréis mi motivo de añoranza cada vez que, solo conmigo mismo, me asalten los recuerdos del pasado. Adiós, Giacomo, también vos formáis parte de esta ciudad y llevaréis por doquier su encanto tan arcano, y a la vez tan prepotente.

—¡Adiós, François!

Se alejaron hacia sus góndolas, conscientes de que una etapa importante de su existencia había terminado.

Pero Giacomo no conseguía quitarse de la mente otro pensamiento, que saltaba en su cabeza como un elfo: ¿Por qué Zerlina, aquella noche, no había dado señales de vida?

# Capítulo 15

*Domingo 9 de febrero de 1755,*

*Quincuagésima Santa Apolonia Virgen*

Giacomo estaba inquieto y advertía una sensación de descontento. Al fin, el servicio de mesa para la marquesa de Pompadour había partido ese día hacia París, con el correo especial del Real Gobierno Imperial austriaco. Pero el hecho de que el asunto del servicio de vidrio, con sus intrigas y sus secretos, ya hubiera concluido, no lo ponía de buen humor. Al contrario. Mientras tuvo que ocuparse del buen fin del trabajo con los Mazzolà y los Miotti, había disfrutado de una gran consideración por parte de los dos nobles embajadores: lo que había sido muy gratificante para él. Saboreó, durante algún tiempo, la ilusión de estar en el centro del gran juego de la diplomacia europea. Ahora que todo había terminado se sentía vacío y, a pesar de que era Carnaval, tenía pocas ganas de lanzarse al torbellino de las fiestas.

Pero también otras cosas, al acumularse, lo habían insatisfecho últimamente. Ante todo, las continuas malas noticias sobre la salud de M. M., y luego los viajes del abad Bernis a París y a Viena, cada vez más frecuentes, que significaban que, en poco tiempo, partiría para siempre.

Tampoco a los ataques a las embajadas de Francia y Austria le había encontrado una explicación, ni un seguro culpable. Era verdad que todos los indicios convergían sobre una sola persona, pero nada podía probarse y resultaba penoso esperar los eventos o un posible paso en falso del asesino.

La misma marcha de don Juan, ya próxima, en vez de hacerlo feliz, como cabría esperar, le provocaba un extraño malestar. En efecto, el español ya había anunciado a la compañía que tendría que dejar Venecia por Trieste. A Giacomo le disgustaba que se fuera antes de que consiguiera revelar el enigma de aquel hombre. Su comportamiento insolente lo irritaba, tantas sospechas recaían sobre él y además tenía otras razones para detestarlo, pero curiosamente también lo turbaba y, muy a su pesar, fascinaba. No es que lo amara, es más, no había duda de que sentía una cierta repugnancia por él, pero al mismo tiempo lo atraía. A veces tenía la desagradable sensación de que aquel extraño vivía una parte de su propia vida, la que él sentía más íntima y siempre presente en los meandros oscuros de su ánimo. Quizá porque, aunque no quería admitirlo, don Juan era lo que él habría querido ser y nunca sería.

Era un frío domingo de febrero y la atmósfera era muy tersa, pero un aire frío y cortante, que venía del sur a través de los montes, parecía haber paralizado el cielo, la laguna y los canales.

Giacomo se había quedado holgazaneando todo el día en casa de Bragadin y jugando a las cartas con los amigos de su anfitrión y protector, los viejos Marco Dandolo y Marco Barbaro. Sólo a última hora de la tarde, abrumado por el tedio, se decidió a sacar la nariz del palacio para dirigirse a la cercana posada del Leon Bianco y visitar a su amigo Da Ponte.

Perezosamente comenzó a prepararse para salir, operación para él cada vez más comprometida. Primero eligió una camisa con mangas muy vaporosas que, en los puños, tenían tres franjas de encaje de Constantinopla. Se puso un par de cortos calzones de seda brillante, color amarillo limón.

Pasamanerías de hilos de plata ornaban los lados de los pantalones y los bordes de los bolsillos. Los calzones acababan debajo de la rodilla, con más adornos de plata sujetos por una hebilla del mismo metal que sostenía las blancas medias. Éstas eran de espesa seda de París y protegerían muy bien sus pantorrillas del frío de la velada. Sobre los calzones color limón decidió ponerse una levita en paño de lampazo de Génova, beis con florecidas azules, tirando a vincapervinca. Había hecho que el sastre aplicara una blonda de plata, que hacía tiempo le había regalado M. M. y que se ajustaba magníficamente con el color de la levita. Ver aquel encaje le provocó un reflujo de tristeza. Pero el empeño con su vestimenta lo distrajo.

Ahora surgía el problema de encontrar un chaleco que combinara con el amarillo de los calzones y con los colores de la casaca. No había duda. Eligió uno sencillo, cuya parte delantera, que llegaba casi hasta las rodillas, era de tela brillante con pequeños cuadros alternados de beis y de oro. Un bonito *jabot* de blonda de Bruselas, anudado al cuello, ondulaba sobre el pecho con una vaporosa caída. Un par de zapatos de suave tafilete, también amarillo limón, con negras hebillas adiamantadas, le parecieron los únicos posibles. Decidió que el tricornio y la capa de paño serían de color gris ratón, como su humor de aquel día. La pluma del sombrero no, ésa debía ser amarillo limón, como los calzones y los zapatos. Bastón y guantes, y salió al frío punzante de la tarde, que ya se había hecho oscura.

Empleó mucho tiempo en avanzar entre las riadas de mascarás que, ebrias, bailaban y cantaban en medio de las calles. Agarraban por los vestidos a los paseantes para convencerlos de que danzaran y bebieran con ellos. Pero Giacomo no estaba de buen humor. Sin embargo, estaba seguro de que el entusiasmo y el carácter alegre e irresponsable del abad lo aliviarían.

Pero no fue así. En la taberna del Leon Bianco encontró al reverendo preso de un sombrío abatimiento. Aquella misma mañana había sido convocado por el odioso vicario general de la Curia Patriarcal. Sin medias tintas, monseñor le había echado en cara su conducta que, si ya era censurable para un laico, para un eclesiástico consagrado sacerdote, era absolutamente indecente. Fue intimidado con brutalidad para que dejara la ciudad en veinticuatro horas, si no quería ser acusado ante los ejecutores contra la blasfemia. Lorenzo sabía perfectamente lo que suponía la denuncia ante tan tenebroso e inescrutable organismo: la pérdida inmediata del cargo de profesor de humanidades y retórica en el Seminario de Treviso, su única fuente de ingresos, y la cárcel segura. El vicario, con ademán hipócrita, le hizo saber que su eminencia reverendísima, el Patriarca, en su infinita bondad y prudencia, había tratado de evitar el escándalo que habría arruinado para siempre al reverendo Da Ponte. En realidad, estaba claro que sólo temían dañar la imagen de la Iglesia veneciana. Por tanto, poner los pies en polvorosa, sin suscitar clamor ni nuevas vergüenzas, en la esperanza, por otra parte poco compartida por el vicario, de que el réprobo finalmente se arrepintiera y comenzase a llevar una vida santa, como convenía a un ungido del Señor. Es más, visto que era tiempo de Cuaresma, que empezase de inmediato a hacer penitencia y ayuno. Luego lo había despedido indicándole que se arrodillase y sólo entonces le ofreció, con ostentosa condescendencia, la mano para que besara el sagrado anillo. El pobre Da Ponte no pudo decir ni siquiera «amén». Además, no habría sabido cómo disculparse, si hubiera tenido la posibilidad. Era la segunda vez que lo expulsaban de Venecia de aquella manera.

Casanova había escuchado a su amigo en silencio, poniéndose cada vez más sombrío, luego se dejó caer, también él abatido, sobre un banco de la posada.

—Mañana por la mañana, a la salida del sol, parto hacia Treviso en la diligencia de la hora undécima, antes de que se lo piensen y me hagan algo peor. Ya os había escrito una carta, porque, con todo lo que me queda por hacer para organizar el viaje, no tenía tiempo de venir a presentaros mis saludos.

Giacomo comprendió que lo que el reverendo tenía que hacer era tranquilizar a sus acreedores, que no pensaban dejarlo marchar si no pagaba las deudas, y convencer a sus mujeres de que no estaba huyendo de ellas.

Permanecieron largo rato en silencio, hasta que el carácter incurablemente optimista de Lorenzo tomó la delantera, haciéndole considerar al menos algunos aspectos positivos, a pesar de las desgraciadas circunstancias.

—Querido amigo, en la vida las cosas placenteras y agradables nunca duran, ¡pero qué días y noches más locos hemos pasado juntos! Conformémonos, pues. Me consuela pensar que el vicario general nunca sabrá lo hermoso que es divertirse, sin preocuparse por las consecuencias y disfrutar plenamente de la juventud. Esa gente nace vieja y muere sofocada por la amargura.

—Lástima que vuestra partida nos prive del juez para el desafío entre don Juan y yo, de las siete mujeres en siete días —repuso Giacomo, para hacer sonreír a su amigo.

—Ah, si es por eso la apuesta ya ha concluido, porque también don Juan ha decidido ponerse en viaje esta noche, es más, ya ha cargado su equipaje y, junto con ese forajido de Leporello, ha cogido una góndola de dos remos hacia Fusina.

Casanova se quedó boquiabierto.

—¿Así, de repente, sin una explicación? —preguntó, pero ya intuía la respuesta. De golpe, comprendió que había algo sucio en aquella marcha imprevista y las dudas, que desde hacía tiempo lo desasosegaban, se hicieron más agobiantes y concretas.

»¿Pero no se estaba afanando por conquistar a las mujeres del desafío? Después de todo fue él quien lo lanzó.

—Que yo sepa, por otra parte él mismo me lo ha confiado, no se ha preocupado excesivamente en ese sentido. Vosotros me habéis nombrado árbitro de vuestra contienda, por eso he tratado de mantenerme informado sobre vuestros éxitos: no ha sido difícil porque Venecia es el paraíso de los chismes. Me consta que ha seducido a la señora Diodata della Torre, es decir, una noble. Y luego sólo a otra. Una tal madame Elga de Nyvenheim, una extranjera, las dos según los términos de la apuesta. Estoy seguro de estas conquistas, porque me las ha confirmado más de un amigo. Del resto, no ha llegado nada a mis oídos. ¡Vos sí que habéis cosechado éxitos!

Giacomo permaneció pensativo durante un rato:

—Un momento, querido Lorenzo, ¿madame de Nyvenheim no es acaso la asidua frecuentadora de la casa de Rosemberg, de la embajada de Austria?

—Sí, creo que es ella —respondió Da Ponte, sin entender por qué se lo preguntaba.

—¿Y la señora della Torre no es acaso muy amiga del secretario particular del embajador De Bernis?

—Me parece que sí, ¿pero por qué me hacéis estas extrañas preguntas?

—¡Por desgracia, hay una razón! Vos me habéis confirmado una duda que desde hacía tiempo no me dejaba en paz: sospechaba que don Juan había venido aquí, a Venecia, sólo para indagar sobre las relaciones entre el embajador francés y el austriaco, de las que ya se murmura en la ciudad. A buen seguro, no se ha esforzado por placer. ¿Qué podía importarle a él? Si lo ha hecho es, sin duda, por cuenta de alguien que le paga.

—A mí me lo presentó en Trieste el embajador prusiano en la Corte de Viena —interrumpió Da Ponte.

—Justamente, Lorenzo. ¿No os parece raro que un personaje tan importante se encontrara por casualidad en Trieste, la ciudad austriaca más cercana a la frontera véneta y os recomendase a un tipejo como don Juan? Tengo la certidumbre de que está a sueldo precisamente de Prusia, Estado que sería el más perjudicado por las buenas relaciones entre Francia y Austria.

—En efecto, también me sorprendió que el diplomático me buscara justamente a mí y sobre todo que supiera que estaba a punto de regresar a Venecia. Confieso que pensé, vanidoso como soy, que tenía una alta consideración de mis amistades en la ciudad ducal. Giacomo, llegados a este punto, es mi deber haceros una confesión: Don Juan, en Trieste, se ofreció a pagarme el viaje y la posada aquí en Venecia. Y así ha hecho. Ahora comprendo... comprendo que... había algo más —dijo desconcertado el reverendo.

—¡Más que algo! —continuó Giacomo—. Con seguridad, don Juan ha tratado en todo momento de obtener noticias sobre los desplazamientos de los dos diplomáticos. ¿Os acordáis de aquella vez en Notturmi, el empeño que puso en conquistar a mi desdichada amiga doña Queta? Pues bien, apenas estuvo a solas con ella, en vez de pensar en seducirla, como era de esperar, comenzó a interrogarla con insistencia sobre mis visitas a Murano con el abad Bernis. Ella misma a la vuelta me lo reveló y me quedé muy sorprendido. ¿Y los contactos tan incomprensibles de Leporello con los vidrieros de aquella isla, tan poco comprensibles? Ahora entiendo la razón del loco desafío que me lanzó don Juan. Con su mente demoníaca urdió una estratagema que le permitiera alcanzar varios objetivos de una sola vez. Poder acercarse, sin despertar sospechas, a las mujeres de las que esperaba obtener información preciosa: la elección de sus conquistas es una clara confirmación de ello. Sustraerse a vuestro control con una excusa válida y mantenerme ocupado durante varios días mientras él podía actuar sin molestias. Debo admitir que he caído en la trampa, quizá porque me sentí provocado en un campo en el cual, dejando de lado la falsa modestia, creo sobresalir. Sólo ahora, al final, me entero de que ha seducido a las mujeres que podían proporcionarle datos importantes sobre los movimientos e intenciones de los diplomáticos a los que estaba espionando. Me doy cuenta de que nuestro «amigo» posee una habilidad perversa pero extraordinaria. Pero pienso que como seductor no vale demasiado porque yo, incluso en su situación, habría hecho muchas más conquistas —añadió, fatuo como siempre.

—En verdad —admitió Da Ponte, como disculpándose por no haberlo recordado antes—, sólo ahora me viene a la mente que quizá sedujo también a otra. Es un rumor que me ha confiado ayer un gondolero. Parece que lo ha visto cortejar, con éxito, a una plebeya de las islas. Pero también esto sería normal, porque entraba en los términos del desafío.

—¿Qué plebeya? —preguntó casi gritando Casanova, atravesado por una dolorosa sospecha.

—No lo sé, según me dicen parece ser la hija bastante complaciente de un vidriero de Murano. Asimismo ha tenido una acalorada discusión con su enamorado, que quizá sea también vidriero. Pero no recuerdo los nombres.

Giacomo se puso tan pálido que el reverendo se asustó.

—¿Acaso la muchacha se llama Zerlina y él Masetto? —preguntó con una calma innatural.

—Me resultan nombres parecidos. Pero ¿qué significa todo esto? —espetó preocupado Lorenzo.

Casanova dijo con un alarido:

—¡Ah! ¡Maldito, maldito, maldito! —Y se cogió la cabeza con las manos—. ¡Me la ha jugado! He aquí lo que ha conseguido descubrir el embrollón Leporello en sus visitas a Murano. Bien sé qué patrañas habrá contado don Juan a aquella pobre necia para seducirla y hacerla hablar. Algunas de sus habituales y desvergonzadas mentiras.

Giacomo se quedó de piedra. Luego, de golpe, cogió por la solapa al reverendo, cada vez más aturdido, y exclamó:

—¿Cuánto hace que ha partido? ¿Me habéis dicho que ha ido hacia Fusina, en tierra firme? ¿Estáis seguro? ¿Estáis completamente seguro?

—No lo sé, eso me ha dicho varias veces.

—¿Varias veces? —preguntó irónico Giacomo.

—Sí, también el sirviente Leporello se lo ha dicho a todos.

—¿Se lo ha dicho a todos? ¡Entonces creo saber adónde ha ido! Adiós, Lorenzo. Ciertas cuestiones de honor valen más que la vida. Esta noche se decide la suerte de uno de nosotros. Sólo os pido un favor, ¡haced que os den una espada, aquí en la posada!

En un momento el reverendo volvió con el arma. Giacomo recogió el tricornio y la capa y se lanzó fuera, con aquella fría luz de luna llena, hacia el embarcadero de las góndolas, en el río dei Santissimi Apostoli. Trató de calmarse y con ademán indiferente preguntó en veneciano a los gondoleros:

—¿Habéis visto por casualidad a un caballero con su lacayo y su equipaje coger una góndola hacia tierra firme?

—Sí, señor, para servirle, hace una buena hora que se marchó.

—¿Y tú sabes adonde ha ido?

—Me parece, señor, que primero quería ir a Fusina, pero luego, cuando ya había partido, oí decirle al gondolero: «Rápido, a Murano.»

Casanova, aunque se lo esperaba, se quedó como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Intentó controlarse y con cierta tranquilidad, se dirigió en florentino a los barqueros presentes:

—Debo ir enseguida a Murano. ¿Quién de vosotros, por un cequí, se siente en condiciones de llevarme con la máxima premura?

—Nosotros, ilustrísimo señor, somos gondoleros de regata.

Giacomo saltó a la góndola, que carecía *de felze*. Aún no se habían apartado de la orilla, cuando vio llegar, corriendo, con un negro revoloteo de capa y traje talar, al reverendo Lorenzo Da Ponte, que gritaba:

—Giacomo, esperadme, esperadme. Voy también yo. ¡Voy también yo!

Antes de que Casanova pudiera responder, con un brinco, como un oscuro murciélago, el reverendo cayó tambaleándose en la embarcación y se sostuvo apoyándose en Giacomo para no caerse al agua.

—No puedo dejaros ir solo. Aunque no he entendido nada de vuestro discurso, he deducido que nuestro «amigo» os ha creado problemas y me siento responsable por habéroslo presentado.

Hacerlo desembarcar le habría hecho perder demasiado tiempo y Casanova, aunque contrariado, no reaccionó.

—Al menos sentaos, reverendo, de lo contrario acabaremos todos en la laguna —dijo enojado Giacomo que, impaciente, permaneció de pie.

»¡Fuerza, fuerza muchachos! —gritó a los dos gondoleros Más rápido, más rápido, otro cequí por cabeza, si los alcanzáis. Va en ello la vida de alguien.

Recorrieron en un santiamén los Santissimi Apostoli, luego el río dei Gesuiti y finalmente llegaron a la laguna.

—¡Ahora a Murano, pronto, pronto!

El agua estaba inmóvil en la helada noche de luna llena y sólo los círculos que se alejaban de los remos parecían turbar su helada y reluciente extensión. A lo lejos, se comenzaba a vislumbrar algún que otro rojo resplandor de los hornos de Murano. Casanova se volvió a Da Ponte retomando la reflexión que había interrumpido apresuradamente: trataba de remedar a don Juan y a Zerlina.

—Bien sé cómo ha hecho don Juan para seducir a Zerlina y qué palabras ha usado. Se las he oído repetir varias veces, en estos meses, cuando quería hacer una conquista. Le habrá pedido que dejara a Masetto, porque quería llevarla consigo a Madrid. Ella se habrá pitorreado diciendo: «Pero, yo, señor, estoy prometida con mi Masetto.» Y él: «De qué vale tal promesa si os lleva a una vida de pueblerina. Esos ojos picaros, esos bonitos labios, esas manos cándidas y perfumadas, imploran una suerte muy distinta. Vos oléis a cuajada y a rosas, no a agua y cenizas para blanquear la ropa.» Le habrá dado a entender que partirían mañana, juntos, de la mano hacia un porvenir que cambiaría su suerte. Que había nacido para vivir en la Corte de España y luego una avalancha de cumplidos hipócritas, promesas absurdas y quién sabe qué más. Y ella, trastornada: «Quizá... Querría y no querría, me confundís.» No se necesita mucho más para llenar la cabeza de pájaros, aunque sea por un momento, a estas codiciosas zalameras. Entretanto la doncella caía en la trampa y le contaba todo lo que debía mantener en secreto. Ahora, seguramente, ha ido a casa de Mazzolà para detenerlo e impedirle terminar el trabajo. Temo que no vacilaría en cometer otros delitos.

Mientras se acercaban a la isla del vidrio, la cólera de Giacomo se hacía cada vez más lúcida y fría. Odiaba a don Juan porque había seducido a la muchachilla, porque había traicionado la confianza de ella, no por amor, sino por sus turbios fines y luego porque había usado las mismas palabras y los mismos argumentos que también él querría saber utilizar. Aquella noche uno de los dos moriría. De todos modos, intuía que la desaparición de don Juan no lo liberaría de su angustiada

presencia. Ahora aquel mezuino le había hecho conocer un aspecto de sí mismo que ignoraba y que habría permanecido dentro de él para siempre. Era consciente de que no era fácil tener las de ganar con aquel demonio. En todo caso, no importaba. Era mejor correr el riesgo de morir que soportar saberlo suelto por el mundo, burlándose de él.

En la prístina noche, el cielo iluminado por una inmensa luna llena blanqueaba a los hombres, las cosas y también la tierra, las crestas de los montes y sus cimas deslumbrantes de nieve. Algunas placas de hielo comenzaban a formarse cerca de las orillas, en torno a las rocas, donde había poca agua y la luz lunar alcanzaba el fondo. La góndola avanzaba silenciosa por el río dei Vetraí y lo recorrió hasta el Ponte di Santo Stefano, donde estaba la vivienda de los Mazzolà. Antes aún de que hubiera fondeado, Casanova, con un brinco, bajó a la fundamenta y echó a correr hacia la casa, a poca distancia.

—Dejadme bajar, pronto, acercaos —imploraba Da Ponte, pero Casanova se opuso.

—¡No! Por el amor de Dios, estáis desarmado y sois un cura. ¿Qué sabéis de estas fechorías? Seríais un incordio. Si queréis ayudarme, esperadme en la góndola y no hagáis bulla —le reprendió en voz baja, mientras se alejaba. El otro pareció resignado.

La calle estaba clara por la luna, pero todo era silencio y quietud, ninguna luz, ningún postigo abierto, sólo el aliento de la noche.

¿Dónde está, pues?, pensó. ¿Dónde se ha metido? Ah, sí, no hay duda, si no está aquí, seguramente está en el horno. Quizá se haga la ilusión de destruir la vajilla. No se contendría ante semejante fechoría, con tal de llevar a cabo su misión.

Giacomo entró corriendo por las estrechas calles, bordeó en un suspiro el estrecho río dei Vetraí hasta que, en la corte dei Furlani, apareció el muro de ladrillos del horno de Mazzolà.

Dobló la esquina y vio la puerta abierta. Desenvainó la espada y con cautela atravesó el patio. Silencio. Sólo una linterna y el resplandor de los hornillos alumbraban la gran habitación. En el suelo el cuerpo de Masetto, junto a un *còdega* caído y casi apagado. Negra, contra la ventana iluminada por la luna, había una figura con la espada empuñada, que estaba a punto de huir hacia el embarcadero. Ahora se había detenido y permanecía inmóvil.

Casanova la reconoció, se movió, saltó por encima del cuerpo ya exánime de Masetto y fue al encuentro de la sombra enemiga.

—¡Cobarde! Es inútil que intentéis escapar. Siempre he sospechado que tramabais algo aquí en Venecia. ¡Al fin os he desenmascarado, canalla! ¡Ahora pagaréis por todos vuestros delitos!

—¡Ya veremos! —respondió el otro riendo sarcásticamente. Y, sin moverse de donde se encontraba, le gritó—: Ha sido un error que os interpusierais en mi camino, Casanova, acabaréis como este pobre diablo. —Mientras con la espada señalaba el cuerpo de Masetto.

—¡Desvergonzado bribón! ¡Al menos dejad en paz a los muertos! —le gritó Giacomo.

—Esta noche, Casanova, saldaremos deudas más antiguas que nosotros mismos. Ambos sabíamos que era inevitable. ¡Peor para vos! Deberíais tener claro, desde hace tiempo, a quién correspondería la victoria. ¡A vos os pertenece el pasado, a mí el futuro!

—Si el futuro tiene que ser como vos, elijo el pasado. Pero vuestra lengua corre demasiado,

caballero, ¡dejad hablar a las espadas! ¡Las lenguas de acero son mucho más sinceras!

# Capítulo 16

*Domingo 9 de febrero, Quincuagésima*

*Santa Apolonia Virgen. Noche avanzada*

Ambos adoptaron la posición de en guardia y se estudiaron. Casanova fue el primero en moverse, acercándose con cautela a su adversario. Don Juan seguía en su sitio y, cuando el veneciano estuvo a tiro, trató de sorprenderlo adelantando la pierna derecha y el busto para herirlo en el costado. Pero Giacomo rompió la distancia y se apartó con un brinco retirando el brazo.

—Atención, Casanova. Dentro de poco haréis compañía a ese necio que está en el suelo —rió malignamente el español.

—¡Estaba seguro de encontraros en Murano, don Juan! No podíais pensar que seguiríais engañándome... Sólo estaba esperando la ocasión para desafiaros a muerte. ¡El momento ha llegado! ¡Es el final de vuestras infamias! ¡Antes del alba dejaréis de reír! —y se puso de lado, asestando una flanconada en cuarta baja que el otro rápidamente paró, haciendo girar su espada sobre la del adversario y descargando un fuerte golpe en segunda.

—¡Corréis demasiado, Casanova, sois vos el que estáis a punto de morir! Ya os lo he dicho, ¡habéis cometido un error interponiéndoos en mi camino!

En el oscuro horno sólo una linterna estaba encendida. Los hornillos, no alimentados, comenzaban a languidecer. Su brillo rojizo animaba la blanca luz lunar que entraba por el ventanal sobre la laguna.

—¡Ha sido un asesinato inútil, don Juan, como todo lo que habéis hecho desde que llegasteis a Venecia! ¡Sólo habéis añadido delito a delito!

Casanova tuvo que protegerse del golpe fondo del español en la pierna, bloqueándolo con una repentina parada en segunda.

—¡Todas esas preguntas que hacíais por ahí sobre mí y sobre los dos embajadores! Desde que me fuisteis presentado, debí entender... Y luego os encontraba por doquier, a vos o a vuestro sirviente...

Le lanzó una violenta estocada, pero Giacomo la evitó desplazando con el pie y el tronco media vuelta e intentando herirlo, a su vez, oponiendo su arma y dejándola amenazante sobre la línea del atacante.

Luego, recuperado el aliento, continuó:

—Eran muchas las cosas extrañas... Leporello que daba vueltas por Murano pidiendo continuamente información. Aquel guardián cruelmente asesinado, en el palacio de su excelencia francesa, por alguien que no robaba nada y sólo hurgaba entre los documentos... ¡La misma incursión en la embajada austriaca! ¡Debí sospechar enseguida que estabais a sueldo de Prusia, desde que Da Ponte me dijo que había sido el ministro residente prusiano quien os había recomendado a él! ¡Ya era insólito que el diplomático no se encontrara en Viena, sino en Trieste, ocupándose de vos!

La escasa luz hacía muy peligroso el duelo y era difícil distinguir los movimientos del adversario. Incluso sin cometer errores, se podía acabar muerto. Don Juan, rotando la espada, consiguió desplazar de lado la de Casanova y, lanzándose hacia adelante, trató de herirlo en el brazo derecho, pero fue inútil porque a Giacomo le bastó un rápido brinco a la izquierda para esquivar la hoja y lanzar un contraataque. Luego, la casualidad quiso que los dos ejecutaran en el mismo instante el mismo golpe. Ambos interceptaron los hierros levantándolos casi verticalmente a modo de finta, para luego tratar de apuntarlos en línea al blanco. Pero la simultaneidad de la acción hizo fallar sus movimientos y así, con violencia, hombro con hombro, el uno contra el otro, se encontraron las espadas entrelazadas en lo alto.

—¡Sea como fuere, he vencido! —chilló el Tenorio mientras sus tórax, jadeando, se empujaban y los dos rostros casi se tocaban—. ¡He descubierto lo que estabais haciendo y he destruido vuestra preciosa cristalería! ¿No oís crujir bajo nuestros pies?

Giacomo lo alejó con un fuerte empujón y, bajando la hoja, se colocó en posición de en guardia.

—Sois un iluso, don Juan, lo que estamos pisando no es el que buscabais. ¡Las cajas donde está embalado están corriendo hacia París y creo que ya no podréis detenerlas!

—¡Mentís, Casanova, es ésta la cristalería!

—Si así queréis creerlo, es asunto vuestro; pero la verdadera ya está muy lejos de aquí. A esta hora estará cruzando los Alpes. Habéis sido burlado.

Ante aquella revelación el otro tuvo un arranque de ira y se lanzó enloquecidamente contra el veneciano, descargando golpes rabiosos. Para Giacomo no fue difícil bloquearlo con una parada en primera. Luego, aprovechándose de un resquicio y del hecho de que el adversario estaba alterado por la furia, con un golpe su espada logró abrirle una herida de filo en la palma de la mano izquierda que, contra toda regla, don Juan, fuera de sus casillas, había bajado imprudentemente. El español vio la sangre, pero no se turbó y, cerrando el puño del que caían rojas gotas, continuó.

Los hornillos se hacían cada vez más débiles y era aún más arduo ver las hojas de las espadas. Sólo de vez en cuando se vislumbraba el mortal brillo. Los duelistas comenzaban ya a quedarse sin aire y les costaba hablar:

Os detesto... ¡porque sois quien sois, porque engañáis a las mujeres sin amarlas! —Casanova, jadeando por el esfuerzo, proseguía: Sólo buscáis la conquista... usando cualquier medio y cualquier impúdica mentira. Vos no conseguís amar a las mujeres porque en el fondo os... os dan miedo... La vuestra es una forma de... de impotencia. Las odiáis a todas... quizá... ¡quizá también a vuestra madre!

—¡Bastardo! —gritó el otro.

Giacomo comprendió que había dado en el blanco.

Entonces tengo razón. ¿Qué os ha hecho vuestra progenitora para suscitar en vos tanto odio hacia todas las mujeres?

Habría querido herirlo aún más profundamente, pero debió interrumpirse para recobrar el aliento y, ganando un tiempo, esquivó una finta recta exterior, echando el tronco hacia atrás y retirando el brazo.

Situándose de nuevo en guardia, prosiguió:

—Inútilmente habéis urdido el desatinado desafío de las siete conquistas en siete días, sólo para mantenerme ocupado y ser libre... de indagar y sonsacar noticias... sobre mis actos, sin despertar sospechas... ¡Y yo estaba cayendo en la trampa! Para... para saber qué hacíamos en Murano habéis seducido con todo engaño... a la pobre Zerlina y ahora incluso habéis matado... a su prometido. Esta noche... ¡pagaréis por todo! —Estaba exhausto.

—¡Me dais pena, Casanova! Para seducir a aquellas por las que siempre os inflamáis de pasión... ponéis en acción vuestros ardores amorosos, vuestras carantoñas y vuestras piruetas de otros tiempos... ¡Sois patético! Si... si debo pagar, pagaré, pero no será ciertamente por vuestra mano. ¡Esta noche... seréis vos quien muera!

Cada vez les costaba más hablar por la fatiga y porque presentían que el duelo había entrado en la fase final, la que ya no admitía retorno. Estaban cansados. Incluso en los brincos, las fintas, los ataques y contraataques mostraban menos vigor; pero su alta escuela en el manejo de la espada y su furor los sostenían. Sólo un descuido o un error podía decidir el lance. Y ocurrió.

Casanova había asestado un golpe de fondo extendido, adelantando demasiado la pierna derecha. Por tanto, permaneció por un momento en una posición desequilibrada. Don Juan se aprovechó de ello e, inclinándose, lanzó un fulmíneo golpe bajo. Pero la espada de Giacomo, mantenida más bien baja, obligó a la del adversario a descender y con la punta, en vez del pecho, atravesó el muslo derecho que Giacomo tenía adelantado. El español extrajo la hoja para atacar de nuevo y esta vez, así lo esperaba, con una estocada en el cuerpo. Pero el veneciano, indiferente al dolor, se había recuperado del ataque. Con un salto hacia atrás, levantándose, se recompuso rápidamente y, girando el cuerpo, se colocó en posición de envite en cuarta, con la espada baja.

La súbita reacción de Giacomo, a pesar de la herida, dejó claro a ambos que el enfrentamiento aún podía durar mucho. Don Juan no tenía más tiempo para llevar a cabo el duelo por— que, en breve, alguien vendría a alimentar el fuego. Aprovechó la pausa del adversario para abalanzarse, raudo, hacia la puerta que daba a la pasarela, recorriéndola a toda velocidad y saltando a la góndola que allí esperaba:

—¡Rápido, gandules, rápido, a Fusina! ¡Pronto, pronto! ¡Os daré dos ducados a cada uno si bogáis como yo quiero!

Y volviéndose hacia Casanova, que se sujetaba la pierna con las manos, rió burlonamente y gritó:

—¡Venid a buscarme a Trieste si aún no tenéis bastante! Nuestra lucha no ha terminado. ¡Esta noche sólo habéis sido afortunado!

La góndola se alejaba, rápida, mientras el veneciano se arrastraba con dificultad hacia el ventanal que daba a la laguna, tratando de apretar su corbata de encaje alrededor del muslo herido. Pero la mancha bermeja se extendía sobre el raso amarillo de los calzones y oscurecía los ribetes de plata.

La embarcación huía, a través del agua helada y bajo la clara luna, y él no podía hacer nada para detenerla. Toda la laguna es taba desierta.

A lo lejos, otra góndola aterida se deslizaba con prisa, mientras los fugitivos doblaban los muros de la abadía de San Michele, desapareciendo.

Era inútil tratar de perseguirlos. Imposible encontrar una góndola a aquella hora. La suya se había quedado delante de la casa del maestro Mazzolà y llegar hasta allí, en esas condiciones, requería demasiado tiempo. Ya nadie podría alcanzar a don Juan Tenorio.

Ambos estaban derrotados.

Los sutiles trozos de vidrio iluminados por la luna se quebraban a cada paso. Hasta poco antes eran estupendas obras maestras. Ahora ya no eran nada, sólo frágiles resplandores de claror lunar.

Como cada una de sus aventuras.

Como su existencia misma.

—¡Todo este vidrio! Tan delicado, tan frágil... Qué fácil es hacerlo añicos. Qué fácil es destruirlo todo... —murmuró y se sentó en una caja de sosa, cerca del cuerpo de Masetto—. Como los amores... —suspiró, volviéndose hacia la pobre figura inanimada—. ¿Pero qué amores? ¿Los míos? ¿Los malvados de don Juan? ¿Los impalpables de Bernis? ¿Los insensatos e indecentes de Da Ponte? ¿O los desesperados de M. M.? También tú, Masetto, tenías tu amor... —Luego musitó en voz muy baja, para sus adentros—: ¿Pero existe de verdad este amor? ¿O bien cada uno conoce el propio y sabe poco o nada del amor del otro? ¿Es esto lo que quería decir M. M.? Quizá sólo se nos conceda ilusionarnos, creyendo que compartimos nuestro amor con otro ser... Pero entonces ¿lo que mueve el corazón y hace girar el cielo dentro de nosotros no es más que... que un burlador engaño?

Era una de esas noches límpidas, en las que el desesperado azul del cielo, con su claridad, absorbe el alma y la esencia de las cosas.

Casanova miraba, como embrujado, los finos trozos de vidrio roto y luego la laguna. La herida y el frío le causaban temblores y quizá, por primera vez, sintió la frágil inutilidad de la propia vida.

Los hornos, sin atizar, se estaban apagando y el vidrio se había endurecido en los crisoles.

Extrañado, miró su pierna y la claridad de la laguna. La sangre había resbalado bajo la rodilla, ya empapaba su hermosa media de seda y goteaba sobre la hebilla adiamantada del zapato.

Estaba solo.

La vela ya se había consumido. Aquí y allá algún que otro reflejo de las pocas llamas y brasas se movía en las paredes. Perdía mucha sangre, comenzaba a delirar y le hablaba a las sombras que se agitaban en torno a él.

—¡Deteneos, vosotros que os escabullís! ¡Regresad, vosotros que formáis parte de mi vida y que os marcháis lejos! Tú, François... También tú, Lorenzo... Tú, M. M., que me has dejado... Y tú, don Juan, que al huir te has llevado una porción de mis sueños más ocultos. ¿No entendéis que cada uno de vosotros sois una parte de mí...? Regresad... —susurró.

»Qué confundido estoy. ¿Por qué estoy aquí? ¿Y adonde ha ido esa sombra oscura contra la que he combatido esta noche? ¿O quizá siempre he estado solo y he luchado contra mi propia alma? Quizá todo ha sido un sueño...

En el patio se oyó un rumor de pasos que se acercaban.

Alguien se asomó, temeroso, a la puerta. Lorenzo Da Ponte, mientras esperaba, no había resistido y entraba a buscarlo. Casanova ya estaba a salvo.

Sin embargo, ahora todo se había vuelto aún más oscuro a su alrededor. La tiniebla había descendido también sobre su corazón y perdió el conocimiento.

***Fin***

*Título original: Vetro*

*Primera edición: febrero, 2000*

© 2000, *Orazio Bagnasco*

© de la traducción: *Juan Carlos Gentile Vitale*

© 2000, *Plaza & Janés Editores, S. A.*

*ISBN: 84—01—32795—4*

